vidas entre bodas y flores

Valien Heart



Vidas entre bodas y flores

Valien Heart

Vidas entre bodas y flores

© Valien Heart

Primera edición, abril 2025

Corrección: Raquel Antúnez / @magiarantunez

Diseño de cubierta: Merche Zaforteza / @merchezafor / www.merchezafor.es

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

ÍNDICE

15 de abril de 1985

27 de septiembre de 2010

11 de junio de 2023

1985

2010

Dalia

1985

2010

Dalia

1986

2010

Dalia

Sofía

1987

2010

Dalia

1988

2011

Dalia

1989

2011

Dalia

Sofía

1993

2011

Dalia

1994

2011

Dalia

1995

2011

Dalia

Sofía

1996

2011

Dalia

1997

2012

Dalia

1998

2012

Dalia

1999

2012

Dalia

Sofía

2000

2012

Dalia

2007

2012

Dalia

2008

2012

Dalia

2009

2013

Dalia

2010

2013

Dalia

2011

2013

Dalia

2012

2013

Dalia

Sofía

2013

2016

Dalia

2014

2018

Dalia

2015

2021

Dalia

Sofía

2016

2022

Dalia

2017

2022

Dalia

2019

2022

Dalia

Sofía

2022

2023

Dalia

Dalia

Dalia

Epílogo 1

Epílogo 2

Gracias

Sobre la autora

Mis otras novelas

A todos los que siguen creyendo en el amor
y a ti, que estás leyendo esto,
gracias por unirte a este sueño.

«Hay cosas que tienen que ser, que deben ser.
Nosotros fuimos una de ellas».
Ojalá esta fuera nuestra historia de amor, Andrea Longarela

15 de abril de 1985

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hace días que no escribo, pero me han pasado muchas cosas emocionantes desde entonces. Voy a empezar por el principio y seguramente por lo más importante. He conocido a un chico, coincidimos en una boda…

27 de septiembre de 2010

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Boda
Hola, hermanita.

¿Te acuerdas esa boda a la que casi me obligaste a ir? Pues he conocido a alguien. Tengo muchas cosas que contarte, pero ¿no te parece romántico que haya sucedido en una boda? A mí sí…

11 de junio de 2023

Dalia

Desde hacía meses la casa permanecía en un silencio continuo que intentaba evitar a toda costa. Al llegar me ponía música; cuando me cansaba, una película o una serie me acompañaba mientras cocinaba y luego comía; si me aburria de la televisión, tenía el móvil con millones de vídeos que podían no acabar nunca para entretenerme, pero cuando finalmente también terminaba hastiada de eso, de todo, solo encontraba silencio a mi alrededor y era cuando más la echaba de menos; añoraba su risa, sus tarareos y sus ruidos constantes. Esos que antes me ponían nerviosa, ahora eran los que hacían que el vacío de su presencia fuera más evidente. Quizás por eso me alegraba tener una excusa para irme durante unos días y dejar atrás mi casa, ese lugar que ya era un montón de nada.

La cocina en forma de rectángulo había perdido su olor tan característico a comida casera, el comedor había abandonado su calidez, su habitación solo era un lugar vacío, la mía respiraba dolor y el pequeño balcón que teníamos con flores había quedado abandonado; algunas, despojadas de pétalos, y otras, marchitas. Nada tenía sentido en mi vida sin ella a mi lado, todo dolía más y, aunque estaba mejor desde hacía meses —porque era verdad eso de que el tiempo sana—, la fecha que se acercaba y el motivo de mi viaje habían hecho que todo volviera con fuerza, que su ausencia siguiera latente, presente en mi vida.

El móvil comenzó a sonar, lo busqué sobre el colchón debajo de las camisetas que aún tenía que guardar en la maleta.

—Hola, Nieves —respondí con una sonrisa.

—Hola, preciosa. ¿Cómo vas? —Su voz era suave, dulce, como ella: una de mis mejores amigas.

—Terminando de hacer la maleta —dije mientras ponía el manos libres y cogía una camiseta para doblarla. Desde que había empezado a trabajar en la tienda de ropa me había vuelto una profesional.

—No te confíes, que a este ritmo pierdes el tren. —Sonreí con cariño al escucharla. Estaba segura de que se había puesto nerviosa al ver la hora que era y que aún no tenía la maleta hecha. Era una de las personas más puntuales que conocía, todo lo contrario a mí, que solía tomármelo con calma.

—Falta cinco horas para que salga el tren, voy bien de tiempo. —Miré el reloj que tenía sobre la mesita de noche—. Más o menos.

—Menos mal que vas con días de antelación, si no, te veo capaz de llegar tarde a la boda —bromeó.

—Gracias por el voto de confianza. ¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté mientras colocaba el montón de pantalones que ya había doblado dentro de la maleta.

—¿No puedo simplemente llamar a mi amiga para conversar con ella? —Quiso sonar convincente sin éxito.

La conocía desde los doce años, tenía veinticuatro, demasiado tiempo de amistad como para no saber cuándo me ocultaba cosas.

—Puedes. —Cogí un vestido que, aunque sabía que no me lo iba a poner, metí dentro de la maleta igualmente—. Pero sé que ese no es el motivo de esta llamada.

—Quiero saber cómo estas —dijo suspirando.

—Estoy, que ya es. —La línea se quedó en silencio. Estaba dándome tiempo para encontrar las palabras que me costaba tanto sacar, para poner en orden el caos de mi cabeza—. Están siendo unos días extraños y sé que los que se acercan serán agridulces. Creo que voy a comprobar lo que es querer estar, y querer irse, en un mismo sitio a la vez, solo es que ahora no puedo centrarme en mí, tengo que pensar en él y… en ella. Solo quiero que sean felices, que disfruten de los mejores días de su vida, y yo quiero hacerlo con ellos, pero… —El nudo en la garganta me impidió seguir hablando—. Tengo miedo, sé que es solo una boda, que ellos se quieren y no es

por eso, es que va a ser la primera sin ella y… desearía que estuviera.

—Tener miedo no es malo y lo que estás sintiendo es completamente normal, Dalia. Lamento tanto no poder ir antes, tengo muchas ganas de abrazarte fuerte y estar allí contigo —dijo intentando consolarme, saber que la iba a tener a mi lado me reconfortaba.

—Yo no lo lamento. Me alegro de que estés disfrutando de tus vacaciones soñadas en Italia. Has trabajado mucho por tus sueños y mereces que se cumplan. Aunque ahora mismo me das un poco de envidia. —Reímos a través de la línea, y por un segundo la sentí a mi lado.

—Tú también te mereces hacer realidad tus sueños, Dalia. —Cerré los ojos absorbiendo sus palabras.

—Si ni siquiera sé cuáles son —susurré triste.

—Los averiguarás, no tengo ninguna duda. Solo necesitas tiempo y conocerte algo mejor, ahora mismo tienes mucho ruido alrededor. Ten paciencia.

Me sentía perdida, no sabía qué quería hacer con mi vida, hacia dónde quería dirigirme y cuáles eran mis sueños. ¿Es normal que una no sepa eso de sí misma? Quizás es que no me había hecho las preguntas adecuadas o simplemente tenía miedo, estaba tan perdida que no podía verlas. Por aquel entonces aún no sabía que esas dudas que tantas noches me habían tenido despierta, haciéndome sentir impotente, encontrarían respuesta.

—¿Irás entonces directamente desde Italia a la boda? —añadí peleándome con una camisa que no se quedaba bien doblada.

—Sí, ya he comprado el billete de avión, en unos días estaremos juntas. —Percibí la sonrisa en su voz.

—Tengo muchas ganas de verte y gracias por venir. —Tenerla a mi lado lo haría todo un poco más fácil,

—A ti, por invitarme. —Cogió aire antes de seguir hablando—. ¿Irá Vera? —Me puse en alerta.

—Sí, claro, que yo sepa, el plan no ha cambiado. ¿Ha pasado algo entre vosotras? —me interesé con el ceño fruncido y detuve el movimiento de las manos.

—¿No te ha contado nada ella? —Que respondiera con otra cuestión no era buena señal.

—No, solo sé que desde antes de que te fueras estáis raras, las dos —maticé.

—Discutimos por una tontería. —La oí tragar saliva—. Hablaré con ella en la boda. No te preocupes. —Pero lo hacía, me preocupaba.

—Si quieres contármelo, estoy aquí —dije sabiendo que insistir no serviría de nada con Nieves.

—Lo sé, gracias. Si necesitas cualquier cosa estos días estoy a una llamada de distancia.

—Lo sé, como también sé que necesitas desconectar y disfrutar de tus vacaciones, así que no creo que te llame. —Miré la hora y me asusté un poco por lo rápido que había pasado el tiempo—. Hablamos en otro rato, que, si no me espabilo, sí que llegaré tarde.

—Vale, te quiero.

—Y yo, disfruta de Italia y de los italianos.

Oí una risa antes de colgar.

Fui al baño con el neceser vacío para empezar a llenarlo. Terminé de doblar algunas camisetas más y metí con cuidado el vestido que había elegido para la boda. En cuanto pudiera debía sacarlo porque tenía pinta de que iba a llegar arrugado.

Me mordí el labio inferior haciéndome un poco de daño cuando el recuerdo de ir con ella a comprarlo hizo que me pesara un poco más el pecho. Pasó en un día soleado, no tenía muchas ganas de salir a la calle, pero ella sí. Entré en la primera tienda, desganada, y salí feliz porque había encontrado el vestido ideal, tres tiendas después encontramos el suyo. Contuve las lágrimas mientras pensaba en esa prenda que ya nunca se pondría. Estaba colgado en el armario de su habitación, ese que aún no me había atrevido a abrir.

Cerré la maleta y, tras volver a mirar la hora, cogí la chaqueta, una mochila pequeña, y salí al comedor.

Miré detenidamente las fotografías que estaban colgadas en la pared alternadas con algunos dibujos míos de cuando era pequeña,

no sé por qué me paré a observarlo todo, como si tuviera la sensación de que cuando volviera lo haría de manera distinta. Creo por aquel entonces ya intuía cómo todo iba a cambiar, pero no imaginaba de qué manera. Miré el reloj y decidí tumbarme boca arriba en el suelo.

Hasta hacía unos meses desconocía que un corazón pudiera romperse en millones de fragmentos y seguir latiendo al mismo tiempo. Ahora lo sabía de primera mano. Nadie me dijo que habría momentos en que el dolor arrasaría con todo; que, a pesar de que tu mundo se destruya, la vida sigue pasando y no espera a nadie; que el tiempo es efímero y decirles a las personas importantes cuánto las queremos debería ser imprescindible. Porque nunca se dicen suficientes «Te quiero» ni se dan los suficientes abrazos.

El suelo estaba frío y permanecí tumbada en él más tiempo del que debía, giré la cabeza a la derecha y, aunque sabía que cuando abriera los ojos ella no estaría allí, no disminuyó la presión en mi pecho al encontrar vacío el lugar. Me concedí unos segundos más, unas lágrimas más, antes de respirar hondo, levantarme y arrastrar la maleta hacia la puerta. Apagué las luces con un nudo en la garganta y cerré dándole tres vueltas a la llave. Apoyé la frente en ella antes de seguir avanzando, tenía la sensación de estar dejándola atrás a cada paso que daba, también de que eso era lo único que hacía últimamente: dejarme llevar, sobrevivir, seguir…

Apreté los puños con fuerza cuando el nudo de la garganta parecía que me iba a asfixiar y todo era demasiado. Bajé con la maleta a rastras por las escaleras. Al salir miré hacia arriba, el cielo estaba despejado, no hacía mucho calor, pese a que hacía unas semanas que junio había comenzado. A los pocos segundos me subí a un autobús y jugué a intentar contener las lágrimas, me negaba a permitir que la tristeza siguiera colándose en los rincones que el dolor había abierto en mi pecho.

Quería dejar la pena en Zaragoza y no llevármela a Valencia. Mi parte triste se quedaba aquí. Hice un trasbordo y cambié de línea de autobús. Gané el juego y no volví a llorar. Al final me sobró algo de tiempo al llegar a la estación y aproveché para comprarme un té que

me acompañó en la espera. Cuando fue la hora, pasé el control de seguridad y subí al AVE.

Me quedé mirando por la ventanilla hasta que anunciaron que se cerraban las puertas y nos desearon que tuviéramos un buen viaje. Mientras nos alejábamos me di cuenta de que, a pesar de haber vivido durante toda mi vida en Zaragoza, no dejaba nada atrás, nadie me esperaba. De repente la tristeza me abrazó.

Mi padre hacía dos meses que se había mudado definitivamente con Alicia a Valencia; Nieves vivía en Madrid desde hacía un par de años, aunque nos llamábamos casi todos los días y tenía la sensación de que estaba junto a ella en el día a día; Vera viajaba tanto por trabajo que era como si no viviera allí, es más, cuando estaba por la ciudad solía quedarse en mi casa porque no le merecía la pena alquilarse algo para las pocas veces al mes que iba a dormir y a nosotras nunca nos había importado. Mi única abuela vivía en Jaén. Y ella ya no estaba…, así que no tenía nada más allá de mis dos trabajos que ni siquiera me hacían feliz.

El sonido de mi móvil me hizo reaccionar y cogerlo.

Papá:
Alicia y yo ya estamos de camino a la estación.
No sabes las ganas que tengo de verte.
Espero que tengas un buen viaje.
Te quiero.

Yo también tengo muchas ganas de veros.
Vais a llegar muy pronto, aún no estoy ni en Madrid.
Te quiero.

Mi vagón iba casi vacío, así que dejé la mochila en el asiento de al lado. Me puse los auriculares y permití que la música me envolviera. El viaje se hizo más corto gracias a ella, todo era más soportable gracias a la música, era mi gran refugio, podría vivir solo de escuchar canciones. La piel se me puso de gallina cuando *To build a home*, de The Cinematic Orchestra, empezó a sonar, miré el paisaje que pasaba a toda velocidad y me abracé un poco a mí misma.



Tenía ganas de llegar, de ver a mi padre y también a Alicia; pese a lo complicado que fue todo al principio, sentía un gran cariño por ella.

Cuando la conocí creía que era la culpable de que mis padres se estuvieran separando, que era la culpable de todo el dolor, después comprendí que no. Que las cosas no son tan fáciles como parecen a simple vista, que ella solo era responsable de haberse enamorado de mi padre y quererlo.

El matrimonio de mis padres no acabó por una tercera persona, terminó porque los dos que lo formaban dejaron de quererse de la manera en la que lo hacían antes. Hasta muchos años después no me enteré de que mis padres hacía años que no eran una pareja, mucho antes de que llegara Alicia, que hubo un momento en el que dejaron de prestarse atención, de hacerse felices y de mirarse como lo hacían antes.

Es triste ver cómo las dos personas que más quieres en el mundo dejan de quererse, es muy triste ver cómo, pese a todo, se les rompe el corazón al decirse adiós. Es complicado ver a tu padre irse de casa, tener que compartirlo con otra persona que no eres tú ni tu madre. Nadie te explica cómo te tienes que sentir, qué está bien y qué no.

Conforme me fui haciendo mayor fui viéndolo todo con otros ojos, también comencé a cambiar la manera en la que percibía a Alicia, empecé a perdonarla e intentar salvar la distancia que había establecido desde el principio entre las dos. Ella no era la culpable de nada. Me sorprendí al conocerla, entendía por qué mi padre la

quería. Era dulce, comprensiva, atenta, trasparente y un amor. Sabía que podía contar con ella si lo necesitaba.

Noté cómo perdíamos velocidad, estaba a punto de llegar.

El AVE me dejó en Madrid, ahí tenía que coger otro con destino a Valencia. Esperé media hora mientras me comía un sándwich vegetal. El resto del viaje me dediqué a pensar en lo afortunada que era por tener la suerte de haber asistido a muchas bodas, de haber sido testigo del amor de tantas parejas, la mayoría, amigos de mis padres. Hojeé un poco distraída una revista sobre novias que había comprado antes de subir a este segundo AVE con destino al nuevo hogar de mi padre.

Quizás era porque había acudido a muchas bodas, pero me apasionaba todo lo relacionado con ellas: cotillear las revistas, estar al tanto de las últimas modas, mirar vestidos, y eso que no tenía pensado casarme por el momento, pero encontraba cierto placer en imaginar la emoción que albergarían algunas al sentirse en el lugar de la modelo, en ser la protagonista de su propia película y cuento de hadas. Seguí pasando las páginas de la revista con una pequeña sonrisa. Era raro, lo sabía, aun así, me daba cierta paz y me parecía muy emocionante todo el mundo de las bodas.

Los nervios fueron aumentando conforme más nos acercábamos a nuestro destino. Iba a asistir a la boda más importante de mi vida, también sería la primera sin ella. Le gustaban tanto como a mí, siempre decía que tenían algo mágico, algo especial, le encantaba ver el lado bonito de las cosas. Era una optimista, una soñadora, mi otra mitad. Sonreí de verdad por primera vez en todo el día, me recosté en el asiento y cerré los ojos mientras me dejaba envolver por la música y algunos recuerdos que hicieron que no perdiera la sonrisa.

1985

Querido diario o querida Lena del futuro:

El chico que conocí en la boda se llama Javier, tiene cuatro años más que yo y unos ojos azules oscuros preciosos que me recuerdan al océano Atlántico. Hace unos años, en unas vacaciones, fuimos a Tenerife a ver a una prima de mi madre, recuerdo que cuando me asomé para mirar el océano desde la proa del barco me sorprendió lo azul que era, nunca había visto un azul igual de magnético, eso fue lo primero que pensé al ver sus ojos. Javier también tiene unos rizos espesos de un marrón chocolate y una sonrisa auténtica. Lo que más me gusta es que cuando sonríe su sonrisa se refleja en sus ojos y es especial. Después de conocerlo en la boda de su hermano a la que fui medio obligada por mis padres, creí que no lo volvería a ver, pero ayer nos cruzamos de nuevo. Él dice que fue una casualidad, yo estoy segura de que estábamos destinados a encontrarnos. Me ha dado su número fijo para que podamos llamarnos, hemos vuelto a quedar y tengo muchas ganas de verlo.

¿Seremos amigos en el futuro? Siempre tengo tantas preguntas que hacerme que es frustrante.

Me queda poco espacio para seguir escribiendo en esta libreta, así que voy a pedirle a mamá si me puede comprar un nuevo cuaderno para continuar desahogándome y soltando por aquí lo primero que se me pasa por la cabeza.

2010

De: Isabelruiz8@gmail.com
Para: Alruiz64@gmail.com
Asunto: Boda
Hola, preciosa.

Me alegro tanto de que al final fueras a la boda, no puede ser que toda tu vida consista en trabajo, trabajo, trabajo, eres aburrida, Al. Aun así, te quiero más que a nadie.

Te admiro por esa dedicación que siempre has demostrado, siempre tan entregada y apasionada por tus estudios, pero la vida es mucho más, ya lo sabes.

Necesito que me cuentes más cosas, dime por lo menos que intercambiasteis los números y su nombre, los nombres dicen mucho de las personas.

Espero que no tardes en contestarme, para una vez que te pasa algo emocionante y no me das muchos detalles…

Un beso. *Tk*.

Dalia

Cuando era pequeña solo quería ser mayor, por aquel entonces volvía a querer ser pequeña. Nada era como me había imaginado. No esperaba que crecer llevara consigo tanto dolor: el de la pérdida, el del amor, el de las decisiones, el de las palabras que a veces son como puñales, el de las mentiras, el de los secretos y el que se hace uno a sí mismo.

Lo malo de hacerse mayor es que uno nunca deja de cumplir años, aunque no te sientas preparado para ello, y yo en ese momento solo quería que se detuviese el tiempo, que ella me abrazara fuerte y no cumplir veinticinco dentro de tres semanas.

Respiré hondo llenándome los pulmones de aire, me reconfortó sentir el peso de los cascos y la música narrándome historias. Faltaba muy poco para llegar a Valencia, a través de la ventanilla todo era un borrón de colores preciosos, pero me sentía un poco asustada.

Tenía tantas ganas de llegar a mi destino como de no hacerlo. Iba a disfrutar o eso llevaba semanas intentando decirme a mí misma para animarme. Me había costado mucho cogerme esos días de vacaciones. Trabajaba en una cafetería entre semana y en una tienda de ropa los fines de semana. Cuando ella murió comprendí que con solo un trabajo no podía llegar a fin de mes yo sola y, aunque mi padre me ofreció dinero y me lo había ingresado sin yo pedírselo, no quería tocarlo, por lo que mis fines de semana desde hacía casi un año estaban también ocupados.

No me pagaban lo suficiente para todo lo que tenía que aguantar, pero no había encontrado otra cosa que encajara con mi otro trabajo que no quería dejar. Pedirme los días de vacaciones en ambos sitios fue más complejo de lo que pensé en un principio. Así

que me había propuesto disfrutar de esos días libres que tanto me había costado conseguir, no sabría cuándo se podría repetir.

Sentí una vibración y saqué el móvil.

Papá:
¿Por dónde vas?
Alicia y yo estamos aquí.
¿Ya has entrado en Valencia?

Sí.
No queda nada para llegar.
Nos vemos ahora mismo.

Pausé la canción, bloqueé el móvil y guardé los auriculares. Volví a sentir ese cosquilleo de nervios. Hacía dos meses que no veía a mi padre, no recordaba haber pasado tanto tiempo separados. Teníamos una relación estrecha e incluso cuando mis padres se divorciaron y fui haciéndome mayor nos veíamos con frecuencia. El AVE se paró por completo, respiré hondo antes de levantarme, coger la maleta amarilla y salir.

Los vi a lo lejos, ambos sonreían. Alicia levantó la mano para saludarme en cuanto me vio. Se notaba que estaba feliz, irradiaba luz, también que había ido a la peluquería porque sus mechas rubias lucían impecables, su melena le rozaba los hombros y le caía sin forma alrededor del rostro. Desde que la conocí admiraba su pelo liso.

Su sonrisa era cálida, era imposible no devolvérsela, era de ese tipo de personas que cuando te sonríen no puedes ignorarlas. Su cuerpo era delgado y no era mucho más alta que yo, pero con sus tacones siempre conseguía sacarme unos cuantos centímetros. Mi padre era grandote, las canas se entremezclaban con su pelo marrón y hacían que destacaran más sus ojos azules. Ambos encajaban a la perfección, como dos piezas destinadas a encontrarse. Se complementaban tanto y en tantos sentidos que era bonito tener la oportunidad de apreciarlo. Ya no me hacía daño verlos juntos como antes.

En su momento me dolió que mis padres se separaran, me dolió más de lo que creía, me dolió porque a ellos también les causó dolor

y me dolió ser consciente de que el amor la mayoría de las veces no es para siempre, pero también me hizo comprender que en la vida hay muchas oportunidades, ocasiones de empezar de cero y que algo acabe no siempre es malo. Pensar en ella siempre traía consigo: un malestar, un nudo en la garganta y la sensación de que me costaba más respirar. La tenía calada en los huesos, en el pecho y la sentía mucho, pese a que ya no estaba.

Avancé hacia ellos, decidida, mi padre salió en mi busca y me abrazó fuerte, siempre fue de abrazos de oso, de envolverte y hacerte sentir que estaba ahí. Me dejó un beso largo en la frente y me dio la sensación de que me olía. Alicia también me rodeó con los brazos de manera mucho más suave, me tocó algunos mechones de pelo y me dejó una caricia en el brazo.

—Estás preciosa, cielo. —Le sonreí a la chica que le había robado el corazón a mi padre hacía más de diez años.

—Gracias, tú brillas —y lo decía de verdad.

—Se acerca el gran día y está radiante. —Mi padre me pasó un brazo sobre los hombros sin dejar de mirarla.

En menos de una semana serían marido y mujer. La boda más importante a la que iba a asistir: la de mi padre con la mujer a la que amaba.

—¿Qué tal el viaje, pajarito? —Lo miré sin dejar de negar suavemente con la cabeza. Tantos años después y seguía llamándome así.

Apoyé la cabeza en su pecho y asentí despacio.

—Ha estado bien, ahora estoy mejor.

Me observó detenidamente analizándome, no dijo nada, aun así, creo que supo leerme, siempre tan observador, siempre dándome mis tiempos, siempre él.

—Vale, entonces vamos, tenemos mucho que hacer.

Me quitó la maleta de la mano, Alicia se puso a mi otro lado.

—Hemos quedado con algunos amigos y familia para comer —anunció animada.

Cogí aire preparándome para todo lo que estaba por venir, pese a que ni yo misma sabía muy bien qué esperar, a qué atenerme.

—Pero antes vamos a pasar por casa a dejar la maleta y a que te cambies si quieres —dijo Alicia sin perder la sonrisa.

—Estaría genial. —Me había puesto unos pantalones cómodos de chándal y una camiseta tres tallas más grande que fue de mi padre en otra época. Tampoco me hubiera importado darme una ducha para despejarme del viaje.

—Además, tenemos una sorpresa. —Me giré hacia mi padre y sonreí.



Me dediqué a mirar por la ventanilla durante todo el camino en coche, Alicia conducía, siempre le había gustado, y mi padre me observó un par de veces con el ceño un poco fruncido de preocupación sin decir nada. Hablaron entre ellos en voz baja, y yo no prestaba atención, solo contemplaba el paisaje, algo cansada.

Hacía poco que se habían comprado un piso cerca del centro de Valencia. Era una de esas casas antiguas y grandes que seguían teniendo encanto y que hoy en día ya no se construían. Aunque solo había ido una vez, me gustaba la zona, no estaba en pleno centro, pero sí muy cerca de todo, incluso de la playa.

Que se mudaran no me había sorprendido, que tardaran tanto en hacerlo sí. Alicia había crecido en un pueblo de Valencia, a los doce años su familia se trasladó a la ciudad y creo recordar que hasta los veinticinco no había salido de la Comunidad Valenciana.

Su trabajo fue el motivo por el que empezó a viajar: era cirujana y acudía a diferentes congresos por todo el mundo. Trabajaba en un hospital de Valencia cuando conoció a mi padre. Él desde el principio

le dejó claro que no se iría de Zaragoza porque no estaba dispuesto a vivir lejos de mí. Sé que fue un tema complicado para los dos, que les costó tomar la decisión, pero Alicia, tras pedir trabajo en nuestra ciudad y conseguirlo, se mudó. Que yo supiera, nunca le había recriminado nada, y eso que no solo dejó atrás su trabajo, también a su familia, amigas y su vida.

Mi padre siempre le había prometido que volverían a Valencia, al hogar de ella, y había cumplido su promesa. La casa contaba con cuatro habitaciones y tres cuartos de baño, pese a lo grande que era parecía acogedora, sentías que era un hogar, en solo dos meses lo había hecho suyo.

Entramos, mi padre arrastraba la maleta, y Alicia me apretaba la mano, emocionada.

—Y ahora la sorpresa —dijo contenta.

Tenía cincuenta y seis años, pero parecía mucho más joven, sobre todo cuando sonreía.

Seguimos sus pasos hasta llegar frente a una puerta, había una flor pintada en ella, mi flor, mi nombre, Dalia. Giró el pomo despacio y me dejó ver el interior.

—Tu habitación —anunció triunfante.

Durante unos segundos me quedé paralizada. Que me abrieran así las puertas de su casa y hubieran acomodado una habitación para mí era más de lo que me esperaba. Supongo que se me había pasado por la cabeza que ahora que vivíamos en distintas ciudades se olvidarían de mí, era completamente comprensible que quisieran tiempo para ellos, no esperaba que también me incluyeran en esta nueva etapa, en su hogar. Sentí que los ojos se me humedecían, pero aguanté las lágrimas.

—Tengo una habitación —susurré más para mí misma.

—Claro, para que vengas siempre que quieras. Esta también es tu casa. —Sus palabras me calentaron el pecho.

La cama era de matrimonio y ocupaba el centro de la estancia. Los colores pastel le daban un toque dulce, pero el amarillo también estaba presente y me hizo sonreír. Había un armario a la derecha, un espejo, una estantería con algunos detalles que antes habían estado

en la casa de mi padre en Zaragoza y una mesilla de noche. La inicial de mi nombre estaba pintada de violeta.

—La he decorado un poco, pero puedes cambiar lo que quieras —comentó Alicia un poco nerviosa—. Queremos que te sientas cómoda, en casa.

Le sonreí conteniendo las lágrimas. Me adentré, un poco sobrecogida.

—Gracias, es perfecta —dije sintiéndome como una tonta por pensar que me dejarían atrás.

—Me alegra mucho que te guste.

La abracé brevemente, miré a mi padre sin dejar de sonreír y me senté en la cama.

—Tienes una hora y media para deshacer la maleta, cambiarte, ducharte o lo que te apetezca. Luego hemos quedado para comer en la playa, así que ponte fresquita —me informó mi padre con cariño.

Cerraron la puerta tras ellos y me dejaron sola, a los pocos segundos se abrió de nuevo, y mi padre entró con mi maleta. Se acercó a darme un beso en la frente y salió sin decir nada. Cuando la puerta volvió a cerrarse me dejé caer hacia atrás con los brazos abiertos.

1985

Querido diario o querida Lena del futuro:

He cumplido diecisiete y no noto nada extraño. Siento como si no hubiese cambiado nada desde ayer. He llegado a la conclusión de que la gente le da demasiada importancia a los cumpleaños, la edad solo es un número, pero si nada en ti ha cambiado, si no notas nada distinto, quizá es que no has crecido por mucho que el tiempo haya pasado, no sé. Esperaba algo diferente.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Ayer celebramos mi cumpleaños y fue la primera vez que presenté a Javier a mis amigas. Al principio tenía un poco de miedo por si no encajaban, una cosa son María José y Patricia, que son mis amigas de toda la vida, y otra él, pero lo cierto es que todo fue bien y lo pasé genial. Al final cumplir diecisiete no fue tan malo. Cenamos unos bocadillos que hizo mi madre, en el parque, sobre la hierba, y luego fuimos a la feria. No pudimos montarnos en muchas atracciones porque no nos alcanzaba el dinero, pero las pocas que subimos fueron pura adrenalina. Javier me compró algodón de azúcar y jugando a los dardos ganó un pequeño peluche que es una maceta con tres flores, una de cada color y altura. Ahora mismo la tengo a mi lado, es muy suave. Luego nos acompañó a casa y estoy esperando a que llame al telefonillo para bajar y volver a vernos. Estoy muy emocionada.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nunca he tenido muchos amigos, supongo que no encajo en cualquier lugar, tampoco es algo que me preocupe demasiado, hace

unos años sí lo hacía, ahora lo he aceptado. La abuela Josefa se empeña en decirme que soy especial, prefiero única, pero no se lo discuto. Mi hermana Claudia cumplió la semana pasada veinte y está pensando en irse lejos, a Estados Unidos dice, sé que mamá no la va a dejar, pero ella tiene un sueño, y yo no soy nadie para arrebatárselo, así que simplemente sonreí.

Las cosas con Javier van bien, nos vemos mucho y creo que somos amigos.

Cada vez descubro que me gustan más cosas de él.

2010

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Nuestras primeras citas.
Hola, hermanita.

Estoy tan emocionada que he estado diez minutos gritando y dando saltos por la casa, pero me he dado cuenta de que ya no tengo edad para esas cosas, ahora mismo estoy sin aliento, los cuarenta y cuatro me pesan, pero, bueno, a lo que iba.

Hemos tenido nuestras dos primeras citas y han sido increíbles. Me encantaría poder grabarlas para que sintieras lo mismo que yo, tengo la sensación de que las palabras se me van a quedar cortas, aun así, voy a intentar trasmitírtelo todo.

En la primera cita fuimos a un restaurante a comer como ya te conté, me lo pasé bien, no faltaron temas de conversación, me hizo reír mucho, me sentí escuchada y conectamos enseguida, pero es que hoy ha sido más. Creo que hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómoda con nadie. He podido ser yo sin sentirme juzgada, y eso es algo que valoro muchísimo.

He tenido tantas decepciones en las últimas citas y durante los últimos años que aún me sigo preguntando si este hombre es real o una simple fantasía.

Es tan atento y considerado…, muy detallista. En la boda (aún me parece maravilloso que nos conociéramos en una boda) dejé caer que mis flores favoritas eran las hortensias y hoy ha aparecido con una. Ese simple gesto me ha derretido, ya sabes que los detalles los aprecio mucho.

El caso es que hemos ido a pasear un poco antes de ir a tomar un helado, quizás te parezca un plan muy sencillo, pero me ha gustado mucho y me ha hecho darme cuenta de que no necesitamos

un gran decorado o ruido de fondo porque tenemos demasiadas cosas que contarnos y los silencios no se hacían incómodos. Hemos pasado cinco horas juntos y se me ha hecho corto. Quiero saberlo todo de él. Es la primera vez que me pasa esto con un hombre. Tengo cuarenta y cuatro años, pero cuando estoy con él vuelvo a tener dieciséis. Me pongo nerviosa, se me acelera el corazón y siento calor. Esta tarde me dolían las mejillas de sonreír tanto.

Resulta que es traumatólogo y trabaja en un hospital, de eso conocía a Marisa (la novia de la boda, que seguro que ya no te acuerdas de quién te estoy hablando), tenías que haber visto su cara cuando le he dicho que también trabajo en un hospital. Es que hasta en eso nos entendemos. No tengo que explicarle en qué consisten los largos turnos o por qué mi vida a veces es un poco caótica.

Volviendo a esta segunda cita, aparte de la flor, el paseo y el helado, lo que más hemos hecho ha sido hablar, y me encanta, tiene una voz de esas que te envuelven, algo ronca, fuerte, pero tranquila al mismo tiempo. Supongo que me gusta, me gusta mucho, y sobre todo me gusta porque tiene las cosas muy claras. Sabe lo que quiere y lo que no.

Pero hay algo. No todo podía ser bueno, ¿no?

Está aquí solo por un asunto de trabajo (no me lo ha especificado) y por la boda, vive a más de trescientos kilómetros de distancia.

Creo que me ha roto un poco el corazón cuando me lo ha dicho y he sentido como si todo lo que hubiésemos podido ser se desvaneciera, así, de golpe.

La buena noticia es que hemos quedado mañana de nuevo. He decidido que, aunque solo lo vuelva a ver una vez más, merecerá la pena.

Ya te contaré más mañana.

Espero que Emma se encuentre mejor del constipado.

¿Y tú qué tal en el trabajo?

Te quiero, Isa.

Dalia

Aunque me había estado preparando mentalmente para ese momento y todos los que vendrían, me sentía algo nerviosa, no por la boda en sí, era por la gente, la gente y sus comentarios desafortunados. No era una persona muy sociable últimamente. Temía agobiarme, que sacaran el tema de ella, que me hicieran la misma pregunta sin querer oír la verdadera respuesta, que todo me sobrepasara. Tambaleé los dedos sobre mis muslos, me toqueteé el vestido de florecitas que me llegaba hasta los tobillos y que había elegido para la ocasión.

Conocía a toda la familia de Alicia, en los diez años que llevaba con mi padre había tenido la oportunidad de verla en varias ocasiones, pero no conocía a todos sus amigos. Respiré hondo un par de veces y bajé la ventanilla cuando vi el mar. Enseguida llegó a mí el olor a salitre, el sonido de las olas muriendo en la orilla y el calor.

—¿Quiénes estarán? —pregunté intentando no dejar ver mi nerviosismo.

—Mis padres, mi hermana, mi amiga Teresa, ¿te acuerdas de ella? —Los ojos de Alicia coincidieron con los míos en el retrovisor durante un segundo.

—Sí, me acuerdo, no hace mucho vino una semana a Zaragoza.

—Pues estará ella con su marido, sus hijos y otra amiga.

—No te vas a aburrir, pajarito. Tanto hoy como en la boda habrá gente de tu edad —comentó mi padre.

—No temo aburrirme, solo es curiosidad.

Cuando aparcamos salí la última del coche. Me sentía como la niña pequeña que acompaña a sus padres por obligación a la comida familiar.

El restaurante se encontraba en primera línea de playa, el cielo estaba despejado y el mar, tranquilo. Hacía sin duda un día espectacular. Cuando llegamos estaban todos esperándonos. Los padres de Alicia me saludaron con cariño, también su hermana. Su hija, la sobrina de Alicia, me rodeó con un abrazo cálido, hablé un rato con ella poniéndonos al día, era siete años más mayor que ella y, sin duda, era mi favorita de la familia. Alicia no tardó en presentarme a sus amigos.

—Hola, Teresa —dije saludándola.

—Este es mi marido, Alfredo —contestó presentándome al hombre que tenía al lado.

No me dio tiempo a fijarme mucho porque Alicia volvió a reclamar mi atención.

—Dalia, esta es mi amiga Marta.

Se sucedieron besos y presentaciones. Teresa se quedó a mi lado.

—Mis hijos han ido a comprar tabaco. —Puso los ojos en blanco —. Ahora cuando vengan te los presento. Mira, allí viene Sofía, es un año más mayor que tú.

Intrigada, me giré hacia donde indicaba.

Nunca había creído en los flechazos, pero algo acababa de traspasarme el pecho y no podía apartar la mirada. Me costó tragar saliva, sus ojos eran azules, de un azul eléctrico, casi tanto como la electricidad que parecía rodearnos a cada paso que daba acercándose más a mí. Su pelo rubio era precioso y brillaba, como nunca había conseguido que lo hiciera el mío, marrón, apagado, sin forma si no cuidaba mis ondas. Tenía ganas de acortar la distancia que nos separaba y no entendía por qué de repente me sentía así, qué era lo que había despertado dentro de mí. Sonrió y, joder, quise besarla, besar sus labios y su sonrisa. Nunca me había ocurrido eso ni me ha vuelto a ocurrir. Me limpié el sudor de las manos en el vestido y esperé hasta que llegó a nuestro lado. Nos sonreímos tímidamente.

—Sofía, esta es Dalia. Dalia, mi hija. —La voz de Teresa me hizo parpadear.

Cuando nos dimos dos besos su olor me envolvió y me gustó más.

—Encantada. —Y realmente lo estaba.

—¿Te acuerdas de que te he hablado de ella en alguna ocasión? —le preguntó a su hija sin ser consciente de la tensión que nos envolvía.

—Sí —contestó con una sonrisa.

Pese al gesto parecía que sus ojos estaban algo tristes, como si quisiera llorar o acabara de hacerlo. Me acerqué un poco más a ella.

—¿Estás bien?

Parpadeó despacio como si mi pregunta le hubiera sorprendido, su sonrisa disminuyó y asintió suavemente.

—Mira, por allí llega mi otro hijo. —La voz de Teresa hizo que tomara conciencia de lo cerca que estábamos Sofía y yo, que volviera a poner distancia entre ambas y me girara hacia donde ella indicaba.

El chico que se acercaba a nosotras también tenía el pelo rubio y los ojos azules, tenía pinta de surfero, despreocupado, pero guapo, compartían muchos rasgos, era evidente que eran hermanos. Estaba bastante moreno y bajo la camiseta se entreveían algunos tatuajes. Llevaba un paquete de tabaco en la mano. Nos saludamos, mi mirada volvió a Sofía y tuve una sensación extraña, como si ya la conociera, como si algo se me escapara.

Nos llamaron para sentarnos en la mesa, lo hice al lado de mi padre y en frente de ella. Parecía que nuestros ojos no podían parar de coincidir, aun así, estuve distraída durante toda la comida, entre el cansancio del viaje, los nervios y la extraña situación, me quedé algo ausente. Hubo risas, anécdotas, vino, mucha conversación y comida, sin embargo, si alguien me hubiera preguntado de qué se había hablado no habría sabido qué decir. Brindamos por los novios, por la pareja más bonita y por el amor. Un rato después del postre me levanté. Mi padre me observó.

—Voy a caminar un poco por la orilla. No tardaré mucho —anuncié sonriéndole.

Asintió y dejó un beso en la mano que tenía sobre su hombro.

—Voy contigo. —Sofía se levantó de la silla.

Esperé hasta que estuvo a mi lado y salimos al paseo, al llegar a la arena me quité las sandalias y las cogí con la mano, ella hizo lo mismo. Me sentía algo incómoda, quizás esa no era la palabra correcta, pero se le parecía. La miré un par de veces, y ella no dijo nada. Nos acercamos a la orilla, el sol me picaba en la piel, caminamos, el bajo del vestido se me mojaba de vez en cuando y no me importaba. El agua estaba algo fría. Hacía viento. No había mucha gente, aunque tampoco estábamos solas.

—¿Por qué me has preguntado si estaba bien? —Su voz me sorprendió entre tanta tranquilidad.

—Porque parecía que estabas a punto de llorar o que acababas de hacerlo —contesté sincera.

—Si estaba sonriendo. —Sonaba confusa, como si quisiera entenderme, creo que le sorprendió que la hubiera mirado y la hubiera visto.

—Pero tus ojos no lo hacían, estaban tristes. —El agua me acarició los tobillos erizándome la piel.

—¿Y ahora?

Se paró delante de mí, la miré detenidamente. El pelo la caía en cascada algo ondulado por la plancha, apenas iba maquillada, solo un poco de máscara de pestañas y labial. Sus ojos se hacían pequeños cuando sonreía y cuando lo hacía de verdad toda su cara cambiaba. Ya no había tristeza en ellos.

—Ahora no tanto —dije tragando saliva.

No sabía por qué me parecía tan preciosa, por qué me atraía así. Tan visceral e inesperadamente.

Retomamos el paseo.

—Ni mi madre ni mi hermano ni nadie se ha dado cuenta. —Me observó con interés.

—¿Quieres contármelo? —pregunté despacio.

—Sí que tenía ganas de llorar. La última vez que fui a una boda todo era distinto, mi vida era otra, me he acordado de esa persona y me he emocionado un poco, es todo. —Su confesión me pilló desprevenida, no creí que fuese a sincerarse. La comprendía más de lo que imaginaba. Nuestros brazos se rozaban a cada paso—. ¿Y tú?,

¿quieres contarme por qué estás tan seria? —Una ola chocó fuerte contra mis piernas—. ¿Es por lo de…? —preguntó con tiento.

Asentí antes de que terminará la pregunta y me costó respirar durante unos segundos, aunque me alivió no tener que explicárselo.

—Mi madre nos lo contó, nos ha pedido que no saquemos el tema, como puedes observar, no le he hecho mucho caso. —Me hizo sonreír—. Si quieres hablar, estoy aquí. Quizás hacerlo con una desconocida sea más fácil.

Tragué saliva y la miré de reojo.

—Gracias —susurré.

Al contrario que Sofía no me sentía preparada para hablar de ella.

Seguimos paseando un rato más, dejando que el entorno nos envolviera, que el aire jugara con nuestro pelo enredándolo, que el sol pusiera algo rojos nuestros hombros, que nuestros brazos se rozaran a cada paso y el agua mojara nuestros pies aliviando parte del calor que hacía.

—¿Volvemos? —preguntó.

Hasta ese momento no fui consciente de cuánto nos habíamos alejado. Asentí y volvimos sobre nuestros pasos.

—¿Hasta cuándo te quedarás? —Su pregunta me sorprendió.

—Hasta que todo termine, tengo doce días de vacaciones. La idea es que, cuando ellos se vayan de viaje de novios, me iré a casa.

—¿Sabes dónde se van? No he conseguido sonsacárselo a Alicia.

Negué.

—No me lo ha dicho. —Me encogí de hombros.

—¿Me das tú número? —preguntó haciendo que se me acelerara el corazón. Estábamos a punto de llegar, ya veía el toldo azul del restaurante y las mesas blancas de la terraza—. Podría enseñarte un poco esto y rescatarte de los preparativos de la boda cuando lo necesites, soy buena en eso. —No perdió la sonrisa mientras lo decía y sentí unos nervios diferentes a los que me habían acompañado a lo largo del día.

No le confesé que adoraba los preparativos de las bodas, que disfrutaba del proceso y que estaba más que contenta de ayudar, solo le sonreí sin creerme que una chica tan preciosa acabara de

pedirme mi número de teléfono. Luego se me pasó por la cabeza que quizás su madre o Alicia le habían instado a que lo hiciera, aun así, no me desanimé, tendría tiempo para averiguarlo.

—Me parece un buen plan, no he estado mucho por Valencia ni la conozco.

—Pues tienes suerte porque soy una guía genial.

Sonreímos, sacó su móvil y apuntó mi número. A los pocos segundos hizo una llamada perdida al mío.

Cuando llegamos al restaurante nos estaban esperando, vi cómo el cuerpo de mi padre perdía tensión al ver mi sonrisa. No tardamos mucho en marcharnos, Sofía y yo nos despedimos con una sonrisa y una mirada de esas que te traspasan y sigues sintiendo incluso cuando la persona ya no está delante de ti.

Alicia y mi padre me dejaron en su casa mientras ellos iban al supermercado a comprar, habían tenido unas semanas muy agobiantes entre el trabajo y la boda, por lo que la nevera estaba completamente vacía. No les dije qué necesitaba, ellos sabían qué me gustaba. Nada más abrir la puerta fui directa a encender la tetera, me había traído unas cuantas bolsitas de mi té favorito, después entré en la habitación y sentí mucha calidez en el pecho.

Me cambié de ropa, me senté en la cama y me puse un rato a cotillear en Instagram, solo el sonido de la puerta me sacó del bucle en el que había entrado. Los ayudé a guardarlo todo, a pesar de que no tenía ni idea de dónde iba nada.

Estuvimos hablando unas horas sobre los preparativos de la boda, las cosas que faltaban y de las que me podía encargar mientras estaba aquí. Quería ayudar en todo lo que pudiera. Alicia me había involucrado mucho en la toma de decisiones y le estaba muy agradecida. Cenamos algo ligero, vimos una película y me fui a la cama. Estaba a punto de dormirme cuando recibí un mensaje.

Desconocido:
¿Qué haces mañana?

Intuía quién podía ser, pero me quise asegurar.

¿Quién eres?

La chica de la playa

Eso me hizo sonreír. Guardé su contacto con ese nombre y le respondí.

Pues mañana creo que la chica de la playa me va a sorprender.

Nos vemos a las doce, si te va bien.

Se me encogió el estómago de nervios y emoción.

Me va bien.

Pasaré a por ti.
Bona nit.

Buenas noches.

Esa noche fue la primera en mucho tiempo que me dormí con la sonrisa en los labios y la emoción de no saber qué me esperaba al día siguiente.

1986

Querido diario o querida Lena del futuro:

Me gusta.

Es muy frustrante porque no quiero que me guste, pero lo hace. Me gusta la manera en la que se aparta el pelo de la cara, la manera que tiene de guiñarme el ojo, sus sonrisas, sus abrazos y cómo adoraría que se alargaran más…, la forma en la que no puedo evitar sonreír o decirle que sí a todo. No esperaba, no quería, que el primer chico que me gustara fuera él, mi mejor amigo, Javier. Si es que me gusta hasta su nombre. Patricia dice que no tengo solución, y María José, que me lance, así que no es que sean de mucha ayuda…

Querido diario o querida Lena del futuro:

¿Cuándo va a terminar esta tortura? Sigue con Margarita después de cinco meses. Cada vez que los veo besarse se me encoge el estómago y tengo que apartar la vista. Además, nos hemos distanciado un poco porque según él tiene que dividir su tiempo entre los estudios, el trabajo y ella. Aunque no quiero, no puedo evitar que me duela. Todo, la distancia, verlos besarse... He estado saliendo más con Patricia y María José y centrándome en los estudios, a pesar de que odio estudiar, respeto a la gente que le gusta, pero para mí es un sufrimiento sin fin.

Te pareceré una exagerada por decir que están siendo unos meses de mierda.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Me he acostado con un chico, ha sido raro y no tengo claro si me ha gustado. La única que lo sabe de momento es mi hermana

Claudia. Siendo sincera conmigo misma, quería que fuera él, pero Javier no me ve así, lo tengo claro. Al principio creía que era porque era menor, sin embargo desde que cumplí los dieciocho, y él rompió con Margarita, he comprendido que solo me ve como una amiga. Así que hace unos meses decidí que iba a dejar de esperarlo y ayer, cuando salimos de fiesta, simplemente pasó, no fue algo que busqué ni planeé, solo surgió.

Tengo claro que no volveré a ver a ese chico, es que ni siquiera recuerdo su nombre, pero por lo menos fue bueno, se portó bien conmigo. Claudia dice que he tenido suerte de
haberlo hecho con uno decente y de que se acordara de usar protección. Yo lo único que sé es que desde entonces tengo una sensación rara en el cuerpo, me siento un tanto incómoda y ni siquiera sé por qué.

Querido diario o querida Lena del futuro:

He empezado a fumar, todo es culpa de Javier y también de los estudios. Espero que mi madre no se entere o cualquier día muero. Estoy a final de curso y me pone nerviosa no saber qué me espera después. Hasta ahora seguía una rutina y, aunque estudiar no me hace feliz, por lo menos es sencillo, pero un futuro se abre ante mí y tengo que saber cuál quiero que sea, qué quiero hacer con el resto de mi vida; el problema es que no tengo ni idea. Javier está en el tercer año de Medicina. Patricia se ha decantado por Magisterio, y María José, por trabajar en la peluquería de su madre mientras intenta sacarse unas oposiciones, sin embargo, yo solo sigo aquí escribiendo sin tener claro mi futuro ni dónde estaré en unos años.

Querido diario o querida Lena del futuro:

He empezado a salir con un chico, se llama Manuel. Me encanta cómo besa y lo que me hace reír.

La verdad es que cuando lo conocí hace unos meses, en el cumpleaños de María José, apenas le di importancia ni le dediqué

más de un par de miradas, pero últimamente nos hemos visto mucho y siempre que estamos juntos me lo paso bien, tenemos gustos parecidos y es muy guapo. Hace un par de semanas me pidió salir por primera vez, me siento muy cómoda con él. Mañana tenemos pensado hacer oficial lo nuestro y contárselo a todos.

Querido diario o querida Lena del futuro:

He decidido dejar el COU.

No negaré que ha sido una decisión difícil, casi tengo la sensación de que he «desaprovechado» los tres últimos años de mi vida, pero mi padre dice que por lo menos me ha hecho darme cuenta de que no quiero estudiar ninguna carrera y no perder un año más. Siendo sincera conmigo misma, no sé qué hacer con mi vida, me siento tan perdida como si estuviera en un callejón sin salida. Lo que sé es que no me quiero tirar los próximos años de mi vida estudiando algo porque nada me llama.

He estado pensado en ponerme a trabajar, sin embargo, mi madre me ha terminado convenciendo de que tener unos mínimos estudios es importante. Solo por su insistencia y pesadez (casi extrema y asfixiante) he empezado una Formación Profesional, Administrativo. Lo único que me consuela es que son dos años y que mi madre me ha prometido que si no me gusta me dará la opción de elegir lo que yo quiera, incluso si eso es trabajar en un bar.

No puedo decir que me apasione o que me encante, pero ella siempre me dice que el trabajo no es algo que te haga feliz, es una necesidad, así que me he resignado y le he hecho caso. Las dos primeras semanas están siendo algo raras.

2010

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Un adiós
Hola, hermanita.

Hoy nos hemos despedido.

Esta tercera cita ha sido muy bonita, quizás lo que la ha hecho tan especial es que puede que sea la última. Tiene que volver a casa. Lo sabía, pero eso no ha hecho que la desilusión fuera menos. Aunque la tristeza solo me ha durado unos segundos, antes de ser del todo consciente me estaba besando, nos estábamos besando. Cada vez que lo recuerdo no puedo evitar sonreír. Sabe besar, ya te digo yo que sabe, y no, no te voy a dar más detalles.

Eso sí, hacía tiempo que no me besaban así de bien, que no me robaban el aliento, que no perdía el rumbo de la vida o el tiempo. Es que cuando creo que ya no me puede gustar nada más de él, lo hace y me da rabia.

Hemos quedado en que nos llamaremos por teléfono y seguiremos en contacto, pero sin compromiso. Soy realista, él también. Ambos tenemos una vida, más de cuarenta años, trabajo, responsabilidades… Si por norma general es complicado empezar a conocer o salir con alguien, con la distancia lo es mucho más, pero también hemos llegado a la conclusión de que lo a gusto que nos hemos sentido no es algo que se encuentra todos los días y queremos seguir en contacto. Quizás esto no llevará a ningún sitio o quizás sí. No me quiero hacer muchas ilusiones, así si no sale bien luego el golpe no dolerá tanto.

Me alegro mucho de que Emma se encuentre mucho mejor, os echo de menos a las dos.

Ya te contaré dónde nos lleva esto.

Te quiero, Isa.

Dalia

Me desperté algo desorientada. Reconocí que no estaba en mi casa por la suavidad de las sábanas y por el colchón, la sensación era como si flotara, quería quedarme a vivir en esa cama. Me levanté descansada y fui directa a la cocina. Olía a café y a la colonia de mi padre, que me dejó un beso en la cabeza y encendió la tetera.

—¿Has dormido bien? —preguntó, y asentí, no era muy comunicativa de buena mañana—. Ayer compramos tus tés favoritos, segundo armario a la derecha.

Le regalé una sonrisa y fui a por ellos.

—¿Y Alicia? —La pregunta me salió de los labios casi al mismo tiempo que un bostezo.

—Tenía turno en el hospital —contestó tras beber un sorbo de café.

—¿Cuándo empieza sus vacaciones?

—En tres días —dijo con una mueca—. Se las debería haber cogido un día antes, por lo menos.

—Sí, es muy cerca de la boda —comenté. Desayunamos apoyados en la bancada de la cocina—. ¿Qué tal el nuevo trabajo? —pregunté mirándolo a los ojos.

Una semana después de mudarse se había incorporado a trabajar. No era ningún secreto que le había costado dejar su anterior empleo, llevaba muchos años en el hospital de Zaragoza. No solo era renunciar a su puesto, sino a sus compañeros y toda una vida profesional atrás.

—Bien, me gusta. Los cambios a veces dan miedo, pero también son necesarios. Creo que estar aquí me va a hacer aprender mucho y tener nuevos retos.

—Me alegro —dije sincera.

—¿Y tú con los tuyos? —Me encogí de hombros con su pregunta.

—Bien, sin más.

—¿Has pensado en buscar…, no sé, algo diferente?

Sabía que no lo decía con maldad, pero el simple hecho de que lo mencionara me dolía. No trabajaba en algo que me apasionara, simplemente lo hacía porque lo necesitaba para llegar a fin de mes.

Desde hacía más tiempo del que recordaba me arrepentía de haber dejado los estudios, porque mi futuro solo era un montón de nada, de días repetitivos y constantes haciendo algo que no me hacía feliz. Y me había dado cuenta de que no hay nada más triste que trabajar en algo que no te apasiona.

Había estado buscando trabajo, algo distinto, pero para todo pedían unos estudios o unas prácticas que no tenía. Para volver a estudiar tendría que dejar algún trabajo y quería ser independiente, así que no era compatible. Me podía la culpa, la impotencia y la rabia hacia mí misma por no haber buscado algo mejor, por en vez de pensar en el presente y lo poco que me gustaba estudiar no haber pensado más en el futuro, por no haber sido más inteligente y darme cuenta de que sacrificar un poco de mi tiempo y estudiar más me daría quizás un futuro mejor.

Así que su pregunta me molestaba porque ya me machacaba yo sola lo suficiente, aunque eso él no lo sabía porque nunca se lo había comentado. No es fácil aceptar que las decisiones que tomas tienen consecuencias y menos cuando se convierten en errores.

—No he encontrado nada. —Me tragué el nudo que notaba y bajé la mirada a mi plato vacío.

—Vale. —Me giré porque la decepción en su voz me atravesó—. Si quieres que te ayude a buscar algo o cualquier cosa, puedes decírmelo —añadió despreocupadamente.

Quise llorar, quise correr a cobijarme entre sus brazos y liberar los sentimientos que hacían presión en mi pecho. Pese a la impotencia que sentía, en vez de lanzar el plato con fuerza para que se rompiera lo dejé con el mayor cuidado posible dentro del lavavajillas.

Parecía querer decir algo, pero al final se guardó las palabras y no salió nada de sus labios.

—Me voy, que no quiero llegar tarde. ¿Hoy vas a hacer algo interesante? —preguntó intentando destensar el ambiente.

—No creo.

No le comenté que había quedado con Sofía, en ese momento estaba demasiado enfadada, triste o quizás decepcionada.

—Que tengas un buen día. —Me quedé paralizada al notar un beso en la coronilla.

—Igualmente —dije mientras lo veía salir por la puerta.

Dejé todo eso que latía furioso en mi pecho y lo hice a un lado, no quería que aquello definiera mi día. Hice la cama, mi rutina de cara y me vestí cómoda. Cotilleé un poco la casa, encontré muchas fotografías mías. Intercambié algunos mensajes con Vera y, aunque le pregunté, no conseguí sacarle qué había pasado con Nieves. Luego me senté en el sofá y antes de lo que creía recibí un mensaje.

La chica de la playa:
Estoy abajo.

Cogí el bolso, guardé el móvil y bajé.



Pensaba que quizás me sentiría un poco incómoda al verla de nuevo. El paseo por la playa había sido un tanto extraño, pero cuando la vi parecía que la energía que la rodeaba había cambiado. La sonrisa se podía intuir en sus ojos y estaba preciosa con el pelo suelto, unos vaqueros, una camiseta de lo que parecía un grupo de música y una

confianza que el día anterior no estaba. Tenía algo magnético que me atraía, de eso no había duda. Nos paramos una frente a la otra, no sabía muy bien cómo saludarla, pero no me dio tiempo a titubear, se acercó a mí, decidida, y nos dimos dos besos.

—¿Has desayunado? —preguntó sin perder la sonrisa.

—Sí. —Y no sabía si había sido buena idea porque me daba vueltas el estómago por culpa de los nervios.

—Vale, yo no. —Sus tripas hicieron un ruido, nos miramos y reímos. Eso aligeró el ambiente y me liberó de los nervios—. ¿Te importa si vamos a tomarnos algo?

—Claro que no, pero no conozco ningún sitio por esta zona. —Miré a mi alrededor y arrugué la nariz.

—No te preocupes, he aparcado bien, seguro que encontramos alguno por aquí cerca. —Abrió el móvil y buscó.

—¿Vives muy lejos? —indagué curiosa mientras ella observaba la pantalla.

—Depende de lo que entiendas por lejos, pero más o menos a una media hora andando, en coche unos diez minutos. —Sonrió y bloqueó el teléfono—. Vamos, he encontrado un sitio, es por aquí. —Seguí sus pasos.

—¿Te gusta caminar? —No sabía por qué le había preguntado eso, quería saber cosas sobre ella y tenía la mente en blanco.

—No mucho, ¿y a ti? —Su mirada me recorrió entera haciendo que el estómago se me encogiera.

—Sí, a veces.

Nos quedamos en silencio, vimos unas sombrillas a unos cuantos metros y nos dirigimos hacia allí.

—¿Has hecho algo interesante esta mañana? —Su pregunta iba acompañada de una mirada curiosa.

—No, cotillear un poco la casa, hablar con una amiga y poco más. —También sentirme muy decepcionada conmigo misma, pero eso no se lo iba a decir.

—Creo que me comentó mi madre que tus amigas venían a la boda.

—Sí, mis dos mejores amigas. Nieves y Vera. A Nieves la conozco desde los doce años y a Vera, desde los catorce. Son como

de la familia.

—Tengo ganas de conocerlas y me encantan vuestros nombres, no son nada comunes.

—Somos únicas. —Es lo que siempre decíamos.

—De eso no hay duda —añadió mirándome de reojo. Conforme nos acercamos vi que había unas cuantas mesas ocupadas.

»Ayer… —empezó a hablar algo titubeante—. Ayer me pillaste un poco de bajón, pero quiero que sepas que no soy así la mayoría de los días —terminó diciendo.

—¿Y cómo eres? —pregunté con mucho interés.

—Encantadora. —Giró un poco la cabeza en mi dirección y pestañeó rápidamente haciéndome reír.

—Yo tampoco suelo ser así, ayer estaba cansada del viaje y un poco desconectada. No sabía muy bien qué esperar de la comida ni de nada. Están siendo unos días raros. —Suspiré.

—No esperabas conocerme —respondió encogiendo un hombro, y me encantó, me encantó su coquetería, su descaro, su sonrisa, la manera en la que sus ojos brillaban y cómo me miraba, sobre todo me gustaba cómo me miraba.

—No, pero creo que me gustas. —Me sonrojé un poco—. Quiero decir, lo poco que he conocido de ti. Me refiero a que… —Me puse nerviosa, y ella empezó a reírse.

Tenía una risa bonita, natural, toda su cara se iluminaba. En ese momento no sabía que me haría adicta a ella, a esa risa.

—Creo que tú también me gustas.

No supe qué responder, tampoco hizo falta, nos sentamos en una mesa que había vacía. Una enfrente de la otra. El camarero no tardó en acercarse, ella se decantó por un café con tostadas, y yo, por un té. Hacía un buen día. A los pocos minutos trajeron lo que habíamos pedido.

—¿Hace cuánto que conoces a Alicia? —pregunté rompiendo el mutismo agradable que se había instalado entre las dos.

Normalmente me sentía incómoda cuando se creaban silencios con personas que aún no conocía muy bien, como si me sintiera responsable de tener un tema adecuado para hablar en cada momento. Con ella no fue así, desde el primer instante, me sentí

cómoda, pero tenía curiosidad, quería saber más de ella, lo quería saber todo.

—Desde siempre, mi madre y ella se conocieron en el instituto, creo que tenían quince años. Siempre ha formado parte de mi vida, como una especie de tía favorita. Ha estado en todos mis momentos importantes; cuando me fracturé el brazo, cuando me gradué en Secundaria, cuando me sentía perdida sobre qué hacer con mi vida, la primera vez que me partieron el corazón, cuando hice el viaje más importante… Siempre ha estado ahí. —Me miró con una sonrisa nostálgica—. Incluso cuando se mudó a Zaragoza siguió presente, a una llamada o a un viaje de varias horas. —Sonrió recordando—. No me imagino la vida sin ella.

—Qué bonito —susurré un poco emocionada.

Se encogió de hombros y dio un sorbo a su café.

—Alicia es la persona más fiel que conozco, se preocupa de verdad y te quiere con todas las letras. Aunque tú eso ya debes de saberlo. —Me señaló antes de morder su tostada.

—Sí. Al principio fui dura con ella, pero me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerla. —Estaba muy agradecida de tener a Alicia en mi vida y de que hiciera feliz a mi padre.

—Me alegro de que se la dieras porque es de esas personas que merecen la pena conocer y tener a tu lado. —Su amor por ella me fascinó.

Se echó hacía atrás en la silla y me miró, no me sentí cohibida porque yo hice lo mismo. Las ondas del día anterior aún le duraban, pero llevaba el pelo más despeinado, la humedad le daba un aspecto esponjoso. La raíz se le veía más oscura por lo que intuí que llevaba mechas. No iba maquillada, aun así, su piel no tenía ninguna marca ni grano. Sonrió despacio, y yo lo hice con ella. No sé durante cuánto tiempo nos quedamos contemplándonos, el aire jugaba con su pelo y el mío de vez en cuando.

—¿Todo bien por aquí, chicas? —La voz del camarero nos devolvió a la realidad.

—Sí, trae la cuenta cuando puedas —pidió.

—Perfecto —respondió él, procedió a llevarse las pocas cosas que había encima de la mesa y vino enseguida con la cuenta. Quise

pagar mi té, y Sofía no me dejó pese a mis insistencias.

—No creo que me arruine por invitarte —dijo poniendo los ojos en blanco—. Así tengo una excusa para que volvamos a quedar. La próxima vez pagas tú.

Asentí con una sensación cálida en el pecho, me gustaba la idea de seguir viéndonos. Sabía que no tardaría muchos días en irme, pero quizás para entonces me llevaría una amiga con la que poder quedar cuando volviera a la ciudad a ver a mi padre y a Alicia. Tenía la sensación de que aún me quedaba mucho por descubrir de ella y quería hacerlo. Nos levantamos y caminamos rumbo a su coche.

—Aún no nos hemos hecho las preguntas políticamente correctas para no considerarnos extrañas —comentó haciéndome fruncir el ceño.

—¿Y cuáles son? —pregunté curiosa.

—Las típicas que esperas de una persona cuando la conoces —dijo sencillamente, haciéndome sonreír.

—No creo que seamos desconocidas. —Me giré y me encontré con sus ojos azules. Había sentido y compartido más con ella en menos de veinticuatro horas que en los últimos meses con cualquier otra persona.

—Sí que lo somos, solo dimos un paseo por la playa ayer y hemos tomado un café —afirmó segura.

—Mucho más de lo que hago con una simple desconocida, además, eres como la sobrina de la futura mujer de mi padre, somos casi familia.

Puso una cara pensativa y asintió.

—Quizás tengas razón.

—Aun así, puedes curiosear sobre lo que quieras y, si quieres hacerme las preguntas políticamente correctas, también. —Quizás era importante para ella, una forma cómoda de acercarnos más, no lo había pensado hasta ahora.

—Vale, que le den a lo políticamente correcto, ya nos iremos descubriendo —dijo haciéndome sonreír, ella también lo hizo. No entendía cómo podía sentirme tan cómoda a su lado—. ¿Estás contenta con la boda? —Finalmente cambió de tema.

—Sí, claro. Estoy feliz por mi padre y por Alicia. ¿No lo parezco?

—No, quiero decir, sí, pero supongo que tiene que ser extraño que tu padre se vaya a casar y más con todo lo de… —No terminó la frase, pero la entendí.

Al pensar en ella la presión en mi pecho aumentó, me dolía en algún punto entre las costillas y el corazón, debajo de la carne tenía algo que apretaba con fuerza mi corazón.

—No es raro, al menos no para mí, llevo la mitad de mi vida viendo quererse a mi padre y a Alicia, lo que es extraño es que hayan tardado tanto tiempo en dar el paso. —Tragué saliva—. Y respecto a ella… —Cogí aire antes de seguir.

—No hace falta que digas nada.

La miré con ojos brillantes.

—Es que siempre imaginé que viviríamos este momento juntas —dije con la voz rota.

Su mano rozó la mía, no nos conocíamos lo suficiente para abrazarnos en medio de la calle, aún no teníamos ese tipo de confianza, pero entendí que de alguna manera quisiera consolarme, hacerme entender que estaba ahí.

Le rocé los dedos despacio y sentí tanto que creía que lo había soñado. Aparté la mano todavía notando el hormigueo que me había producido tocarla.

Sofía

Estaba segura de que era la chica más preciosa que había visto nunca. Parecía una muñeca, sus rasgos eran dulces, trasmitía ternura, sus ojos grandes me miraban algo asustados, curiosos. Eran de un marrón cálido, nada que ver con mis fríos ojos azules. En los suyos parecía que había un mundo, podían llegar a ser hogar y no me hubiera importado mirarlos constantemente, perderme en ellos.

Quería saber qué escondía, qué pensaba, de qué tenía miedo y con qué soñaba. Acababa de conocerla y quería saberlo todo de ella. Me había sentido atraída desde que nuestras miradas se encontraron en mitad del restaurante. No pude dejar de observarla, como si tuviera algo adictivo, era un imán para mis sentidos. Por lo menos había percibido que a ella le pasaba algo parecido conmigo. No sabía qué esperar, no sabía si tenía miedo o estaba ilusionada.

Lo que tenía claro es que no quería dejar de hacerla reír, al escuchar su risa notaba escalofríos. ¿Cómo podía una desconocida hacerme sentir tanto? Tenía tantas preguntas que hacerle que me daba la sensación de que nos iba a faltar tiempo. Quería que la boda fuera eterna, que no acabara nunca para que no se fuera.

Volví a mirarla, era una muñeca perfectamente imperfecta, su pelo castaño no parecía llevarse bien con la humedad de mi ciudad, se notaba que había intentado domar sus rizos, pero el *frizz* se había instalado en ellos. Cuando sonreía de verdad se le marcaban unas arruguitas preciosas en las comisuras de la boca. Toda ella daba paz, era de esas personas que son todo luz pese al dolor que escondan, tenía mucha vida, era como mirar directamente al sol, cálida, sencilla, preciosa. Me hacía pensar en una casa de madera, en el césped verde recién cortado, en la naturaleza, en las flores pequeñas, en el color amarillo.

Estaba muy delgada, aun así, la energía que trasmitía la hacía parecer más grande. Su presencia destacaba allí donde estaba. No sabía qué pensaría la gente al mirarnos, pero no podíamos ser más distintas físicamente, estábamos llenas de contrastes.

Escuchar su voz romperse había removido algo dentro de mí, llegué a conectar con mi propio dolor. Quise abrazarla fuerte, sin embargo, no quería crear un momento raro entre las dos. Cuando conocía a una persona no me gustaba tocarla demasiado hasta saber que ella se sentía cómoda con las muestras de afecto.

Cada persona es un mundo. Algunas son muy cariñosas, otras no soportan el contacto físico y algunas se encuentran en medio. Dependiendo de la persona y del lugar se sienten bien o a gusto con el contacto o no. Aún no la conocía lo suficiente para saber a qué grupo pertenecía ella, pero con solo rozar su mano para hacerle saber que estaba ahí había sentido una corriente eléctrica que me recorrió el brazo, eran chispas de color amarillo. Me sorprendí un poco de lo que una simple caricia despertó dentro de mí. Nunca me había pasado que conociese a alguien y, desde ese primer instante, la sintiese como hogar. Era una locura, era absurdo, era fascinante.

Aunque contaba con varias relaciones a mis espaldas, ninguna, ninguna, ni la que duró más ni con la que estuve menos tiempo, me había hecho sentir así. Sé que no hay que comparar ni a las personas ni a las cosas, pero Dalia era un fenómeno extraño y fascinante que había llegado a mi vida de manera imprevista.

—He aparcado en la calle de atrás —rompí el silencio cómodo que se había instalado entre las dos.

No tardamos mucho en llegar al coche, que estaba algo viejo porque antes era de mi hermano. Tenía sus años y algunos rayajos decoraban la carrocería. La miré disimuladamente mientras entraba en el coche y recuerdo pensar en que quise que se convirtiera en mi mejor amiga.

1987

Querido diario o querida Lena del futuro:

Cristóbal y yo lo hemos dejado y ni siquiera estoy triste, así que me siento mal por no sentirme mal. ¿Tiene eso algún sentido?

Querido diario o querida Lena del futuro:

Ya tengo diecinueve, aunque este año no tengo muchas ganas de celebrarlo, aun así, salimos Javier, dos amigos suyos y mis dos amigas a tomar algo, la fiesta se nos fue un poco de madre y… he decidido que no voy a volver a drogarme, no es para mí.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Empiezo a estar más contenta con la Formación Profesional y la rutina, comienzo a ver el lado bueno. Javier ha roto con su última novia y no debería sentir una especie de alivio, pero lo siento. Eso sí, ya no me gusta (o eso me intento hacer creer).

Querido diario o querida Lena del futuro:

Javier y yo estábamos sentados en un banco y no sé quién de los dos ha dicho: «Me encantaría estar en la playa». Nos hemos mirado, fuimos corriendo a casa a por las llaves del coche (sí, Javier se ha comprado un coche con el dinero que ganó el verano pasado, aún sigo alucinando, es de segunda mano, pero está bastante bien), he cogido el diario, unas pocas prendas de ropa y ahora, mientras escribo esto, estamos de camino a la playa. Seguramente haremos noche en algún sitio porque la playa más cercana está a doscientos

cuarenta kilómetros de distancia. Va a ser un fin de semana increíble, lo presiento. Todo es tan fácil con Javier…

Querido diario o querida Lena del futuro:

Creo que nunca me he sentido tan libre. No sé si es por los estudios, que no me desagradan tanto como creía; los nuevos amigos que estoy haciendo; el tiempo que paso con Javier, o las noches de fiesta con Patricia y María José, pero estos últimos meses están siendo increíbles.

2010

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Poniéndote al día sobre mi vida.
Hola, hermanita.

¡Qué feliz estoy por ti!

Me alegro muchísimo por tu ascenso, te lo mereces todo.

En cuanto he llegado a casa he abierto una botella para celebrarlo, aquí te adjunto foto. He cerrado los ojos y he imaginado que brindaba contigo. Lo digo en serio, me alegro mucho mucho mucho.

Respondiendo a tus preguntas del correo anterior, podría decirse que somos amigos. Las llamadas entre nosotros se siguen sucediendo, no recuerdo quién fue el primero en llamar al otro, pero desde hace dos meses hablamos a diario. Es reconfortante escucharlo al otro lado del teléfono, a veces lo siento cerca, aunque no lo suficiente. Mentiría si dijera que la distancia no pesa y suma para que todo sea más complicado.

Hoy le he hablado de ti, de mi hermana favorita, de por qué vives en Suiza y de tu sordera, de que ese es el motivo por el cual nos mandamos tantos correos en vez de llamarnos por teléfono. También le he contado que es la razón por la que aprendí lenguaje de signos con diez años.

Así que sí, hoy has sido el centro de nuestra conversación.

Esta semana en el trabajo se me ha hecho un poco más cuesta arriba, pero en Navidades siempre pasa lo mismo.

Creo que va a ser la primera vez desde hace mucho tiempo en el que voy a terminar el año con muchas ganas de que empiece el siguiente e intrigada por todo lo que está por llegar. Tengo la sensación de que nos espera un gran año a las dos.

¿Vas a volver a casa por Reyes? Espero que sí, porque, a pesar de que adoro a nuestra madre, todo será mejor si estáis vosotras y tengo muchas ganas de abrazar a mi sobrina favorita.

Por cierto, dile a Emma que me alegro de que le vaya genial en el colegio.

Y estoy muy orgullosa de ti.

Te quiero muchísimo, Isa.

Dalia

El coche había estado aparcado al sol por lo que hacía un calor asfixiante cuando entramos, bajamos las ventanillas y, en cuanto lo puso en marcha, la radio se encendió. *Anyone* de Justin Bieber comenzó a sonar en ese instante, desde que la había oído por primera vez me parecía una canción preciosa.

Forever's not enough time to
Love you the way that I want.

«Para siempre no es suficiente tiempo para amarte de la manera que quiero», tarareaba cuando nuestras miradas coincidieron y solo duró un segundo, pero de alguna manera sentí que fue mucho más. Ella devolvió la vista a la carretera, pero yo no la aparté de su perfil. Recorrí su frente; me fijé en el mechón de pelo que se movía al ritmo del aire; repasé su nariz un poco pequeña y con la punta hacia arriba; sus labios mullidos, que en ese momento se humedeció con la lengua, me quedé más tiempo de lo estrictamente necesario en ellos; luego recorrí el contorno de sus pechos redondos y grandes comparados con los míos, pero sin recrearme demasiado; observé sus manos agarrando el volante y sus uñas pintadas de negro. Me parecía sexi, muy sexi.

—¿Qué? —preguntó sonriendo. Aparté la vista, algo avergonzada.

»¿Te importa si paramos a poner gasolina? —preguntó segundos después al ver que no respondía.

—Sin problema —contesté mirando el paisaje.

Nos desviamos a una gasolinera, me quedé dentro del coche mientras ella salía, pagaba y repostaba. Cuando entró parecía contenta.

—¿Qué te apetece ver? —me dijo arrancando el coche.

—Lo que quieras enseñarme, es tu ciudad. —Quería que me sorprendiera.

—Vamos a empezar fuerte, quiero enamorarte —respondió.

¿Dejaría de hacerme sonreír en algún instante? Esperaba que no.

—Creo que lo vas a tener un poco difícil —añadí haciéndome la interesante.

—Acepto el reto.

No tenía ni idea de a dónde nos dirigíamos, pero con ella estaba dispuesta a ir a cualquier lugar.



Después de un par de vueltas encontramos un sitio, aparcó tan pegada al coche de al lado que le costó salir. Fingió quedarse sin aire exageradamente, lo que me hizo reír. Me gustaban sus curvas, siempre había admirado a las chicas que tenían cintura, pero también cadera, algo de culo y de tetas. Yo era más bien plana… en todos los sentidos y por aquel entonces estaba muy delgada. Sin darme cuenta la tristeza me había ido consumiendo.

—¿A dónde vamos? —pregunté mientras empezamos a caminar.

—A la Ciudad de las Artes y las Ciencias —anunció con emoción.

—Creía que ibas a empezar por el centro —dije mirándola sorprendida.

—Eso es más típico, ya lo visitaremos luego. Había pensado en llevarte a la playa, pero, como estuvimos ayer, he optado por venir aquí primero.

—No me importaría volver a ir, tampoco es que ayer la disfrutara mucho. —O no como me hubiera gustado.

—Lo tendré en cuenta. —Me guiñó un ojo.

Bajamos unas escaleras y fue como trasportarme a otro lugar. Había visto alguna vez en la televisión o en alguna fotografía la Ciudad de las Artes y las Ciencias, pero no me lo esperaba tan grande, tan único. Empezamos a acercarnos, no hablamos mucho y me gustó porque me permitió disfrutar del entorno. Los edificios blancos se reflejaban en el agua dándole más autenticidad a la imagen, con la cámara correcta saldría una fotografía de postal. No sabría cómo describir lo que veía, las líneas y la composición que formaban las diferentes arquitecturas eran fascinantes.

El sol me quemaba en los brazos y había bastantes personas, la mayoría haciéndose fotografías.

—Había pensado que alquiláramos unas bicicletas y diéramos un paseo por el río —comentó Sofía sacándome de mi ensoñación.

—¿Es muy grande? —pregunté.

—Sí, no podremos verlo todo, seguro que me canso antes o tengo hambre, solo un paseo corto. Ahora que lo pienso creo que yo nunca lo he hecho; recorrerlo en un solo día.

Alquilamos unas bicicletas y empezamos el recorrido por los Jardines del río Turia. A medida que íbamos avanzando el paisaje iba cambiando, pero sin perder su esencia, era bonito. Dejamos atrás una panorámica más futurista y nos adentramos en lo que parecía un jardín enorme y lo mejor es que cada vez que pedaleábamos todo cambiaba a nuestro alrededor haciéndolo aún más espectacular. Había muchas zonas verdes, difíciles de encontrar en otras ciudades. Era un oasis de calma entre tanto ruido, entre los agobios de ir de un lugar para otro y todo lo que suponía vivir en una ciudad.

Vimos a gente corriendo, paseando a sus mascotas, caminando, patinando en zonas específicas, haciendo deporte en grupo…, también a algunas personas tumbadas en mitad de la hierba tomando el sol o leyendo. Fue un paseo muy agradable, a ratos íbamos una al lado de la otra; cuando la ocasión lo requería, más despacio, y a veces por espacio una iba delante y la otra detrás.

Me contó dónde celebró algunos de sus cumpleaños cuando era pequeña, me enseñó el lugar en el que aprendió a montar en bicicleta, incluso dónde se dio su primer beso. Un poco más adelante nos desviamos, subimos una rampa y regresamos al mundo real de alguna manera. Los coches pasaban a toda velocidad, la gente iba con prisas, pero la sensación de tranquilidad que había sentido durante el paseo no me abandonó.

—El centro está aquí al lado. Vamos, si te apetece, a dar una vuelta, y comemos —me propuso, animada.

—Genial. —Me encantaba la idea de seguir descubriendo la ciudad a su lado.

Recorrimos las calles acompañadas del tráfico y los sonidos tan característicos de la urbe. El calor se había vuelto algo pegajoso cuando llegamos a la plaza del Ayuntamiento, me quemaban los brazos cuando recorrimos la plaza de la Reina y me sudaba la nuca cuando llegamos a la plaza de la Virgen. Todos los lugares tenían un encanto especial, hice algunas fotografías de recuerdo y también nos hicimos una juntas. Fuimos a un restaurante en el que, según ella, hacían unos bocatas buenísimos, me rugía el estómago cuando nos sentamos en una terraza a la sombra, agobiadas de tanto sol. Era tarde, así que, aunque había bastantes personas por las calles, el sitio no estaba muy concurrido, apenas unas mesas, aparte de la nuestra, estaban ocupadas.

—¿Siempre es así el calor aquí? —pregunté abanicándome con una mano.

—No, es mucho peor —contestó riendo.

—Me gusta la playa, pero no la humedad que hace aquí, es asfixiante —protesté mientras me levantaba el pelo para airearme la nuca.

—Bienvenida a Valencia. —Abrió los brazos exageradamente, y los de la mesa de al lado nos miraron.

Pedimos y comimos sin dejar de hablar, parecía que nunca se nos acababa el tema de conversación. Con el estómago lleno y saciada, me acomodé en la silla para contemplarla.

—¿Aún estás estudiando? —pregunté analizándola.

—¿Vamos a empezar con las preguntas políticamente correctas? —Fue su respuesta mientras imitaba mi postura.

—Quizás. —Me encogí de hombros sin perder la sonrisa, sin dejar de mirarla.

—No, ya no estudio. —Entrecerré los ojos e intenté concentrarme. Ella soltó una carcajada—. ¿Qué se supone que estás haciendo, Dalia? —añadió divertida.

—Intentar averiguar a qué te dedicas. —Dudé antes de hacer mi apuesta sobre su profesión—. ¿Enfermera?

—No, ¿te lo puedo decir? —Asentí—. Azafata de vuelo. —Abrí los ojos, sorprendida—. No sé si debería sentirme ofendida o no por tu reacción.

—Para nada, me parece un trabajo interesante, no lo hubiera imaginado. No conozco a nadie que vuele. ¿Siempre quisiste ser azafata? —A cada cosa suya que descubría más fascinante me parecía.

—Para nada, aunque siempre soñé con volar, y ahora lo hago. —Sonreímos—. Tras terminar el Bachillerato estaba algo perdida, empecé la carrera de Turismo y Ocio porque me llamaba la atención, pero a mitad del primer trimestre supe que no era para mí y la dejé. A mis padres les costó apoyar mi decisión, pero al final no les quedó más remedio que aceptarlo. Estuve unos meses sin hacer nada en concreto hasta que me reencontré con una antigua amiga del colegio, nos tomamos un café, hablamos, me contó que había empezado a ir a una escuela y que estaba haciendo un curso de Auxiliar de Vuelo. Me apunté con ella para probar y… ahora vuelo alto

—Vaya. —La contemplé con la boca un poco abierta, cautivada.

No dejaba de sorprenderme.

—Estaba en una época en la que necesitaba sentirme libre y, joder, ¿qué hay más «libre» que viajar constantemente y que encima te paguen por ello? Me pareció el trabajo de mis sueños.

—¿Y te lo sigue pareciendo?

—Sí. —Dudó y lo noté—. Eso no quiere decir que me guste siempre, creo que ningún trabajo es perfecto, como todo, tiene sus cosas. —Suspiró—. Viajo mucho, pero es complicado si tienes una

relación o para simplemente poder quedar con amigas o incluso ver a la familia. Los horarios son algo locos y muchas veces me siento desconectada del mundo, por así decirlo, pero me encanta, no lo cambiaría por nada. ¿Y tú?

—¿De qué tengo cara? —Pestañeé rápidamente y puse una mueca que intenté que fuera graciosa.

—De modelo. —Abrí los ojos, sorprendida y alagada—. ¿Qué? Eres preciosa, jodidamente preciosa.

Me sonrojé sin poder evitarlo.

—Gracias —respondí sintiendo la boca seca.

No estaba acostumbrada a los cumplidos.

—Es la pura verdad, Dalia.

Su mirada era intensa, tragué saliva e intenté normalizar el latido de mi corazón.

—Trabajo en una cafetería entre semana y en una tienda de ropa el fin de semana. —Parecía tener dudas sobre preguntar, así que me adelanté—. Dejé los estudios tras el Bachillerato porque no había nada que me llamara la atención y me puse a trabajar.

—¿Y con qué sueñas? —Durante unos segundos me perdí en su sonrisa.

De todas las preguntas, esa era la última que esperaba que me hiciera y me daba algo de vergüenza darle una respuesta.

—No lo sé —susurré.

—¿No? —Negué y aparté la mirada sintiéndome pequeña. Como si por el hecho de no tener sueños fuera menos. Percibí su mano, la caricia despertó mi piel. Levanté la vista y la miré.

—Tienes tiempo para averiguarlo y, si necesitas una compañera de aventuras, aquí estoy.

Apreté sus dedos entre los míos, agradecida. No tardamos mucho en pedir la cuenta, pagar a medias y volver a subirnos a las bicicletas. Esa vez hicimos el camino de regreso por la ciudad aprovechando para empaparme de ella. No me quedé con el nombre de ninguna calle, pero disfruté del recorrido. A mitad de trayecto nos detuvimos y bebimos agua de una fuente, el calor era abrasador. Encontramos un banquito en el que daba la sombra y decidimos hacer una pequeña parada.

—¿Seguimos con las preguntas políticamente correctas? —propuso girándose hacia mí.

—Dispara.

—¿Sales con alguien? —Negué con la cabeza sonriendo un poco. Adoraba que fuera tan directa en ocasiones.

Hacía algo más de un año desde que…, desde que ella se había ido, desde entonces nadie se había cruzado en mi camino ni tampoco había buscado nada.

—¿Y tú estás con alguien? —Me lancé antes de no atreverme a preguntárselo.

—No, ahora mismo no. Lo dejé hace unos meses con mi última pareja.

—¿Eres de dar segundas oportunidades? —me interesé con curiosidad.

—No, cuando rompo con una persona lo hago para siempre, porque si sigo queriéndola o queriendo estar con ella lucho hasta el final, pero cuando corto es de verdad, sin más oportunidades.

Me gustó su respuesta, que lo tuviera tan claro. Retomamos el camino, devolvimos las bicicletas y llegó la hora de irse. Era tarde, más de lo que creía.

Detuvo el coche en la puerta de la casa de mi padre y Alicia. No quise bajarme enseguida.

—¿Te ha gustado? —preguntó mirándome atenta.

—Para ser el primer día no ha estado nada mal, gracias —y lo decía de verdad. Había sido increíble, ello lo era.

—¿Te has enamorado?

Compartimos una risa.

—No soy muy dada a enamorarme de ciudades, sino de lugares concretos; un mirador aquí, un edificio allá, las ciudades en conjunto solo me parecen… ciudades, no sé cómo explicarlo. A veces solo me quedo con un lugar por lo que he vivido en él, puede ser un restaurante o una cafetería, quizás una tienda de ropa. No es la ciudad, es con quién la compartes, pero…

—Bueno, hay un «pero». —Alzó la comisura de los labios.

—Me ha gustado, está llena de contrastes —dije sonriéndole.

—Como nosotras.

—¿Contrastamos? —pregunté interesada por saber cómo nos veía.

—Físicamente mucho, tú eres el yin y yo el yan.

Eso me hizo reír.

Cuando mi risa se desvaneció nos quedamos observándonos con los ojos brillantes, también cansados. Mi cuerpo estaba algo girado hacia el suyo, sus manos descansaban en la parte de abajo del volante. Tenía las mejillas con color y los labios secos. Fui la primera en romper el silencio cómodo que se había instalado entre las dos.

—Mañana tengo que hacer un par de encargos para la boda, había pensado que si quieres me puedes acompañar —propuse antes de no atreverme a hacerlo.

—Me encantaría, pero…

—Hay un «pero» —dije nerviosa, imitándola, ella sonrió.

—Mañana trabajo. Vuelo a Lisboa. Estaré fuera un día.

Se acomodó en el asiento y alargó una mano dejando la palma hacia arriba. Era una invitación. Como si tuviera ganas de tocarme, pero quisiera que fuera yo la que decidiera dónde estaban los límites entre nosotras. Alargué el brazo y le acaricié la palma despacio, cerró la mano como acto reflejo y entrelazamos nuestros dedos. La piel me hormigueó y sentí un pequeño escalofrío. ¿Sería siempre todo tan intenso con ella?

—Cuando vuelva ya estaré libre, tengo algunos días de vacaciones, pero puedes escribirme si te aburres o quieres que te recomiende algún sitio de la ciudad. —Volví a su sonrisa.

—No te preocupes, mañana llega Marc, el sobrino de Alicia, seguro que estoy entretenida.

—No he tenido muchas ocasiones de coincidir con él, tengo ganas de hacerlo en la boda —comentó.

—Te lo presentaré en condiciones, es de mis personas favoritas de la familia.

Ahí se terminaba, y no quería, lo que quería era alargarlo, eliminar la distancia y abrazarla, pero me limité a jugar un poco más con sus dedos y a dejar un beso en ellos. A pesar de que me había nacido de dentro, me arrepentí del gesto. Ella no se rio, me miró con

algo parecido al cariño, sin embargo, era imposible que en tan poco tiempo hubiera tanto sentimiento entre las dos.

—Espero que tengas un buen vuelo —dije mordiéndome el labio, nerviosa.

—Gracias, espero que tengas buen día y disfrutes con Marc.

Asentí, abrí la puerta y salí. Escuché el sonido de la ventanilla al bajarse y me giré.

—No me eches mucho de menos —dijo haciéndonos sonreír antes de desaparecer.

1988

Querido diario o querida Lena del futuro:

Esos sentimientos por Javier que creía que habían desaparecido han vuelto, quizás con más fuerza que nunca, y por primera vez…, por primera vez creo que no soy la única que siente algo. No me quiero hacer ilusiones, igual solo lo pienso porque es la primera vez en años que ninguno de los dos está con nadie. No sé, pero he notado algo en su mirada.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Compartimos cigarros, compartimos abrazos, compartimos risas, compartimos vida. Nos complementamos muy bien, encajamos y nos atraemos como dos imanes destinados a juntarse. Me niego a ser la única que siente esa química.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nos hemos besado.

Nos hemos besado mucho.

No me creo que nos hayamos besado.

¡Que nos hemos besado!

Estoy asimilándolo, procesándolo, repitiéndolo en bucle en mi mente.

Joder, qué bien besa.

Ahora mismo no puedo dejar de gritar, me tiemblan hasta las manos.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hemos estado hablando, ambos tenemos miedo de que esto pueda arruinar nuestra amistad, pero lo que sentimos es más fuerte. Queremos intentarlo. Hemos quedado en que nada podrá separarnos, en que hablaremos siempre que lo necesitemos, en que no terminaremos enfadados. No sé si podremos cumplir estas promesas. ¿Seguimos juntos?

Tengo que reconocer que me preocupa un poco que nuestra amistad se resienta, aun así, me late tan rápido el pecho cuando estoy con él, tengo tantas ganas de besarlo constantemente…

Lo más fascinante de todo es que hay un nosotros.

Me voy corriendo a contárselo a Claudia.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nos hemos acostado. Jamás pensé que el sexo pudiera ser así.

Tan íntimo, tan auténtico, tan especial, tan nuestro.

Me he acostado con varios chicos estos últimos años, pero ninguna de las veces había sido así, no sé muy bien cómo explicarlo, pero ha sido más, quizás sea cosa de la complicidad, de la confianza o de la amistad. Si antes era adicta a Javier ahora lo soy más.

Volviendo a la realidad, me voy a tomar un café porque me toca ponerme a estudiar.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Javier me ha pedido oficialmente salir, quiero dejar apuntada esta fecha porque es el inicio de nuestra historia. 14 de mayo de 1988.

Llevamos meses acostándonos, lo saben todos nuestros amigos y no tenemos problemas con las muestras en público, pero reconozco que me ha hecho ilusión que me lo pidiera, formalizarlo, dejarlo claro, tener una fecha. Hoy siento el pecho lleno de cosas preciosas. Siento tanto amor que creo que nunca se acabará.

Querido diario o querida Lena del futuro:

No he tenido mucho tiempo para escribir estos meses, pero han sido… intensos.

Con Javier todo va genial, es fácil ser y estar con él. Sí que es cierto que no nos vemos tanto como nos gustaría por culpa de los estudios, pero sacamos minutos para estar juntos siempre que podemos. Con Patricia está pasando algo parecido, aunque una vez al mes intentamos quedar, la universidad le quita mucho tiempo. María José, sin embargo, ha abandonado las oposiciones y está trabajando a tiempo completo en la peluquería y la veo mucho más.

Claudia sale con un nuevo chico y juro que nunca la había visto tan enamorada, es un poquito empalagoso, incluso para mí, pero me alegra mucho que las dos nos encontremos sentimentalmente bien. No sé, me hace ilusión que estemos compenetradas y que después del gilipollas de su ex, que le levantaba la mano, haya encontrado a uno mejor que la quiera y respete.

Por otra parte, la Formación Profesional está llegando a su fin y estoy bastante contenta, pero también miedosa, ahora me enfrento a un nuevo reto, que es buscar un trabajo, y siento que, por mucho que haya estudiado y me sepa las cosas, no estoy lista para dedicarme a ello. Me siento un tanto insegura…

¿Ya he dicho que no me gusta hacerme mayor?

Parece que a cada año que cumplo se sume una nueva inseguridad o miedo, es una mierda.

En fin, intentaré pasarme más por aquí. No recordaba lo mucho que me gusta desahogarme.

2011

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: ¿Nuevo año, vida nueva?
Hola, hermanita.

Solo hace una semana que te vi y ya te echo de menos. Encontré a Emma tan preciosa y mayor, me cuesta aceptar que crezca tan rápido. Te comparto por aquí todas las fotos que aún no te he pasado.

Siento mucho que las cosas no vayan bien del todo con Finn. Sabes que cualquier cosa que necesites solo tienes que decírmelo, y yo cogeré un vuelo y me plantaré allí. Aunque espero de corazón que tu matrimonio se arregle.

Como me hiciste prometer seguir informándote sobre mi vida amorosa, de momento solo tengo que decirte que seguimos hablando durante horas por teléfono. Ayer me quedé dormida escuchando su voz. Creo que nunca había sentido algo así. A veces tengo la sensación de que es todo lo que necesito; escucharlo hablar, contarle mi día, sonreír con sus bromas, desvariar y saber que está atento a cada detalle que sale por mis labios…

Habíamos estado hablando para quedar y vernos en Madrid, ya estaba mirando los billetes cuando hoy me ha dicho que de momento tendríamos que posponerlo. No sé si eres consciente de las ganas que tengo de verlo, tocarlo, incluso de olerlo (qué vergüenza escribir esto). Hace cinco meses desde que nos vimos por última vez y, la verdad, se me está haciendo eterna la espera.

Pero también tengo miedo, llevamos tantos meses hablando por teléfono que temo que cuando nos veamos todo sea extraño, que mi mente lo haya idealizado a él, nuestras conversaciones, incluso las primeras citas que tuvimos. No sé…, tenemos tanto que decirnos

cuando no nos vemos que temo que el día que nos veamos no tengamos palabras, que la fantasía en la que vivo se desmorone. No me culpes por ser un poco pesimista, tampoco sería la primera vez que las expectativas me juegan una mala pasada.

Ya te iré informando.

Te quiero, Isa.

Dalia

Abrí la puerta con la llave que me había dado mi padre la tarde anterior, el llavero tenía mi inicial. Me encantaba el detalle.

Olía a comida, se escuchaba una canción y me sentí sobrecogida. Dejé las llaves en el cuenco que había a la derecha, encima de un mueble, nada más entrar. Avancé unos pasos sin hacer mucho ruido, me asomé y los vi. Hablaban despacio, la música sonaba bajita, pero reconocí la canción. Mi padre movía la comida en la sartén, y Alicia lo abrazaba desde atrás. Sus manos se paseaban por su pecho dejando caricias dulces. Noté un nudo en la garganta.

Ambos estaban de perfil, mi padre sonreía, y Alicia hablaba. Me sentí feliz porque hubieran encontrado su lugar, un hogar en el otro, pero al mismo tiempo era extraño porque hacía unos años, tantos que casi el recuerdo se había difuminado, recordaba una imagen parecida en la que mis padres eran los protagonistas.

Mi madre sentada en la barra de la cocina moviendo los pies descalzos y comiendo mientras mi padre, entre risas, le pedía que dejara algo para los demás, recuerdo cómo se besaban, como si se necesitaran para seguir respirando. Recuerdo el abrazo, las caricias y las miradas. Alguna vez he soñado con tener una historia de amor tan bonita como la de mis padres, pero luego recuerdo el final y… no tengo claro si merece la pena querer tanto a alguien sabiendo que te va a romper el corazón.

—Hola, pajarito. —La voz de mi padre me devolvió al presente.

Alicia soltó su cuerpo y se puso a su lado. Quise pedirle que no lo hiciera, que no rompiera el abrazo por mi llegada, que ver cómo dos personas se querían siempre era bonito, pero no tuve oportunidad. Mi padre se acercó a mí y me abrazó fuerte. Alicia apartó la sartén del fuego.

—Voy a poner la mesa —dijo saliendo de la cocina sin hacer ruido y nos dejó intimidad.

—Quería disculparme por si esta mañana algo de lo que te dije te molestó —susurró mi padre cerca de mi oído.

Me aferré fuerte a él y respiré hondo.

—Gracias. —El nudo apretaba y, aunque no existía, yo lo sentía.

Me sentía agotada, notaba cómo los párpados se me cerraban, sin fuerzas para decirle cómo me sentía, en ese momento no lo admitiría, pero tenía miedo de mí misma, de poner encima de la mesa lo que se me pasaba por la cabeza, lo que realmente quería, porque estaba decepcionada conmigo. Pensé que ojalá pudiera quedarme en sus brazos para siempre, allí era fácil, era cómodo, era hogar.

—¿Qué hay de cena? —pregunté evitando el tema y separándome de él.

Mi padre me observó, pero no insistió.

—Comida. —Puse los ojos en blanco.

Era su típica respuesta desde que era pequeña, al principio me daba risa, ahora la risa se me había quedado atascada en algún punto y no me salía. La broma era la misma, yo no. Decidí dejarlo en la cocina e ir a ayudar a Alicia a poner la mesa. Una vez sentados y a punto de empezar a cenar me preguntó:

—¿Qué has hecho hoy?

—He estado con Sofía, me ha enseñado un poco la ciudad —dije cortando un trozo de tortilla de patata, su especialidad, y añadiéndola en mi plato junto con los guisantes.

—¿Y qué tal con ella? —se interesó Alicia.

—Genial. —Había sido increíble, pero eso prefería guardármelo para mí.

—Me alegro mucho de que hayáis congeniado, sabía que cuando os conocierais ibais a ser amigas. —Alicia sonrió.

Yo no tenía muy claro si quería ser su amiga, me sentía atraída por ella, me gustaba, pero imité su gesto y seguimos cenando.



La chica de la playa:
Buenos días desde las alturas.
Cuando leas esto ya estaré volando.
Mira qué bonito amanecer, me ha hecho pensar en ti.
Espero que tengas un buen día y me eches de menos.

Sonreí mucho, lancé un gritito, pataleé el aire, respiré hondo y releí el mensaje varias veces. Me había guardado su contacto como «La chica de la playa» y no pensaba cambiarlo nunca. Me acababa de despertar y ya estaba contenta, eso rara vez pasaba. Di un par de vueltas en la cama antes de lanzarme a contestarle, pero antes miré detenidamente una vez más la imagen que me había enviado. Se veía la luz del amanecer, el color amarillo se reflejaba en los cristales del aeropuerto y se apreciaba un pedazo del sol. Era una fotografía preciosa.

Buenos días desde la tierra.
Espero que hayas tenido
un buen vuelo.
La fotografía es preciosa.
¿Por qué te recuerda a mí?
Espero que tú también tengas un buen día.
Intentaré no echarte
de menos.

La casa estaba en silencio cuando salí de la habitación. Encontré una nota de Alicia deseándome un buen día y recordándome todo lo

que tenía que hacer; ir a recoger el traje de mi padre para la boda, ir a la tintorería a por su vestido para la despedida de soltera, ir a una tienda a por unos regalitos que había comprado para sus mejores amigas y un par de cosas más. Me había apuntado la dirección de todos los lugares a los que tenía que ir, pero dependía del Maps y era propensa a perderme, incluso con un robot dándome señales. No había duda de que me esperaba una mañana ajetreada, aun así, no me quejaba, me había prestado voluntaria.

Estaba contemplando el agua hervir cuando me llegó un mensaje.

> **La chica de la playa:**
> Porque me recuerdas al color amarillo.

En ese momento no lo entendí ni lo pensé fríamente, aún estaba adormilada, así que solo sonreí, no caí en lo más evidente. No supe ver cuánto significaban sus palabras, que desde el principio me hubiera visto y hubiera sido consciente de la luz que habitaba en mí.

Terminé de desayunar, me arreglé y salí a la aventura. Volví cuatro horas después, sudada, casi sin aliento y deseando meterme en la ducha, pero con todos los puntos de la lista tachados. Comí viendo una serie aburrida que a final quité y me senté en el sofá con el móvil. Al poco rato sonó el timbre, miré a mi alrededor, extrañada, como si ahí estuviera la respuesta. Me levanté intrigada porque no me habían dicho que esperaran a nadie o tuviera que llegar algún paquete. Miré por la mirilla, y el chico más guapo que había visto en mi vida estaba al otro lado. Abrí la puerta, unos brazos me rodearon y me alzaron del suelo. Me abrazaba tan fuerte que me dolía y su risa me hizo cosquillas en el oído. Unos minutos después mis pies tocaban el suelo.

—Te he echado de menos, flor. Mucho —dijo poniéndome la piel de gallina.

—Yo también, Marc.

Se separó de mí y puso las manazas a cada lado de mis mejillas. Me miró a los ojos detenidamente, suspiró con alivio y se apoyó en mi frente.

—Estás jodidamente preciosa. —Había mucho cariño en su voz.

Eso me hizo sonreír, él era así, a veces soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza y eso siempre me había gustado.

—Gracias, guapo —contesté aún con la sonrisa en los labios.

Rompimos el contacto, y se alejó unos pasos para mirarme de arriba abajo.

—La jodida flor más bonita del jardín —añadió con pasión.

Solté una carcajada y lo observé con cariño.

Si mi vida hubiera sido distinta, si nunca hubiera existido esa boda, si no hubiera cambiado todo tanto, si mi corazón no se hubiera saltado un par de latidos cuando la vi, quizás con el tiempo me habría enamorado de él o quizás no, pero es algo que ya nunca sabremos, esa nunca sería mi historia, nuestra historia.

La primera vez que lo vi hace años pensé que era un capullo y lo cierto es que no me equivoqué del todo, lo que no esperaba era congeniar tan bien con él.

Marc solía escaparse a Zaragoza siempre que quería huir de su casa, de sus padres y de todo lo que le esperaba en Puerto de Sagunto. Llegaba amargado y se iba feliz. La primera vez apareció sin esperar nada y allí, junto a mí, encontró un refugio. Él también fue mi lugar seguro durante mucho tiempo, en mis momentos complicados, cuando creía que el mundo estaba en mi contra hallaba la paz entre sus brazos.

Pasó de ser un completo desconocido a convertirse en uno de mis mejores amigos. Comenzamos a compartir tardes dando paseos, dándonos consejos que de poco servían, pero nos animaban; recorríamos la ciudad y descubríamos lugares secretos, nos dedicábamos a soñar despiertos sobre viajes y planes que realmente dudaba que algún día hiciéramos, nos gustaba ir al cine, ver películas de Marvel, comer queso con kétchup, hacer reír al otro y salir de fiesta juntos.

Nos sentíamos imparables, compartimos muchas primeras veces. Recuerdo aquella ocasión, cuando se sacó el carnet de conducir, lo primero que hizo fue venir a Zaragoza en AVE. Cuando llegó, sin decirme nada, me hizo la maleta, le pidió el coche a su tía Alicia y condujo, condujo durante doscientos treinta kilómetros porque le había dicho que me gustaría ver el mar. Me llevó a una

playa y alquiló una habitación en un hotel en la misma costa. El lugar era algo cutre porque en ese momento no se podía permitir más, y pasamos dos días alucinantes entre baños, paseos por la orilla, abrazos y sonrisas.

Ese era él, Marc, el chico más puñeteramente imperfecto de mi mundo, el que tenía los detalles más increíbles sin pedir nada a cambio, pero que luego se hacía un lío con el calendario y se olvidaba de felicitarte el cumpleaños. El que te llamaba y si sabía que necesitabas algo no colgaba hasta haberte ayudado. El que escuchaba y ponía los ojos constantemente en blanco. El que se reía por gilipolleces y costaba mucho que se tomara las cosas en serio a veces.

La persona más desordenada del mundo, pero la que tenía los ojos marrones más bonitos, el pelo rubio rizado y los dedos un poco largos con los que solía hacerme cosquillas, porque conocía todos mis puntos débiles. Era imposible no quererlo. Con el paso del tiempo, el trabajo, la rutina y el cansancio no nos veíamos tanto como queríamos, sin embargo, sabíamos que estábamos ahí para el otro. Me alegraba poder disfrutar unos días a su lado.

—Te veo bien —dijo mientras cogía la maleta y cerraba la puerta.

—Es que estoy bien. —Di una vuelta.

—¿Sí? —preguntó con dudas.

—Ahora sí —dije dándole un abrazo rápido.

—Eso es trampa, quiero que estés bien siempre. —Su mano cogió la mía con cariño.

—Eso es imposible. —Porque me lo parecía—. ¿Quieres tomar algo? —añadí cambiando de tema.

—Un poco de agua, pero no te preocupes, he pasado más tiempo que tú en esta casa, ya voy yo a por ella.

Me senté en el sofá y lo esperé. Minutos después se dejó caer a mi lado, me había traído un vaso de agua a mí también. Es que a veces sentía que debía casarme con él, luego hacía o decía cualquier tontería y se me quitaban las ganas.

—¿Y tú cómo estás? —pregunté recorriéndolo con la mirada para asegurarme de que se encontraba bien.

Tenía los párpados un poco caídos, al igual que los hombros, parecía cansado.

—Agotado, he terminado de trabajar y he conducido media hora para llegar aquí. Contando con que esta mañana me he levantado a las cinco, creo que en cualquier momento me dormiré. —Le acaricié la frente intentando borrar la arruga de su expresión—. ¿Cómo lo estás llevando? —preguntó con los ojos clavados en los míos.

—Bien. —Levantó una ceja como dando a entender que no me creía.

—Dalia…

—En serio, no sé cómo será cuando sea el día, pero estoy llevándolo bien, mejor de lo que creía, supongo que prepararme tanto mentalmente ha servido de algo.

Me acarició la mejilla mirándome con cariño y se acomodó en el sofá.

—Mi hombro siempre está a tu disposición por si necesitas llorar.

—Gracias, Marc. —Con él cerca no sonreír era complicado, quizás por eso me gustaba tanto estar a su lado—. ¿Y cómo llevas el curro?

Aunque me había intentado explicar a qué se dedicaba, no terminaba de entenderlo, había estudiado Ingeniería Industrial y el trabajo tenía algo que ver con eso.

Hablamos, la conversación con él siempre era fluida, fácil y sencilla. Cuando volví a mirar el reloj habían pasado un par de horas.

—Me voy a quedar aquí estos días, en la habitación de invitados —me dijo.

—Genial, vamos, que te ayudo a deshacer la maleta. —Nos levantamos del sofá y fuimos a la habitación que se encontraba al lado de la mía.

No tardamos mucho en colocar la ropa en el armario y volvimos al comedor.

Me miró con ojos cansados, me puso un cojín sobre las piernas y me pidió permiso, asentí a su pregunta silenciosa. Qué guapo estaba. Se recostó en el sofá con la cabeza sobre mi regazo y me dediqué a acariciarle el pelo como sabía que le gustaba. A mí me

encantaba tocarle los rizos rubios. No tardó mucho en cerrar los ojos, abrir los labios y quedarse dormido. Los rayos de sol del atardecer colándose por las ventanas me hicieron pensar en Sofía.

1989

Querido diario o querida Lena del futuro:

He empezado a trabajar.

Todavía estoy asimilando que me hayan contratado en una empresa, pero la verdad es que no es como pensaba, nada lo es. Me refiero a que cuando era pequeña solo quería ser mayor y ahora solo quiero volver a ser pequeña. Creía que crecer era algo completamente distinto a lo que es. A partir de ahora dejaré de idealizar las cosas tanto porque menuda hostia me he dado.

Volviendo al principio, el mundo laboral no es como esperaba, el tener que acomodar mi vida a la rutina y los horarios tampoco. Cada vez estoy más cansada, tengo menos tiempo para lo que me gustaría y estoy un poco frustrada, todo hay que decirlo. Últimamente tengo menos ganas de escribir por aquí, a veces me pregunto si en el futuro seguiré haciéndolo.

Desde que mamá me compró el primer diario me ha gustado dedicarle tiempo a esto, aunque a veces me pase meses sin escribir, otras veces solo apunte una frase o me enrolle como nadie. Siempre me ha gustado tener unos momentos para mí, para desahogarme, para hablarme.

Tengo curiosidad por cómo será leerme cuando sepa si mis decisiones fueron acertadas o una auténtica cagada, si mi vida me gustará o siempre podré recurrir a estas palabras, a mi yo del pasado, a releerme para aprender de los errores. Bueno, a lo que iba, que últimamente tengo poco tiempo y pocas ganas, pero ojalá no deje de hacerlo nunca.

Querido diario o querida Lena del futuro:

No es que me apasione mi trabajo, pero tampoco me disgusta, me da de comer, me permite tener ciertas libertades y está bien. Supongo que con eso me conformo.

Lo mejor de mi vida ahora mismo son mis amigas y Javier, siempre Javier.

Querido diario o querida Lena del futuro:

He vuelto a fumar y lo odio, supongo que el estrés de estos últimos meses me está empezando a pasar factura. Estoy agotada, apenas saco tiempo para nada y siento que la monotonía me absorbe, necesito hacer un viaje. Sé que no va a resolver mis problemas, pero quizás cambiar de aires durante unos días me dé el descanso que tanto necesito.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hoy ha sido la graduación de Javier.

Oficialmente es médico, y yo no puedo estar más orgullosa de él. Ha estudiado como nadie, se ha dejado la piel y el corazón en cada clase y examen. Vamos a ir a celebrarlo por partida doble, ya que hace una semana cumplió veinticinco años.

Jamás imaginé que sería tan emocionante ver a la gente a la que quieres cumplir sueños y estar a su lado para hacerles ver lo feliz que eres por ellos.

Me voy corriendo a cambiarme, que no quiero llegar tarde.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Lo quiero, lo quiero, lo quiero, lo quiero.

Entiendo que a la gente le dé miedo gritarlo, pero soltarlo es absolutamente increíble y liberador.

Hoy le he dicho «te quiero» a Javier.

Lo he sentido, se lo he dicho y lo he gritado.

Él lleva meses susurrándomelo y hoy también lo ha dicho sin miedo, mirándome a los ojos, besándome y demostrándomelo con cada parte de su cuerpo.

En fin…, que lo quiero.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nadie me ha hecho estremecerme como él, nadie me ha acelerado el pulso como él, nadie me ha mirado como él lo hace, y yo no he querido a nadie como lo quiero a él.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Es tan fácil estar con Javier, quererlo. No recuerdo lo que es no tenerlo a mi lado.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Estoy ayudando a mi hermana con su boda y, madre mía, había olvidado lo mucho que me gustan las bodas.

2011

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: El hombre de mi vida
Hola, hermanita.

Ayer cuando llegué a casa después de un turno de doce horas lo único que quería era ducharme y dormir durante el resto del día, pero ¿cuál fue mi sorpresa al llegar? Él estaba ahí. No me lo esperaba, creo que es la primera vez que alguien intenta sorprenderme y lo consigue.

Me lancé a sus brazos nada más verlo.

Nunca había echado tanto de menos a nadie que no fuerais tú y Emma.

Se me pasó el cansancio y no se me borró la sonrisa en toda la noche. Pasamos horas hablando e hicimos la cena entre los dos, cuando me besó, sentí que todo era como tenía que ser. No sé si alguna vez has tenido esa sensación, pero es absolutamente maravillosa.

¿Te acuerdas de ese correo que te envié hace unas semanas? Los miedos eran absurdos, no faltaron temas de conversación, no se acabaron las palabras. Fue tan intenso…, además de escucharlo lo podía tocar, lo podía mirar… No recordaba lo bonitos que eran sus ojos y, aunque ninguno de los dos lo planeamos, terminamos en mi cama. Lo deseábamos demasiado. Demasiadas ganas contenidas.

Así que sí, nos hemos acostado, aunque no voy a entrar en detalles, pero si tenía alguna duda sobre si encajábamos o éramos compatibles se me ha borrado. No sabía que dos cuerpos podían conectar de esa manera, no creí que el roce de unos dedos pudiera despertar tanto en mi interior, pero el suyo lo hace.

Jamás imaginé nada de esto ni en un millón de años.

Fue tan perfectamente imperfecto que asusta.

Lo más duro ha sido la despedida, no se podía quedar. Ha robado tiempo de donde no tenía para venir a verme.

Ayúdame y dime algo coherente porque no quiero que me siga gustando más, pero después de estar con él así dudo que mi piel pueda olvidarlo.

Y no te empieces a burlar de mí, que te veo venir.

Ya te contaré.

Te quiero, Isa.

Dalia

Me despertó un beso en el hombro, quise rodar en la cama, pero un cuerpo me lo impidió. Giré la cabeza con los ojos entrecerrados y se me escapó un bostezo.

—Buenos días. —Reconocí la voz de Marc al instante.

Me recosté en su pecho e intenté seguir durmiendo. Escuché el sonido de su risa y sentí el movimiento de su cuerpo. Sus brazos me rodearon y me estrecharon contra él. Me apartó el pelo de la frente y dejó un beso en ella.

—Tu padre y mi tía nos están esperando para desayunar juntos. —Su mano me acariciaba la espalda haciéndome sentir cosquillitas —. Pero podemos quedarnos aquí si quieres.

Quería, quería quedarme ahí.

Asentí, el volvió a reír.

—Dalia —me llamó mi padre desde el comedor, le respondí con silencio—. Marc. —El grito de mi padre me hizo fruncir el ceño.

—Nos reclaman, flor —dijo Marc entre risas.

Me despegué de él y me senté en la cama. Me pesaban los ojos, la cabeza, los hombros y los brazos. Seguí sus pasos viendo borroso, olía a café y puse cara de asco.

—Espero que por lo menos haya té —susurré entrando en el comedor.

—Ahí está, cielo.

Dejé un beso en la mejilla de Alicia y me senté delante de mi taza. Cinco minutos después ya era persona e incluso participaba en la conversación. Cuando terminamos, recogimos entre todos el desayuno y volvimos a sentarnos en la mesa. Marc y yo no teníamos prisa, y Alicia y mi padre no entraban a trabajar hasta una hora más tarde.

De repente sonó el timbre del telefonillo. Alicia fue a abrir y volvió con Sofía.

—Hola —dije con una sonrisa—. ¿Cuándo has llegado? —pregunté.

—Hola. —Ella me devolvió el gesto—. Hace un par de horas.

—Siéntate —dijo Alicia, y Sofía lo hizo delante de mí—. ¿Te acuerdas de mi sobrino Marc?

—Sí, nos hemos visto alguna vez —comentó sonriéndole.

—¿Qué tal todo, Sofía? —preguntó él.

—Bien, contenta porque ahora tengo unos días de vacaciones.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó mi padre.

—No, gracias, he desayunado en el aeropuerto y luego otra vez al llegar a casa —contestó amablemente, yo solo podía mirarla.

Noté algo extraño en el ambiente, pero quizás fue cosa mía.

—Le he pedido a Sofía que venga para que te acompañe con los últimos recados que quedan por hacer. Hoy está libre y tiene coche. —Alicia parecía feliz al decirlo, con la idea de que nos lleváramos bien y pudiéramos establecer algún tipo de amistad.

—Y no se pierde tanto como tú —dejó caer mi padre.

Marc se rio, y lo miré mal.

—Genial, así será más entretenido hacer los recados —dije agradeciéndole con un gesto el detalle a Alicia—. Tengo la lista en el móvil de todos los lugares a los que tenemos que ir.

—Muchas gracias a las dos por ayudarnos. Adoro mi trabajo, pero estoy deseando coger vacaciones, disfrutar de la boda y de todo lo que vendrá después —comentó Alicia mientras apoyaba la mano en el brazo de mi padre.

—Para mí no es ninguna molestia y te lo mereces.

Ella me miró con cariño.

—¿Tú qué vas a hacer? —pregunté girándome hacia Marc.

—Voy a ir a ver a mi abuela, que hace dos semanas que no la veo, y pensaba pasar la tarde contigo. —Me apartó un mechón de pelo y me lo puso tras la oreja.

—Me parece un buen plan, si quieres te aviso cuando acabemos.

Él asintió.

Le dejé un beso en la mejilla y me levanté.

—Pues voy a vestirme para que nos vayamos y acabemos lo antes posible. Así también te dejamos libre —miré a Sofía mientras lo decía.

—No me importa hacerlo y menos si es contigo.

No supe qué responder a eso, le rocé la mano al salir del comedor y fui directa a arreglarme. Como intuía que iba a hacer calor, me puse la ropa más fresquita que tenía. Estaba llegando al comedor cuando escuché parte de la conversación que mantenían.

—¿Hay alguien, Marc? —le preguntaba Alicia justo cuando entré en la cocina. Todos seguían ahí, me puse entre él y Sofía.

—¿En mi corazón, dices? —Ella asintió—. De momento solo Dalia ha conseguido colarse en él.

Me pasó un brazo sobre los hombros, me acercó a su cuerpo y me dejó un beso en la frente. Alicia sonrío divertida, mi padre puso los ojos en blanco, y Sofía nos miró intrigada.

—Ya estoy lista, ¿nos vamos? —pregunté mientras cogía el móvil que había dejado sobre la mesa.



La primera parada era la joyería. Alicia me había pasado por mensaje las direcciones de todos los lugares a los que teníamos que ir, pero también a cuál ir primero para que el camino fuera más corto y optimizáramos el tiempo. Me fascinaba lo organizada que era. En ese aspecto se notaba que no compartíamos genes, yo más bien intentaba ser organizada y en el intento me quedaba porque nunca lo conseguía.

—¿Qué tal por Lisboa? —pregunté mientras llegábamos al coche de Sofía.

—Muy bien. El vuelo fue tranquilo y hacía un tiempo increíble. —Entramos, y me abroché el cinturón—. Tengo un trabajo fascinante, desde luego nunca me aburro, así que no me puedo quejar. ¿Preparada para la mañana de recados?

—Lista. —Apoyé la cabeza en el respaldo.

Pasamos unos minutos en silencio en lo que el coche avanzaba por las calles.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me miró de reojo esperando mi reacción.

—Claro —contesté sentándome más recta.

—¿Habéis tenido algo? —preguntó directa.

—¿Quién? —Por un momento no sabía a qué se refería.

—Marc y tú —aclaró.

—¿Qué? —Me sorprendí con la pregunta—. No. —Negué con la cabeza para enfatizar el gesto, aunque ella observaba el carril por el que íbamos.

—Es que me ha parecido ver una complicidad entre vosotros… Tampoco sería raro, os conocéis desde hace mucho, ambos sois atractivos y realmente no sois familia —dijo encogiendo un hombro como si lo que planteaba fuera lo más normal.

Parpadeé asimilando la información.

—Somos amigos, muy buenos amigos, desde hace años. Hemos compartido momentos buenos, malos y hemos crecido juntos. Nos une una gran amistad, anécdotas vergonzosas y dentro de poco su tía y me padre estarán casados, lo que en cierta manera nos convierte en familia. —Me mordí el labio inferior, pensativa—. A Marc si lo llamas en mitad de la noche y le pides que vaya irá, es la persona más leal que conozco, lo quiero, lo quiero mucho y quizás…, quizás, si las circunstancias fueran otras, sí, pero son las que son, así que no. Nunca ha pasado y nunca pasará.

El resto del camino lo hicimos en silencio, era cómodo, de esos que con pocas personas era capaz de conseguir. Me dediqué a contemplar los edificios que dejábamos atrás. No me había molestado que me hiciera la pregunta, supongo que desde fuera

podríamos dar una imagen que no era la real y quería que las dos habláramos con sinceridad. Nos acabábamos de conocer, la comunicación era clave para poder seguir haciéndolo.

Lo único que me desconcertaba era haberlo confirmado, haber roto esa mínima, minúscula y última esperanza de que pasara algo entre Marc y yo. Porque la tensión siempre estuvo, las ganas de besarlo alguna vez me habían asaltado, era el único chico por el que había sentido atracción, pero siempre había tenido muy claros mis límites con él.

A los trece años me di cuenta de que me gustaban las chicas, quizás lo hice antes, pero no fue hasta entonces cuando me lo admití a mí misma, aún tarde un poco en compartirlo con mi madre y mi padre. Marc era el único chico por el que había llegado a pensar que podríamos ser algo más, pero tenía claro que nunca ocurriría.

Llegamos a la calle donde estaba la joyería, justo en ese momento se iba un coche, esperamos y aparcamos.

—Estas muy callada —dijo mientras caminábamos.

—El silencio es la mejor manera de escucharse, y yo a veces tengo conversaciones conmigo misma en mi mente.

Choqué el hombro contra el suyo de manera suave mientras llegábamos a la puerta del local.

—¿Debería salir huyendo? —preguntó intentando parecer asustada sin poder evitar que la sonrisa se colara en sus labios.

—Seguramente.

—Pero entonces no podría enamorarte —la manera en la que lo dijo hizo que notara las mejillas calientes.

La observé con una ceja alzada armándome de valor para contestarle.

—¿Ahora quieres enamorarme? —inquirí.

—Siempre ha sido mi objetivo. —Ambas sonreímos mientras atravesábamos la puerta—. Me ha gustado lo que has dicho del silencio. —Nuestros ojos se encontraron y sentí cómo conectábamos.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlas?

Me giré hacia la dependienta, su sonrisa era falsa, pero tras devolvérsela se volvió algo más natural.

—Buenas, venimos a recoger los anillos para una boda.

—Felicidades, hacéis una pareja preciosa, ¿tenéis la reserva? —añadió muy amable.

—No nos casamos nosotras. —Sofía contenía la risa—. Aquí tienes —dije entregándole el papel que Alicia me había dado.

—Voy a por ellos, ahora vengo. —Hizo un gesto con la mano dándonos a entender que la esperáramos allí.

Cotilleé algunos de los anillos que habían expuestos. Había para todos los gustos, desde luego, y también para todos los bolsillos.

—¿Alguna vez has pensado en casarte? —preguntó mientras se ponía a mi lado.

—Alguna vez —contesté distraídamente mirando los diamantes que nunca me habían llamado mucho la atención. Era más bien de gustos finos y anillos disimulados.

—¿Y te ves casándote? —insistió haciendo que volviera a prestarle atención a ella.

—No, ahora mismo no. Supongo que cuando encuentre a la persona... No es que me vuelva loca la idea, pero tampoco me importaría hacerlo, todo sería hablarlo. Si es el sueño de mi pareja no se lo voy a quitar. —No era algo que hubiera reflexionado mucho porque no existía esa otra persona.

—Entonces, ¿no te ves casándote conmigo? —Su pregunta iba acompañada de una sonrisa preciosa y se me aceleró el corazón.

—Sofía… —la llamé sintiendo el pulso en la garganta.

—¿Qué? —dijo haciéndose la inocente.

Tenía los ojos azules más bonitos que había visto nunca, atrapaban, me atrapaban. Aún no me había acostumbrado a ellos y cada vez que me miraban me perdía, como en ese momento. Quise acercarme a ella y poder tocarla, pero no sabía por qué aún seguía manteniendo las distancias. Nieves solía decir que era desconfiada, quizás era eso. Vi cómo tragaba saliva.

—Te has quedado embobada —repuso con una sonrisa de suficiencia y las mejillas con algo de color.

—No es verdad. —Sí lo era, aun así, no iba a admitirlo.

—Estabas imaginándote nuestra boda —comentó como si no tuviera dudas.

—Qué lanzada eres a veces. —Y me encantaba y me sorprendía y quería que siguiera siendo así, que me sacara sonrisas, una risa imprevista, que acelerara mi corazón y pusiera calientes mis mejillas.

—No lo soy más porque no quiero espantarte —afirmó acercándose un poco más a mí.

—Aquí los tenéis, chicas.

Rompí la conexión de nuestros ojos cuando la dependienta volvió y reclamó nuestra atención.

Cogí los anillos, comprobé que estuvieran bien, firmé unos papeles y salimos.

—Nunca me han gustado las joyerías —comenté mientras la puerta se cerraba a nuestra espalda.

—Creo que eres la primera persona a la que le oigo decir eso. —Me sonrió fascinada, también me gustaba que me mirara así.

—Es que me parecen muy frías. —Busqué otra palabra—. Superficiales, soy de sentirme más cómoda en el siguiente lugar al que vamos.

—¿Que es...? —preguntó intentando leer la lista que estaba mirando en mi móvil.

—La floristería. Está a dos calles de aquí, según ha apuntado Alicia, podemos ir andando, son menos de diez minutos. Alucino con lo organizada que es.

—Yo también y a veces me pone nerviosa. —Comenzamos a caminar hacia nuestro siguiente destino—. ¿Cómo se llama la floristería?

—Vuela, Margarita —respondió tras comprobar el nombre en el móvil.

—Un nombre curioso.

—Seguro que tiene una historia fascinante detrás o eso me gusta pensar.

—¿Eres de las que cree que todo tiene un significado?

—Más o menos. Me gustan las cosas que tienen una historia, un motivo más allá. Todo son como secretos a simple vista, historias jamás contadas. Puedes pensar que un cuadro está ahí y ya, pero quizás la propietaria conoció al amor de su vida en un viaje, él era el pintor, vivieron algo apasionado y se lo regaló para que no lo

olvidara porque sus caminos debían seguir rumbos distintos. Seguramente ella al verlo piense en él, y tú solo veas un cuadro, por el contrario, yo también veo la historia o por lo menos me la imagino.

Sofía se quedó ensimismada.

—Entiendo lo que me quieres decir, supongo que nunca lo había visto así. Es complejo y al mismo tiempo sencillo, aunque supongo que no todas las cosas tienen una historia.

—No, pero puedes dársela.

Seguimos caminando sin decir nada más. Nuestros brazos se rozaban de vez en cuando. A pesar de que hacía un día soleado y húmedo, aún no hacía demasiado calor. Llevaba mis sandalias favoritas, unas marrones; unos vaqueros finitos que habían sido de mi madre, y una camisa blanca de manga corta con bordados.

Aunque a mi pelo no le favorecía la ciudad, me veía algo más guapa desde que había llegado, quizás era porque estaba un poco más contenta o porque por primera vez en meses estaba rodeada de gente y no sola. Mi mundo había salido de la escala de grises y estaba entrando en la de colores pastel, aún no muy llamativos, pero destacaban, se notaba la diferencia. Quizás tenían algo que ver las vacaciones, no tener la presión ni limitación del día a día. Lo que tenía claro es que me sentía más tranquila.

La floristería era simplemente preciosa, acogedora, llena de colores, olores y detalles que te invitaban a quedarte. Dimos una vuelta mientras el chico al otro lado del mostrador terminaba de preparar un ramo, suponía que para el hombre que hablaba con él. Cuando acabó nos acercamos.

—Hola, ¿qué puedo hacer por vosotras? —Era muy mono, pero para nada mi tipo.

—Vengo de parte de Alicia, se casa en unos días y te has encargado de las flores de la boda. Hoy creo que venía a por otra cosa.

—Sí, me dijo que os pasaríais. Me encargó dos ramos más para hoy —afirmó sonriendo.

—Es un poco adicta a las flores —agregué haciéndolo reír.

—Voy un momento a por ellos.

Asentí. Acaricié despacio un ramo, me acerqué a olerlo y me giré hacia Sofía.

—¿Sabes por qué me llamo Dalia? —le pregunté, y ella negó con la cabeza—. Normalmente, o parece muy cursi, o encantador.

—Ahora estoy más intrigada. ¿Por qué te pusieron el nombre?

—Las primeras flores que mi padre le regaló a mi madre eran unas dalias. Ella siempre decía que a partir de ese momento se convirtieron en sus flores favoritas y por ese motivo me llamo así. Su flor preferida; la más bonita, según ella; la que significó el inicio de su historia y de que yo naciera. —A mí me parecía una historia preciosa.

Tragué saliva, alargué la mano y acaricié la suya despacio. El contacto trajo consigo un hormigueo.

—Qué bonito —dijo reteniendo mi mano y apresándola con la suya.

—La verdad es que sí —reconocí distraída cuando su pulgar empezó a dar vueltas sobre el interior de mi muñeca.

—¿De ahí viene eso de que todo tenga una historia? —El contacto me quemaba, pero no quería que se detuviera, lo hizo al ver unas flores que llamaron su atención y me soltó la mano.

—Quizás. —Me encogí de hombros.

—Dime que las dalias también son tus flores favoritas —pidió girándose hacia mí.

—Siento decepcionarte, mis flores favoritas son las geranios.

—Nunca me has decepcionado.

Me quedé atrapada en el azul de sus ojos y en ese día que no quería que terminara.

Sofía

Nuestro siguiente y último destino era la pastelería. Volvimos a coger el coche porque se encontraba al otro lado de la ciudad. Hacía tres años que me había sacado el carnet de conducir, me gustaba por la independencia que me daba, no solo por la ciudad, sino por todos los destinos que tenía la oportunidad de visitar gracias a mi trabajo. Me lo saqué con un fin, pero disfrutaba al conducir. Una parte de mí nunca dejaba de estar en tensión, pero al mismo tiempo era fascinante controlar algo.

La radio sonaba bajita, mi coche olía a ella, a Dalia, y a las flores que iban en los asientos de atrás. No me había arriesgado a confesarle que la dalia sí que era mi flor favorita; más concretamente, empezó a serlo a los dieciséis.

Todos los días de camino al instituto pasaba por delante de una floristería, las flores siempre me habían parecido bonitas, pero ninguna había llamado mi atención hasta una mañana. Unas flores en concreto destacaban, nunca antes las había visto, el primero y el segundo día solo me quedé mirándolas, pero el tercero entré a preguntarle a la chica cómo se llamaban. Siempre, desde que conocí su existencia, me parecieron preciosas, como ella, sin embargo, no sabía cómo confesárselo sin que quedara forzado, para que no creyera que lo decía por hacerle la gracia.

Lo más fascinante, surrealista y que tampoco me atrevía a confesarle, pero que terminaría viendo y no porque tuviera muchas esperanzas por terminar desnuda con ella, sino porque con el vestido que iba llevar a la despedida de soltera iba ser visible, es que tenía una dalia tatuada en el costado izquierdo, a la altura de las costillas. Era de trazo fino, pequeña, solo el borde, pero ahí estaba. Nunca me imaginé que conocería a alguien con ese nombre, como

ella. Me moría de ganas de ver su cara cuando se diera cuenta, cuando descubriera que de alguna manera la tenía tatuada.

—¿Hasta cuándo dijiste que te ibas a quedar? —pregunté frenando en el semáforo.

—¿Ya me quieres echar o estás pensando en cuánto vas a echarme de menos?

Me gustaban las salidas que tenía a veces, era rápida, me sorprendía y me encantaba que me sorprendieran. No pude evitar que la risa saliera de mi pecho.

—Pensando en cuánto te voy a echar de menos —confesé y noté su mirada.

Era la verdad, nos acabábamos de conocer, aun así, tenía la sensación de que la había echado de menos incluso antes de saber que existía. Me gustaba estar con ella, esa paz que trasmitía era única. Como cuando el mar está en calma, como cuando no se oye nada en mitad de la noche en la montaña, como cuando te abrazan y todo desaparece a tu alrededor. Dalia era un abrazo cálido y ni siquiera nos habíamos abrazado aún.

—Todavía no tengo muy claro el día exacto que voy a volver, pero sí que tengo que hacerlo, mis días de vacaciones son limitados —me explicó sin mucho entusiasmo.

Teníamos una cuenta atrás, así que había que aprovechar.

Nos costó tres vueltas a la manzana encontrar sitio y, aun así, no aparcamos muy cerca.

—Además de buscar la historia de las cosas y pasear, ¿qué más te gusta hacer? —pregunté intrigada con un pequeño nudo en la garganta al ser consciente de que tenía pocos días para conocerla, aprendérmelo todo de ella.

—Escuchar música, es mi salvavidas. Puede convertir un día de mierda en uno que valga la pena. Me gusta visitar museos, no porque entienda mucho de arte, sino porque me gusta ver, descubrir e imaginar. También comprar bolsos, pero no esos de marca, sino hechos a mano. Todos son diferentes y tienen algo especial, cada vez que voy a un mercadillo salgo con uno. —Me fascinaba verla hablar, que fuera tan suya, tan auténtica—. Y, no sé…, estar con mis amigas, tomar algo en una cafetería, soy de cafeterías cuquis, la

verdad. Hubo una época en que Vera, Nieves y yo cada vez que quedamos íbamos a descubrir una cafetería diferente, ahora ya solemos ir a las que más nos gustan, aunque si sabemos de la existencia de una nueva no dudamos en ir a conocerla. —Sonreímos las dos y la vi tomando un té, charlando tranquilamente…, quería verla en todas sus versiones. Que me enseñara sus lugares favoritos, y yo enseñarle los míos.

—El arte y todo depende de los ojos que lo miren. A veces no es cuestión de entender, sino de ver. —Asintió—. Y creo que tú eres capaz de ver mucho más allá, Dalia.

—Puede ser —dijo modesta, como si le costara aceptar cumplidos.

Se quedó algo pensativa mientras yo miraba lo cerca que estaban nuestras manos.

—¿Hay más cosas que te gusten? —pregunté.

—También leo, pero como dos libros al año. No tengo mucho tiempo ni ganas. Me encanta ver series, las películas no tanto, no suelo creérmelas, es demasiado en poco tiempo. —Arrugó la nariz de forma adorable—. Y creo que me gusta el mar.

—¿Solo lo crees? —pregunté alzando las cejas.

—Sí, he ido pocas veces, así que no estoy muy segura.

—Pues voy a hacer que te encante. —Ese iba a ser mi nuevo objetivo.

—¿Tú qué quieres?, ¿enamorarme de todo? —añadió riendo.

—Sí, para que no te vayas.

Fui sincera, no sé si ella supo apreciar cuánto.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—¿Yo? —contesté sorprendida.

—Sí, adoras hacer viajes, tu trabajo como azafata y los idiomas. ¿Qué más?

—Ya lo iras descubriendo, ¿no? —respondí haciéndome la interesante.

—Eso es trampa —protestó con una vocecita muy graciosa y su hombro empujó el mío de forma amistosa.

—No lo es, aquí no hay reglas y hemos llegado a nuestro destino. —Me encogí de hombros y me detuve frente a la tienda.

Lo cierto es que quería hacerme la interesante, pero nunca lo admitiría.

Había varias personas esperando cuando entramos, así que nos pusimos a la cola.

—La tarta de limón es mi favorita —le dije susurrando como si fuera un gran secreto, me sonrió y quise besarla, besar esos labios, esa sonrisa, a mi flor favorita.

—Te pega —dijo simplemente.

—¿Porque soy rubia y el limón, amarillo? —inquirí expectante.

—Porque a veces eres ácida, pero dulce al mismo tiempo —contestó sorprendiéndome.

Iba a besarla.

Sus ojos marrones me miraban sonrientes, tan grandes, tan brillantes y bonitos.

Se giró y avanzó un paso en la cola. No me había dado cuenta de que éramos las siguientes.

—Hola, vengo a recoger una tarta de dos pisos a nombre de Alicia.

—Hola, ¿la despedida de soltera? —preguntó la dependienta.

—Sí, exacto —dijo Dalia regalándole una sonrisa.

—¿Sois las novias? —La chica desde el otro lado del mostrador nos recorrió con la mirada y la dejó fija en mí varios segundos más.

—No, yo soy la hija del novio —aclaró Dalia.

Si todo el mundo pensaba que nos casábamos es que hacíamos buena pareja y no solo lo pensaba yo.

—Voy a ir a buscarla, pero tomad, que a esto invita la casa. —Y me guiñó el ojo.

La chica nos señaló una bandeja donde había varios trozos pequeños de pastel, ambas cogimos un pedazo. La dependienta debía de tener nuestra edad, me había mirado un par de veces de arriba abajo descaradamente, en cualquier otra ocasión no habría desaprovechado la oportunidad, pero Dalia a mi lado tan brillante, tan amarilla, deslumbraba por encima de todas las demás y no me dejaba ver a nadie que no fuera ella. Me sentía como una polilla hipnotizada por la luz, y eso que siempre me habían parecido repulsivas las polillas. Vi cómo Dalia se acercaba el trozo a la boca,

tragué saliva y sin pensármelo mucho, cuando estaba a punto de morder, se lo aplasté sin mucha fuerza contra esa naricita que me moría por besar.

—¡Sofía! —gritó mirándome con la nariz un poco manchada.

Me encantaba que dijera mi nombre, ver esa expresión entre molesta, confundida y risueña. Me reí, y ella acabó contagiada de mi risa. Alargué el dedo, recogí el pedazo de la punta de su nariz y me lo chupé. No fui consciente realmente de lo que había hecho hasta que vi la manera en que abrió la boca y contempló el dedo entre mis labios. La tensión entre las dos se estiró y creció. Sentí algo extraño en el estómago, me saqué el dedo de la boca con un plop y aquello pareció devolvernos a la pastelería. La vi tragar, soltar despacio el aire y morder el pastel. Imité su gesto y gemí al sentir cómo el bizcocho de la tarta se deshacía en mi boca, estaba buenísimo. Ahora entendía por qué Alicia había elegido esa pastelería.

Asentimos las dos a la vez con los ojos abiertos y la risa asomando en ellos.

Me gustaba estar con ella, era fácil, era bonito y me calentaba el pecho.

1993

Querido diario o querida Lena del futuro:

Ya son veinticinco, aunque no siento como si realmente esa fuera mi edad. Tengo la sensación de seguir en los dieciocho.

Eso sí, este año he decidido celebrarlo por todo lo alto y las resacas no son iguales, supongo que es por la edad. Javier me ha regalado un viaje para los dos a París y nos vamos la semana que viene. No sabes las ganas que tengo de hacer esta escapada, de disfrutar y conocer la ciudad del amor a su lado.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nos hemos ido a vivir juntos.

¡Nos hemos ido a vivir juntos!

He descubierto que odio las mudanzas, aun así, no puedo estar más emocionada. Hemos encontrado un pisito precioso, es pequeño, pero suficiente para los dos. Lo mejor y más importante es que nos lo podemos permitir. Tengo muchas ganas de dar este paso y vivirlo todo con Javier. Después de cinco años de relación era el momento.

Sus horarios en el hospital son una auténtica locura, aunque todo es cuestión de acostumbrarse, ¿no?

Querido diario o querida Lena del futuro:

Javier está de viaje por trabajo, ha ido a un congreso de medicina que dura una semana. Hacía mucho que no pasamos tanto tiempo separados, he aprovechado para ponerme al día con mis amigas y descansar. A veces la soledad no está tan mal.

2011

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Lee hasta el final y no me mates.
Hola, hermanita.

Llevo meses posponiendo esto, pero creo que ha llegado el momento de contártelo.

Está casado.

Sigue leyendo antes de mirar vuelos para venir a verme por si me ha pasado algo en la cabeza. Estoy bien, más que bien, creo que nunca he estado tan lúcida, la vida tiene más colores de los que pensaba y podía ver hace unos meses. Parece absurdo, pero es verdad.

Volviendo al tema que te tiene que tener histérica. Sí, está casado, no has leído mal.

Cuando me lo dijo…, cuando soltó la bomba en una de nuestras largas llamadas telefónicas por un momento solo quise huir, no quería escucharlo, sin embargo, terminé haciéndolo.

Hace meses que lo sé, pero no sabía cómo explicártelo porque me parece un tema peliagudo, también muy íntimo. Me lo contó antes de que nos acostáramos, lo hizo antes de aquella vez que nos íbamos a ver en Madrid y luego nunca pudo ser.

Supongo que he dudado tanto en decírtelo porque a mí misma me ha costado admitirlo, reconocerlo, luchar contra mis propios miedos y prejuicios, pero ten claro que él no me ha mentido en ningún momento.

El caso es que sigue casado, pero hace tres años que no está con su mujer, no en el plano sentimental ni sexual, viven juntos (tampoco sé cómo me hace sentir eso), pero, según él, no hay nada más. Y sí, he querido creerle porque confío en él, porque algo me

dice que es lo correcto y porque hasta ahora no me ha dado ningún motivo para no hacerlo. Sé que estarás pensado que he perdido el norte, pero no sé cómo explicártelo. No tiene motivos para ser sincero, no tiene motivos para mentir. He decidido creerle.

Además de estar casado…

También tiene una hija que ahora tiene trece años. Me ha hablado tanto de ella que tengo la sensación de que ya la conozco, también la he visto en fotografías y es preciosa.

Ese es el motivo por el que aún no se ha divorciado y sigue viviendo con su mujer. Cuando llegaron a la conclusión de que no querían seguir como pareja valoraron opciones. No existía ningún motivo para divorciarse o él irse de casa, ya que por lo visto son muy buenos amigos y tienen una relación buena pese a todo. Me pregunto cómo son capaces de convivir con alguien con quien han compartido parte de su vida y llegaron a querer; yo creo que no podría. Volviendo a ellos, por lo visto llegaron al acuerdo de que mientras ninguno de los dos buscara nada diferente seguirían así: conviviendo en la misma casa, durmiendo en habitaciones separadas, pero siendo una familia.

No negaré que me es extraño que siga viviendo con su mujer, aunque él diga que no hay nada entre ellos, no negaré que me asaltan los celos de vez en cuando, pero es que tampoco somos nada, tampoco me debe nada. El caso es que me he acostado con un hombre casado y, si me paro a pensarlo, a una parte de mí le parece mal.

No tengo ni idea de cómo va a acabar esto o si seguirá, no sé cuándo lo podré volver a ver, solo… me apetecía compartir esto contigo. Contarte sin medias tintas lo que hablamos.

Espero que no estés muy enfada conmigo y no me des mucho el sermón.

Te recuerdo que soy mayor de edad y los errores están para aprender de ellos.

Te quiero, Isa.

P. D.: Ten piedad de mí.

Dalia

Llevaba la tarta sobre mis rodillas, Sofía conducía más despacio para evitar frenazos bruscos. Había un poco de tráfico y muchas rotondas, parecía que la ciudad estaba plagada de ellas.

—¿De qué crees que será la tarta? —preguntó echándole un vistazo a la caja.

—Pues no lo sé, quizás cada piso sea de un sabor. Porque mi padre adora la tarta de queso, y Alicia, la de zanahoria —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Y tú? —La miré sin entender—. ¿Cuál es tu sabor favorito?

—Yo soy más de chocolate. —Y me gustaba saber que ella era de limón.

»¿Puedo conectar mi cuenta de Spotify y poner música? —pregunté tras varios minutos en silencio. No es que estuviera incómoda, pero había cierta pesadez que me apetecía aligerar.

—Claro.

Lo hice y puse el modo aleatorio. *You Are the Music In Me* de Troy y Gabriella comenzó a sonar. Quizás en otra época de mi vida o con otra persona me habría avergonzado de tener esa canción entre mis favoritas, pero con ella no, con ella nunca. Sentía que podía ser yo. La miré de reojo conteniendo una sonrisa y sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—*High School Musical* —dijo, y asentí mientras empezaba a cantar.

Subí el volumen para que no se oyera tanto mi voz, bajé algo más la ventanilla y me giré cuando escuche su voz uniéndose a la mía. Se sabía la canción, se la sabía. Me quería casar con ella. Si me lo pedía le diría que sí. El coche se llenó con el sonido de nuestras voces, de miradas cómplices y sonrisas. Cuando la canción acabó bajé el volumen.

—Te las sabes. —Me dolía la cara de sonreír tanto.

—Pareces sorprendida, me gusta. —A mí me gustaba ella—. Mi hermano tuvo una época de fan loco por *High School Musical*, me obligaba a ver las películas con él y se pasaba el día cantando las canciones. —Percibí un deje de tristeza en su voz.

—¿Tu hermano? Nunca lo hubiera imaginado. —La verdad es que nunca hubiera pensado que eso era lo que escuchaba el chico con pinta de surfista que había conocido unos días atrás.

—Nacho no, mi otro hermano.

—No sabía que tuvieras otro hermano —añadí con tiento, su madre tampoco había comentado nada de ningún otro hijo. La vi tragar saliva y tuve la sensación de que no le apetecía hablar del tema, quizás no tuvieran una buena relación, así que continué.

»Pues a mí siempre me ha encantado *High School Musical*, también estuve un poco obsesionada y, si algún día me caso, mi baile nupcial será con una canción de la película, eso lo tengo claro —comenté intentando devolver la sonrisa a su rostro y lo conseguí.

—Bueno, no me importaría. —Nos miramos y reímos.

Parecía que las dos teníamos claro que nos casaríamos con la otra, eso lo hacía todo más sencillo.

No tardamos en llegar, aparcó y me ayudó a subirlo todo.

—Muchas gracias por haberme acompañado —lo decía de corazón, había sido una mañana increíble y tampoco quería que se fuera.

—Es un placer. —Su sonrisa lo era todo.

—¿Quieres quedarte a comer? —pregunté con el estómago encogido, un poco nerviosa y mordiéndome el labio inferior.

Me miró queriéndome decir muchas cosas al mismo tiempo, pero no dijo nada, solo negó para sí misma.

—Me encantaría.

Me perdí en sus ojos.

—La verdad es que no sé qué hay en la nevera.

—Seguro que algo podemos hacer —dijo llegando a mi lado y guiñándome el ojo.



Me senté en el sofá, Sofía estaba de pie escribiendo en el móvil, quise preguntarle con quién hablaba por cotillear, pero me dediqué a recorrerla de arriba a abajo. Era preciosa. Los vaqueros que llevaba le hacían un culo impresionante que ya me hubiera gustado a mí tener. No tardó mucho en dejar el móvil y sentarse a mi lado. Me sentía llena después de haber comido, habíamos preparado una tortilla de jamón york, calabacín y queso. Era la primera vez que lo probaba, pero no sería la última que lo comería, me había encantado.

—¿Ese collar que llevas es de algún gran amor? —me preguntó mirándolo.

Me acaricié el colgante, tenía forma de corazón, lo llevaba en el cuello desde hacía cinco años y nunca me lo quitaba. Nunca.

—Sí, del más importante de mi vida. —Vi cómo tragaba saliva, algo desconcertada, y no pude evitar reírme—. Lo habías dicho de broma y no te esperabas esa respuesta.

—La verdad es que no —afirmó algo más seria de lo normal.

—Me lo regaló… ella. —Era incapaz de decir su nombre.

De repente tenía ganas de llorar, miré hacia arriba intentando contener las lágrimas y me mordí el labio inferior haciéndome un poco de daño.

—Lo siento mucho, Dalia, creo que no te lo he dicho.

—Gracias. —Tragué intentando deshacer el nudo de mi garganta —. A veces aún duele mucho.

—¿Cuánto hace que murió? —preguntó con una sonrisa comprensiva tratando de infundirme ánimos.

—Hace poco más de un año, siendo concreta, un año, tres meses y veintitrés días. Aunque en ocasiones tengo la sensación de que ocurrió hace mucho más tiempo. La vida sin ella a mi lado pasa más despacio. Todo se ha ralentizado. —El puño en mi pecho apretaba.

—¿Y cómo estás? —Parpadeé para ahuyentar las lágrimas—. Sé que puede parecer una pregunta típica, pero me encantaría que me lo dijeras.

—Mi padre y Alicia creen que estoy bien —me sinceré.

—¿Y no es así? —Su preocupación se me coló en un rincón del pecho y quise compartir cómo me sentía de verdad, sin medias mentiras, sin sonrisas falsas.

—Supongo que depende del día. Estar aquí haciendo cosas me mantiene distraída y hace que no duela tanto, pero cuando vuelva a casa quizás me pase lo mismo que hace unos días, al llegar todo recaerá sobre mis hombros y notaré mucho más su ausencia. —Respiré hondo—. No es que quiera olvidarla, es solo que me gusta recordarla sin que duela. Creía que venir y estar aquí sin ella iba a ser muy complicado, pero está siendo sencillo. —Y Sofía era la culpable de la mayoría de mis sonrisas.

—Sé que nos conocemos desde hace poco, pero si necesitas mi mano no dudes en cogerla. —Sus dedos acariciaron los míos, el gesto me puso la piel de gallina, pero no pude evitar sonreír—. Yo perdí a mi hermano hace unos años.

Abrí los ojos, sorprendida, impactada.

—¿Al fan de *High School Musical*? —pregunté despacio.

—Sí. —Sonrió con mucho cariño, aunque la tristeza se percibía en sus ojos.

—Lo siento tanto… ¿Estabais unidos?

—Mucho, era el pequeño de la familia, nos llevábamos dos años. Lo compartíamos todo. —Parecía feliz al pensar en él—. Estuve con él hasta el final y me hizo prometerle que viviría por los dos, y eso hago. Tengo un trabajo que me encanta, viajo mucho, tengo buenos amigos en muchos lugares del mundo y vivo. —Una lágrima me recorrió la mejilla, y ella la limpió con suavidad. Le cogí la mano,

Sofía entrelazó nuestros dedos. Jamás hubiera pensado que compartiríamos tanto.

»El dolor nunca se va, pero se hace más soportable. Yo nunca he sido de las que huyen, si escuchar su disco de música favorito me dolía, me lo ponía en bucle para sentirlo. Nunca he sido de las que se esconden —explicó demostrándome lo fuerte y valiente que era.

Emocionada, me acerqué a ella y la abracé. Noté cómo se ponía rígida y me aparté un poco avergonzada.

—Lo siento. —Sus labios estaban a centímetros de los míos. Brillaban y tenía ganas de lanzarme sobre ellos. Me pareció que sus ojos azules se oscurecían.

—No lo sientas. —Sus brazos me envolvieron y nos abrazamos por primera vez. Su cuerpo desprendía un calor agradable, su colonia con un toque floral me rodeó y me gustó cómo me sentí—. Me encanta que te sientas lo suficiente cómoda como para abrazarme, es que no me lo esperaba —me susurró cerca del oído poniéndome la piel de gallina.

Cerré los ojos, apoyando la mejilla en su hombro y disfrutando del gesto. Mis manos descansaban al final de su espalda, las suyas recorrían la mía despacio y el corazón se me aceleró. Apoyé la nariz cerca de su cuello, sus manos me acariciaron el pelo produciéndome un cosquilleo, escuché su suspiro cuando las mías se pasearon despacio por su cintura. Quise quedarme así, ahí, refugiada entre sus brazos, con su olor rodeándome, con su corazón sonando cerca de mi oído, con sus manos consolándome, pero no tardamos mucho en romper el contacto.

Quise ser más valiente, levantar la cabeza, enmarcar su cara y besarla, besarla como llevaba imaginándome desde la primera vez que la vi, sin embargo, me quedé ahí refugiada contándome excusas a mí misma. No sabía si le gustaban las chicas o si le gustaba yo, pero no iba a echar a perder esa amistad que habíamos empezado a forjar por un beso o eso me hice creer a mí misma. Así que me volví a sentar dejando una separación entre nuestros cuerpos. Su mirada estaba llena de emociones que hicieron que se me contrajera el pecho, no supe leerlas, pero sí sentirlas.

A pesar de la distancia entre nosotras, el momento no acabó, la energía que nos rodeaba seguía suspendida, dando vueltas alrededor de nosotras.

—Muchas veces he intentado imaginarme la muerte —comentó mirándome con intensidad.

—¿Y cómo la ves? —pregunté curiosa, todo de ella me llamaba la atención.

—¿Sería extraño si digo que como algo acogedor? La gente tiene miedo a morirse porque no sabe qué hay después, pero ese es el gran misterio de la vida. —Sus palabras me sorprendieron, me quedé meditándolas—. ¿Y tú? ¿Cómo la ves, Dalia?

La muerte en la mayoría de las conversaciones era un tema tabú, así que me gustó que pudiéramos hablar de todo, que ninguna opinión sería mejor que la otra, que aquello iba de dar tu versión, escuchar, comprender y respetar.

—Cuando pienso en la muerte veo una gran nada. Mi mente no es capaz de imaginar más allá, así que no percibo nada, no tengo ninguna sensación o hipótesis respecto ella. —Me quedé pensativa, reflexionando, buscando cómo ponerle palabras a algo que solo tenía sentido en mi cabeza—. Quizás no me imagine la muerte, pero de la vida sí que tengo una imagen. —Eso era algo que nunca le había contado a nadie.

—¿Y cómo la ves?

—Me imagino la vida como un hilo delgado, aparentemente frágil, pero muy resistente, no es fácil romperlo, aunque una vez lo haces no hay vuelta atrás. Veo las vidas de las personas parecidas a la bolsa con hilos de mi abuela, algunos se estremezcan sin saber por qué y otros nunca llegan a tocarse. A veces hay nudos difíciles de deshacer, como cuando estás muy atada a una persona; en otras ocasiones hay semejante lío que cuesta salir, porque los hilos, las vidas, se han ido entremezclando y todos formamos parte de la de más personas. Es como un caos, un caos precioso lleno de colores.

—Eso me parece increíble —dijo mirándome con los ojos brillantes.

—¿Sí? —pregunté insegura.

—Sin duda. Eres increíble, Dalia.

—Gracias. —Sentí calor en las mejillas, siempre me había costado aceptar los cumplidos, como si no me sintiera merecedora de ellos.

—Si fuéramos hilos, ¿de qué color crees que sería el mío? Estoy intrigada. —No había burla en su voz y eso me tranquilizó, no sería la primera vez que mis palabras desencadenaban unas risas que hacían que me picara la piel de incomodidad.

La miré anonadada, sin poder creerme que fuera real.

—Rosa. —No tenía dudas.

—¿Por qué?

—Me trasmites tranquilidad, cosas bonitas. Cuando pienso en ti es el primer color que me viene a la mente. —Me encogí de hombros sintiendo las mejillas aún más calientes y me mordí el labio.

—El tuyo sería amarillo, no tengo ninguna duda —dijo sorprendiéndome.

—¿Y eso? —pregunté fascinada de que estuviéramos teniendo esa conversación, de ser capaz de sentirme tan cómoda con alguien que no fuera familia, para mí era un tanto desconcertante.

—Eres luz, calidez, trasmites paz y cuando sonríes… —Parecía que le faltaban las palabras. Noté un cosquilleo. Sonreíamos tanto que no tardarían en dolernos las mejillas—. Eres auténtica y me recuerdas al color amarillo.

—Me parece muy curioso. —Y también me gustaba.

—¿Por?

—Mi cumpleaños es el veinte de junio. —Se me quedó mirando sin entenderlo, reí antes de hablar—. Es el día más feliz del año, el día del color amarillo.

—No me lo creo —dijo abriendo la boca y parpadeando despacio.

—Te lo juro. ¿Cuándo es tu cumpleaños? —pregunté sintiendo una paz abrumadora.

—El diecinueve de agosto.

Casi cumplíamos años el mismo día con dos meses de diferencia, aunque ella era un año más mayor que yo.

—Qué profundas nos hemos puesto de repente, ¿no? —comenté tras unos segundos de silencio.

Me miró y sonreímos.

—¿Te apetece que veamos algo? —le propuse acomodándome en el sofá y señalando la televisión.

—Puedes negarte, ¿eh? ¿Te apetecería ver la primera película de *High School Musical*?

Mi corazón se saltó un par de latidos para retomar un ritmo mucho más rápido tras su pregunta. Aún no lo sabía, tardaría en darme cuenta, pero en ese momento, ese día, comencé a quererla.

1994

Querido diario o querida Lena del futuro:

Me han ascendido en el trabajo.

Estoy muy contenta últimamente, la dirección de la empresa ha cambiado y, aunque todos estábamos algo nerviosos por si había renovación de plantilla y despidos, no ha sido así. Es más, me gusta mucho cómo se gestionan ahora las cosas y no es solo por el aumento.

Hoy me voy de fiesta con las chicas y algunas compis de trabajo para celebrar mi ascenso y que a Patricia la han hecho fija en el colegio.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Javier y yo hemos decidido que vamos a empezar a viajar, el primer lugar lo elegiremos al azar, luego cada uno dirá un destino. Qué ganas de comerme el mundo a su lado.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Javier ha cumplido treinta años, la cosa se empieza a poner seria, como dice él, y vamos a irnos de viaje por Escocia para celebrarlo. Lleva años diciéndome que le encantaría ir, así que he decidido regalarle ese sueño.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Me he apuntado a clases de cerámica y me encanta.

2011

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Vuelta de vacaciones
Hola, hermanita.

Las vacaciones han sido increíbles, aquí te adjunto una foto de tu hermana tomando un mojito en la Rivera Maya y no es para darte envidia, lo juro. Solo para que veas lo estupendísima que estoy. No sabes lo que necesitaba estas vacaciones y el cambio de aires. Ha sido como poder volver a respirar con normalidad. Vivir en una fantasía durante una semana no ha estado mal. Me lo he pasado genial con las chicas, y todas te mandan muchos besos.

Eso sí, la vuelta a la rutina se me ha hecho un poco cuesta arriba, pero eso pasa siempre, así que, dentro de lo que cabe, todo bien.

Me alegro muchísimo de que lo tuyo con Finn vaya mejor, de verdad.

Dale miles de besos a Emma, recuérdale que su tía favorita la echa de menos y que la quiere.

A ti también te quiero, Isa.

Dalia

Si alguien me hubiera dicho que aquel viaje, que aquella boda, iba a cambiar tanto mi vida, no me lo hubiera creído porque hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de que me pasaran cosas buenas, porque jamás pensé que mi vida pudiera dar un giro tan grande y que los sueños que ni siquiera sabía que tenía pudieran cumplirse.

Marc llegó a eso de las cuatro y media, nos saludó, se sentó a mi lado y, tras dejarme un beso en la mejilla, me rodeó con un brazo. Vio el final de la película con nosotras, cuando esta terminó Sofía dijo que tenía que ir a cambiarse. No quería que se fuera, pero en apenas un par de horas volvería a verla. La no-despedida de solteros era esa noche.

A mi padre y Alicia, tras estar más diez años juntos, les había parecido absurdo hacer una despedida, desde su punto de vista, no había nada que despedir. Así que realmente consistía en una merienda-cena en la Albufera, que según me habían contado era un lugar precioso. Una excusa más para hacer una celebración, estar con la familia y amigos que habían podido venir antes del gran día. También habría tarta porque era el cumpleaños de su hermana. La idea era que no terminara muy tarde, un par de días después era la boda. Empezaba a ser consciente de que cada vez faltaba menos tiempo. Sentía ciertos nervios, también emoción.

Había ayudado a Alicia con muchos de los preparativos a distancia, me había dejado implicarme y eso nos había unido más. Las bodas siempre me habían gustado, tenían algo especial. Celebrar el amor siempre me pareció algo casi mágico. Era una locura todos los detalles que se tenían que tener en cuenta y las mil y una opciones que había. También me fascinaba el ambiente que se respiraba. Tenía claro que una boda tenía muchas partes y no todas

buenas, pero me gustaba centrarme en los novios. En las caras de emoción, amor, euforia y felicidad.

Ella me había mostrado siempre lo mejor de ellas. Disfrutaba mucho implicándome en todo lo que tenía que ver con la organización, ver catálogos, comparar opciones y precios, encontrar lo que más se ajustaba al gusto de la novia, buscar lugares, perderme entre los cientos de detalles que se podían hacer y regalar… y, aunque no era la persona más organizada del mundo, se me daba bien. Aquellos meses me lo había pasado muy bien ayudando a Alicia y a Lorena, la *wedding planner* que había contratado, y no dudaba de que la boda iba a ser perfecta, al igual que esta no-despedida de solteros, que también nos habíamos encargado las tres de organizar

La única vez que había venido de visita, Lorena y yo habíamos coincidido y me había fascinado todo lo relacionado con su trabajo. Hablamos durante horas, me estuvo contando que desde hacía un año tenía su propia empresa y el negocio, pese a haberlo empezado hacía poco, le iba bien. Sinceramente, la admiraba.

Llamaron a la puerta, y Marc se asomó. Al verme con el vestido que había elegido para esa noche se quedó parado y me recorrió con la mirada de arriba abajo.

—Estás preciosa, ¿lista?

—Sí.

Me gustaba ir cómoda, pero había querido salir un poco de mi zona de confort y probar algo diferente. Llevaba un vestido de tirantes, entallado, de escote cuadrado, el fondo era blanco y tenía dalias moradas estampadas por todas partes. Me había parecido precioso y me hizo pensar en mi madre. Llevaba el pelo suelto, unas sandalias blancas con un poco de tacón y el collar. Alicia llevaba un vestido rojo pasión que contrastaba mucho con su pelo rubio.

—Estás preciosa, cielo —me dijo con cariño.

—Gracias, tú también.

El camino hasta el restaurante donde pasaríamos las próximas horas fue muy bonito, disfruté de las vistas y me fui empapando de todo lo que veía a través de la ventanilla.

Cuando llegamos respiré hondo un par de veces, el nudo en la garganta apretaba, los ojos me picaban por contener las lágrimas que no dejaba salir y no entendía por qué de repente me sentía así: triste, apagada, como si me pesaran los hombros, como si quisiera huir. Evité la mirada de mi padre porque sabía que si se daba cuenta estaría preocupado toda la noche y solo quería que fuera feliz, que disfrutara de la experiencia, que conservara los mejores recuerdos.

Marc vino a mi lado, me miró, pero no dijo nada, solo me abrazó. Al separarnos lo contemplé agradecida, podía respirar mejor. Asentí cuando me sentí preparada y recorrimos los pasos que nos separaban de la entrada del lugar. Había lucecitas decorando la impresionante puerta de madera, parecía antigua, pasamos al otro lado, recorrimos un pequeño pasillo y salimos donde estaban todos los invitados.

Habría unas treinta personas saludando a los futuros novios, con copas en la mano y la sonrisa en los labios. Vi a Sofía a lo lejos, llevaba un vestido sencillo, aunque suficiente para hacerla destacar. Era azul, entallado en el pecho y suelto a partir de la cintura, de tirantes y hasta la rodilla. Llevaba unas sandalias del mismo tono y el pelo recogido en la nuca con una especie de moño-trenza. Quise ir a su lado, besarla, abrazarla, tocarla, todo al mismo tiempo. Me latía tan rápido el corazón que no lo entendía, deseé que mirara en mi dirección, pero no lo hizo, hablaba con una chica de nuestra edad, gesticulaba exageradamente y sonreía. Marc me apretó la mano y me volví hacia él.

—Voy a saludar a mi tía, ¿vienes? —Negué con la cabeza con un objetivo en mente.

Marc me dejó un beso en la mejilla, y nos despedimos. Cogí aire antes de armarme de valor y me acerqué a ella. Debió de sentir que me aproximaba porque se giró en mi dirección y nuestras miradas se encontraron. Contuve la respiración durante unos segundos y cuando sus ojos sonrieron dejé ir el aire al mismo tiempo que llegaba a su lado. Se acercó a darme dos besos, olía a salitre, seguramente la humedad del ambiente se había impregnado en su piel. Me gustó que la chica de la playa oliera así, le pegaba.

—Esta es Lucía, la hija de Marta, una amiga de Alicia, no sé si te acuerdas de ella, estaba en la comida.

—Sí, me acuerdo de tu madre. —Asentí en su dirección—. Encantada —dije sin acercarme a ella, no era mucho de dar dos besos cuando conocía a alguien a no ser que me viera muy obligada a ello.

—Me alegro mucho de conocerte por fin, Dalia. He oído hablar mucho de ti.

Retomaron su conversación anterior, Sofía alargó la mano y me rozó los dedos. Se me encogió el estómago y sentí un hormigueo.

Me giré hacia donde se oía mucho ruido, algunos amigos de los novios gritaban a voces. Vi la carcajada de mi padre, la expresión de felicidad de Alicia y cómo se besaban. Algo feo, algo desagradable, me presionó el pecho, aparté la mirada mientras intentaba tragar saliva, no sabía qué me pasaba, hacía años que no tenía problemas con sus muestras de amor.

Lucía se fue cuando su madre la llamó, la atención de Sofía se centró en mí, debió de ver algo en mí porque su expresión cambió.

—¿Qué pasa? Tienes los ojos muy tristes.

Negué con la cabeza sin poder decir nada, concentrándome en la respiración, me sentía perdida en la vorágine de sentimientos.

No sé si se acercó ella, me acerqué yo o nos acercamos las dos, pero de repente nos estábamos abrazando, abrazando como lo necesitaba, abrazando con los brazos, el cuerpo entero y el alma. Era un abrazo reconfortante, íntimo, nuestro. Apoyé la mejilla en su hombro y respiré hondo. Ninguna de las dos quería romper ese abrazo, lo supe por cómo sus manos me sujetaban, pero al final lo hicimos. No miré si alguien nos observaba, me centré en sus ojos y mi respiración se normalizó. No era consciente de cuánto había necesitado ese abrazo.

—Ahora estoy mucho mejor —dije dándole las gracias en silencio.

—Me alegra haberte ayudado, siempre que quieras. —Su mano me acarició la mejilla suavemente, cerré los ojos disfrutando del tacto incluso cuando se desvaneció—. ¿Quieres contarme qué ha pasado? —preguntó acercándose un poco más a mí.

—Me he agobiado un poco, cada vez falta menos para la boda, estoy muy emocionada, son muchas sensaciones. Un poco todo.

—¿Eso es todo? —insistió.

—Sí, es que no sabía que algo que podía hacerte tan feliz también pudiera doler tanto.

Ella asintió comprensiva. La música sonaba bajita, las conversaciones se entremezclaban a nuestro alrededor. Nos quedamos ahí durante unos minutos sin hacer nada más que mirarnos.

—Estás preciosa. El detalle de las dalias me encanta. —Su voz rompió nuestro pequeño silencio haciéndome sonreír, su mano acarició la tela de mi vestido a la altura de la cintura, me mordí el labio mientras percibía su mirada cálida como el sol.

—Tú estás increíble. El azul es tu color. —Pegaba con sus ojos.

—Gracias, me iba a poner otro vestido, pero al final me he decantado por este, me alegra que te guste. ¿Vamos a comer algo? —me propuso terminándose la copa que llevaba en la mano.

—Sí y necesito beber.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y sentí la electricidad subirme por el brazo. Respiré más calmada. La observé.

—¿Qué te apetece? —preguntó mientras comenzamos a andar. «Me apeteces tú», quise decirle, pero no me sentía tan atrevida. Al ver que no le respondía giró la cabeza—. ¿Dalia?

Mis ojos bajaron a sus labios, apreté sus dedos entre los míos y vi el movimiento de su garganta.

—¿Qué vais a comer, chicas? —La voz de Marc me hizo parpadear.

Estaba a nuestro lado en la barra.

—Yo voy a querer un *gin-tonic* y luego voy a ir a por un minisándwich de queso, que están buenísimos —dijo Sofía.

Después de que nos dieran las bebidas, fuimos cogiendo aperitivos que iban sirviendo los camareros, picoteamos, hablamos y reímos los tres. Vinieron varias personas a saludarnos e interrumpieron nuestras conversaciones, a algunos los conocía, otros siguieron siendo desconocidos tras las presentaciones. Por lo visto era la estrella de la fiesta, los amigos de mi padre y Alicia querían

conocerme y algunos parientes lejanos también. Las primeras horas las pasé así.

Teresa llamó a su hija en un momento dado y se fue. Hasta ese instante no me había dado cuenta de que seguíamos cogidas de la mano. Nuestros dedos se soltaron despacio. La dejé ir.

—Te gusta. Le gustas —dijo Marc. Me giré rápido hacia él y me quedé asimilando sus palabras—. No te hagas la tonta, flor. Te conozco —añadió con una sonrisa algo apagada.

—No sé si le gusto. —Y era la verdad, tenía ciertas dudas de que buscara algo más que amistad.

—Ya te digo yo que sí, deberías ver cómo te mira cuando no eres consciente —comentó, y se me encogió el estómago.

—¿Cómo lo hace? —pregunté con dudas, miedo, emoción y nervios.

Lo miré pidiéndole que fuera sincero, que no me emocionara demasiado por si luego, si sus sospechas no eran ciertas, no se me agrietara demasiado el corazón, sin embargo, sus palabras fueron directas a mi pecho, se colaron, se asentaron, me reconfortaron.

—Como si fueras la flor más bonita, la estrella más brillante, el puto sol, y es que lo eres. No te das cuenta, pero lo eres. —¿Cómo se respondía a eso? Yo nunca supe hacerlo. Su mano cogió la mía. Lo contemplé emocionada, tragué saliva sin saber qué hacer.

»Me encanta tu vestido —comentó cambiando de tema, como si sus palabras no hubieran calentado mi pecho, arrasado, y me acarició fugazmente la cadera—. Dalia, Dalia, Dalia…

Cogí aire, me dejó un beso en la frente que me supo a muchas cosas, pero ninguna era correcta.

Nos habíamos apartado a un rincón más alejado, la mayoría de la gente estaba en el centro de la terraza, la Albufera estaba frente a nosotros, los colores del atardecer no tardarían en aparecer. Agarré la barandilla con una mano cuando lo vi abrir la boca, sabía que necesitaba sujetarme a algo, presentía que el momento había llegado, el momento de ser sinceros. No quería porque me daba miedo, aun así, sabía que era necesario.

—Sabes que te quiero, ¿no? —expresó con tiento.

—Y yo, Marc —contesté mirándolo con emoción.

—No me refiero solo a así —confirmó como sospechaba.

—Ay, Dios, Marc —musité con un suspiro algo tembloroso.

De todos los lugares, de todos los momentos, había elegido ese. Mi padre y Alicia reían a solo unos pasos de distancia. Amigos, familia, desconocidos para mí, personas importantes para los novios. Sofía me sonrió a unos metros, su madre la tenía cogida del brazo y hablaban con un matrimonio algo mayor.

—No, en serio, escúchame. Sé que normalmente siempre me lo tomo todo a broma, pero hoy hablo de verdad. Te quiero. Me enamoré de ti la primera vez que me miraste con tus grandes ojos marrones llenos de cosas que trasmitían más que ninguna otra mirada que hubiera visto nunca. Es que es imposible que pases por la vida de alguien y no se enamoré de ti porque iluminas allá donde vas, tú no te das cuenta, pero deslumbras, sonríes y haces sonreír. Tus abrazos sanan, porque cuando abrazas lo haces de verdad, dando todo de ti. Hace muchos años asumí que lo nuestro nunca iba a ser. Eres mi amor imposible, Dalia. Me has regalado tantas cosas, tantos momentos, tantas emociones, tantos recuerdos… No cambiaría ninguno, crecer junto a ti y descubrir el mundo a tu lado ha sido un regalo. Por eso sé que nunca dejaré de quererte —me explicó con mucha emoción.

—Sabes que yo también te quiero de verdad, que he sido feliz a tu lado, que quizás en algún momento creía que seríamos…, pero al mismo tiempo supe que nunca habría un nosotros más allá de la amistad y la familia. Porque eres mi familia. Eso tenlo claro. —Tragué saliva y me mordí el labio para no dejar ir las lágrimas.

—Lo sé. Es solo que también quiero que sepas cuánto te quiero. Lo feliz que soy si tú eres feliz y, joder, es que a veces no me creo que exista tanto amor dentro de mí porque te quiero tanto tanto tanto… —Dolía, cómo dolía. Sentí las lágrimas caer, él las limpió con cariño.

»Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, pero por primera vez me siento preparado para dejar ir este enamoramiento, a ese Marc que sigue soñando con que tengamos una oportunidad. —Sus ojos brillaban, mis labios temblaban. Sentía frío y calor. Su mano cogió la mía.

—Dejémoslos ir juntos —dije con la voz entrecortada.

Asintió apretando los labios en una línea fina, me miró con amor, sentí mi pecho llenarse y vaciarse. Percibí cómo los dejábamos ir.

Enterró la cabeza en mi cuello, no podía dejar de llorar porque sentía que se me estaba rompiendo el corazón, que realmente nos estábamos diciendo adiós, aunque lo único que hacíamos era acercarnos más. Porque, pese a todo, dejarnos ir, romper con eso, nos acercó más como amigos.

Sentí sus lágrimas en mi cuello. Lo abracé más fuerte y cerré los ojos. Quería fundirme con él, consolarlo, quitarle el dolor que inconscientemente le estaba provocando, arreglar ese corazón roto. No sé cuántos minutos pasaron hasta que se alejó. Sus ojos brillaban, los míos estaban plagados de lágrimas. Apretamos nuestras manos entrelazadas.

—Eres la flor más bonita del mundo. Esa siempre será mi verdad.

—Si te quiero más, reviento —contesté llorando y riendo.

—Ve a por ella. Lánzate. Quiere y déjate querer. —Lo miré sin palabras, queriéndolo más que nunca.

—Marc… —lo llamé sin voz, mirándolo con muchísimo cariño.

—Y si luego te rompe el corazón siempre estaré aquí para hacerte reír, no lo olvides. —Sus dedos rozaron los míos.

Me dejó un beso en la mejilla y se fue.

Me sentí rota, pero más libre al mismo tiempo.

Respiré hondo. Le di la espalda a todos y me abracé a mí misma mientras contemplaba las vistas más bonitas que un momento así me podía regalar.

1995

Querido diario o querida Lena del futuro:

He cumplido los veintisiete y después de siete años juntos…

Nos hemos casado.

¿Me oyes gritar?

Oficialmente somos marido y mujer.

No nos hemos podido permitir una gran boda, pero ha sido mejor de lo que soñaba.

Muy íntima, muy nuestra, ha estado llena de detalles y amor, de risas, abrazos y palabras preciosas.

Javier es mi marido, mi marido.

Casi siento como si estuviese soñando despierta, pero no, es mi vida y qué bien suena.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Estamos en una nube los dos, compartiendo miradas que dicen más que cualquier palabra, viviendo en la sonrisa del otro, dándonos banquetes de caricias y haciéndonos adictos a las palabras del otro. Me he pasado de romántica, ¿verdad? Hay veces que no sé cómo explicar lo mucho que me hace sentir, lo feliz que estoy, cuánto lo quiero.

2011

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Dejándole ver todo de mí
Hola, hermanita.

Ibas preciosa y el hotel parecía maravilloso. Me encantan las fotos que me has mandado. Espero que lo pasarais muy bien los dos y que estos días a solas os hayan ido genial. Dale a Finn un abrazo de mi parte.

Sobre mi vida…

El trabajo, como siempre, bien. Hay días mejores que otros.

Y con él, genial. Le he hablado del aborto, de cómo me dejaron una semana antes de casarme, de cómo me cerré al amor y me centré en el trabajo… Le he hablado mucho de mí, de esas espinitas que sigo teniendo clavadas en el pecho, de algunos de mis miedos, sueños frustrados y mis mejores años, de lo que me hace feliz.

Me he abierto a él como nunca me he abierto a nadie. La relación que estamos creando llena de esa confianza y sinceridad me encanta. Lo más bonito es que no hemos forzado nada, porque, cuando dos personas sienten algo y es real, surge. Hasta ahora me había empeñado en forzar, casi sin darme cuenta, mis anteriores relaciones, pero con él he comprendido que no tiene que ser así.

Lo único es que seguimos con las llamadas, pero cada día se me quedan más cortas, siento que necesito más.

Me he abierto una botella de vino y voy casi por la mitad, así que no me hagas tampoco mucho caso.

En fin…, ya te contaré.

Te quiero, Isa.

Dalia

La sentí antes de que hablara, puso una mano muy cerca de la mía, estiré el meñique y rocé el suyo, lo atrapó y lo dejé así. No aparté la mirada del atardecer. Los colores del cielo siempre me impresionaban, tan vivos, tan únicos…, se reflejaban en el agua y la imagen dejaba sin palabras. Detrás de nosotras, a tan solo unos metros, la fiesta continuaba y unos pocos también observaban el atardecer.

—No quiero que estés triste, aunque a veces es necesario. ¿Estás bien?

Asentí mientras respiraba hondo.

Había ido al baño a arreglarme después de terminar de llorar a gusto, aun así, no podía quitarme la rojez de los ojos ni el cansancio que me había abrazado tras la montaña de sentimientos. Respiré el aire puro y giré la cabeza. Me acerqué despacio a ella, le rodeé la cintura y apoyé la cabeza en su hombro, con los tacones que llevaba estaba a la altura perfecta. Su brazo me envolvió los hombros. Nos quedamos así viendo el atardecer, despidiendo el día, mientras las emociones intensas daban paso a un estado más de calma. Sentí un beso en la frente y se me encogió el estómago.

Conforme la noche fue entrando me fui animando, dejando atrás el nudo en la garganta y la pesadez que me oprimía el pecho.

Habían puesto varias mesas en el jardín para la cena, sobre ellas colgaban lucecitas que iluminaban la terraza. Desde la silla en la que estaba sentada parecían pequeñas estrellas suspendidas, me dieron ganas de descalzarme y tocar la hierba con los pies mientras la humedad de la noche me abrazaba. Las mesas estaban decoradas con flores, nos habíamos sentado como habíamos querido, era una cena informal, no había nombres ni orden.

Sofía se sentó a mi lado. En un momento dado su mano soltó los cubiertos y buscó la mía por encima de la mesa, sus dedos se perdieron entre los míos y me miró a los ojos. Las ganas de besarla eran tan fuertes que me mordí el labio para contenerme.

No faltaron las copas ni la buena comida, tampoco las risas, las conversaciones se entremezclaban y me sentí una más. Cantamos el cumpleaños feliz a la hermana de Alicia, mi padre y ella bailaron, varias parejas se unieron. Se respiraba felicidad. Olía a noche de verano.

Mi padre vino a darme un abrazo y a intentar sacarme a bailar, pero no me apetecía, me dolían un poco los pies por culpa de los tacones que no estaba acostumbrada a llevar, así que se fue haciendo unos pasos un tanto vergonzosos que me arrancaron una carcajada. Estaba muy guapo con el pelo despeinado, la camisa un poco arrugada y una sonrisa arrebatadora en los labios. Cuando miré la hora solo eran las diez de la noche, pero tenía la sensación de que había pasado mucho más tiempo. Sofía y yo nos levantamos tras comer un trozo de tarta.

—¿Te apetece pasear? —pregunté, ella asintió y me cogió de la mano.

Al final me terminé descalzando, moví los dedos al notar la hierba húmeda en la planta de los pies y sentí cosquillas, la piel se me puso de gallina y me dio la sensación de que podía respirar con normalidad. Aunque quizás era todo culpa del vino, solo me había tomado dos copas, pero como no estaba acostumbrada a beber todo podía ser. Dejé los zapatos bajo mi silla y recorrimos el camino que marcaba la barandilla, poco a poco fuimos alejándonos de la fiesta, dejando las conversaciones y los invitados atrás.

Rodeamos uno de los muros del restaurante y los sonidos de la naturaleza llegaron a nosotras. Nos detuvimos con los brazos sobre la barandilla que nos protegía de caer a la Albufera, había luna llena y alumbraba bastante, no me costaba reconocer su rostro, aunque ninguna luz artificial nos rodeaba.

—La cena estaba buenísima —dije rompiendo el silencio.

—Sí. —Percibí su mirada, pero seguí observando al horizonte negro. Se escuchaba el ruido del agua y era tranquilizador, como una

respiración—. Si nos casamos, este sería un lugar increíble para hacer el convite.

No pude evitar reírme, y ella lo hizo conmigo. Me giré y me empapé de su imagen, de sus ojos entrecerrados, de su boca abierta mientras la risa salía de ellos y de su luz.

—¿Así que sigues con eso?

—Por supuesto —bromeó o eso le quise hacer entender a mi corazón cuando dio un brinco. Su gesto mudó a uno un poco más serio.

»¿Quieres hablar de lo que ha pasado con Marc? —Fruncí el ceño sin entender cómo se había enterado—. Os he visto hablar y he supuesto que era algo importante. Además, habéis pasado la noche cada uno en un extremo del jardín y sin dirigiros la mirada.

—Qué observadora. No me apetece hablar ahora de eso, pero gracias por ofrecerte.

—Siempre. —No hubo duda en su voz.

Creo que tras decir esa palabra ambas fuimos conscientes de que esa afirmación no era cierta, porque en unos días me iría, porque quizás nunca volviese a verla. Mi vida estaba a kilómetros de distancia. Quizás fue eso mismo lo que me impulsó a tomar la decisión que más quería, pero más miedo me daba. La miré como solo se miran a las cosas que anhelas mucho: con esperanza, pasión, deseo y hambre.

El azul de sus ojos brillaba y me llamaba. Me detuve delante de ella, indecisa. Me picaban las manos de las ganas que tenía de tocarla, las abrí y cerré para contenerme. Cogí aire al ser consciente de su deseo. Tragué saliva. Estaba tan centrada en lo que yo sentía y en el miedo que tenía de no ser correspondida que me había olvidado de mirar con atención sus ojos. Al hacerlo no había duda de que las dos queríamos besarnos, lo sabía, lo sentía, lo veía en su mirada, en la forma en que contemplaba mis labios y cómo se humedecía los suyos. Se puso un mechón de pelo tras la oreja, luego alargó la mano, sus dedos recorrieron mi mejilla dejando una suave caricia que me quemó y me erizó la piel.

—¿Puedo be…?

No la dejé terminar la pregunta, reuní el valor y me puse de puntillas. Busqué sus labios y la besé, nos besamos despacio, disfrutando de cada segundo.

Sofía

Antes de que pudiera decir nada más, sentí sus labios sobre los míos. El beso empezó como una caricia, un suspiro, un aleteo. Todo olía a ella. Las ganas me podían y le abrí la boca con la lengua. El corazón se me aceleró como nunca.

La besé como si el resto del mundo, nuestras familias a unos metros de distancia y todo lo que no fuéramos nosotras no importara y es que esa era la realidad. Me perdí en la suavidad de sus labios, en su sabor dulce, en su piel caliente, en la manera en que nuestros pechos encajaban. Se le escapó un gemido y quise que volviera a hacer ese sonido. Sus manos me rodearon el cuello, las mías estrecharon más su cintura. Quería devorarla, llegar a todos los rincones, nada era suficiente.

Le mordí el labio inferior, subí la mano hasta su cuello y tomé el control del beso; más, quería más. La tensión entre nosotras no hacía sino crecer. Me devolvió el beso con más pasión de la que creí capaz, no recordaba que nadie me hubiera besado así, no sabía que un beso pudiera hacer sentir tanto. Colé hasta su nuca la mano que tenía en el cuello, cogí algunos mechones de su pelo y tiré. Nos separamos jadeando, tenía la sensación de que se me iba a salir el corazón del pecho y me palpitaba todo el cuerpo, sobre todo una zona muy concreta.

Sentí sus pezones duros rozar mis pechos. Arrastré la nariz por su cuello, dejé un beso tras su oreja al mismo tiempo que me enamoraba de su jadeo. Su mano atrevida bajó por mi espalda y apretó mi culo, nos acercamos tanto como pudimos, aun así, no fue suficiente, parecía que nada lo era. Volví a besar sus labios, a acariciar su lengua, a hacerla estremecer y sentirme temblar. Fue como me había imaginado al besarla y mucho mejor, sabía al color amarillo y a las cosas que brillan, sabía a felicidad.

1996

Querido diario o querida Lena del futuro:

Los horarios de Javier últimamente están siendo imposibles, imposibles de compaginar, entre el hospital, la clínica privada y las charlas que está dando en la universidad, nos vemos muy poco…

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hemos comprado la casa de nuestros sueños.

Es que aún no me lo creo, hemos comprado la casa de nuestros sueños y tiene una terraza preciosa.

Tengo que reconocer que nunca me vi comprando una casa, pero queremos tener algo nuestro, un sitio al que llamar hogar. Supongo que las prioridades de uno van cambiando conforme se hace mayor. Ahora buscamos un poco más de tranquilidad, por eso mismo ha dejado su empleo en la clínica y está solo trabajando en el hospital.

Nos vemos más y hemos creado una especie de rutina. Me gusta, me gusta la vida a su lado y lo bonitos que están siendo estos últimos años.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Soy adicta a Javier y a lo que me hace sentir. Quiero follar con él toda la vida.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Me he ido de viaje con mis amigas a Menorca, me lo he pasado genial. Cómo lo necesitaba. Patricia nos ha contado que está embarazada. Qué feliz soy de que mis amigas sean felices.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Sé que últimamente no estoy escribiendo mucho, pero es que no me apetece tanto, aunque me gusta la idea de dejar apuntados aquí esos momentos importantes. En fin…, un nuevo año está a punto de llegar y tengo la sensación de que va a ser genial. ¿Cómo le va a la Lena del presente?

2011

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Lo quiero
Hola, hermanita.

Quizás tú ya lo sabías, quizás lo supiste desde la primera vez que te hablé de él, pero hasta ahora no he sido consciente de cuánto, de que lo quiero todo con él, que quiero compartir mi vida y vivirlo todo a su lado.

De que estoy enamorada, enamorada hasta la médula.

Yo, que había perdido la fe en el amor; yo, que creía que sería la tía soltera; yo, enamorada.

Ayer se lo dije, le dije que le quería.

Estuvimos hablando durante horas, siendo sinceros, poniendo las cartas sobre la mesa. Hemos charlado largo y tendido, hemos sido honestos. Es un poco complicado, en realidad todo lo es, por su situación, porque sigue casado con su mujer, viviendo en su casa, por su hija. Dice que quiere estar conmigo, que va a divorciarse…

Yo no quiero forzar nada ni hacerme ilusiones, apenas nos hemos vuelto a ver en un par de ocasiones, pero cuando él me dijo que también me quería, que le gustaría vivir una vida conmigo, el corazón se me contrajo y quise creerle porque nunca unas palabras habían sonado tan bien.

Ya te contaré…

Y gracias por ser mi todo y acompañarme en esta locura en la que se está convirtiendo mi vida.

Te quiero, Isa.

Dalia

Era una sensación parecida a cuando bajas por una montaña rusa. Caída libre y sin frenos, el estómago encogido. Me faltaba el aliento, me dolía el pecho, me perdí en el beso. Me separé casi sin aire, jadeando, apoyé la frente sobre su barbilla. Notaba los labios mojados, hinchados. No era capaz de describir la emoción que me llenaba, pero al mismo tiempo me sentía algo asustada.

—Joder…

Quería volver a besarla.

Quería volver a besarla una y otra vez, una y otra vez. Sentía que no podía cansarme de ella, de sus labios, de su olor, de cómo nuestros cuerpos encajaban, de lo que me hacía sentir.

Cuando conseguí normalizar mi respiración la miré a los ojos, los suyos tan azules brillaban con más fuerza que nunca y estaban algo más oscuros.

No supe qué decir, tragué saliva, bajé la vista de manera inconsciente a sus labios y me relamí los míos; sabían a ella, era un sabor adictivo. Cerré los ojos intentando ordenar mi cabeza, ser lógica. Sabía que me iba a arrepentir de mis palabras, aun así, lo dije:

—No creo que debamos volver a hacerlo.

Aunque lo único en lo que podía pensar era en sus labios.

—¿Por qué? —preguntó con un susurro que me puso la piel de gallina.

Avanzó un paso acercándose más a mí y salvando la distancia que había puesto entre las dos, sus dedos cogieron la tela del vestido y tiró, me acerqué a ella. Su mano se coló por debajo de la tela y subió por mi muslo. Me mordí los labios para no morder los suyos.

—Porque me voy en unos días, porque pasado mañana se casa mi padre, porque esto es una locura. —Se me contrajo el estómago cuando su mano siguió ascendiendo.

—Excusas, todo eso da igual.

—Sofía… —jadeé cuando rozó la goma de mis bragas.

—Dalia… —respondió alzando una ceja mientras sacaba la mano de debajo de mi vestido dejándome con las ganas, ganas de más, ganas de ella.

Nos desafiamos con la mirada durante lo que me parecieron minutos, me costaba pensar con claridad y me palpitaba el cuerpo, para cuando sonrió me había olvidado de mi postura.

—¿Estás segura? —La voz me salió algo temblorosa.

—Sí.

—Me iré en unos días —dije y no eran excusas, era la realidad.

No tenía claro que fuera a tener el control de nada.

—Prefiero echarte de menos que arrepentirme de nunca haberte besado de nuevo, que no haberlo vivido contigo. —Sus palabras se colaron entre las grietas de mi pecho y me calentaron, sin embargo, las dudas seguían estando.

—Es que…

—Será todo lo que tú quieras, pero deja ir el miedo.

Me quedé cautivada en sus ojos, en su sonrisa, y eso hice.

Me lancé sobre sus labios, busqué su lengua con desesperación y me perdí.

Besé a la chica que me hacía sonreír.



Volvimos a la fiesta con las manos entrelazadas, los labios hinchados de besarnos y las mejillas doloridas de sonreír tanto. No sabía el tiempo que habíamos pasado besándonos y tocándonos por encima de los vestidos, riendo por tonterías y acariciándonos con necesidad, seguía temblando. Cuando aparecimos de nuevo lo primero de lo que fui consciente fue de que la mayoría de los invitados se habían ido, así que nuestra vuelta no pasó desapercibida. Alicia, algo achispada, vino a abrazarnos.

—Estáis guapísimas.

Nos miramos y reímos. Solté a Sofía sin quererlo. Tenía ganas de llevármela a un rincón y seguir besándola. De colar la mano bajo su vestido y descubrir la textura de su piel, sus pecas, sus cicatrices. En cambio, ella se fue con su madre cuando esta la llamó, y yo me fui a bailar con mi padre. Un par de horas después todos nos despedimos. Fui a recoger mis zapatos, que seguían bajo la silla, y sentí un pellizco al ser consciente de que solo faltaban horas para la boda, para ver a mis amigas.

Sofía me dejó un beso en la comisura de los labios cuando los demás también se estaban despidiendo, me supo a poco, pero me hizo sonreír mucho. Me dio la sensación de que nadie era consciente de nada de lo que había pasado entre nosotras dos, aunque tenía la percepción de que llevaba escrito un cartel luminoso.

Vi a Marc apoyado en el coche esperando a que llegáramos, Alicia iba cogida a mi brazo con una sonrisa perpetua, si la felicidad hubiera dado alas, ella habría estado volando. La ayudé a sentarse en el coche, cogí aire y lo encaré. Por primera vez desde hacía ocho años me sentí extraña, sin saber cómo actuar en su presencia. Marc me miró igual de perdido. Parecíamos dos extraños, no sabía cuál iba a ser su siguiente paso. Mi padre aún se despedía de algunos amigos de la fiesta, lo que nos dio tiempo. Marc me miró como un niño un poco asustado, pero no dudó en abrir los brazos, me hundí en ellos, apoyé la cabeza en su pecho y lo abracé fuerte. El calor de su cuerpo me calmó. Después de unos segundos levanté la cabeza, sentí su beso en mi frente y al mirarlo supe que volvíamos a ser nosotros. No igual que siempre, pero no tan perdidos como hacía unos minutos.

—¿Estamos bien? —preguntó.
—Sí —dije, porque realmente lo estábamos.
Mi padre llegó a nosotros y se unió al abrazo haciéndonos reír.

1997

Querido diario o querida Lena del futuro:

Estoy embarazada.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Aún estoy asimilando la noticia de mi embarazo. Cuando era joven tenía claro que quería ser madre, luego, conforme fui cumpliendo años, me di cuenta de que no, de que la vida eran muchas cosas más. Quería hacer tanto…, comerme el mundo entero, ser madre no entraba en mis planes, pero hace cosa de un año algo volvió a cambiar, no sabría explicarlo.

Javier y yo hablamos hace cuatro meses, él quería ser padre, yo también, nos propusimos intentarlo sin presión, sin prisa y ahora…, ahora estoy embarazada de tres meses, ha sido más rápido de lo que creíamos, aun así, estamos muy felices. Lo que siento es indescriptible.

2012

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Se han divorciado
Hola, hermanita.

Hoy han firmado oficialmente los papeles del divorcio.

Al fin puedo respirar, es una sensación extrañísima, pero siento que ya podemos ser, sin que nada se interponga entre nosotros.

Mañana va a venir y lo vamos a celebrar. No sabes las ganas que tengo de verlo, de besarlo, de tocarlo, de perderme entre sus brazos o en sus ojos.

Me siento como en una nube.

Si estoy unos días sin contestarte no te preocupes, seguramente esté en mi particular trocito de cielo.

Ya te contaré (insertar grito de felicidad).

Te quiero mucho, Isa.

Dalia

Bostecé apoyándome en el brazo de Marc para alcanzar las galletas, parpadeé intentando aligerar la pesadez de los ojos y volví a sentarme en mi sitio. Alicia se encontraba fresca como una rosa, no sabía qué se había tomado para estar así de bien, sin rastro de una resaca; yo solo me había tomado dos copas de vino y me dolía un poco la cabeza. La futura mujer de mi padre se movía por la cocina tarareando una canción, la verdad es que cantaba bien. Seguramente tuviera que ver con que su madre había sido profesora de canto o quizás no, pero me gustaba escucharla, tenía buena voz, dulce y potente al mismo tiempo. Mi padre se sentó a mi lado con un café bien cargado y dejó el segundo té frente a mí. Le di las gracias con la mirada. Él sí que parecía algo más agotado. Volví a bostezar, sentí la vibración del móvil y lo miré.

La chica de la playa:
Buenos días, chica amarilla.
Paso en diez minutos a buscarte.

Antes de darme cuenta estaba sonriendo, pensado en sus labios y en sus ojos azules.

Hola, chica de la playa.
¿Dónde se supone
que vamos?

Tú ponte cómoda.
Tengo muchas ganas de verte.
Y de besarte.

Me levanté apresuradamente, y todos se me quedaron mirando. Me bebí el té de golpe, me quemé la lengua y dejé la taza con más fuerza de lo normal sobre la mesa.

—¿Todo bien? —preguntó mi padre con las cejas alzadas.

—Sí, me voy a ir con Sofía.

—¿Dónde? No sabía que habíais quedado —comentó Alicia.

—Ni yo hasta hace un segundo, tampoco me ha dicho dónde iremos, quizás quiera enseñarme algún lugar —expliqué encogiéndome de hombros, pero vibrando de emoción por dentro.

—Dalia, no te olvides de que esta tarde es lo de la sesión de *spa*. Solo chicas. —Le devolví la sonrisa.

—No te preocupes, pásame la dirección por si se nos hace tarde para acudir directamente.

—Es a las cinco.

—No me olvidaré. Voy a cambiarme. —Ya estaba saliendo por la puerta de la cocina cuando lo dije.

Me vestí en tiempo récord. Aun así, puse atención en cada detalle, quería sentirme guapa y que ella también lo pensara. Elegí una falda larga fresquita de fondo azul con flores estampadas en color blanco, unas sandalias marrones y una camiseta blanca con las mangas bordadas, era un conjunto que sabía que me quedaba bien, me resaltaba la cintura y con el que me sentía cómoda, para mí eso era lo más importante.

> **La chica de la playa:**
> Estoy abajo.

Salí corriendo, con el estómago encogido y una sensación parecida a la euforia, cogí el bolso azul del perchero que había en la entrada. Me lo había comprado en el último mercadillo al que había ido. Volví hacia atrás para despedirme de mi familia.

Abracé a Alicia.

—Me encanta que os estéis haciendo amigas —dijo, y solo sonreí.

—Pásalo bien. —Miré a Marc al caminar por su lado y le dejé un beso en la mejilla.

—No te importa, ¿verdad? —pregunté de pronto algo insegura.

La idea que teníamos era pasar un poco más de tiempo juntos estos días, aunque no habíamos pensado en ningún plan que hacer.

—Claro que no.

Lo observé analizando su mirada, era sincero, y dejé ir el aire que estaba conteniendo.

—Gracias, te quiero. —Lo abracé con fuerza.

—Y yo.

—¿Para mí no hay beso? —preguntó mi padre.

—Me está esperando abajo, papá. —Le di un beso rápido en la mejilla—. Luego os veo. —Busqué a Alicia, y me guiñó el ojo—. Me muero de ganas de que sea esta tarde —y lo dije de verdad.

Me apetecía que me dieran un masaje y que me hicieran la manicura. Yo era más de llevar las uñas sin pintar, pero mimarse de vez en cuando no venía mal, sobre todo si te invitaban y no tenías que pagar nada. Cerré la puerta y bajé con los nervios revolucionando mi sistema. La vi nada más salir del patio. Estaba ahí, apoyada en el coche; su postura era relajada, desenfadada. Llevaba unos vaqueros que parecían una segunda piel de sus largas piernas, una camiseta de rayas y los labios pintados de un rosa que me disponía a emborronar. Levantó la mirada, y nos sonreímos. Sentí el calor subir a mis mejillas y que me sonrojaba bajo su mirada. Avancé despacio con algo de miedo, sin expectativas, hasta llegar a ella, alargó la mano y me rozó los dedos, el corazón se me empezó a acelerar, jugamos a no dejar de mirarnos, a acariciarnos, a no dejar de sonreír.

—Hola.

—Buenos días, chica de la playa —respondí.

Tenía dudas sobre cómo saludarla, pero Sofía aclaró todas ellas tirando de la trabilla de mi falda y acercándome a ella. Envolvió mi cintura con las manos y conquistó mis labios.



—Te he cogido un *muffin* de chocolate —dijo Sofía.

Suspiré al verlo, era mi dulce favorito. Cerré la puerta del coche, habíamos conseguido aparcar después de un rato largo dando vueltas, pero no sabía dónde estábamos.

—Me has distraído cuando te he visto y se me ha olvidado. —Abrí la boca, indignada con que me echara a mí la culpa, ella aprovechó para robarme un beso que terminó con un jadeo de sorpresa por mi parte—. Eso sí, tendrás que comértelo antes de que lleguemos a nuestro destino.

—No habrá problema —contesté mientras lo mordía y ponía los ojos en blanco. Estaba buenísimo—. ¿Quieres?

La vi tragar saliva.

—Sí.

Pero en vez de coger el *muffin* se acercó a mí, me puso una mano en el cuello y me besó con una necesidad que solo me hizo querer más. No sé cómo terminé con la espalda apoyada contra su coche, con sus manos recorriéndome los costados, jadeando, con su cuerpo presionando el mío y el sabor del chocolate llenándolo todo. Nos separamos despacio, intenté normalizar mi respiración, sus brazos me rodearon, una calma desconocida llegó a mí, a pesar del ritmo descontrolado que llevaba mi corazón, me sentí, me sentí…, quizás la palabra correcta era en casa. Me abrumó el sentimiento y me costó tragar saliva. Al separase pellizcó un trozo del dulce, me dejó un beso en la mejilla y se lo comió.

Avanzamos un par de calles, nuestros dedos se encontraban en ocasiones. No había mucha gente, no se apreciaba ninguna nube en

el cielo y hacía un día perfecto.

—Es por aquí —indicó. Tiré el envoltorio del *muffin* en una papelera y la seguí.

»¿Puedo taparte los ojos? Quiero que sea sorpresa. —Confiaba en ella, así que asentí intrigada. Se puso detrás de mí, cerré los ojos y sentí sus manos suaves tapármelos.

»Tienes que caminar. —Su voz en el oído me puso la piel de gallina. Di un par de pasos, algo dudosa.

»Hay dos escalones. —Cogí sus brazos para sentirme algo más segura y mantener el equilibrio.

—Avanza un poco más. —Me dejó un beso en la mejilla cuando me indicó que parara—. ¿Lista?

—¿Sí? —pregunté porque realmente tenía dudas.

—Puedes abrir los ojos —dijo ilusionada.

Sus manos se apoyaron en mi cintura.

No tenía ni idea de dónde estábamos, con la emoción del momento tampoco me había dado tiempo a pensar en cuál sería la sorpresa, así que no esperaba nada cuando abrí los ojos. Sentí tanto amor que creí que no podría expresarlo, una parte de mí se derritió. Abrí la boca, sorprendida; lo miré todo asimilando dónde nos encontrábamos; me tapé la boca con la mano y reí. Me giré hacia ella, impresionada, pero sobre todo sobrecogida. Le cogí una mano y me gustaría decir que ya no la solté nunca más, aunque no sería verdad. Buceé en el azul de sus ojos intentando decirle sin palabras lo mucho que me había emocionado su sorpresa.

—¿Me has traído a un museo? —pregunté incrédula.

—Sí, para que admiremos obras que no conocemos e inventemos historias juntas.

Me volví a girar sin palabras, me mordí el labio muy conmovida, al respirar solo sentí cosas bonitas serpenteándome en el pecho. La envolví entre mis brazos con fuerza, le robé un beso casto con el que solo quería demostrarle que me había encantado la sorpresa, sabiendo que se estaba haciendo hueco en mi corazón, que sería difícil de ignorar una vez me fuera y que, de alguna manera, ya la quería.



Nos detuvimos frente a diferentes cuadros, algunos llamaron mi atención más que otros, pero la exposición en general era bonita. Inventamos historias que nos hicieron reír, otras que no me acabaron de convencer y en algunas pusimos demasiado dramatismo. A Sofía se le daba bien inventarlas, era rápida con sus respuestas, casi parecía que llevara toda la vida haciéndolo. Me gustaba, me gustaba más a cada paso que dábamos, a cada nueva risa que compartíamos, a cada mirada que nos dedicábamos.

Se paró delante de un cuadro precioso, colorido, lleno de flores, todo eran flores, trasmitía una vitalidad impresionante, te daban ganas de entrar en él. Me detuve a su lado para admirarlo junto a ella, sentí cómo su cuerpo se acercaba al mío, le rodeé la cintura, se apoyó en mi costado y su cabeza en mi hombro. Podría haberse detenido el mundo que no me hubiera importado permanecer así, congelarnos. Giramos nuestras cabezas a la vez, el azul de sus ojos me pareció más bonito que nunca, si hubiera sabido pintar les hubiera dedicado un lienzo entero.

Me dejó un beso dulce en la nariz. Nos contemplamos con amor y eso me asustó, luego recordé que aquello iba de disfrutar, así que tragué saliva y cuando su nariz rozó la mía suspiré flojito antes de besarla. No podía parar. Besé a la chica más preciosa frente al cuadro más bonito. No entendía cómo podía sentir tanto con un solo beso, cómo en tan poco tiempo había despertado tantas emociones en mi interior. Le mordí el labio antes de que se separara del todo y apoyara la frente sobre la mía.

—Vamos. —Se separó de mí y me tiró de la mano.

Estuvimos casi dos horas recorriendo el museo.

Entrelazamos nuestras manos al salir y fuimos así hasta el coche.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—Me ha encantado. Gracias.

Ella asintió sin perder la sonrisa. Decía que yo era el color amarillo, pero ella también desprendía mucha luz.

—¿Te importa que pasemos un momento por mi casa? —Su pregunta me sorprendió y negué con la cabeza.

—Claro que no —contesté justo cuando llegamos al coche.

Una vez montadas bajamos las ventanillas e hicimos el camino en silencio, cuando paramos en un semáforo noté su mano en mi muslo y puse mi palma sobre sus dedos. No tardamos mucho en llegar.

—Ahora vuelvo, espérame aquí, que es solo un momento —dijo saliendo.

La vi entrar en el patio y me sonó el móvil. Era Vera.

—Hola —contesté contenta de saber algo de ella, llevaba unos días desaparecida.

—Hola, Dalia. ¿Cómo va todo?

—Bien. —Sonreí—. Sé que estáis preocupadas, pero de verdad que estoy bien.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó haciéndome fruncir el ceño.

Me aparté el móvil de la cara.

—¿Cómo sabes que estoy sonriendo? —Estaba intrigada.

—Por la voz, eres un libro abierto —respondió riendo.

—He conocido a alguien.

Con ella podía ser yo y no tenía nada ni nadie de lo que esconderme.

—¿Interesante? —En su voz se percibía la emoción contenida.

—Mucho. —Y era cierto.

—¿Va a ir a la boda? Dime que sí.

—Sí —confirmé contenta, desde el museo estaba así.

—Genial, porque si te hace sonreír tengo ganas de conocerla.

—Lo harás. ¿Tú cómo estás?

Respiró hondo y se me encendieron todas las alarmas.

—Bien, cansada, con ganas de verte. La boda es la excusa perfecta para cogerme unos días de vacaciones. Solo llamaba para decirte que ya he comprado el billete de avión. Llegaré mañana pronto.

—¿Quieres que vaya a recogerte? —No tenía coche, pero le podía pedir el favor a Alicia.

—No, pillaré un taxi. ¿Voy directamente a casa de tu padre?

—Sí, de ahí ya nos iremos todos.

De repente me mordí el labio cayendo en qué día sería cuando mi amiga llegase, Sofía y sus sonrisas habían hecho que me olvidara por completo de mis miedos, de mi dolor y de la boda. Por unos segundos no supe cómo sentirme, tras coger aire me alegré de estar disfrutando de esos días y viviendo aquella experiencia llena de emociones a su lado.

—Perfecto entonces, qué ganas de verte —añadió Vera devolviéndome al presente.

Vi a Sofía salir del patio con unas bolsas, abrió el coche y las metió en el maletero.

—¿Tienes compañía? —preguntó al escuchar los ruidos.

—Sí, acaba de llegar.

—No te molesto más. Nos vemos mañana.

—Adiós, Vera.

Colgué al mismo tiempo que Sofía entraba por la puerta y se sentaba a mi lado. Alargó la mano, me cogió del cuello y buscó mis labios. Me besó con una necesidad abrumadora. Jadeaba cuando se separó, parpadeé varias veces mientras intentaba recomponer mi respiración. Me lamí los labios, y sus ojos siguieron el movimiento.

—No me tientes, Dalia —dijo con la voz algo ronca y la mirada llena de deseo.

—¿Qué?

Me sentía perdida, tragué saliva, sonreí y se acercó a besar mi sonrisa. Me salió una risa y también quiso capturarla. Apoyó la frente en mi hombro y dejó un nuevo beso en mi cuello que me hizo estremecer antes de separase y arrancar el coche.

1998

Querido diario o querida Lena del futuro:

Es una niña.

Vamos a tener una niña.

Ojalá pudiera trasmitir o dejar guardadas aquí las emociones que estoy experimentando.

Es que ahora mismo no puedo ser más feliz.

Querido diario o querida Lena del futuro:

La experiencia del embarazo está siendo una locura, mi vida ahora mismo no podría ser más tranquila y estresante al mismo tiempo. ¿Quién pensaría que un bebé necesitaría tantas cosas?

Javier está loco de felicidad, le habla mucho a la niña, y yo solo puedo sonreír.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Los treinta han llegado en el momento más feliz de mi vida.

Los celebré ayer con toda la familia. Hoy tenemos una cena con los amigos.

Javier y yo hemos decidido hacer un último viaje antes de que nazca la niña, pero de momento el destino es una sorpresa para mí.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nos ha costado mucho decidir un nombre, ambos buscábamos algo original y al final lo hemos encontrado, nuestra hija se va a llamar Dalia, esas fueron las primeras flores que Javier me regaló y

nos parece algo muy especial a los dos. Además, no conozco a nadie con ese nombre y eso siempre es un plus.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Queda poco para el parto y mentiría si dijera que no estoy nerviosa o asustada, hace ya tres meses que me cogí la baja en el trabajo, así que el cambio de rutina también me ha afectado un poco. No todo es tan bonito como lo pintan, voy un poco a días, pero me muero por verle la cara a mi hija.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Dalia nació el veinte de junio, el día del color amarillo, el día más feliz del año. Estoy segura de que es una señal de todo lo que está por venir. No podía haber elegido una fecha mejor para llegar a nuestras vidas ni al mundo, pese a que se retrasó siete días.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nuestros latidos están sincronizados, he descubierto que no hay mayor placer que verla dormir en mi pecho. Tan pequeña, tan bonita, nunca había sentido tanto amor.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Llevo dos meses sin dormir y casi el mismo tiempo sin escribir, Dalia acapara toda mi atención. Menos mal que tengo a Javier porque así, por lo menos, nos volvemos locos juntos después de tantos días sin dormir.

2012

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Una nueva vida
Hola, hermanita.

Tengo muchas cosas que contarte, así que empiezo antes de que se me haga tarde. Hemos quedado para cenar los dos solos y celebrar las novedades.

Sabes que solo hace unos meses que firmó los papeles del divorcio, pero oficialmente me ha pedido que salgamos juntos, formalizar la relación.

Le he dicho que sí.

Me lo pidió ayer por la tarde, después de llevarme de pícnic con el atardecer de fondo. Ya te lo contaré con más detalles cuando tenga un poco más de tiempo.

Lo hemos hablado mucho, aunque haya firmado hace poco los papeles, realmente hace cuatro años que lo dejó con su mujer. Tengo que reconocer que no ha sido una decisión fácil, le he dado infinidad de vueltas, quizás sea una locura, pero quiero cometer locuras con él.

El caso es que después de muchas conversaciones, sincerarnos con el otro y ver las cosas con perspectiva, queremos vivir juntos. Todo o nada, hermanita. Supongo que a esta edad no valen las medias tintas o por lo menos a nosotros no nos sirven. Quiero aclarar que tampoco es que seamos tan mayores, él acaba de cumplir cuarenta y ocho, y a mí me quedan pocos meses para los cuarenta y seis, pero supongo que tengo la sensación de que el tiempo nos pisa los talones y no queremos perder más.

Le quiero demasiado y como ya te dije lo quiero todo con él, lo bueno, lo regular y también lo malo.

Una de las cosas que más miedo dan cuando estás en una relación creo que es ser sincero con la otra persona, y nosotros lo somos el uno con el otro, siempre lo hemos sido. Me confesó que no quería mudarse a cualquier otra ciudad, quiere estar presente en la vida de su hija y vivir cerca de ella para poder pasar tardes juntos, llevarla a sus extraescolares, verla crecer…, así que he decidido (él no me lo ha pedido, que quede claro) que voy a ser yo la que se mude a su ciudad, a Zaragoza. Voy a dejar mi trabajo, voy a alquilar mi casa y me voy a ir.

No enloquezcas, aunque supongo que a estas alturas te estarás acostumbrando.

Ya te contaré, que me está esperando y no quiero que lleguemos tarde.

Te quiero, Isa.

Dalia

El olor a salitre que entraba por las ventanillas bajadas me hizo cerrar los ojos y así es como supe que nuestro siguiente destino era la playa. Me giré hacia Sofía, el aire movía los mechones de su pelo rubio, era hipnotizante, toda ella, era preciosa, el tipo de belleza que adoras y envidias. Tras aparcar muy cerca del paseo de la playa nos bajamos y cada una cogió una bolsa.

—Si lo hubiera sabido, me habría traído el bañador. —Puse una mueca triste mientras contemplaba el mar.

—Siempre puedes meterte en ropa interior. —Se encogió de hombros, me guiñó el ojo, coqueta, y tiró de mi mano.

Me deshice de las zapatillas y hundí los pies en la arena antes de seguirla. No había mucha gente en la playa y me sorprendió. Sofía se detuvo a unos metros de la orilla, alejadas de las pocas personas que se encontraban disfrutando del día como nosotras. Sacó una sábana grande de la bolsa que llevaba y la puso sobre la arena. Se arrodilló y empezó a sacar fiambreras, un par de vasos, un libro y una botella de agua. Se giró hacia mí sonriendo y lo sentí en mi pecho.

—¿Y esto? —pregunté mordiéndome el labio inferior para contener la mezcla de sensaciones que recorría mi piel.

—Es una cita. —Me cogió una mano para acercarme a ella, y me arrodillé a su lado—. Para seguir enamorándote.

«Creo que ya lo estoy».

Me había preparado una cita, un pícnic en la playa. Noté que me brillaban los ojos, era de pura emoción.

Abrí la boca, pero nada salió de mis labios. Nunca nadie me había organizado algo tan bonito ni me había hecho sentir tan especial ni tan tranquila ni tan libre. Parpadeé porque si no lo hacía me pondría a llorar.

En ese momento lo supe, supe que hay personas que llegan a tu vida y no necesitan mucho tiempo para colarse, para dejar su marca. Sofía era una de esas personas. También supe que me dolería despedirme de ella, que lo que estaba sintiendo no era una tontería, que hay sentimientos que echan raíces deprisa, pero solo si es con la persona adecuada, y ella lo era. Quizás Sofía estaba acostumbrada a tener este tipo de detalles con todas las personas que conocía, no lo sabía, sin embargo, a mí me hizo sentir única.

Como respuesta me acerqué despacio a ella, recorrí sus rasgos intentando memorizarlos para cuando no estuviera a su lado poder volver a este momento, desgastarlo de tanto pensarlo. El pelo rubio algo despeinado con mechones flotando por el aire; los labios mullidos y suaves; los ojos azules, de ese azul que te hacía estremecer; las cejas un poco curvadas; los dientes pequeños, al igual que las orejas. La miré hasta que las ganas me pudieron y conquisté sus labios. La besé despacio, diciéndole sin palabras todo lo que me había hecho sentir. Me devolvió el beso con entusiasmo, entregándose. Su lengua se encontró con la mía y jadeé. Me separé sin querer hacerlo, la miré a centímetros de distancia compartiendo aliento. Su mano me acarició la nariz haciéndome sonreír.

—¿Tienes hambre? —preguntó y me mordí el labio—. De comida, Dalia, de comida —dijo dejando escapar una risa.

Asentí mientras me sentaba con las piernas cruzadas frente a ella.

—Tenemos un bocadillo que podemos partir por la mitad; una *pizza* pequeña; uvas, que me encantan. —Cada vez que nombraba algo abría una fiambrera—. Bizcocho casero que hizo mi madre ayer, le da por cocinar cuando está nerviosa y la boda de su mejor amiga, no sé por qué, la tiene atacada. —Puso los ojos en blanco—. También he traído palomitas, aunque imagino que estarán algo blandas. —Frunció el ceño—. Un poco de chocolate; empanadillas, que no tengo muy claro de qué son, y agua. Tachán. —Abrió las manos señalando la cantidad de comida que nos rodeaba.

—Es perfecto —contesté compartiendo una sonrisa.

«Como tú».

Comimos con el sonido de las olas de fondo, hablando, tranquilas, con ella podía ser yo. La conversación fluía, las horas se nos escurrían entre los dedos, el sol me calentaba los hombros, pero no quemaba demasiado, se estaba genial gracias a la brisa. Me abracé las piernas y apoyé la cabeza en ella. Me llené el pecho de aire y absorbí todo lo que pude ese momento para no olvidarlo nunca. Sofía imitó mi gesto, el silencio interrumpido por las olas que se desvanecían al tocar la orilla era sanador.

—¿Te importa si leo un rato? —preguntó cogiendo el libro.

Negué con la cabeza sin dejar de observarla. Se tumbó boca abajo, puso el libro y los codos en la sábana. No aparté la vista de ella mientras sus ojos iban recorriendo las letras, estuvimos así unos minutos.

—Dalia… —no me miró mientras decía mi nombre y pasó la página.

—¿Qué? —susurré.

—No me puedo concentrar si no dejas de observarme.

Como sabía que no iba a ser capaz de hacerlo si me quedaba a su lado, me levanté acercándome al agua. Las olas me alcanzaron y me mojaron hasta los tobillos. Estaba más fría de lo que había imaginado en un primer momento. Contemplé el horizonte y me acordé de que cuando era pequeña pensaba que al final había un gran acantilado. Sonreí por el recuerdo, poco quedaba de esa pequeña Dalia tan soñadora.

Perdí la noción del tiempo hasta que unos brazos me rodearon desde atrás envolviendo mi cintura. Sofía me dio un beso en el hombro y me dejé caer. Era agradable estar entre sus brazos, con su calor rodeándome, con su olor. Me giré hacia ella cuando mirarla se convirtió en una necesidad. Le aparté algunos mechones de la cara; buceé en sus ojos, que me hicieron pensar en el océano. Sus manos me subieron por los costados erizándome la piel a su paso, me besó con tal abandono que creí que yo también me perdería en el beso, en ella.

Percibí el rápido latido de su corazón bajo la palma de la mano. Escondí la cara en su cuello mientras respiraba a trompicones, sus dedos me masajearon la nuca haciéndome cerrar los ojos. Me

abrazó por la cintura y a los pocos segundos mis pies dejaron de tocar el suelo, grité y reí cuando volví a sentir la arena en la planta de los pies. Deshicimos nuestros pasos hasta la sábana, parecía quererme decir tantas cosas y ella, tan valiente, no se atrevió a pronunciar ninguna.

Nos tumbamos boca arriba y miramos el cielo. Moví los dedos buscando los suyos a ciegas, nuestras manos se encontraron por encima de la sábana y los entrelazamos. No tardé en sentirla encima de mí, me robó un beso y me empezó a hacer cosquillas. Me senté riendo, con el estómago dolorido y casi sin aliento. Me miró, me miró como solo se miran a las cosas que quieres conservar, y sentí miedo, un miedo afilado que rozaba mis costillas, un abismo abrirse bajo mis pies, me sentí abrumada, por todo, por tanto que incluso dolía. Me puso un mechón tras la oreja, me acarició la mejilla con anhelo y no tardó en volver a su sitio anterior con las piernas cruzadas.

Las palabras me daban vueltas en la mente queriendo ser pronunciadas, pero mis labios seguían sellados. Fue ella la primera en romper el silencio, en deshacer parte de la tensión, sin embargo, no hablamos de lo que nos quemaba por dentro, del motivo por el cual nuestros corazones latían furiosos en el pecho.

—Dijiste que no sabías cuáles son tus sueños, ¿de verdad nunca has soñado con nada? —Me observó con los ojos entrecerrados—. No me creo que no tengas ninguno.

Me quedé pensando, busqué entre mis recuerdos y sí que había algo, pero siempre me había dado vergüenza decirlo.

—Me gustan las bodas —confesé.

El rumor de las olas siguió a mis palabras.

—No tengas miedo de compartir tus sueños conmigo, Dalia. —Cogí aire porque había dado en el clavo, me daba miedo, nunca lo había dicho porque temía sentirme juzgada, que pareciera una tontería o que se rieran de mí. No ella, pero sí los demás—. No te voy a juzgar por ellos ni hacerlos pequeños, quiero que sean tan grandes que se vuelvan reales y puedas llegar a cumplirlos.

Sus palabras se colaron en mi pecho.

—Casi todas las semanas me compro revistas de bodas porque me encantan, me fascinan, he tenido la suerte de poder ir a muchas

y… alguna vez me he imaginado organizándolas, antes tenía un tablero con mis recortes favoritos. —Volví a coger aire—. Sé que es una tontería.

—Para nada. —Su mano tocó la mía—. Así que organizadora de bodas.

—Sí, puede ser, creo que todo comenzó tras ver *Planes de boda*, la película de Jennifer López —le expliqué sonriendo, era la primera persona a la que se lo contaba. Se había rodeado las piernas con los brazos y me miraba atenta.

»Una vez se lo comenté a…, empezamos a soñar en voz alta, dijo que me ayudaría en todo lo que me hiciera falta. —Abrí los ojos —. Me regaló varios planificadores de bodas, incluso pensamos en el nombre de la futura e hipotética empresa… —Respiré hondo llenándome los pulmones de aire porque sentía que me faltaba.

»Ya no lo recordaba… —Dejé ir el aire, pero la presión en mi pecho no disminuyó, tampoco lo hizo el dolor—. Lo había olvidado —susurré con cierta culpabilidad.

—Pero estás recordando. —Sus dedos apretaron los míos con un poco más de fuerza—. ¿Sigues teniendo ese sueño?

—Supongo. Es algo que me sigue fascinando, pero siempre lo he visto como un imposible, es demasiado complicado, demasiado todo. Ayudar a Alicia con su boda ha sido increíble, me ha hecho recordar lo mucho que me gusta, pero eso es todo.

—Solo es todo si tú lo permites, puede ser más, puede ser tanto como quieras. —Su sonrisa le iluminaba toda la cara—. Ahí tienes tu sueño, Dalia. *Wedding planner*. No es un imposible, me parece un trabajo precioso, quizás abrumador, pero bonito, sin duda. —Negué con la cabeza sintiendo el nudo en la garganta—. ¿Qué te frena, Dalia?

—Lo que me frena son tantas cosas —dije abriendo las manos, agobiada, y soltando la suya en el proceso—. Es el volver a estudiar, que luego no me acabe gustando, que salga mal…

—A veces retroceder no es malo, volver para encontrarse es lo mejor que podemos hacer. Por experiencia propia sé lo difícil que es afrontar el miedo, pero aferrarte a él no te va a hacer más feliz. Vivir en la zona de confort es muy cómodo, solo que luchar por tus

sueños me parece mucho más importante. —Me miró con comprensión—. Quizás lo único que necesites sea ayuda, reorganizar un poco tu vida y poner en perspectiva tus prioridades. —Puse una mueca de desagrado—. Cuando perdí a mi hermano tuve que hacerlo, volver atrás y pedir ayuda, dejarse ayudar no es malo. Empezar de cero tampoco, darse una nueva oportunidad a una misma creo que es de valientes.

Medité sus palabras durante unos minutos, queriéndola más si eso era posible: por apoyar mis sueños, por no darme la espalda, por darme alas cuando ni siquiera sabía que las necesitaba.

—¿Y si no sale bien? —pregunté mordiéndome el labio inferior y con un nudo en la garganta.

—¿Y si sale bien? —me respondió con una sonrisa que hizo que sus ojos brillaran.

Se acercó a mí despacio y me rodeó con los brazos
Ahí sentí que volvía a respirar con normalidad, pero era
consciente de que tenía mucho en lo que pensar.

1999

Querido diario o querida Lena del futuro:

Tengo dudas constantemente sobre si lo estoy haciendo bien o mal con Dalia. Mi vida ha cambiado mucho y yo también, estoy intentando encajar las nuevas piezas de las que se compone mi presente. Con Javier todo va genial, es un padre maravilloso, implicado, paciente y se nota que la quiere. A veces hasta siento celos de cómo la mira, pero son celos buenos, me alegra que tenga un padre que la quiera tanto.

2012

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Nos vamos a vivir juntos
Hola, hermanita.

Como bien sabes hemos estado mirando pisos y al fin hemos encontrado uno precioso, ya te adjuntaré las fotos cuando esté todo organizado. Creo que voy a crear el hogar con el que siempre he soñado.

No te mentiré, siento vértigo, siento miedo, pero sobre todo siento que estoy haciendo lo correcto. Sin duda es el mayor acto de amor que voy a hacer en mi vida.

Sé que pensarás que estoy loca o quizás ya te hayas habituado a esta nueva yo, pero me he dado cuenta de que las oportunidades, el amor, a veces solo pasa una vez y quiero vivirlo intensamente, dar todo de mí. Si luego sale bien, sabré que fue la decisión correcta, pero, si sale mal, también, me he dado cuenta con cuarenta y seis años (más vale tarde que nunca) de que en eso consiste vivir: arriesgarse, cometer locuras y atreverse y, si por cualquier circunstancia al final sale todo mal, no me olvidaré de que tengo un lugar en Suiza, a tu lado. Que los brazos de mi sobrina serán los primeros en dejarme sin aliento y devolverme el amor.

La verdad es que si me paro a pensarlo cuando lo vi en aquella boda jamás imaginé que nuestra historia llegaría tan lejos, supongo que estaba convencida de que no merecía más amor, pero ahora nos vamos a vivir juntos… Las vueltas que da la vida.

Seguramente será complicado al principio, llevo demasiados años viviendo sola y una tiene sus manías, aun así, tengo tantas ganas de descubrir la vida a su lado que todo lo demás ha pasado a un segundo plano.

Sigo cuerda, te lo juro. Sigo siendo yo, te lo prometo.

Cualquier día, ahora que voy a tener tiempo, ya que voy a dejar mi trabajo (qué fuerte, mi yo del pasado estaría flipando), cogeré un vuelo hacia allí para veros y que seas testigo de lo feliz que estoy.

Ya te contaré…

Te quiero, Isa.

Dalia

—Son las cuatro y media, tenemos que ir recogiendo —dije, aunque solo quería quedarme ahí con ella mirando el mar.

—Sí, vámonos, que si no tu madrastra nos reñirá si llegamos tarde —bromeó, pero ambas sabíamos que Alicia era de las que no les gustaba la gente impuntual.

—Qué poco me gusta esa palabra.

—¿Madrastra? —preguntó.

—Sí, quizás sea por los cuentos, pero me suena fea, y Alicia no tiene pinta de bruja malvada.

—La verdad es que no. —Entre la dos doblamos la sábana.

—¿Tú también vienes a la sesión de *spa*?

—Sí, y qué bien nos lo vamos a pasar —respondió mientras me guiñaba el ojo.

Recogimos y nos despedimos de la playa, esa que me había regalado un día único, de momentos que no quería olvidar y había sacado a la luz cosas que reflexionar. Nos subimos al coche unos minutos después.

—Gracias por este día tan increíble.

—Me ha encantado compartirlo contigo. —Me miro fugazmente —. ¿Estás bien?

—Lo estaré.

Llegamos cinco minutos antes de la hora, ya estaban allí Alicia; su hermana; su sobrina; Teresa, y su otra amiga, que no recordaba cómo se llamaba.

Entramos en el *spa* todas juntas y apretujadas, una chica muy amable nos atendió enseguida. Por lo visto Alicia había reservado el lugar entero para nosotras. Nos repartimos por la sala cada una con una esteticista diferente. Lo primero que me hice fue la pedicura junto a Teresa; su otra amiga, que me había recordado que se

llamaba Marta, y Alicia. Sofía, la hermana de Alicia y su sobrina empezaron por la manicura, luego nos intercambiaríamos. Los masajes y el circuito entero serían por turnos, por lo visto estaba todo organizado a la perfección, no esperaba menos de Alicia. Elegí un color amarillo pastel para mis uñas; Sofía, al oírme, me dedicó una sonrisa que quise besar.

Durante toda la tarde no faltaron las risas ni los cotilleos, tampoco los consejos, los nervios, los gritos ni los abrazos. Todas estábamos con las emociones a flor de piel, cada una por un motivo distinto, pero a la vez todas por el mismo. Hasta ese instante no fui consciente de que en las últimas horas apenas había pensado en ella, de que el dolor o la tristeza no habían hecho acto de presencia, y fue toda una revelación. Me di cuenta de que con las personas correctas podría ser capaz de sentir cosas bonitas, volver a dejar entrar la luz, que era capaz de salir del pozo de la tristeza. En ese momento Alicia me miro. «¿Todo bien?», pareció preguntar. Asentí, y ella sonrió como respuesta.

Horas después salí sintiéndome flotar tras el masaje, el circuito de *spa*, la manicura y todos los demás cuidados que había recibido. Sofía rozó nuestros brazos, las miradas habían volado durante toda la tarde, pero no habíamos tenido ningún acercamiento más allá de los roces ocasionales para nada premeditados.

Acabamos en la terraza de un bar cenando de picoteo y tomando algunas copas, aunque era pronto, la novia no quería ir a dormirse muy tarde. Cuando llegó la hora de despedirnos no quise hacerlo, hacía tiempo que no me dolía el estómago de reír tanto, que no me sentía tan integrada, rodeada de grandes mujeres que tenían mucho que contar: vidas apasionantes, anécdotas, consejos... La hermana de Alicia y su hija fueron las primeras en irse, luego lo hicimos todas las demás. Sofía me besó en la comisura de los labios, pero me supo a poco. La miré a los ojos, luego a sus labios y solté su mano despacio. Me contempló de arriba abajo antes de ponerse el pelo detrás de la oreja de esa manera que me parecía tan sexi.

—Dalia, ¿te apetece que demos un paseo? —Me alegraba no ser la única que quería alargar los minutos a su lado.

—Claro. —Me giré hacia Alicia—. ¿Te importa volver a casa sola?

—Claro que no, pero no vengas muy tarde a casa, cielo, mañana madrugamos y llegan tus amigas.

—Y es la boda —dejó caer Teresa como si no lo supiéramos.

Me entraron ganas de reír. Levanté la vista el cielo y suspiré bajito.

Esperamos a que Alicia y Marta se subieran en un taxi, y Teresa empezara a caminar en dirección a su casa. Sofía no perdió el tiempo, me cogió de la mano y corrimos entre risas hasta llegar a su coche, me empujó sin mucha fuerza y mi espalda tocó la puerta. Antes de poder asimilarlo su mano estaba en mi mejilla y sus labios sobre los míos. Me abrió la boca con un gemido, me besó con desesperación, como si pasar horas sin besarnos hubiera sido demasiado para ella, para mí lo había sido.

—Sube.

Le apreté la nalga derecha acercándola a mí y, tras recorrerle la mejilla con mi nariz, le dejé un beso en el cuello que la hizo estremecer. Entré en el coche sin dejar de sonreír.

—¿Dónde vamos? Creía que querías dar un paseo.

—A mi casa.

La luz de las farolas le daba un aire misterioso, se había recogido la mitad del pelo en una trenza. Tenía una expresión relajada, conducía con confianza, despacio. Me había dado cuenta de que le gustaba conducir.

—Creía que vivías con tus padres —dejé caer.

—Pues no es así. En cuanto pude me independicé, yo quiero mucho a mi madre, pero vivir con ella es difícil y con mi hermano ni te cuento. —Puso el intermitente hacia la derecha—. Sí que es cierto que paso muchas noches fuera por el tema de los vuelos, pero no hay nada como volver a mi casa.

El piso era pequeñito, aunque a mi parecer, perfecto. Nada más entrar estaba el comedor con un sofá, una tele, dos estanterías llenas de libros, CD y algunas películas. A la derecha había una cocina pequeña, pero suficiente. Una habitación con una cama de matrimonio y un baño. El cabecero de la cama lo componían muchas postales de diferentes lugares del mundo, imaginaba que eran sitios

en los que ella había estado. Giré para salir de allí y me tropecé con ella.

—Me encanta —dije todavía asombrada por la cantidad de postales y lugares a los que había ido.

—A mí me encantas tú. —Nos quedamos en silencio, le cogí una mano y jugueteé con sus dedos.

»Me gustaría tener un perro, pero con lo que viajo no sería cómodo para ninguno de los dos. Hace unos meses perdí a mi última planta y también decidí que no tendría más.

Asentí distraída y cogí aire antes de mirarla.

—¿Cuándo vas a besarme? —Sabía que me estaba sonrojando antes incluso de terminar la pregunta.

—Había pensado escuchar un poco de música antes, beber algo, pero si es lo que quieres…

La callé con un beso. Acerqué su cuerpo al mío y colé las manos por debajo de su camiseta acariciándole la piel, que sentí erizarse a cada roce de mis dedos.

Necesitaba tenerla más cerca, sin nada de ropa entre las dos. Recorrí su cuerpo, quería aprendérmelo de memoria, besar todos los rincones y dejar una huella, aunque fuera algo más pequeña que la que ella estaba dejando en mí. Sentía unas ganas y una necesidad que nunca antes había experimentado.

Abandoné sus labios, recorrí su mandíbula, su cuello, su clavícula y volví a ellos. Sus manos tantearon el botón de mis pantalones, cuando sentí los dedos algo fríos en mi vientre contraje el abdomen. Las chispas estaban ahí, en cada caricia; la electricidad no hacía sino aumentar, calentar mi pecho y todo mi cuerpo. Nunca fui una chica de piel, de pasión desmedida, de ganas que no se acababan o alargar un toque para sentir a la otra persona, pero con ella lo fui.

Quería hacerle sentir tanto…, tanto como ella me hacía sentir a mí. Que se perdiera en mis caricias y con mis besos. Mi mano fue a acariciar su pecho, la suya se coló en mis pantalones haciéndome jadear. Me mordió el labio inferior, cerré los ojos y me dejé llevar. Gemí en sus labios al mismo tiempo que me bajaba los pantalones, rápido, como si se le acabará el tiempo. Y, con sus ojos clavados en

los míos, me besó en los labios tironeando de mi camiseta para sacármela. Dejó un beso entre mis pechos, otro cerca de mi ombligo y se fue arrodillando sin dejar de mirarme. Apoyé la espalda en la pared sin abandonar el azul de sus ojos, que se había oscurecido. No sé los minutos que pasamos así.

—Sofía… —supliqué.

—No puedo dejar de mirarte.

Ni siquiera lo hizo cuando arrastró mis bragas por las piernas ni cuando se acercó a ellas. Fui yo la que terminó rompiendo el contacto al cerrar los ojos cuando noté su lengua. Mis gemidos llenaron la habitación junto con mi respiración acelerada. Sentí calor, los sonidos a mi alrededor se ralentizaron, me puse en tensión y minutos después todo explotó.

Intenté normalizar mi respiración mientras abría los ojos, ella sonreía aún de rodillas y me enamoré más. Todavía sintiéndome un poco inestable, me arrodillé frente a ella quedando a su altura. Su mano me acarició la mejilla y los labios.

—Eres la flor más bonita.

Me reí, le robé un beso que sabía también un poco a mí y descansé la frente sobre su hombro. Su mano me acarició la nuca y algunos mechones de mi pelo. Mis dedos acariciaron el borde de su camiseta. Era una realidad, no podíamos dejar de tocarnos. Le dejé un beso en el cuello antes de separarme. La contemplé con adoración, me sentía hechizada. Puse la mano sobre su corazón y lo noté latir. Me levanté y le tendí una mano, cuando llegó a mi altura, nos di la vuelta y la empujé contra la pared en un arrebato de pasión. La besé con desesperación, con deseo, frenesí, miedo y amor.

Hubo mucho amor en ese beso, pese a no ser dulce ni casto. Nos miramos sin aliento. Tiré de su mano en dirección a la cama. Se arrodilló sobre ella, pero yo me quedé de pie. Me quité las sandalias y sentí el suelo frío en las plantas de los pies. Le dejé un beso en el abdomen y la ayudé a sacarse la camiseta. Sus dedos encontraron el cierre de mi sujetador haciéndome cosquillas en el proceso, los míos repasaron el perfil de sus pechos antes de repetir su acción. Se estaba quitando el pantalón cuando la vi. La sorpresa y la

incredulidad me golpearon al observar la dalia tatuada. Me quedé sin aire. Sofía terminó de desnudarse y buscó mi mirada. Sonrió mientras acariciaba con cuidado su costado y las líneas de tinta.

—Me lo hice hace cinco años. —Cogió aire sin dejar de observarme—. La dalia es mi flor favorita. Tú eres mi flor favorita.

Mirándola me di cuenta de que tener el corazón roto no te impide querer, solo lo hace más doloroso.

Sofía

Abrí los ojos despacio, bostecé y parpadeé para acostumbrarme a la luz que entraba por mi ventana, pese a que las cortinas estaban corridas. Giré la cabeza hacia ella, que estaba boca abajo, respiraba despacio y tenía el rostro relajado. No podía mirarla y no sonreír. Sentía en mi pecho el color amarillo. Era preciosa. Su pelo ondulado estaba esparcido por la almohada y una pequeña sonrisa le asomaba en los labios, quise besarla y eso hice. Aún sentía sus manos en mi cuerpo, aunque habían pasado horas desde la última vez que me había tocado.

Sus grandes ojos marrones hicieron contacto con los míos. Se acercó un poco más a mí, como si a ella también le costara mantener las distancias. Alargó la mano y acarició mi tatuaje. Cerré los ojos disfrutando del contacto. Noté la sábana moverse y abrí los ojos. Su cuerpo desnudo y caliente se pegó al mío. La abracé, nuestros labios se encontraron y me deshice con su beso. Sus uñas me arañaron la espalda erizándome la piel, disfruté de las caricias hasta que se sentó de golpe.

—Mierda. ¿Qué hora es?

Me entró la risa mientras la vi salir desnuda de la cama, enredarse con la sábana y resbalar. Las carcajadas de las dos llenaron la habitación. Gateando fui en su busca sin poder parar de reír. Estaba en el suelo riendo medio espatarrada. Me puse de pie y la ayudé a levantarse.

—Deja de reírte, que me duele el estómago y el culo. —Cogió del suelo mi camiseta y se la puso mientras salía de la habitación. No tardó mucho en volver con el móvil en las manos—. Menos mal que es pronto. —Suspiró con alivio.

Enmarcó mi cara con las manos y me besó.

—Me encantaría quedarme, pero mi padre se casa en unas horas y me tengo que ir. —Puso un puchero adorable que me hizo sonreír.

—Buenos días —dije feliz.

—Buenos días, chica de la playa. Te devuelvo tu camiseta.

Se desnudó frente a mí, me humedecí los labios y escondí los brazos tras la espalda para evitar la tentación de tocarla. La observé mientras se vestía, sus mejillas estaban rosas. Después fuimos besándonos por toda la casa hasta llegar a la puerta.

—¿Quieres que te lleve? —pregunté sin aliento.

—No, voy a coger un taxi, pero gracias. Estoy deseando que conozcas a mis amigas.

—Yo también. —Asentí queriendo volver a besarla.

—Sofía…

—Dalia…

—Nos vemos en unas horas.

Cerré la puerta y la dejé ir.

2000

Querido diario o querida Lena del futuro:

La gente decía que el mundo se iba a acabar, pero aquí seguimos un año más.

Dalia va a cumplir dos años y no me creo lo rápido que pasa el tiempo.

Querido diario o querida Lena del futuro:

No todo está bien, no todo es de color de rosa, pero se le parece. Nunca he sido tan… feliz. Quizás esa no sea la palabra que estoy buscando, pero es que no encuentro ninguna que encaje con lo que siento en este instante. Quiero a Javier, él me quiere a mí, queremos a Dalia, es lo más bonito de nuestra vida, es todo lo que habíamos soñado. Supongo que no puedo pedir nada más.

2012

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Voy a conocer a su exmujer
Hola, hermanita.

Soy una tía feliz al saber que mi sobrina ha pasado un gran día. No me puedo creer que ya haya cumplido siete años. Estaba preciosa en las fotografías, y tú, como mamá orgullosa a su lado, también. Estoy terminando de organizar algunas cosas y ya te confirmo qué días iré para allí.

Sobre mi caótica y maravillosa vida, están siendo unos días raros…

La convivencia va bien, pero lo oigo hablar de su exmujer y mentiría si dijese que no me duele el cariño que hay en su voz al referirse a ella o cuando se llaman para hablar de cualquier cosa relacionada con su hija. Tengo miedo de conocerla porque no sé muy bien qué esperar o qué se supone que tengo que sentir. Temo odiarla, que me caiga bien o ver cómo se miran.

Desde que apunté en la agenda el día en el que vamos a cenar juntos los tres para conocernos, vivo con un nudo en la garganta y la inseguridad ganando terreno. Él no ha hecho nada para que me sienta así, tampoco ha dicho nada, pero… no sé. Tengo tantas ganas de que ese día llegue como de que nunca se celebre esa cena. Entiendo, por supuesto, que quiera que nos conozcamos, y ella quiere conocer a la mujer que ha empezado a vivir con su exmarido y va a estar presente en la vida de su hija, supongo que yo querría lo mismo, sin embargo, los miedos no entienden de lógica ni razón.

Ya te contaré…

Y dale mil besos a Emma de mi parte.

Te quiero, Isa.

Dalia

Respiré hondo antes de abrir la puerta, mis esperanzas de que no hubiera nadie levantado murieron al ver a Alicia en la cocina. No dijo nada, pero era más que evidente que llevaba la ropa del día anterior. No sé a qué conclusión llegó, pero me sonrió mientras la saludaba.

—Buenos días, cielo. ¿Has descansado? —preguntó sin dejar de estirar los labios.

—Sí —respondí sintiendo cómo me ardían las mejillas.

Tenía la sensación de que llevaba escrito en la piel lo que había pasado la noche anterior.

—Me alegro, ven, que te preparo el desayuno. —Me fijé en cómo le temblaban las manos y el estómago se me encogió un poco.

—¿Muy nerviosa?

Caminé hacia ella y puse las manos sobre las suyas para calmarla antes de rodearla con mis brazos, asintió sobre mi hombro, emocionada. La abracé fuerte para que sintiera mi cariño, mi calor, que estaba aquí con ella, que compartía parte de sus nervios. Ese era un día especial, por tantos motivos que los ojos se me empañaron.

Mi padre nos encontró así, abrazadas, diciéndonos sin palabras cuánto nos queríamos, lo importantes que éramos para la otra. Alicia se había convertido en mi familia, la boda solo era una mera ceremonia para hacerlo oficial, pero en mi corazón ya tenía un lugar.

—Mis dos chicas favoritas. —Sonriendo vino hacia nosotras y se unió al abrazo.

Su calor me reconfortó como ningún otro lo hacía, mi padre olía a menta y su beso en mi frente me calentó el pecho.

—¿A qué hora te has levantado que ya estás vestida? —preguntó rompiendo el abrazo para mirarme.

Me entró la risa nerviosa, y Alicia salió a defenderme.

—Deja a tu hija y dame un beso, futuro marido.

Los dejé contemplándose como solo lo hacen dos personas que se quieren: con un amor desmedido, con emoción, deseo y sentimientos. Los escuché besarse y reír mientras iba directa a mi habitación. Me lancé sobre la cama asimilando todo lo vivido la noche anterior, cogí un cojín, grité emocionada y pataleé eufórica. Si cerraba los ojos aún sentía sus labios recorrerme la espalda. Un golpe en la puerta me hizo sentarme e intentar comportarme como una persona normal.

—Pasa.

Marc se coló en la habitación. Me miró de arriba abajo y sonrió de esa manera tan suya que hizo que me doliera un poquito el corazón, a veces sentía que lo quería demasiado. Nos saludamos con un gesto de cabeza, su mirada volvió a recorrerme y levantó una ceja.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo bien —respondí con una sonrisa.

Las cosas entre nosotros estaban en calma, tenía la sensación de haberme quitado una espinita clavada y que volvimos a ser, no los mismos, esos que fuimos ya nunca seríamos, pero sí dos amigos que estaban en sintonía.

—Tú has follado.

Parpadeé volviendo a él.

Una carcajada me salió del pecho. Él, sin perder la sonrisa, vino a sentarse a mi lado. La afirmación me hizo sentir calor en las mejillas.

—No puedes negarlo, tienes ese brillo en los ojos. —Lo miré sin saber qué decir.

—¿Cómo? —A ver si iba a ser verdad que lo tenía escrito en la frente o en la piel y no era una mera sensación.

—Es que te conozco muy bien. —Su hombro chocó con el mío. No me preguntó nada más, y yo tampoco quise llenar el silencio que se instaló entre los dos. No era incómodo, tan solo necesario.

Me dejé caer hacia atrás en la cama, y él lo hizo segundos después, giré la cabeza en su dirección y nuestros ojos se

encontraron. Su mirada cambió por completo suavizándose y las arrugas de su frente desaparecieron.

—Hoy es el gran día. ¿Cómo estás?

—Sorprendentemente bien —dije mientras cogía aire y miraba el techo blanco.

No sabía si era porque estaba más preparada de lo que creía para este momento, porque el dolor ya no empujaba con tanta fuerza dentro de mi pecho o todo era gracias a Sofía y a sus besos, que se había colado bajo mi piel de una manera intensa, que había ido conquistando partes de mí, que me llenaba el pecho de cosas bonitas y no dejaba pasar al dolor.

—Me alegro tanto… —añadió con un suspiro—. Estaba un poco preocupado por si la boda o los recuerdos te traían más dolor. No quiero volver a verte así nunca, tan rota que no eras ni tú.

—No tienes de qué preocuparte. —Busqué su mano sobre el colchón y nuestros dedos se entrelazaron—. Pero gracias por hacerlo y por estar.

La muerte de la persona que más quería había cambiado mi mundo sacudiéndolo y haciéndolo pedazos, me había costado mucho enfrentarme a la idea de una vida donde no estuviera y me había arrastrado a una oscuridad hasta entonces desconocida para mí. Yo tampoco quería volver a sentirme así nunca más: tan llena de grietas y vacíos que nada podía llenar.

Me acerqué a dejarle un beso en la mejilla y vi cómo sus ojos se cerraban.

—¿Y tú cómo estás, Marc?

—Bien. —Sus dedos aún entre los míos se apretaron—. Emocionado porque mi tía se casa con el amor de su vida.

—Qué vértigo, ¿verdad? Saber que has encontrado a tu persona y casarte con ella. —Él solo asintió.

—Alicia se lo merece todo.

—Sí, todos nos lo merecemos todo.

Me vibró el móvil, lo busqué hasta dar con él. Se me aceleró el corazón pensado que podía ser Sofía, pero era un mensaje de Vera.

Vera:

A punto de despegar, qué ganas de verte.

Buen vuelo.

Me senté al ver la hora que era.
—Me voy a la ducha, que lo necesito.
Marc asintió y se levantó.
—Pues voy a desayunar, que nos espera un día largo.



Estaba secándome el pelo cuando recibí un mensaje de Sofía.

La chica de la playa:
Contando los minutos para verte.

Me tapé la boca con la mano de la emoción, tenía ganas de gritar. Dejé el secador a un lado y me senté en el borde de la bañera pensado en qué contestarle mientras las cosquillas seguían en mi estómago. Cada minuto que pasaba me ponía más nerviosa, todas las ideas que se me pasaban por la cabeza me parecían absurdas.

Tengo muchas ganas de besarte.

Quise borrarlo en cuanto lo envié, pero me apareció como leído y ya no me atreví.

Seguí secándome el pelo sin poder dejar de sonreír. No le presté demasiada atención a los mechones que volaban a mi alrededor, mi mente estaba demasiado ocupada reviviendo los momentos de la noche anterior. El móvil volvió a vibrar, era Vera de nuevo.

Vera:

Ya he aterrizado, estoy en el taxi.

Me peiné sin preocuparme mucho por mi aspecto. Alicia había contratado a unas peluqueras y maquilladoras para ella, para su hermana y para mí. Salí del baño, vestida con ropa cómoda y fresquita. La boda iba a celebrarse en una masía preciosa, allí era donde nos vestiríamos y terminaríamos de arreglarnos. Me empezaron a sudar las manos de los nervios y se me encogió el estómago. Mi padre iba a casarse. A lo mejor era una tontería, pero tenía la sensación de que este día lo recordaríamos siempre.

Cuando era pequeña creía que mis padres estarían juntos toda la vida, creo que ninguna niña se imagina que el amor o las circunstancias hacen que una relación termine y sus padres se separen. Creía que él solo querría a mi madre, sin embargo, me sentía afortunada de poder vivir ese momento a su lado, de ser consciente de que, pese a todo, había seguido avanzando, de poder ser parte de ese algo tan bonito que creaban él y Alicia cuando estaban juntos.

Marc me rodeó la cintura con un brazo mientras esperábamos a que se hiciera su segundo café y mi té. Estábamos terminando de tomárnoslo cuando el timbre sonó. Fui directa a abrir la puerta sabiendo la sonrisa que me esperaba al otro lado. Me lancé a sus brazos entre gritos y risas. No quería que esa emoción de volver a vernos se desvaneciera nunca. Era un subidón de amor único.

Me separé, la hice entrar en casa y, tras cerrar la puerta, la miré. La melena castaña le llegaba a la altura de los hombros, lucía unas ondas de peluquería que estaba segura de que se había hecho ella con su Dyson. Sus ojos parecían algo cansados. Llevaba un maquillaje sutil y los labios de rojo, siempre de rojo. El vestido era de un gris precioso, se ajustaba a sus curvas perfectas y le llegaba por debajo de las rodillas. Su sonrisa era pura luz, llena de dientes blancos y hoyuelos.

Echarnos de menos se había convertido en algo frecuente, pero cuando nos reencontrábamos de alguna manera sentía que había llegado a casa. Mis amigas eran mi lugar seguro.

—Estás preciosa —dije con sinceridad—. Ese vestido te queda espectacular.

—Gracias, Dalia. —Nos volvimos a abrazar—. ¿Cómo estás? —preguntó aún entre mis brazos.

—Bien —dije separándome de ella.

—Te creo, te brilla la mirada. —Sonreí más—. Hacía mucho tiempo que no te veía tan radiante, tan feliz. Me alegro muchísimo.

Antes de que pudiéramos decir nada más, apareció Marc.

—Hola, Verita Vera. —La miró de arriba abajo—. Estás muy guapa.

—Gracias, Marc —contestó acercándose y dándole dos besos. Cogí la maleta de Vera, que se había quedado en un rincón del recibidor.

—Vamos a que te enseñe la casa y mi habitación —dije emocionada.

—¿Tienes una habitación? —preguntó abriendo los ojos y diciéndome sin palabras que estaba muy feliz por mí.

Cuando mi padre y Alicia se mudaron tuve miedo de que la distancia estropeara un poco nuestra relación, que fuera demasiado para nosotros, que la comunicación muriera, que quizás no quisieran que formara parte de su vida de la misma forma. Lo había comentado con Vera y Nieves, ellas eran las primeras oyentes de mis miedos, de mis problemas o sinsentidos. Tener una habitación era como sentirme bien recibida ahí, en su nueva casa. Las palabras podían dar lugar a mentiras o malentendidos, pero las acciones no. Tener mi propio espacio en esa casa me hacía entender que querían que siguiera en su vida.

Después de un recorrido rápido por la casa, y de que mi padre y Alicia la saludaran, entramos en mi habitación, y Vera sonrió.

—Es muy bonita —dijo recorriéndola con la mirada.

—Todavía no he podido añadirle ningún detalle más, pero tengo pensado colgar algún cuadro.

—¿De los que pintaba tu madre? —preguntó y de pronto sentí la nostalgia de un abrazo suyo, de verla pintar sentada en el suelo del comedor con los dedos manchados de colores y el pelo sujeto por un pincel.

—Sí.

—Quedará precioso —añadió acercándose a mí y apoyando la cabeza en mi hombro. Nos quedamos así unos segundos.

—¿Quieres sacar algo de la maleta?

—La verdad es que sí, hay una camisa que quiero sacar para que se arrugue lo menos posible, pero, como en un rato nos vamos a la masía, ya lo haré en la habitación, no te preocupes.

—Lo que tú prefieras. —Me senté a su lado en la cama—. ¿Seguís enfadadas? —pregunté.

No se me había olvidado por nada del mundo que a ella y a Nieves les pasaba algo. Ninguna de las dos había dicho nada respecto al tema. Tampoco había hablado mucho con ellas esos días.

—¿Tengo que preocuparme por si os tiráis una copa encima? —Volví a intentarlo con una sonrisa.

—No tienes que preocuparte. Ni la boda ni nuestros vestidos sufrirán ningún daño por mi parte y espero que tampoco por la suya. Hablamos ayer —me explicó suspirando—. Hicimos una videollamada e intentamos solucionar las cosas, pero es complicado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Abrió la boca y dudó—. Sabes que me puedes contar lo que quieras, ¿verdad?

—Nieves no quiere que te diga nada y tiene razón, este día es importante para ti. No quiero agobiarte con mis cosas.

—Vera, yo no soy menos o más que tú. Somos amigas desde hace muchos años, eres una de las personas en las que más confío. Que yo esté mal o bien no es motivo por el que deberías guardarte algo que quieres o necesitas compartir. Y estoy bien.

—La verdad es que hacía mucho tiempo que no brillabas tanto. ¿Tiene algo que ver con esa chica de la que me hablaste?

Asentí algo avergozada, pero la incertidumbre se abrió paso en mi pecho.

Le cogí una mano.

—Ya tendremos tiempo para hablar de eso, para que la conozcas, porque vendrá a la boda, como te dije. Ahora dime, ¿qué pasa? ¿Quieres compartirlo conmigo? Yo quiero escucharte.

Me apretó los dedos, cogió aire y vi cómo en los ojos se le acumulaban las lágrimas.

—Estoy embarazada.

Parpadeé asimilando sus palabras. De todas las posibilidades que me había planteado: que quisiera dejar su trabajo porque no le hacía feliz, llevaba años diciéndolo; que fuera a mudarse a otra ciudad, no sé…, entre tantas hipótesis nunca me planteé esa. Habíamos hablado de tener hijos, alguna que otra vez había salido el tema en los años que llevábamos siendo amigas. Nieves no quería tener, Vera y yo sí, sin embargo, siempre que pensábamos en ello lo hacíamos hablando de un futuro muy lejano. No ahora.

—¿Y nos alegramos? —pregunté porque no supe qué otra cosa decir, porque sus lágrimas no derramadas no tenían pinta de ser de emoción. Parecía una niña perdida con más dudas que respuestas.

—Aún no lo sé.

«Ay, Vera».

Me acerqué a abrazarla fuerte y parpadeé ahuyentando mis propias lágrimas. Consolarla a ella era lo más importante.

Hacía tres años desde que había cortado con su última pareja, desde entonces solo había tenido rollos esporádicos. Trabajaba como técnica de sonido en conciertos. Tenía una vida movida, conocía a muchas personas y siempre había sido muy libre.

—Dice que es mi decisión —me explicó con la voz entrecortada.

—¿Quién? —pregunté al separarme de ella.

—Él, se llama Marco.

Me miró nerviosa, la observé confusa durante unos segundos hasta que uní todas las piezas y abrí los ojos.

—¿El hermano de Nieves? —pregunté abriendo la boca.

Asintió despacio mordiéndose el labio inferior.

Madre mía.

Madre mía, de todas las personas del mundo, se había quedado embarazada del hermano pequeño de su mejor amiga. Tenía muchas preguntas, demasiadas.

—Pero ¿estáis juntos o ha sido cosa de una vez?

—No me odies —me pidió cerrando los ojos—. Llevamos acostándonos desde hace más de un año.

—Vera… —Me sentí dolida. Dolida de que no me lo hubiera contado, dolida por no haber estado ahí para ella como siempre ella

estaba ahí para mí, dolida por no haberme dado cuenta, por no haberme hecho partícipe de todas las partes de su vida.

Vera siempre había sido la más reservada de las tres, a la que más le costaba hablar de su vida y de sus sentimientos, como si se sintiera incómoda con ellos. Lo que no imaginaba era hasta qué punto nos ocultaba cosas. Quizás era porque estaba dolida, pero por un segundo me pareció que estaba frente a una desconocida.

—No te enfades, por favor. —Las lágrimas volvían a hacerle brillar los ojos.

—Vale, pero cuéntamelo. —Necesitaba saberlo, necesitaba entenderlo.

—Marco llevaba años detrás de mí.

—Era muy evidente, y tú siempre pasabas de él —agregué.

—Sí, porque era un niño, el hermano pequeño de mi mejor amiga, nos llevamos cinco años, en ciertas edades es todo un mundo. —Hizo una pausa—. Cuando empecé a viajar tanto por culpa del trabajo, perdimos el contacto por completo, apenas os veía a vosotras. El caso es que no supe nada de él hasta unos años después, cuando me lo encontré en un concierto. Lo vi con otros ojos, ya no era aquel niño que me perseguía por la casa. Estuvimos tonteando y nos acostamos. Quería que fuera cosa de una noche. —Dejó salir el aire—. Pero empezamos a acostarnos, venía a las ciudades en las que estaba o iba yo a su casa, se nos fue de las manos. En veintiocho años no me he sentido tan viva como con él. Al principio no era nada… —me explicó y vi cómo tragaba saliva.

—Hasta que empezó a serlo.

—Hasta que empecé a sentir —aclaró.

—¿Y luego? —pregunté perdida en la historia que me estaba contando, queriendo saber más.

—Se lo dije, lo que sentía, lo que quería, que lo quería todo o nada, que quería más, y él dijo que también. Me hizo una declaración preciosa. Empezamos a salir oficialmente hace ocho meses. Desde entonces ha sido muy complicado, viajo mucho, lo echo de menos a todas horas, hemos tenido que hablar mucho para sentirnos cómodos con una relación a distancia y en ocasiones es tan complicado…, pero le quiero y vale la pena cada segundo. —

Asintió sin dejar caer las lágrimas—. Tiene veintitrés años, Dalia. Sigue siendo un niño. —Hizo una pausa y se mordió el labio inferior —. Supongo que nunca imaginé verme en esta situación. —No supe qué decir así que la dejé seguir.

»Al principio, cuando empezamos a acostarnos, no quise que nadie se enterara porque no era nada importante, luego no quería admitirlo, también tenía miedo de cómo iba a reaccionar Nieves, de sentirme juzgada. —Fui a interrumpirla, pero ella se adelantó y siguió hablando—. Sé que me hubieras apoyado, pero después pasó todo lo de…, yo solo quería que estuvieras bien, tampoco quería contártelo a ti para que no tuvieras que ocultarle nada Nieves y… el tiempo ha ido pasando y ahora, pues…

—Estás embarazada.

—Pensábamos contar que estábamos juntos después de la boda, pero…

—La vida es imprevisible.

—Algo así —contestó suspirando—. No sé si Nieves te comentó algo, pero Marco se independizó hace tres meses, está trabajando en una empresa como *community manager* y le va muy bien. El caso es que sospechaba que podría estar embarazada y fui a su casa. Estábamos esperando el resultado del test de embarazo cuando Nieves llegó, Marco le había dado unas llaves. No la esperábamos, se suponía que estaba en Madrid y creíamos que de allí se iría directamente a Italia, pero quiso venir a estar con su hermano antes de irse de viaje y nos pilló. Vi lo traicionada que se sintió por no haberle dicho nada, también vio la prueba…

—Y luego no quiso que me contaras nada porque os preocupáis demasiado por mí.

—Más o menos —dijo bajito.

—Vera… —musité acercándome a ella, abrazándola y dejando que llorara sobre mi hombro.

—No sé qué hacer, Dalia. Tener un hijo es una grandísima responsabilidad. No sé si me siento preparada. —Nos separamos, y me miró a los ojos—. Yo lo quiero, a Marco, mucho, pero también sé que el amor no lo es todo.

—Es una decisión muy complicada y a la vez sencilla, pero lo más importante es que es solo tuya y que decidas lo que decidas está bien. Me vas a tener, vas a poder contar conmigo, ya sea sobre el hombro en el que llorar o la mano a la que apretar.

—Voy a tomarme estos dos días para disfrutar e intentar ver las cosas con perspectiva.

—Ojalá pudiera tener todas las respuestas que necesitas.

—Me basta con tenerte a ti, Dalia.

En ese momento la quise más de lo que ya lo hacía. Seguía teniendo preguntas, seguía dolida, pero, sobre todo, seguía queriendo estar ahí para ella. Entrelazamos nuestros brazos, apoyé la cabeza en su hombro y sentí la suya sobre la mía.

No sé cuantos minutos pasamos en silencio, fue reconfortante, casi tanto como un abrazo cálido. Escuché el suspiro tembloroso que salió de sus labios antes de girarse hacia mí.

—Vamos a asistir a la boda más bonita de nuestra vida, de eso no tengo duda, pero hasta que llegue ese momento quiero que me cuentes más acerca de esa chica que te hace brillar.

2007

Querido diario o querida Lena del futuro:

Las cosas con Javier están raras.

No sé muy bien qué está pasando, pero nada es lo mismo y…

Siento que ocurre algo, pero no sé qué es, que se escapa de mi control.

Querido diario o querida Lena del futuro:

La situación con Javier sigue siendo la misma que hace unos meses, sé que tenemos que hablar, pero se me encoge el estómago solo de pensarlo.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nunca entenderé por qué las personas tendemos a huir de las situaciones complicadas y alimentar nuestros miedos en vez de enfrentarlos, con lo fácil que sería, con lo felices que seríamos. Sé que no puedo retrasar más la conversación.

Tenemos que hablar, lo necesitamos, siento que algo se está rompiendo entre los dos, que estamos alejándonos.

2012

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: La he conocido
Hola, hermanita

Acabo de volver de la cena, de conocerla. He visto cómo la mira, cómo mira a su exmujer y mentiría si dijera que no me ha dolido, pero es que incluso yo me he enamorado de ella. Tiene algo magnético, un encanto natural, es preciosa en muchos aspectos y se quieren, se quieren tanto que por un segundo no sabía qué hacía yo allí. Cuando se miran se hablan, se dicen «te quiero» con los ojos, se buscan sin ser conscientes y sonríen diferente. No sé…

No negaré que me puse celosa al principio, que estaba nerviosa, que estaba incómoda, pero es que su exmujer me hizo sentir tan a gusto…, me hacía partícipe de todas las conversaciones, quería escuchar mi opinión, me hizo sentir tan integrada que fue imposible odiarla, aunque fuese un poquito.

Físicamente es muy diferente a mí, no me la esperaba así, pero es preciosa, tiene una larga melena castaña oscura, unos grandes ojos verdes absolutamente fascinantes y es dos años más joven que yo, eso también me sorprendió. Tiene todas las tetas que a mí me faltan y una figura impresionante, siendo completamente sincera.

Y su hija es una mezcla increíble de los dos.

Ahora mismo no sabría decirte de qué hemos hablado en la cena, estaba muy nerviosa, sin embargo, no ha sido la experiencia horrible que creía que sería.

Cuando nos hemos despedido, su exmujer me ha abrazado muy fuerte y me ha pedido que lo cuide, en ese momento he tenido ganas de llorar y de reír. Hacía tiempo que nadie me abrazaba así.

No creía que existieran personas así: capaces de querer bien, sin celos, rencores, reproches o malos rollos…

Me voy a ir a la cama, que son las dos de la madrugada, estoy cansada y me reclaman, alguien quiere dormir abrazándome y no me voy a quejar.

Ya te contaré más mañana.

Te quiero, Isa.

Dalia

—Se llama Sofía. —Suspiré asimilando todo lo que le había contado a Vera hacía unos minutos—. Y me tiene loca. —Reímos las dos.

»Es…, es un abrazo cálido en mitad de una noche fría, es detalles y dulzura, piel de gallina y sonrisas que hacen que te duelan las mejillas. Cuando me besa me olvido del mundo, de todo, excepto de ella. Tiene dieciocho pecas que forman una pequeña constelación en su espalda. Cuando me mira siento como si un rayo de sol me atravesara calentándome por dentro en más de un sentido. Con ella siento que puedo ser yo, aunque a veces me cueste abrirme.

Me giré para mirarla y vi a mi amiga con la boca abierta. Me tapé la cara con las manos, un poco tímida.

—Eso ha sido precioso, Dalia. No te avergüences —dijo Vera.

—Es azafata —añadí tras carraspear con la intención de que el calor abandonara mis mejillas—. Es la hija de la mejor amiga de Alicia y tiene un año más que yo.

—Tengo muchas ganas de conocerla.

—Ella a vosotras también. —No pude ocultar la sonrisa y la miré sintiéndome algo asustada—. No imaginaba que fuera posible sentir tanto en tan poco tiempo, yo siempre he sido de las que se enamoran despacio y no es que diga que estoy enamorada —aclaré —, es que podría hacerlo, podría enamorarme de ella como nunca lo he hecho.

—Dicen que el corazón no sabe de tiempos.

—¿Crees que es posible llegar a querer a alguien en tan poco tiempo?

—Solo tú tienes la respuesta, pero yo creo que sí. Conocer a una persona y desear saber más de ella, incluso empezar a quererla, puede ser algo rápido e intenso. Lo difícil es elegirla cada día, seguir amándola cuando ese enamoramiento inicial desaparece. Quererla

de verdad con sus defectos. Eso es lo que lleva más tiempo y no es tan rápido, pero no hay reglas sobre durante cuánto tiempo tienes que conocer a una persona para empezar a sentir cosas por ella.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —pregunté con una sonrisa.

—¿Desde que estoy embarazada?

Sonreímos. Alargué la mano y entrelazamos nuestros dedos. Respiramos hondo casi al mismo tiempo.

—¿Te has planteado la posibilidad de quedarte aquí cuando la boda termine? —Me sorprendió su pregunta y fruncí el ceño.

—No.

—Pues quizás deberías —sugirió de manera suave.

—¿Por ella?

—Por ti —dijo sin más.

Cerré los ojos sabiendo a lo que se refería. En Zaragoza no me quedaba más que una casa vacía plagada de recuerdos, dos trabajos que no me hacían feliz y la nada. Aquí podría empezar de cero, con mi padre y Alicia, mi familia, encontrar otro trabajo; si me ponía a soñar mucho, volver a estudiar y quizás tener algo más que una cuenta atrás con Sofía. Un futuro, una historia, nuestra historia. Pero no sabía si me podía permitir soñar así, si ella querría lo mismo. Estaba a punto de decirle a Vera que lo pensaría cuando el timbre sonó de nuevo.

—¿Estás preparada para ver a Nieves o quieres que la entretenga unos minutos? —le pregunté sabiendo que era ella.

—Estoy lista, pero gracias. —Nos pusimos de pie casi al mismo tiempo.

—Yo abro —grité saliendo de la habitación para que se me oyera por toda la casa.

—Dalia, cariño, no hace falta que chilles tanto —me reprendió mi padre tocándose el oído con gesto de dolor—. Venía a deciros que Alicia y yo nos vamos para hacernos algunas fotografías e ir preparándonos. Le he dicho a Marc que en veinte minutos, como mucho, tenéis que ir saliendo hacia la masía, que tú aún tienes que arreglarte y van a llegar las peluqueras.

—Vale, papá. Gracias —dije acercándome a él y dándole un abrazo que no dudó en devolverme. El timbre sonó una vez más y

dejé un beso en la mejilla de Alicia—. Os veo en un ratito —les dije con una sonrisa.

Fui directa a abrir la puerta cuando el timbre sonó por tercera vez.

Nieves gritó antes de abrazarme. Me dejó sin aire durante unos segundos. El pelo negro le llegaba por encima del hombro y me hizo cosquillas en la nariz.

—Madre mía, cómo te he echado de menos —repuso todavía estrujándome entre sus brazos con demasiada fuerza.

Rompimos el abrazo y la vi mirar por encima de mi hombro. Yo, sin embargo, la recorrí a ella, era unos centímetros más bajita que yo, pero con sus taconazos siempre conseguía superarme en altura, su vestido era morado ajustado en la cintura y suelto hasta casi rozar el suelo. Las sombras de sus párpados eran del mismo color.

—Estás preciosa —le dije, aunque ella seguía mirando a Vera.

—Hola —la saludó y vi cómo tragaba saliva y se quedaba momentáneamente paralizada—. No sabía que ya estabas aquí.

El silencio incómodo lo rompieron los novios, saludaron a Nieves y nos despedimos de ellos, pero al cerrarse la puerta volvió. Respiré hondo y me acerqué para coger la mano de Vera e hice lo mismo con la de Nieves.

—Sé que no estáis en vuestro mejor momento, que tenéis cosas de las que hablar. Vera me lo ha contado todo. —Vi cómo Nieves abría los ojos y la miraba enfadada—. Y, antes de que nadie se altere más de la cuenta, me alegro de saberlo. Me encantaría arreglar vuestros problemas, hacer que todo esté bien de nuevo, pero no puedo, así que solo os voy a pedir que os toméis estos dos días que tenemos para estar juntas, para disfrutar e intentar hablar. Todas lo necesitamos y hace demasiado que no nos vemos las tres al mismo tiempo.

Ambas asintieron.

Crecer llevaba consigo muchos cambios, sacrificios y decisiones, lo que peor llevaba era no poder pasar tanto tiempo con mis amigas como antes. Porque el tiempo se había convertido en distancia.

—Me alegro de verte —añadió Nieves para sorpresa de las dos.

—Yo a ti también —respondió Vera con los ojos brillantes.

—¿Cómo estás? —me preguntó a mí.

—Bien, podéis dejar de preocuparos —repliqué mirándolas, sintiendo amor y gratitud por tenerlas.

—Nunca —afirmaron casi al mismo tiempo.

—¿Y tú qué tal en Italia? —pregunté sin soltarlas de la mano.

—Necesitaría una semana para poneros al día, pero voy a intentar resumirlo. —Dejó de hablar durante unos segundos, le encantaba crear expectación—. Una fantasía.

Y, pese a todo, nos reímos.

2008

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hoy es nuestro aniversario, hace veinte años que empezamos a salir. Me sigue asombrando lo rápido que pasa el tiempo. Ya he cumplido los cuarenta y aún estoy haciéndome a la idea.

Hemos decidido ir a cenar los dos solos. Las cosas siguen sin estar bien entre nosotros, tengo la tristeza atravesada en el pecho desde hace semanas, meses, y que este día haya llegado supongo que le ha puesto un poco más de sal a esa herida que hemos estado ignorando. Durante la cena hemos hablado mucho, hemos recordado instantes de nuestra historia, ha sido igual de bonito que doloroso porque hemos cambiado, crecido y nos hemos distanciado. Esta noche al mirar esos ojos azules que siempre me han recordado al océano, que siempre me han vuelto loca, he sentido que estábamos más lejos que nunca, más perdidos, que éramos menos nosotros.

Ha sido un aniversario agridulce y temo que pueda ser el último.

No quiero, me niego, sin embargo, hay veces que por mucho que una no quiera afrontar la realidad no puede ignorar la verdad.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Ya no somos los mismos, parece que tampoco queremos lo mismo. A veces me pregunto cómo dos personas que se querían tanto pueden haberse alejado de esta manera y lo peor es que ni siquiera recuerdo cuándo ha pasado

---

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hablar con Javier siempre ha sido sencillo, lo que no lo es es reconocer que todo ha cambiado, incluso nuestro amor, y que la

mejor decisión es dejarnos ir.

Hoy es un día triste para mí, para nuestra relación, para nosotros, porque hoy después de hablar durante meses, después de luchar durante años, después de intentarlo una y otra vez, hemos decidido dejarlo, terminar, romper.

Y yo solo quiero echarme a llorar.

Después de una vida entera a su lado no me puedo creer que todo se acabe.

2012

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Tengo el corazón un poco roto
Hola, hermanita.

Hoy te escribo un poco triste, su hija me odia y me duele el corazón.

Supongo que con lo bien acogida que me sentí con su exmujer pensaba que con su hija las cosas serían más fáciles, pero no.

Tiene catorce años, puedo entender que está en una edad complicada y que el divorcio de sus padres ha sido duro para ella, a pesar de que han intentado hacerlo de la manera menos dura y más fácil posible, si es que eso existe. Así que sí, puedo entender que esté rabiosa, furiosa y, aunque sus padres le han dicho que esto no es culpa de nadie, supongo que en toda historia tiene que haber un culpable, y para ella lo soy yo.

No quiere ni verme.

Hoy había quedado con su padre para pasar la tarde juntos, yo me quería quedar en casa porque las últimas veces no han ido muy bien, sin embargo, al final me he dejado convencer. El caso es que no ha querido venir con nosotros mientras yo los acompañara. No te imaginas lo incómoda que ha sido la situación y lo que he llorado luego en casa. No te imaginas lo duro que es que su hija se rebele y se enfade con su padre por mi culpa. A veces tengo la sensación de que sin quererlo lo complico todo.

Siento haber estado más ausente estos días, pero entre eso y la vuelta al trabajo, que me tiene agotada, ando un poco desconectada de todo.

No te preocupes mucho, supongo que todos tenemos días malos.

Ya te contaré…
Un abrazo muy fuerte.

Te quiero, Isa.

Dalia

Marc conducía, con los dedos iba golpeando el volante al ritmo de la música, al pararnos en un semáforo me miró a través del espejo retrovisor central, me guiñó un ojo y sonreí. Íbamos de camino a la masía. Los nervios, al ser consciente de a dónde nos dirigíamos, hicieron que se me encogiera un poco el estómago. Había visualizado tantas veces este momento que casi me parecía irreal estar viviéndolo.

—¿Todo bien? —me preguntó Vera al cruzar las puertas de la masía.

Asentí.

El lugar era absolutamente impresionante. Parecía un minipalacio con su propia torre y todo, pero desprendía calidez. La piedra de la fachada había sido pintada de blanco y estaba decorada con el musgo verde, las enredaderas, y el tejado, de un marrón característico que solo provoca el paso del tiempo. En un lateral del jardín había un arco adornado con flores y lucecitas; en el suelo, una alfombra y estaban colocadas las sillas para presenciar la ceremonia. Mientras avanzábamos con el coche para aparcar vi una parte del jardín de atrás, habían puesto las mesas, y todos los árboles que las rodeaban estaban decorados con lucecitas. Los manteles eran azul clarito, el color favorito de Alicia. Las montañas se veían al fondo y la imagen cortaba un poco el aliento de lo preciosa que era. Me parecía un lugar de ensueño para darse el «sí, quiero», casi tenía la sensación de que las hadas saldrían en cualquier momento.

No sabía muy bien cómo me sentía, entre nerviosa, emocionada, abrumada, triste y feliz. Una mezcla un tanto extraña que hizo que me costara tragar saliva. Su mano cogió la mía. Vera no era muy cariñosa, pero si necesitabas apoyo estaba ahí la primera para brindártelo. La conversación de Nieves y Marc junto a la música

llenaba el coche. Bajé un poco la ventanilla dejando que el aire se colara y me llenara los pulmones, los mechones de mi pelo volaron a mi alrededor. Durante unos segundos sentí que mi madre me abrazaba, que estaba a mi lado como tendría que haber sido. Por raro que pueda parecer, ella quería asistir a esta boda, ver en primera persona cómo mi padre y Alicia se casaban. Me enseñó que cuando amas a alguien solo quieres su felicidad, aunque esa no la encuentre a tu lado. Mi madre era una persona valiente, no sé si yo podría.

Marc estacionó el coche en el descampado que había frente a la masía, apenas estaba ocupada por unos pocos coches. Nieves me miró con una sonrisa transmitiéndome la fuerza que necesitaba, respiré hondo y salí del coche.

—¿Vais a poder andar por aquí con los tacones? —pregunté pisando las piedras que llenaban el suelo.

—Soy una profesional —afirmó Nieves con una sonrisa y comenzando a andar.

—Yo prefiero sujetarme. —Sonreí acercándome a Vera, entrelazamos nuestros brazos y, despacio, nos dirigimos hacia la puerta.

Me alegraba tanto que estuvieran aquí, gracias a ellas la presión de mi pecho se hacía más soportable, tanto que no sabía cómo agradecérselo.

Marc se puso al otro lado de Vera y se cogieron del brazo. Había trabajadores entrando y saliendo de la masía, preparando y retocando los últimos detalles.

—Está todo precioso —dijo Nieves cuando llegamos a su lado.

—La verdad es que sí. —El aire me llenó los pulmones y casi me pareció que olía diferente.

Vi sombras en el piso de arriba de la masía, una se parecía bastante a la de Sofía, aunque a esta distancia quizás me podía equivocar. Tenía muchas ganas de verla, de besarla, estaba intrigada por saber qué vestido había elegido para la ocasión, me mordí el labio inferior al imaginarla frente a mí deshaciéndose de cada prenda y sonriéndome de esa manera que me quitaba el aliento.

No esperaba conocerla ahora, no en una boda, no en esta boda, no en este momento de mi vida.

—Dalia… —Me giré hacia mi padre e interrumpí mis pensamientos, que volvían a ir hacia ella.

—Dime.

—Alicia y Teresa han empezado a arreglarse, ¿vienes?

—Sí. —Me volví hacia mis amigas y Marc—. ¿Venís?

—No, ve tú a arreglarte, nosotros vamos a coger sitio, ya que hemos sido los primeros, quiero vistas privilegiadas del acontecimiento del año —respondió Nieves.

—Vale, nos vemos en un rato.

Le dirigí una mirada a Marc rogándole que no dejara que mis amigas vivieran un momento muy incómodo o acabaran matándose. Él me sonrió tranquilizador. Me acerqué a mi padre y dejé que me rodeara los hombros con un brazo.

—¿Estás nervioso?

—Estoy cagado. —El tono con el que lo dijo me hizo reír—. No porque no esté seguro, sino porque llevamos tanto tiempo esperando este momento que me da miedo que no sea como lo hemos imaginado.

—Lo será. —Estaba convencida.

—Sabes que te quiero, pajarito. No me puede hacer más feliz compartir este día contigo.

—Lo sé y yo a ti también.

Caminamos unos minutos en silencio.

—No me dejan subir al primer piso. Si necesitas algo, estoy aquí abajo con el tío y los primos. Pásalo bien.

—Gracias, papá.

Subí los escalones, nerviosa. Seguí el sonido de las voces y las risas. Nada más entrar en la habitación busqué a Alicia, iba en bata, tenía un par de pinzas en el pelo, una copa de lo que parecía champán en la mano, una sonrisa en los labios y los ojos cerrados mientras una chica se los pintaba. Su hermana, a su lado, reía de algo que le había dicho, y Teresa la miraba con cariño.

—Hola —saludé empapándome de la buena energía que se respiraba.

Todas me miraron con una sonrisa.

—Hola, cielo. Qué bien que ya estés aquí, empezaba a preocuparme. Siéntate donde quieras. Esta es Raquel —dijo señalando a la chica que estaba maquillándola—. Y ella es Luisa —añadió dirigiéndole una sonrisa a la mujer que peinaba el pelo de su hermana—. La próxima eres tú.

Teresa se levantó y me cedió su asiento a otro lado de Alicia.

—Gracias. —Alargué la mano hacia la que iba a convertirse en la mujer de mi padre—. Estás preciosa —y lo decía de verdad.

—Y más que lo voy a estar cuando terminen conmigo. —Reímos —. Tu vestido está en la habitación de al lado, por si quieres ir a ponértelo y así vamos adelantando.

—Vamos bien de tiempo —comentó Teresa guiñándome un ojo.

—Perdona por estar nerviosa, no quiero llegar tarde.

—La novia siempre llega tarde —contesté sonriéndole.

—El vestido lo he dejado en la puerta del armario. Si quieres que te ayudemos, solo tienes que decirlo, aunque no creo que necesites nuestra ayuda. —Me guiñó el ojo con una sonrisa astuta que en ese momento no entendí.

—Pues voy a ir a ponérmelo mientras terminan con vosotras y ahora vengo. —Volví a apretar su mano—. Y quizás sí que necesite ayuda con la cremallera.

Se acercó como si me fuera a contar un secreto.

—Ya te digo yo que no, pero no dudes en venir si lo necesitas.

La miré extrañada, me levanté con el ceño un poco fruncido y salí al pasillo. Abrí la puerta de la habitación de al lado sin saber muy bien qué esperar. Se encontraba vacía, mi vestido estaba colgado en la puerta del armario, tal y como había dicho. Bajé la cremallera de la funda despacio y suspiré al verlo. Lo había elegido con mi madre, era de un amarillo clarito con flores estampadas en color rosa, tenía una abertura lateral que comenzaba a mitad del muslo de la pierna izquierda y me llegaba un palmo por debajo de la rodilla, había decidido conjuntarlo con unos tacones blancos con tiras que rodeaban mis tobillos y un bolso pequeño del mismo rosa claro que las flores del vestido. Toqué el escote con forma de corazón y los tirantes que eran lazos.

La verdad es que me seguía pareciendo igual o más bonito que cuando lo había visto en la tienda. Me desvestí y me lo puse; como había sospechado, necesitaba ayuda con la cremallera, solo había conseguido subirla a la mitad. Escuché un ruido que venía de lo que había supuesto que era el cuarto de baño de la habitación, descalza me acerqué y abrí la puerta. Solté un pequeño gritito y Sofía hizo lo mismo, abrimos los ojos de forma desmesurada y empezamos a reír.

—Qué susto. ¿Qué haces aquí? —pregunté

—Estaba intentando hacerme el delineado, solo me gusta cómo me lo hago yo. Alicia me ha dicho que podía venir aquí.

Sentí su mirada recorrerme de arriba abajo, yo hice lo mismo. Sonreí al ver el traje chaqueta que llevaba; era rosa, solo un poco más fuerte que el de mis flores, así que casi parecía que íbamos conjuntadas. Ella sonreía más. La camisa que llevaba bajo el chaleco se pegaba como una segunda piel y era transparente. Se había hecho una coleta alta con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro. Miré sus labios perfilados, pero aún sin pintar, y la necesidad de ella me recorrió entera.

—Estás preciosa.

—Estás increíble —dijimos casi al mismo tiempo, lo que me hizo sonreír.

—¿Quedo como una loca si digo que te he echado de menos? —pregunté vibrando de ganas.

—Quizás, pero entonces seríamos dos locas.

Me costó tragar saliva por el tono de su voz, el corazón me empezó a latir más deprisa. Antes de ser consciente se había movido.

Mi espalda chocó contra los azulejos del baño y apenas tuve tiempo de coger aire cuando sus labios estaban sobre los míos. Me besaban con intensidad, con ganas, su lengua acarició la mía, y gemí. Mis manos le rodearon el cuello y tiraron de su coleta para que separara mi boca de la suya, recorrí su cuello y le mordí la barbilla. Sus labios volvieron a los míos, y me arqueé hacia ella buscando fricción, necesitaba más, todo.

No me reconocía, nunca había sentido esa desesperación, intensidad, ganas de todo, nada parecía suficiente. Sus uñas me

arañaron los muslos mientras subían el vestido erizándome la piel y acelerándome el pulso. Mi mano bajó por su espalda hacia su culo y se lo apreté mientras la acercaba más a mí, sus dedos me acariciaron el abdomen y se me contrajo todo el cuerpo, sus labios devoraron los míos dejándome sin aire, le mordí el labio inferior haciéndola gemir, ella encontró mis bragas y coló la mano haciéndome jadear.

No podía, no teníamos tiempo, pero en cuanto tuviera una oportunidad iba a devorarla, iba a besar cada lugar, rincón y recrearme en ese tatuaje que tenía en el costado. La necesidad de ella me sorprendía incluso a mí misma. Jadeé cuando sus dedos algo fríos acariciaron mi centro.

—Sofía —gemí quizás demasiado alto—. No podemos.

Contemplé sus ojos azules a centímetros de distancia mientras nuestros alientos se entremezclaban, aunque quería parar me seguí meciendo sobre su mano y me mordí el labio inferior. Tenía las mejillas sonrojadas y me miraba con absoluta entrega. Creo que nunca nadie me había mirado así: sin miedo, queriendo verme. Me sentí expuesta, pero me gustó, con ella todo me gustaba. Las mejillas me ardían y no controlaba mi respiración.

—No vamos a parar ahora, esto es para ti —dijo mientras colaba dos dedos en mi interior y ponía su boca sobre la mía para que nadie nos oyera.

No tardé en encontrar lo que buscaba, en sentir todo mi cuerpo tensarse y luego deshacerse. Puso una mano sobre mi boca y me miró a los ojos mientras gritaba. Apoyé la frente en su pecho intentando normalizar mi respiración. No me creía lo que acababa de pasar, cómo mi cuerpo había respondido al suyo con total entrega, con su madre, Alicia y más personas a una pared de distancia. Madre mía, Alicia sabía que Sofía estaba aquí, que ella me podría abrochar el vestido. No sabía cómo iba a ser capaz de entrar en la habitación de al lado sin ponerme roja.

Me temblaron las piernas cuando su mano acarició distraídamente mi cintura y dejó un beso en mi hombro desnudo.

Levanté la cabeza, la miré y reí, reí a carcajadas sintiéndome bien. Más libre que nunca, ligera, agradecida.

Sus labios se demoraron sobre los míos antes de separase suspirando y regalarme una sonrisa. Nos quedamos mirándonos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, me perdí en el azul de sus ojos y en ella.

—¿Quieres que te suba la cremallera del vestido? —preguntó.

—Sí, por favor —respondí con la voz un poco ronca.

Sus dedos me recorrieron las costillas antes de subir la cremallera despacio haciendo que la piel se me erizara.

—No me puede gustar más el color de tu vestido.

Bajó despacio la falda colocándola bien y acarició la tela amarilla a la altura de mis muslos. Quería más.

—Lo compré antes de conocerte, así que es una casualidad. A mí también me gusta.

—O quizás sea el destino. —Me miró sin dejar de morderse el labio inferior, labio que quería morder yo—. ¿Quedo como una loca si digo que quiero quitártelo?

—No, solo como una chica que me desea con la misma intensidad con que la deseo yo.

Suspiramos y nos dimos un último beso. No podía quedarme más tiempo, me estaban esperando en la habitación de al lado, recé a un dios en el que no creía deseando que no nos hubieran oído. La rodeé, me puse frente al espejo e intenté arreglarme un poco el pelo, aún sentía calor, ganas y tenía la sensación de llevar escrito en la piel lo que acababa de ocurrir. Carraspeé intentando aclararme la voz y las ideas. La busqué a través del cristal, sus ojos volvieron a conectar con los míos y en algún lugar de mi pecho lo supe.

2009

Querido diario o querida Lena del futuro:

Aún estoy aceptando el hecho de que mi marido y yo ya no estamos juntos, que el nosotros como pareja no existe.

El inicio de este nuevo año ha sido un poco triste y complicado, pero hemos llegado a un acuerdo. Sé que mucha gente no lo va a entender, sin embargo, hace años que comprendí que solo importa lo que yo quiera no la opinión de los demás. La decisión que hemos tomado es que vamos a seguir viviendo juntos en nuestra casa como hasta ahora, eso sí, en habitaciones separadas, siendo compañeros de piso y nada más que amigos.

Tengo que reconocer que va a ser muy duro, que no sé si seremos capaces de llevarlo a cabo, aun así, ambos queremos intentarlo. Por encima de todo somos amigos, y su amistad sincera y leal es una de las cosas que más amo de él. También queremos hacerlo lo más fácil posible para Dalia.

No tenemos motivos para odiarnos, no es culpa de ninguno de los dos que lo nuestro no haya funcionado, que nos hayamos distanciado o quizás seamos los dos los mayores culpables, con todo, no hay rencor por parte de ninguno y no he dejado de quererlo.

Las únicas condiciones que hemos puesto es que no podemos traer a nadie más a casa y que si algo cambia, si conocemos a otra persona o la convivencia se vuelve muy complicada, hay que hablarlo y romper definitivamente.

No voy a negar que estoy intrigada por ver cómo avanza este año y si somos capaces de mantener esa promesa que nos hicimos hace tanto tiempo de no dejar de ser amigos nunca.

2013

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Desvaríos
Hola, hermanita.

Antes no lo creía, pero las heridas cicatrizan, me refiero a las que no se ven, pero se sienten. Con él lo estoy consiguiendo. Compartir la vida nunca había sido tan bonito.

No era consciente de que vivía en una monotonía, una vida gris en la que verdaderamente no era feliz.

Sé que tú lo sabías, pero te juro que no era consciente.

Gracias por seguir a mi lado un año más.

Espero que pasarais una feliz semana de vacaciones.

Te quiero, Isa.

Dalia

—Quiero unas ondas no muy marcadas y un semirrecogido, como hace airecito, así no tendré el pelo en la cara —le expliqué a Luisa sintiéndome nerviosa con las miradas de todas las chicas de la habitación puestas en mí.

—Me parece un acierto —dijo sonriendo.

—Seguro que estás aún más preciosa —afirmó Alicia.

—¿Y para el maquillaje? —preguntó Raquel.

—No me suelo maquillar, así que base no quiero y algo muy natural. —Mis imperfecciones eran lo que más me hacían ser yo.

Ambas asintieron y se pusieron manos a la obra, me dejé hacer y disfruté.

La voz de Alicia, sentada a mi lado, llenaba la estancia. Notaba la mirada de Sofía a unos metros de distancia, pero no tenía el valor suficiente como para devolvérsela. Había entrado unos minutos después que yo y parecía que no habíamos levantado ninguna sospecha. Alicia había sonreído al verme entrar con el vestido bien abrochado, aunque no había comentado nada. Al mirarla luciendo una sonrisa más radiante mientras se abrochaba los zapatos seguía sin poderme creer que mi padre se fuera a casar en unas horas, había estado temiendo este día desde hacía meses, sin embargo, ya no tenía miedo, casi me sentía en paz, quizás le tenía que dar las gracias a esos ojos azules que sentía como una caricia sobre los brazos.

Perdí la noción del tiempo mientras dejaba que me peinaran y me maquillaran, cuando terminaron abrí los ojos y me contemplé en el espejo. Me vi increíble, guapa, como solo algunos días conseguía sentirme. Sonreía mucho.

—Gracias —dije a nadie en particular.

—¿Tienes algo que podamos poner en el recogido para adornarlo?

—No he traído nada —contesté.

—Yo tengo algo para ti. —Me giré hacia Alicia y la vi sacando unas cuantas flores de su ramo de novia.

—No.

—Claro que sí, estas flores van a juego con tu vestido, gírate.

La miré con los ojos vidriosos y le hice caso.

Sentí cómo ponía cada flor en el semirrecogido y con cada una de ellas experimenté más amor. Cuando terminó la abracé fuerte, ella no dudó en envolverme entre sus brazos, en reconfortarme y buscar su consuelo.

—Siento haber sido tan puñetera cuando te conocí —susurré todavía abrazada a ella.

—No hay nada que sentir, eras una niña, enfadada, furiosa, que no entendía qué pasaba. Eso está más que perdonado —dijo mientras se separaba y me cogía las manos.

—Gracias, gracias por entenderlo, por perdonarme, por darme una oportunidad y por hacerlo feliz, eso es por lo que más agradecida estoy.

—Lo sé, cielo. —Sus manos apretaron las mías fuerte—. Y no me hagas llorar, que me acaban de maquillar.

Soltamos una risa nerviosa.

—No podía haber elegido mejor, me siento afortunada de tenerte en mi vida —musité con un nudo en la garganta.

—Dalia… —suplicó mientras una lágrima solitaria le recorría la mejilla—. Yo soy la afortunada.

Asentí sin poder emitir palabra, si lo hacía, si hablaba, me derrumbaría. Sus manos apretaron las mías una última vez antes de soltarlas.

—Es hora de ponerte el vestido —anunció Teresa unos segundos después llenando el silencio de la habitación.

El vestido era de un blanco roto, largo, pero sin mucha cola, realzaba su figura y le quedaba espectacular. Su hermana le subió la cremallera y la abrazó desde atrás sonriendo. Teresa le colocó el velo, yo le di el ramo.

—Podéis ir bajando, ahora vendrá mi padre. Necesito unos segundos a solas —nos pidió la novia.

Sofía entrelazó su mano con la mía, me apretó los dedos y cuando escuchamos salir a su madre detrás de nosotras me soltó. Bajamos las escaleras en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí porque lo estaba. Llegamos al jardín decorado y lleno de invitados. El aire meció algunos mechones de mi pelo y me abrazó. Sentí las miradas de casi todos los presentes, odiaba ser el centro de atención, aun así, recorrí el pasillo que formaban las sillas y fui directa a mi padre.

—Estás…, estás… —dijo mirándome con los ojos abiertos haciéndome reír.

—Creo que la palabra que busca tu padre es preciosa —intervino mi tío.

—Gracias. —Me acerqué a abrazarlo y me volví hacia mi padre.

—Te pareces mucho a tu madre —susurró y se me contrajo el corazón—. Estás guapísima.

Me acerqué a él despacio, con el nudo en la garganta, las lágrimas en los ojos sin dejarlas caer y un dolor sordo a la altura del pecho. Mi padre no dudó en abrazarme, cerré los ojos sintiéndome protegida, a salvo, era una sensación que solo conseguía hacerme sentir él.

—Te voy a arruinar el traje —protesté carraspeando y separándome.

—Puedes arruinarme lo que quieras siempre que sea para darme un abrazo —contestó sonriendo—. ¿Todo bien?

—Sí, quizás algo abrumada, demasiadas emociones entremezcladas, pero todo bien. Estás increíble —expuse recorriéndolo con la mirada—. Disfruta de este momento, te lo mereces.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí.

—Lo sé, papá, pero hoy es tu día, disfruta —añadí emocionada.

—Solo podré hacerlo si tú eres feliz.

—Lo intento, lo soy.

Me miró sin dejar de asentir.

—Te quiero, pajarito.

—Te quiero, papá. Voy a sentarme con mis amigas.

Cogí aire antes de girarme y dirigirme a la primera fila donde Nieves, Marc y Vera estaban sentados.

Todos me miraban con una sonrisa, pero también con preocupación.

—Estoy bien, chicos. —Me acerqué a ellos—. Es una boda y en las bodas se llora.

—Siempre que sea de emoción y no de pena —rebatió Nieves, y me reí.

—¿De dónde es el vestido? Es increíble.

Di una vuelta sobre mí misma y le respondí a Vera:

—Lo compré en una tienda del centro, es de una diseñadora, se llama Iris González Thomson.

—Sé quién es. —Acarició la falda—. Es una preciosidad, te queda espectacular.

No había nada mejor que el piropo de una amiga. Le di las gracias con una sonrisa.

—Os hemos guardado sitio por si tú y esa chica que hace que te brille la mirada os queríais sentar juntas.

Me giré buscándola, tras bajar las escaleras la había perdido de vista. Estaba en la fila contigua, al otro lado del pasillo, sentada junto a su madre y su hermano. Como si me hubiese sentido miró en mi dirección y me guiñó un ojo. Me dieron ganas de ir a robarle un beso.

—Gracias, pero ya ha encontrado sitio con su familia, luego os la presento. —Hice una pausa mientras me sentaba al lado de Vera, y Nieves se cambió de asiento para estar más cerca de mí—. Y, por favor, cuando termine la boda no me dejéis sola, no me apetece saludar y tener que hablar con mucha gente.

—No te dejaremos.

—Seremos tus sombras.

Sonreí, les cogí una mano y me incliné hacia delante.

—Y gracias por no dejar que se maten, Marc.

—Siempre a tu disposición, flor.

Me regaló una sonrisa tan radiante como la que le devolví. Minutos después empezó a sonar una canción, y Alicia apareció al principio del pasillo.

2010

Querido diario o querida Lena del futuro:

Ha conocido a alguien.

Javier no me ha dicho nada, pero tampoco lo he necesitado, sé cómo sonríe cuando le gusta una mujer, sé cuándo miente, de igual manera que sé el sonido que hace mi corazón al romperse.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hoy he celebrado mi cuarenta y dos cumpleaños con Dalia, hemos hecho un día de chicas, y no podía haber deseado un regalo mejor, me encanta pasar tiempo con ella. Lo que todavía no me puedo creer es que mi bebé vaya a cumplir doce años.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Yo era de las que creían que cuando quieres a alguien no puedes hacerle daño, qué equivocada estaba. Cuánto daño nos hemos acabado haciendo. Porque, aunque hablamos de ello, aunque somos sinceros, aunque entendemos al otro, no hace que duela menos.

A veces me pregunto qué hubiera pasado si aquel día de abril de mil novecientos ochenta y cinco no hubiera ido a esa heladería, donde nos reencontramos tras la boda de su hermano, cómo hubiera sido mi vida sin él y… y no consigo imaginármela, porque, para bien o para mal, Javier siempre ha sido mi mitad.

2013

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Noticias maravillosas
Hola, hermanita.

He conseguido trabajo y no puedo estar más feliz.

Lo mejor es que es en el mismo hospital en el que esta él. Tengo muchas ganas de empezar, pero también muchos nervios. Supongo que da igual lo mayor que seas, los inicios siempre dan miedo.

Nunca imaginé mi vida así ni que empezaría en un trabajo nuevo a los cuarenta y siete, pero supongo que es una de las cosas fascinantes de la vida: que nunca sabes con qué te va a sorprender y con él he descubierto que todo puede ser una aventura.

En fin…

Cuéntame cómo va ese brazo roto de Emma, espero que ya no tenga tanto dolor.

Te quiero, Isa.

Dalia

Seguí todo su recorrido hasta el altar sin poder despegar los ojos de su sonrisa, tan bonita, tan sincera, tan real como lo era ella.

No pude hacer nada contra el nudo de mi garganta, contra la emoción que me estrujaba el pecho. Me emocioné y esa vez las lágrimas se deslizaron libres por mis mejillas. Nunca había visto mirarse a dos personas con tanto amor como lo hacían ellos.

No recuerdo gran cosa de la ceremonia en sí, solo sentir el viento cálido, el olor de las flores, el peso de las manos de mis amigas, las palabras dichas con amor, el latido rápido de mi corazón, la piel de gallina, buscar a Sofía y compartir una mirada llena de significado que había hecho que sintiera algo cálido posarse sobre mi pecho. Los aplausos de la gente, las miradas cargadas de alegría que mi padre y Alicia me dirigieron tras darse el «sí, quiero», el nudo en la garganta por la felicidad, la emoción de saber que mi padre se había casado con el amor de su vida, la euforia de que Alicia se hubiese convertido oficialmente en parte de mi familia, la añoranza por no tenerla a ella a mi lado, el sentirme rodeada, acompañada, el abrazo que Marc me dio, los gritos de felicidad de los recién casados, el clic del fotógrafo capturándolo todo, mi padre robándome un beso en la mejilla al pasar por mi lado, hundir los dedos entre los pétalos de alguna flor, ver cómo cientos de pétalos sobrevolaban a los novios, la euforia de la gente, las lágrimas, las sonrisas sinceras, sentir el pecho lleno de cosas bonitas y paz, mucha paz.



Mis lágrimas parecían no tener fin, la tristeza se entremezcló con la felicidad y me sentí más yo que nunca. Con la absoluta certeza de que todo era como tenía que ser, de que era lo correcto. No tenía dudas de que era la boda más bonita en la que había estado y de que a mi madre le hubiese encantado. Entrelacé mi brazo con el de Vera y apoyé la cabeza en el hombro de Nieves, ellas me sostuvieron, no me soltaron.

—Le habría encantado, lo sé —susurré solo para ellas, no hacía falta que aclarara porque entendían que hablaba de mi madre—. Pero en cierta manera me alegro de que no esté aquí porque sé que esto también le habría roto un poco más el corazón.

Que desees ver feliz a la persona que amas no quiere decir que no duela para ti. Que no desgarre huesos, músculos y piel.

Nieves me dejó un beso en la mejilla, y Vera me apretó más la mano. Ellas también eran mi refugio, tan parte de mi mundo que no me imaginaba mi vida sin ellas. Las acerqué a mí, y nos abrazamos las tres.

Tal y como me habían prometido no se separaron de mi lado durante los minutos siguientes, estuvieron mientras los invitados me saludaban, algunos con alegría, otros con compasión, ellas dirigían la conversación aliviando mi carga. Cuando ya no quedaron más personas por saludar, busqué a Sofía entre los invitados, que cogían las primeras copas de vino que repartían los camareros, y la multitud que había rodeado a los novios felicitándolos y deseándoles lo mejor.

Estaba de perfil a unos metros de mí, sus ojos azules colisionaron con los míos, me miró con tanto cariño que sentí que

me deshacía. Le dijo algo a la persona que tenía al lado y la distancia entre nosotras empezó a difuminarse. Me mordí el labio inferior sin poder apartar la vista de ella; absorbía toda la luz del lugar, era todo lo que quería mirar. Apenas fui consciente de que mis amigas me soltaban las manos y que daba un paso hacia delante.

Su coleta rubia daba latigazos a cada paso, su sonrisa se hacía más amplia y mi corazón latía más rápido. Se detuvo a centímetros de mí, la falda de mi vestido rozaba sus piernas, nuestros pechos se encontraban a cada respiración, me costó tragar saliva y quise que me besara, llegué a la conclusión de que era lo que necesitaba para poder volver a respirar. Su mirada bajó a mis labios.

—¿Puedo besarte? —jadeó.

Asentí perdida en toda ella. No pensé en nada más, ni en los novios ni en los invitados ni en mis amigas. Sus labios se encontraron con los míos, y el mundo volvió a tener sentido. La dulzura de su beso hizo que sintiera un aleteo en el pecho. Me deshice entre sus labios, quise guardar el beso en un lugar seguro para poder evocarlo siempre. Sus manos en mis mejillas, las mías rodeando su cintura y la intensidad del beso empezó a cambiar. Un carraspeo me hizo volver y tener que abandonar esos labios.

—Mierda, qué vergüenza —musité tímida de pronto, la rodeé con un brazo impidiendo que se alejara de mí, con la otra mano me tapé los ojos. Sentí su risa y su frente apoyarse en mi hombro. Su mano me recorrió la espalda antes de separarse.

Me giré hacia mis amigas, Vera tenía una sonrisa pillina; Nieves, una ceja alzada. Recorrí con la mirada nuestro alrededor, pero parecía que nadie más nos prestaba atención.

—Chicas, ella es Sofía —las presenté—. Sofía, ellas son Nieves y Vera, mis mejores amigas.

—Así que tú eres la causante del brillo en la mirada de nuestra amiga, aunque no me extraña, después de ese beso. —El tono de Nieves era sugerente.

—Nos ha hablado mucho de ti. —No dudó en aportar Vera mientras se miraban entre ellas con una sonrisa.

—O quizás mis examigas —agregué notando las mejillas calientes.

Todas rieron menos yo, que quería que el suelo se abriera y desaparecer. No sabía por qué de pronto me sentía tan nerviosa o quizás sí, Sofía se había convertido en alguien muy importante para mí y quería que se gustaran o por lo menos que se cayeran bien.

Se acercaron a ella y la saludaron con dos besos. Me perdí las palabras que compartían porque Sofía acarició algunos de mis dedos y se me encogió el estómago, su mero contacto eran chispas que alteraban mi sistema nervioso. Entrelacé nuestros dedos, ella los cerró fuerte sobre los míos sin dejar de hablar con mis amigas.

Estaba siendo mi día más feliz desde hacía casi un año, por unos segundos no me sentí bien por estar sintiéndome así, pero respiré hondo y abracé el sentimiento porque me lo merecía, porque sabía que era lo que ella hubiese querido: que siguiera con mi vida, que avanzara, que quisiera, que sanara, que volviera a ser feliz.

Un camarero se acercó con una bandeja llena de bebidas interrumpiendo la conversación. Sofía cogió una copa de vino, al igual que Nieves, sin embargo, Vera y yo optamos por el agua.

—Dalia… —Busqué a mi padre con la mirada, lo vi a unos metros de distancia bajo el arco de flores haciéndome un gesto con la mano—. Ven a hacerte unas fotografías.

—Ahora vengo, chicas. —Dejé el vaso encima de cualquier bandeja y fui en su dirección.

—No sé si os lo he dicho ya, pero muchas felicidades.

—Gracias, pajarito. Vamos a hacernos unas fotos, solo será un momento.

Alicia me acarició la mejilla y me rodeó la cintura antes de dejarnos solos a mi padre y a mí.

—Estoy muy feliz por ti —susurré y cerré los ojos al sentir sus labios en mi frente.

Segundos después Alicia se unió a nosotros. Sonreí a la cámara, poco a poco más familia y amigos se fueron sumando a las instantáneas. La última me la hice con los recién casados y mis dos mejores amigas. Habían pasado unos minutos, pero me parecían horas, cada sonido de la cámara me ponía más nerviosa.

Dejé a mi padre y a Alicia con algunos invitados que seguían esperando su turno para poder tener un recuerdo de ese momento.

Me detuve al ver que Nieves y Vera estaban charlando animadamente, quise darles un poco de espacio para que hablaran. Alguien acarició unos mechones de mi pelo antes de situarse a mi lado. Me quedé embobada contemplando el perfil de Sofía; era guapa, siempre estaba preciosa, pero ese día especialmente resplandecía. Su pelo parecía más rubio y su piel, más brillante.

—Se parece a Blancanieves —dijo, seguí su mirada y contemplé a Nieves.

—Lo sé. —Ella también era muy consciente de ello, siempre lo había sido y en un momento de su vida incluso eso la había acomplejado, ya no, pues sabía cómo sacarse partido.

—El nombre le queda como anillo al dedo.

Nieves tenía el pelo corto y negro, algo más largo que la princesa del cuento, su media melena le rozaba los hombros, era de tez blanca y ojos oscuros.

—¿Te molesta que sepan lo nuestro? —me preguntó.

—Para nada. —Suspiré buscando sus dedos, apenas fue una caricia, pero la sentí muy dentro.

Un brazo que conocía bien me rodeó los hombros y me apoyé un poco en Marc. Levanté la vista hacia él.

—Hola, prima.

La manera en la que lo dijo me hizo reír.

—Hola, primo.

Arrugó la nariz.

—Creo que voy a seguir llamándote flor. Te pega más.

—Creo que voy a seguir llamándote Marc. Me gusta más.

Me dejó un beso en la mejilla antes de hacerle un gesto a Sofía y desaparecer. Vi cómo cogía una copa antes de centrar toda la atención en su abuela.

Algunos invitados empezaron a leer los carteles donde estaban escritos los números de las mesas y los nombres en los que iba sentado cada uno, algunos tomaron asiento, así que le hice un gesto a Sofía preguntándole si quería que fuéramos. La verdad era que me dolían un poco los pies, no estaba acostumbrada a ir con tacones. Rodeamos la masía por completo, Nieves y Vera siguieron nuestros pasos.

El jardín en el que se celebraba el banquete, como había visto desde el coche, estaba decorado de una manera magnífica: las lucecitas en los árboles rodeaban el lugar en el que se encontraban las mesas; los centros eran sencillos, decorados con sutileza. Sabía el cuidado que habían puesto Alicia y mi padre en cada detalle. Encima de cada plato había un regalo personalizado para cada invitado, me moría de ganas de abrir el mío. Fuimos directas a nuestra mesa. Mi asiento estaba junto a los nombres de mis dos mejores amigas, muy cerca de la mesa presidencial. En mi mesa también se sentaban Marc; su primo, Santi; mi nueva oficial prima, Carmen; Sofía; su hermano, Nacho, y la hija de otra amiga de Alicia, que no recordaba cómo se llamaba.

Cuando Nieves llegó a su asiento cambió su nombre por el de Sofía haciéndome reír, pero Sofía volvió a cambiarlo.

—Sé qué hace mucho tiempo que no os veis, yo la he tenido un par de días para mí. Disfrutad de esta comida juntas.

Quise comérmela a besos, ahí, delante de todos. Contarle lo rápido que me latía el pecho y que solo podía mirarla a ella porque estaba conquistando todo mi mundo con sus palabras y sus gestos.

—Gracias —respondió Nieves por mí antes de susurrarme al oído —: Me gusta mucho.

Mi sonrisa se amplió y una pequeña risa escapó de mis labios.

2011

Querido diario o querida Lena del futuro:

Nos perdimos en algún rincón de nosotros y dejamos de mirarnos a los ojos como hacíamos antes. A día de hoy me sigo preguntando qué nos pasó.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hoy me ha hablado de ella por primera vez.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Llevo unos meses en los que ya no me apetece tanto escribir, ¿sigo haciéndolo?

2013

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: El amor y todas sus formas
Hola, hermanita.

No sabía que el amor tuviese tantas formas, colores y grados, pero lo estoy descubriendo. A veces es fascinante ver el mundo a través de otros ojos.

La verdad es que nunca pensé que se pudiera querer a dos personas a la vez, pero él lo hace, no sé cómo, pero lo hace, nos quiere a las dos por mucho que me pese y en el fondo me alegro. Al principio me sentí dolida, no voy a mentir, luego, afortunada, porque, a pesar de que quiere a su exmujer y me quiere a mí, eligió estar conmigo, me elige cada día.

Tiene un corazón inmenso. Estoy deseando que lo conozcas.

Y sí, eso significa que dentro de poco iremos a verte. Quiero presentártelo y enseñarle Suiza de tu mano.

En cuanto nos organicemos las fechas por el trabajo, te aviso de los días que vamos.

Qué ganas de abrazaros.

Te quiero, Isa.

Dalia

La comida fue caótica y preciosa, estuvo llena de conversaciones entremezcladas, otras más privadas, risas, pausas para que los novios se besaran, aplausos, gritos, miradas y sonrisas, muchas sonrisas. Era como si todos compartiéramos la felicidad y la respiráramos. Las bodas tenían un encanto especial, casi olían distinto, podía llegar a entender por qué a mi madre le gustaban tanto. Era como si el mundo se paralizara y solo existiera ese momento. Llegó la tarta, y mi padre acabó con media mejilla manchada. Alicia no lanzó el ramo, sino que se lo regaló a su hermana, y mi momento más temido llegó. Me sudaban un poco las manos y apenas había podido dar un par de bocados a la tarta, tenía que salir a dar mi discurso.

Me levanté con las piernas temblorosas, Vera me propinó un apretón en la mano, Sofía me sonrió mirándome curiosa y fui temblando de nervios al pequeño escenario que me indicó Lorena, la organizadora de bodas. Los rayos de sol me acariciaban la espalda, el viento hacía que algunos de mis mechones flotaran y al respirar hondo el olor de las flores me llenó los pulmones. Ajusté el micrófono a mi altura y antes de empezar a hablar miré a los presentes.

—Buenas tardes. —Carraspeé nerviosa—. Tengo que confesar que he reescrito muchas veces lo que pensaba decir esta noche, pero tras pensarlo mucho decidí no traer nada apuntado y hablar desde el corazón. Tengo que admitir que ahora me arrepiento un poco. —Mi padre, Alicia y algunos invitados rieron conmigo—. Supongo que lo que quiero decir es que no os voy a dar una gran charla sobre cómo se conocieron, porque creo que todos los aquí presentes lo sabéis; tampoco voy a enumerar cuáles han sido los mejores instantes de su historia, y eso que han tenido cientos, he

sido testigo de muchos de ellos. —Hice una breve pausa—. Seguro que ahora Alicia se está arrepintiendo de haberme pedido que hable. —Me mordí el labio y me disculpé con la mirada, no tenía muy claro qué estaba haciendo. Oía el latido de mi corazón por encima de cualquier otra cosa.

—Nunca —gritó ella haciendo reír a algunos, pero llenándome el pecho de calor.

—Solo sé que quiero daros las gracias a los dos. Gracias, Alicia, por acogerme desde el primer instante y hacerme un hueco en tu corazón desde el minuto uno y por enseñarme que la familia va más allá de la sangre. Gracias, papá, por quererme siempre, por mostrarme que hay tantos tipos de amor como personas para querer. Que un corazón puede albergar mucho amor. Que, cuando alguien quiere, tiene que luchar por ello y que, pese a todo y frente a todo, si se cuida, se nutre, se respeta y se comparte, puede llegar a ser lo más bonito de la vida. Gracias también a mi madre. —Hice una pausa para coger aire, y entonces fui consciente del silencio, nadie hablaba, todos estaban pendientes de mí, de mis palabras, sentí cómo las mejillas se me llenaban de color y de calor, tragué saliva y miré a mi padre, sus ojos eran lágrimas, y parpadeé ahuyentando las mías—. Ella también me enseñó que hay cientos de maneras de amar. Sé que se sentiría dichosa al ver que vosotros perseguís vuestra felicidad. No puedo estar más que orgullosa de que al fin y oficialmente los dos seáis mi familia, de que podáis embarcaros en este nuevo capítulo de vuestra vida lleno de todo el amor que os merecéis. Espero de corazón que seáis muy felices y que os sigáis queriendo así de bonito. Brindo por los novios —dije alzando mi copa, todos los invitados me imitaron, y Alicia me miraba con lágrimas de felicidad—. Por aquello que los hace tan especiales, que es la manera en la que se quieren el uno al otro, la manera en la que se miran y cómo se eligen cada día. Os quiero.

Alcé la copa un poco más alto y di un pequeño sorbo. No me gustaba nada el sabor del champán, pero en ese momento me supo hasta bueno. Mi padre y Alicia se levantaron de sus asientos, y yo bajé del escenario. Se oyeron fuertes aplausos y silbidos por parte de los invitados. Nos encontramos a medio camino y me abrazaron

ambos a la vez con mucha fuerza, con mucho amor. Me sentí muy afortunada. Algunas lágrimas se me escaparon al ver los ojos de Alicia, al mirar a mi padre. Los dos estaban emocionados. No sabía ni qué había dicho o si había tenido sentido para alguien más que para mí.

—Ha sido absolutamente precioso. —Alicia apenas podía hablar por el llanto—. Hoy te has propuesto hacerme llorar. —Reímos juntas —. Te quiero muchísimo, Dalia.

Mi padre me acarició la mejilla.

—Gracias. —Su voz sonó llena de gratitud—. Te quiero, pajarito.

Los abracé una última vez antes de dejarlos ir y volver a mi asiento.

—Ha sido precioso —dijo Sofía con los ojos brillando de emoción.

Nuestras manos se rozaron cuando pasé por su lado.

—Tú querías hacerme llorar, ¿verdad? —protestó Nieves limpiándose las lágrimas y abrazándome una vez me senté a su lado.

—Si ahora mismo tuviese que repetirlo, no sabría qué decir —contesté riendo.

—Has hablado con el corazón. —Miré a Marc con una sonrisa.

Unas notas empezaron a sonar justo cuando el sol empezó a bajar, había llegado el momento del baile de los novios acompañado de un atardecer espectacular.

2012

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hoy hemos firmado los papeles del divorcio, en teoría tendría que estar triste y desolada, pero nosotros hace mucho que nos separamos, así que no siento la pérdida en carne viva, no negaré que duele, que estoy triste o que me voy a abrir una botella de vino o de tequila cuando llegue a casa, sin embargo, no siento dolor, casi me siento liberada. Ha sido como poner punto y final a nuestra historia, cerrar el capítulo, un adiós definitivo para una historia de amor que nunca va a volver y ahora una nueva página en blanco se abre ante mí, un futuro incierto, y tengo que reconocer que es emocionante.

Querido diario o querida Lena del futuro:

La he conocido, se llama Alicia.

Es preciosa, preciosa por fuera y, por lo que he podido ver, también por dentro.

Es muy diferente a mí en muchos sentidos.

Lo que más me ha sorprendido es que es más mayor que yo, solo son dos años, apenas se notan, pero no puedo decir que mi exmarido se ha ido con una mucho más joven. Una tontería, lo sé, en las películas suele pasar, sin duda la vida real es otra realidad.

He intentado que se sienta lo más a gusto posible porque eso es lo que me gustaría a mí si estuviera en su posición, no sirve de nada hacer las cosas más incómodas o raras entre nosotras, todos somos adultos, solo espero haberlo conseguido. Siendo sincera, me ha caído bien y creo que se complementan.

Los he visto nerviosos, lo que no les he confesado es que yo también lo estaba.

Ha sido una cena tranquila, ha ido mucho mejor de lo que me esperaba.

Me voy a acostar ya, que estoy cansada y mañana le he prometido a Dalia ir a la primera sesión del cine. No quiero que lleguemos tarde ni que me reniegue, qué complicados son los catorce.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Dalia esta descontrolada, rebelde.

No quiere ver a Alicia y está teniendo un comportamiento horrible.

No sé de qué manera hacerlo para que entienda que no hay malos en esta historia, solo corazones rotos y mucho amor, el paso del tiempo y dos personas que se separan. No sé cómo hacerle entender que si hay algún culpable en esta historia no es Alicia, que lo único que hace es querer a Javier. No sé cómo hacerle entender que no va a quitarle a su padre, que él no va a dejar de quererla. No sé cómo hacerle entender que me rompe el corazón de igual manera que se lo rompe a él, a Alicia y a ella misma. No sé cómo hacerle entender que comprendo que se sienta perdida, pero que yo siempre la encontraré. No sé cómo hacerle entender que la quiero más que a mi vida.

Mañana va a venir Javier, y vamos a tener una conversación seria con ella porque esto no puede continuar así, espero que nos escuche y las cosas mejoren. Lo hemos intentado hacer de la manera más fácil y menos dolorosa para ella, para todos, aun así, parece que no lo hemos hecho bien.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Me he acostado con un hombre, ahora mismo ni siquiera recuerdo su nombre, es el primero después de veintitrés años, he vomitado tras hacerlo, pero, aunque ya no me siento tan mal, no sé si podré volver a hacerlo. Me siento perdida.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Antes creía que el amor verdadero era para siempre, que te acompañaba y nunca te dejaba. Con el paso de los años he comprendido que la realidad es muy distinta: que no hay nada para siempre, que, aunque duela, a veces hay que saber dejar ir. No porque se acabe, sino porque el amor se transforma.

Por eso creo que hay historias que no tienen final feliz. Y otras que, simplemente, no tienen final, porque nunca terminan, porque, aunque el amor cambia, sigue.

2013

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: ¿Nos modernizamos?
Hola, hermanita.

Quería preguntarte, ahora que ha aparecido esa aplicación llamada WhatsApp, ¿vas a querer que hablemos por ahí o sigamos contándonos la vida por aquí?

La verdad es que llevamos tantos años hablando por aquí que se me haría muy raro dejar de recibir tus correos y no escribir los míos.

Lo que tú decidas hacemos.

Nos vemos en una semana, qué emoción.

Te quiero, Isa.

Dalia

Sentía que me sangraban los pies. Di un par de saltitos mientras me quitaba los tacones. Había bailado como nunca, pero ya no podía con mi vida. Recordaría ese día, esa noche, durante años, quizás nunca la borraría de mi memoria para poder recurrir a ella siempre que necesitara encontrar un motivo por el que sonreír.

Había dejado a Vera y Nieves en la habitación que compartían en la masía antes de llegar a la mía un par de puertas más lejos. Esta noche la pasaríamos aquí. Mi habitación era sencilla, tenía un estilo rústico y todos los muebles seguían la misma gama de colores. La cama era de matrimonio y tenía baño privado, más que suficiente. Me desmaquillé sin poder borrar la sonrisa de mis labios, me lavé los dientes tarareando una canción, estaba a punto de empezar a deshacerme de las flores de mi semirrecogido cuando llamaron a la puerta. Me acerqué descalza a abrirla deseando que Sofía se encontrara al otro lado y no me equivoqué.

Me recorrió con la mirada de arriba abajo haciendo que se me contrajera el estómago. Ella también se había desmaquillado, se había desecho de la coleta, pero seguía vestida con la misma ropa.

—¿Te apetece que pasemos la noche juntas? —preguntó, y me pareció que había cierta inseguridad en su voz.

—Me apetece todo contigo —respondí sin dudar.

Las palabras se asentaron entre las dos, la miré a los ojos mientras la cogía del chaleco, cerraba la puerta a su espalda y la besaba como llevaba toda la tarde y la noche soñando con hacer.

Durante unos minutos solo fuimos labios, dientes, suspiros, gemidos, caricias y fuego. Me ardía la piel bajo sus dedos. Me separé de ella con una sonrisa todavía más grande.

—Pues voy a por la maleta, que no la he traído porque no quería darlo por hecho.

—Me queda poco tiempo aquí, Sofía. Me encantaría pasar el máximo posible contigo.

Su mirada se llenó de tristeza y mi pecho también. Hasta ese segundo en el que las palabras salieron por mis labios no fui realmente consciente de que eso, fuera lo que fuera, estaba a punto de llegar a su fin, que se acababa porque en apenas unos días, en unas horas, me marcharía a kilómetros de distancia. La tristeza me abrazó fuerte y me hizo acercarme más a ella. Cerré los ojos y le besé la mejilla, seguí por la línea de su mandíbula, nuestros labios se encontraron y pelearon por ver quién tomaba el control del beso, no hubo ganadora porque me separé antes de que todo se magnificara más.

—Ve a por tu maleta. —Puse una mano sobre su mejilla, acaricié algunos mechones rubios e imité ese gesto suyo de ponerse el pelo tras la oreja—. Te estaré esperando.

Asintió con una sonrisa mientras abría la puerta y se iba.

Me senté en la cama con el cuerpo un poco frío por su ausencia, preocupada por lo duro que iba a ser irme. Si en ese momento me sentía así no me quería imaginar cómo sería el día de la despedida. Cuando volvieron a llamar a la puerta abrí algo cabizbaja y también nerviosa por pasar la noche con ella. El silencio llenó la habitación mientras dejaba la maleta en el suelo.

—Ha sido una boda preciosa, Alicia estaba increíble. —La miré, pero no dije nada—. ¿Estás bien? No te he preguntado por no ser demasiado pesada, pero me ha dado la sensación de que te lo has pasado genial.

—De todas las bodas a las que he tenido la oportunidad de ir, esta se ha convertido, sin duda, en mi favorita. Ha sido como un cuento de hadas, pero en versión moderna.

Se rio y su risa hizo que notara calor en el centro del pecho.

—Dalia, ¿estás bien? —volvió a insistir mientras se acercaba. El azul de sus ojos se había oscurecido.

—Estoy bien, cansada. —Cogí su cintura—. Llevo todo el día pensado en desabrocharte el chaleco, ¿puedo?

—Sí, pero… —Me cogió la cara entre las manos—. No hace falta que me mientas, con decirme que no quieres hablar ahora de ello lo

entenderé, pero no me mientas, por favor.

Trague saliva.

—Vale. —Desabroché el primer botón—. No. —Segundo—. Más. —Tercero—. Mentiras. —Cuarto—. Solo la pura verdad.

El beso me robó el aliento.

—Duela o no, la verdad es lo único que quiero saber.

Asentí mientras desabrochaba el último botón, le quité el chaleco con dedos temblorosos, la camisa trasparente revelaba el color de su sujetador, era rosa, de encaje.

—¿Por qué tienes que ser tan guapa?

Su carcajada me hizo entender que lo había dicho en voz alta, me tapé la cara con las manos escondiéndome de ella.

—Yo me pregunto lo mismo cada día al mirarte, Dalia.

Me cogió las muñecas para apartarme las manos de mi rostro y me comió con la mirada mientras deshacía los lazos de mi vestido y este se deslizaba por todo mi cuerpo hasta caer en el suelo. Me ardían las mejillas.

—Eso es porque me miras con buenos ojos —susurré sintiendo calor bajo su escrutinio.

—Eso es porque es la verdad.

Nos desprendimos de la ropa hasta terminar desnudas frente a la otra, me dolía no estar tocándola. No sé quién dio el primer paso, pero caímos en la cama, éramos un enredo de extremidades, besos, piel, gemidos, risas, mordiscos, caricias, y nos convertimos en orgasmos, en pétalos que volaban alto casi rozando el cielo.



Después de los besos, de perdernos en el cuerpo de la otra y darnos un banquete de caricias, ninguna de las dos podíamos dormir. Tumbadas de costado con la sábana tapándonos, con su mano acariciándome el brazo y la mía alrededor de su cadera hablábamos tranquilas.

El juego consistía en hacernos preguntas, había averiguado que usaba la misma colonia desde que tenía quince años, que se había roto el brazo izquierdo practicando *skate* a los dieciséis, que le daban asco las aceitunas, que el color amarillo se había convertido en su favorito y que por lo visto yo tenía mucho que ver en eso, que le gustaba contar hasta diez cuando se enfadaba porque le servía para tranquilizarse, que le encantaba el olor a vainilla y que la cicatriz que tenía en el dedo anular de la mano derecha se debía a que con cinco años se lo había pillado con una puerta.

—Si solo pudieras escuchar una canción el resto de tu vida, ¿cuál sería? —pregunté.

—Eso me parece un poco cruel. —Encogí un hombro sin dejar de mirarla a centímetros de distancia, nuestras respiraciones eran pausadas y me sentía en paz, como cuando notas que has encontrado tu lugar. No me paré a asimilarlo demasiado porque el sentimiento era demasiado intenso—. Deja que lo piense un momento y ve diciéndome tú la tuya. —Me miró intrigada y me sentí un tanto insegura antes de decir mi respuesta.

—Sin duda, *Breaking Free*, *High School Musical* es un estilo de vida —me sinceré

—Me gusta tu estilo. —No se rio, no intentó convencerme de nada y me gustó todavía más, si es que era físicamente posible.

Con ella me sentía bien, más que bien, podía ser yo. Es tan complicado ser una misma, sin barreras, sin dudas por si te aceptan, sin miedos por si no te entienden o por si dejas entrar demasiado a alguien y luego se vuelve en tu contra o te acaba haciendo daño. Vivía con una coraza constante que pocas veces dejaba caer, con ella lo hice, pero nadie me explicó que, cuando eres tú, también dejas una parte de ti.

Creo que esa fue la primera vez que la miré con amor y fui consciente de que lo hacía. Por unos segundos me sentí abrumada.

—*Yellow* de Coldplay. —Sus mejillas enrojecieron y me miró seria—. Me recuerda a ti, cuando la escucho pienso en ti. Eres amarilla, ya te lo he dicho.

¿Cómo no iba a ganarse mi corazón con aquellos comentarios? Sofía fue y es lo más bonito que me ha pasado nunca. Me deshice un poco en la cama, la miré intrigada y asustada y le robé un beso. Estaba…, estaba enganchada, me había vuelto adicta a ella. Al día siguiente me pondría la canción para ver qué decía la letra porque no me acordaba mucho, solo recordaba que hablaba de amor.

El miedo me asaltó de nuevo, ella debió de verlo reflejado en mi mirada.

—No te asustes —susurró acariciándome la mejilla con mucha delicadeza.

—No me asustas tú, Sofía, es…, es lo rápido que va esto, lo mucho que estás calando en mi pecho. —No sabía cómo explicarlo, no era normal.

—A mí también me está pasando, joder, Dalia, hasta hace una semana no sabía lo que era que tu corazón se acelerara por saber que ibas a ver a una persona, pero ¿ahora?, me late como un loco cada vez que sé que voy a verte y asusta un poco, aun así, no lo cambiaria por nada del mundo.

—Yo tampoco, es solo que… —Parpadeé ahuyentando las lágrimas—. No esperaba sentir esto, no esperaba encontrarte, no esperaba que me gustaras tanto, no esperaba que en tan pocos días me calaras tan hondo y no puedo ni quiero que nada de esto se detenga, pero me voy en unos días y se me olvida. —Cogí aire y lo dejé salir—. Lo que quiero decir es que estoy mentalizándome para el golpe, para decirte adiós.

Se quedó observándome y quería que no dejara de hacerlo nunca. Me gustaban sus ojos tan azules que parecían un trocito de cielo.

—No tienes que decirme adiós. —Mi corazón se paralizó para latir aún más rápido—. Lo que quiero decir es que quizás puedas quedarte —susurró con tiento.

—No puedo —dije contundente, esa opción no existía.

—O podamos seguir hablando. —La miré frunciendo el ceño—. O quizás podamos vernos de vez en cuando. No tiene por qué acabar con este viaje.

—Tenemos una vida complicada, tú con tus vuelos, y yo con mis dos trabajos, no lo veo como algo factible.

El silencio llenó la habitación. No veía posibilidades, no quería creerla, crearme falsas esperanzas para que la despedida fuera más dura. Para mí no había nada más que aquellas horas que permaneceríamos allí, en esa ciudad.

—Entonces me voy a limitar a vivir y disfrutar estos días a tu lado, contigo. Que el golpe duela lo que tenga que doler.

No podía frenar eso que crecía en mi pecho, bueno, sí que podía, pero no quería, porque eso que estaba sintiendo era más que cualquier otra cosa y quería vivirlo, sufrirlo, sentirlo.

—A la mierda, que el golpe duela lo que tenga que doler —repetí sus palabras con una sonrisa triste.

Nuestros labios se encontraron, sus manos se perdieron por mi cuerpo y las mías se arrastraron por el suyo, gemí su nombre, ella jadeó el mío.

Sofía

Dalia era un fenómeno único y excepcional, de los que solo se te cruzan una vez en la vida, de los que tienes que vivir porque llegan a convertirse en una razón de ser, de las que arrasan con todo.

Era imposible, física y emocionalmente imposible, pero mi pecho me decía otra cosa, de alguna forma en tan poco tiempo había empezado a quererla, no lo entendía, tampoco lo había buscado. No porque no se mereciera todo mi amor, todo el amor del mundo, sino porque en unos días se iría a miles de kilómetros de distancia como ella misma me había recordado y tendría que decirle adiós porque no se planteaba ninguna otra opción. Tendría que aceptar su decisión, despedirme sin saber cuándo volvería a verla si es que lo hacía.

No quería que me volvieran a romper el corazón, pero ella empezaba a tener el poder de hacerlo porque de alguna maldita manera se había colado en mi sistema, me había hecho algo y era suya. Una parte de mí siempre le pertenecería, este pedazo de mi vida siempre sería suyo.

Respiré su olor como una adicta, acaricié sus curvas, sus pequeños pechos y quise tatuarme el roce de su piel acariciando la mía. Sus labios suaves se amoldaron a los míos de una forma tan auténtica que me hizo jadear, era como si estuvieran destinados a estar juntos, a besarse. Su respiración me puso la piel de gallina y el corazón se me contrajo en el pecho. La sábana suave me acarició la espalda y las piernas calientes de Dalia se entremezclaron con las mías, éramos un manejo de extremidades, caricias, pasión, besos llenos de miedos, lujuria y desesperación.

Acaricié despacio la costura de sus bragas y me dieron ganas de arrancárselas, sus rizos se deshicieron bajo mi mano, que despeinaba su pelo. Éramos todo lo bonito del mundo o así lo sentí

yo. Éramos luz en su estado más puro y me dio la sensación de que esa noche acariciamos las estrellas.

2013

Querido diario o querida Lena del futuro:

No pensé que cumplir años fuera de eso: ver la vida pasar, quemar instantes, hacer elecciones, saber gestionar lo que a veces late furioso en el pecho, reír poco, pero muy alto, hasta que duela el estómago. Ya tengo cuarenta y cinco.

Querido diario o querida Lena del futuro:

Dalia me ha contado que le gustan las chicas, parecía preocupada y estaba nerviosa. Yo solo quería comérmela a besos, he tenido que contener la sonrisa porque hace años que lo sé, creo que incluso antes que ella misma. Me lo ha dicho como si de alguna manera fuera a juzgarla o a reñirla, yo solo quiero que ella sea feliz, que esté con alguien que le haga bien, que llene su vida de colores y no se los apague, que la quiera libre, sin pretender cambiarla, que acepte sus virtudes y defectos, así que eso es lo que le dicho, después la he abrazado fuerte porque ella lo necesitaba y a mí siempre me encanta abrazarla. Estoy deseando conocer a la persona que le robe el corazón.

2016

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Nos hacemos mayores
Hola, hermanita

Pues la verdad es que bien, hoy Dalia ha cumplido dieciocho años y lo hemos celebrado los cuatro juntos yéndonos a comer a su restaurante favorito. Ha sido una comida agradable y lo hemos pasado bien.

Se ha convertido en una mujercita increíble, no puedo quererla más, parece mentira lo mal que empezó nuestra relación y lo bien que nos llevamos ahora. Me siento afortunada de que me considere parte de su familia.

Y poco más que contarte, la verdad, acabamos de llegar a casa de la comida, ella ahora se va a celebrarlo con sus dos mejores amigas.

Y sobre Lena, que se ha convertido en una amiga, es que creo que nunca he conocido a una mujer tan increíble, valiente y con tanto amor dentro. Cuando la miro entiendo los motivos por los cuales se enamoró de ella. Sé que te caería genial, ojalá algún día podáis conoceros.

Y, no sé…, el hecho de que Dalia haya cumplido dieciocho supongo que me ha traído cierta añoranza sobre lo rápido que pasa el tiempo y lo mayores que nos hacemos, a veces no valoramos lo suficiente el presente, los momentos…

Poco más que contarte, están siendo unos días más bien tranquilos.

Espero que todo vaya bien por allí, ya me cuentas.

Te quiero, Isa.

Dalia

Bostecé antes de abrir los ojos, el peso sobre mi estómago me desconcertó los primeros segundos antes de recordar que Sofía estaba conmigo. La luz del sol se colaba por la pequeña ventana de la habitación, cientos de pequeñas pelusas revoloteaban a nuestro alrededor. Me giré hacia ella con una sonrisa, la miré dormir, el rostro relajado, su respiración pausada, su pelo rubio se mezclaba con algunos mechones marrones del mío. Volví a mi posición inicial, apreté el brazo con el que me rodeaba y me refugié en su calor. No podía imaginar un mejor despertar que con ella a mi lado y, aunque el pensamiento y el sentimiento me asustaban, intenté desprenderme de él cuando sus labios me dejaron un beso perezoso en la nuca.

—¿Estás despierta? —susurró. Me giré como toda respuesta—. Tenemos que bajar a desayunar.

Me quejé y la abracé. Mi cuerpo se movió con su risa, me apartó algunos mechones de la frente y me dejó un beso en la nariz.

—Tengo hambre de ti. —Su voz sensual me puso la piel de gallina—. Pero también tengo hambre de comida.

Negué con la cabeza completamente encima de ella. Su mano me recorrió la espalda de arriba abajo.

—¿Hoy tienes algún plan o vas a quedarte todo el día en la cama?

—Las chicas querían ir a la playa —dije hablando por primera vez—. ¿Quieres venir? —pregunté con ganas de que dijera que sí.

—Claro, me encantaría, pero solo si me dejas ir a desayunar.

Bufé mientras me levantaba e iba a la ducha. No dudó en colarse, eso me hizo sonreír, y nos duchamos juntas. Nos llevó más tiempo del necesario. Sofía me lavó el pelo, la imité y me recreé

masajeándole el cuero cabelludo, compartimos un par de besos y risas.

El calor y la humedad se filtraban por las paredes de la habitación, así que me puse directamente el bikini, era blanco con círculos amarillos, y encima un vestido. Sofía optó por un bañador y un mono. Bajamos cogidas de la mano, hasta que no llegué al último escalón no fui consciente del gesto, le besé la mano antes de soltarla.

—Quiero que sepas que no te la suelto por miedo ni por vergüenza.

—Lo sé, no quieres complicar las cosas.

—Más o menos, cuando abramos esa puerta nuestra familia estará al otro lado y… quizás sea raro. No les he dicho nada de nosotras, aunque creo que Alicia lo sospecha.

—Me parece bien, Dalia.

—¿Seguro? —pregunté.

—Sí. No es como si me estuvieras escondiendo, tus amigas lo saben, es algo pasajero. —Me dio la sensación de que le costó decir esto último—. No hay por qué complicar las cosas. De verdad.

Era…, era preciosa.

Cuando entramos en el comedor todo el mundo que había pasado la noche en la masía ya estaba allí.

—Las que faltaban por llegar —dijo mi padre con una sonrisa presidiendo la mesa.

—Se les han pegado las sábanas —comentó alguien haciendo que el calor subiera a mis mejillas.

—Dejad a las niñas —nos defendió Alicia—. Buenos días, chicas.

Fui corriendo a darle un beso, era un rayo de felicidad.

Todos estaban sentados alrededor de una mesa alargada, justo quedaban dos sitios al lado de Vera. Me dejé caer en la silla mientras las saludaba.

—Nosotras también nos hemos puesto ya el bikini —dijo sonriendo—. ¿Habéis descansado? —Sofía y yo nos miramos y se me escapó una sonrisa—. Vale, no hace falta que contestéis.

—Algo hemos descansado. —Asentí—. ¿Y vosotras?

Nieves devoraba un dónut de chocolate, pero asintió. No quise preguntar nada más, aunque quería saber si habían podido hablar. El tacto de la mano de Sofía en mi hombro fue muy dulce.

—¿Te traigo un té rojo si hay? —me preguntó.

—Sí, por favor. ¿Tostadas con queso? —Sabía que era su desayuno favorito, ella asintió.

Vi levantarse la ceja de Nieves y escuché el suspiro de Vera.

—Sois muy monas.

Me fui intentando ignorarlas, pero no pude obviar los ojos azules en mi espalda. Mientras llenaba mi plato de comida, Marc se puso a mi lado.

—¿Qué vas a hacer hoy, flor?

—Las chicas y yo vamos a ir a la playa, ¿quieres venir?

8Me miró, me miró fijándose en cada detalle.

—Estás preciosa. —No dije nada, aunque sonreí un poco—. No, pero pasadlo bien. ¿Estás disfrutando el viaje? —se interesó mientras cogía una magdalena.

—Sí, a pesar de que nada está saliendo como esperaba.

—A veces está bien dejarse sorprender.

Asentí dándole la razón.

—Hoy vuelvo a Puerto de Sagunto.

—¿Qué? —Lo miré con una mueca triste.

—Sí, quería verte antes de irme y despedirme.

—Jo, Marc, me gustaría haber pasado más tiempo contigo.

—A mí también, flor, pero, como he dicho, a veces no está mal dejarse sorprender y aprovechar las oportunidades que se presentan.

Dejé el plato y me acerqué a abrazarlo fuerte. Nos quedamos unos minutos así.

—En cuanto tenga unos días de vacaciones iré a verte.

—Gracias —dije cogiendo de nuevo mi plato.

—Siempre que lo necesites estoy a una llamada de distancia.

—Te quiero, Marc.

—Te quiero, flor. —Me dejó un beso en la mejilla y desapareció.

Volví a mi sitio con las chicas y el té estaba esperándome. Desayunamos demasiado, el comedor era ruido y familia, risas y

chistes. Sofía se fue a hablar con su madre, y yo me senté en la silla que había quedado libre al lado de mi padre.

—Papá, Nieves, Vera, Sofía y yo hemos decidido quedarnos a pasar el día en la playa. —En menos de veinticuatro horas se iría de viaje de novios y, aunque había pensado pasar esas últimas horas con él, también me apetecía estar con mis amigas y Sofía.

—Me parece una gran idea, supongo que entonces te veo a la noche.

—Sí, mi maleta está lista y cerrada encima de la cama. ¿Me haces un favor?, ¿la puedes llevar a casa?

Asintió, le di un abrazo rápido y corrí de nuevo hacia las chicas, que se encontraban en la puerta principal de la masía. A mitad de camino me encontré con la chica de los ojos azules, salté sobre la espalda de Sofía con un grito de emoción. Nos tambaleamos un poco, pero no nos caímos, le dejé un beso sobre la mejilla y hundí la cara en su cuello. Ella soltó una risa despreocupada y dejé que se filtrara en mi sistema hasta hacerla también un poco mía. Me deslicé por su espalda hasta el suelo, la miré a los ojos con demasiadas cosas bullendo dentro de mí, quise ir a donde estaban mis amigas, pero su mano me detuvo.

—Estás preciosa.

Con ella me sentía querida, adorada, elegida, me sentía increíblemente bien. Era una sensación constante de alegría, energía y amor. Nunca había experimentado nada igual y era absolutamente maravilloso. Quería hacerle sentir lo mismo a ella, sin embargo, no me salía con la misma facilidad. Cuando recibía un halago por su parte me quedaba sin palabras, sin saber muy bien cómo responder.

—Eres increíble —fue todo lo que dije antes de irme corriendo y morir de vergüenza.

Nieves y Vera nos esperaban, llegué unos segundos antes que Sofía.

—Es tan maravilloso verte así de feliz, Dalia —comentó Vera haciéndome suspirar bajito—. Me alegro muchísimo de que sonrías de esa forma.

Apoyé la cabeza en su hombro y la abracé. Nos subimos al coche de Sofía, me cedieron el asiento del copiloto y me dediqué a

contemplarla durante todo el camino. Me fijé en cómo la tonalidad de sus ojos cambiaba según la intensidad de la luz; en su pose relajada mientras conducía, con una mano sobre el volante y la otra en el cambio de marchas; en las pecas que salpicaban sus brazos. El sol y el calor llenaban el coche. Cuando llegamos a la playa toda mi atención se la llevó el mar y los gritos emocionados de mis amigas. Nos bajamos y, mientras Vera y Nieves no perdían el tiempo en pisar la arena, Sofía se acercó a mí, su frente descansó sobre la mía al mismo tiempo que nuestras manos se unían, no vi venir el beso que me deshizo. Me separé sin aliento.

Ahí fue cuando me di cuenta, era como si desde la noche anterior irremediablemente algo hubiese cambiado entre las dos y sus miradas fueran fuego y su tacto estuviese lleno de amor. Levanté la cabeza en la dirección de sus labios y más arriba, contemplé el azul de sus ojos, buceé en ellos. Estábamos cerca, tan cerca…, me gustaba verme reflejada en su mirada. Quizás nunca averiguara cómo me veía ella, pero al menos sabía que lo hacía, que me contemplaba.

2014

Querido diario o querida Lena del futuro:

Ahora soy consciente de que nunca dejamos de querernos, lo que ocurre es que el amor adquiere muchas formas, cambia, se transforma, pero nunca muere o por lo menos eso creo. Así que no es que dejáramos de querernos, sino que dejamos de hacerlo como un día lo hicimos, de alguna manera hemos vuelto al principio, a ser amigos que comparten vida, una hija y, pese a todo, se siguen queriendo.

Estoy tan feliz y orgullosa de la relación que tenemos.

2018

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: La vida me absorbe
Hola, hermanita

Perdón por haber tardado tanto en contestar, pero es que a veces la vida me absorbe, literalmente. Estoy planeando un viaje para ir a veros y así celebrar los trece años con mi sobrina favorita, os echo mucho de menos y voy a intentar convencer a Dalia y Lena para que vengan con nosotros. Eso sí, no prometo nada.

Ya te cuento cosas.

Te quiero, Isa.

Dalia

Habíamos encontrado un trocito de arena y lo habíamos hecho nuestro. La brisa era cálida, olía a salitre y a bronceador. Me encantaba. Era como estar en un pequeño pedazo de cielo. Habíamos puesto las toallas en fila, una al lado de la otra. Había bastante gente, niños haciendo castillos de arena, gritando y jugando; no me molestaban, hacían aún más auténtico el ambiente que nos rodeaba. Me senté en la toalla y miré a Sofía. El bañador, que ya estaba mojado, se le pegaba de una manera que me parecía sexi. Desvié la atención hacia la derecha y la miré. Vera tenía los ojos cerrados, el pelo recogido en una coleta, las manos apoyadas en el abdomen y me hipnotizó el movimiento de su pecho con cada respiración. Me mordí el labio antes de romper su paz.

—¿Habéis hablado? —le pregunté esperanzada a Vera.

Abrió los ojos y se sentó a mi lado asintiendo con la cabeza.

—Lo hemos hecho. —Había cierto alivio en su voz.

Miré hacia el mar, hacia donde Nieves y Sofía caminaban por la orilla, perdidas en su propia conversación.

—¿Y? —insistí al ver que ella no decía nada.

—Bien, hablamos largo y tendido. Gracias por ponernos en la misma habitación, creo que si no hubiese sido por eso quizás la conversación nunca habría tenido lugar.

—Fue cosa de Alicia, pero le daré las gracias de tu parte. —Ella junto con Lorena, la organizadora de bodas, habían elegido el orden de las mesas y habitaciones.

—Creo que en cierta manera lo entendió, que empezara a sentir algo por su hermano, que tuviese miedo de contárselo, que nos pillara de improviso lo del embarazo. Me dijo que me apoyaba, decidiera lo que decidiera, pero tengo que volver a ganarme su

confianza. —Hizo una pausa para coger aire—. En cierta manera me parece bien, porque la he roto al ocultarle la verdad. A ti también.

—Yo sigo confiando plenamente en ti, Vera —dije acercando una mano a la suya—. Simplemente me gustaría ser partícipe en todos los aspectos de tu vida y estar ahí para ti siempre que lo necesites.

—Gracias. —Suspiró y me dio la sensación de que se quitaba un peso de la espalda—. Nuestra relación pende de un hilo, pero estoy decidida a arreglarlo, a recuperar su confianza, a intentar volver a ser las que un día fuimos.

—Sé que lo conseguirás. —No tenía ninguna duda. Tragué saliva antes de atreverme a preguntar—: ¿Y has tomado alguna decisión respecto al…?

Se posó la mano protectoramente sobre la barriga.

—Todavía no. —Quise abrazarla y poderme llevar sus dudas, su dolor, pero solo asentí.

Me rodeé las piernas con los brazos y dirigí mi vista hacia Sofía, era un acto reflejo, no podía evitarlo, aunque tampoco quería. Sin saberlo me había vuelto adicta a observarla cuando ella no me veía, a recorrer su nariz, fijarme detenidamente en sus labios y en sus gestos. Tenía una manera única de ponerse el pelo detrás de la oreja e incluso eso me parecía sexi. Me pilló contemplándola, memorizándola, y vino corriendo a robarme un beso que me dejó sin aliento.

Me gustaba demasiado, toda ella. No era normal lo rápido que me latía el corazón. Me empapé de su risa y se la robé de los labios. Profundicé el beso haciéndola gemir, mis manos le acariciaron la espalda. Me cogió las mejillas, me contempló a centímetros de distancia antes de darme un beso rápido y esconder la cabeza en mi cuello, me acarició la clavícula con la nariz. Apoyé la frente sobre su mejilla y la paz me abrazó.

No entendía cómo podía haberse metido en mi sistema de esa manera, quería volver a besarla, olerla, quedarme así, congelada. Se había convertido en mi lugar favorito y no entendía cuándo había ocurrido.

Nieves llegó escurriéndose el pelo tras un baño.

—El agua está increíble. —Se tumbó en la toalla al otro lado de Sofía—. Me quedaría aquí a vivir.

Vera le sonrió y se dio la vuelta para colocarse boca abajo.

—¿Me pones protección? —le pregunté a Sofía, tímida de pronto al no estar solas.

—Si quieres que te toque solo tienes que decirlo.

Puse los ojos en blanco mientras sonreía, y ella aprovechó para dejarme un beso en el cuello. Sus ojos me quemaban, sus manos empezaron a recorrerme los brazos y la piel se me puso de gallina. Éramos una droga que me encantaba consumir.

—¿Me pasas el bote de crema? —Su voz en mi oído me hizo encoger el estómago.

Me besó en el hombro mientras me estiraba para alcanzarlo, se lo ofrecí y lo cogió. Noté su dedo hacer una forma en la mitad de mi espalda, era un corazón, escuché el sonido de una fotografía y me giré. Nieves nos apuntaba con la cámara de su móvil.

—Luego te la paso —dijo guiñándome el ojo antes de bajarse las gafas de sol de la cabeza y volverse a tumbar en la toalla.

Me moría de ganas de ver la fotografía, no nos habíamos hecho muchas durante estos días y me apetecía vernos desde otra perspectiva. Las manos de Sofía haciéndome un masaje mientras me ponía la protección solar me hicieron suspirar bajito.

Pasamos la mañana entre baños, confesiones, reflexiones, risas y amigas. No recordaba la última vez que me había sentido tan bien… No tardó mucho en llegar la hora de irnos, antes de levantarnos para recoger, Sofía me apartó un mechón de pelo de la mejilla, y me giré a mirarla. Quise besarla. Quise que todos los días fueran verano. Que nos quisiéramos así de bonito sin hacernos daño.

2015

Querido diario o querida Lena del futuro:

He intentado varias relaciones a lo largo de estos años, pero supongo que ese tipo de amor ya no es para mí, que ya lo encontré y ya lo viví. Eso sí, he hallado refugio en la pintura, es casi terapéutico. Me encanta levantarme por las mañanas y perderme entre colores, pinceles y las imágenes que viven en mi mente.

2021

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: La mejor noticia del mundo
Hola, hermanita

Me caso.

ME.

CASO (insertar grito histérico, saltos, palmadas, bailecito de la felicidad y todo lo que se te ocurra).

Eres la primera en saberlo.

Me caso, me caso, me caso.

Cada vez que lo digo, que lo escribo, me parece surrealista. Nos casamos.

Me voy a casar con el amor de mi vida.

Después de nueve años juntos, me ha pedido que me case con él.

¡No me lo creo!

Tengo que contarte todos los detalles, lo sé, pero ahora mismo sigo en bucle. En cuanto lo procese te pongo al día, pero… que me caso.

Ahora que lo pienso voy a hacerte una videollamada y así te lo cuento todo mejor.

Te quiero, Isa.
P. D.: ME CASOOOOO.

Dalia

Nos duchamos por turnos en la casa de mi padre y de Alicia, desprendiéndonos de la arena, del olor a mar y diciéndole adiós a unos días preciosos que no olvidaría ni con el paso de tiempo. Tanto miedo con la llegada de esos días y se habían convertido en los mejores. No podía estar más feliz de haber tenido la oportunidad de compartirlos con ellas, de que fueran parte de mi familia, la impuesta y la elegida. Nieves y Vera se despidieron de los recién casados, Sofía y yo las acompañamos a la estación.

Durante todo el trayecto en coche no me pude quitar el nudo de la garganta por mucho que tragara. La tristeza y la desazón que acompañaba casi todas las despedidas me abrazaba haciéndome sentir incómoda. No es fácil despedirse de nadie. Las conversaciones flotaban a mi alrededor, pero no presté verdadera atención a ninguna, mi mirada se perdía por la ventanilla, siguiendo las personas, bares y fincas que desaparecían a los pocos segundos. Todo era un borrón de nada.

Aparcamos en el *parking* de la estación Joaquín Sorolla y todas nos bajamos del coche. Las miré conversar, las sonrisas, las risas, los labios rojos de Vera, el pelo negro de Nieves, los ojos azules de Sofía. No hacía falta que me las tatuara en la piel porque ya estaban por todo mi sistema, llenando cada parte de mí.

Me acerqué con una sonrisa que me costó exteriorizar y las abracé a todas a la vez.

El momento de decirles adiós había llegado, nunca entendería el sentido del tiempo y cómo era posible que se esfumara tan rápido. Abracé fuerte a Nieves, no sabía cuándo la volvería a ver. Me empapé de su olor, su calidez, la manera en la que me rodeaba con sus brazos y la sonrisa que me dirigió antes de despedirse de Sofía. El nudo de mi garganta no hacía sino crecer cuando se detuvo

delante de Vera, vi las lágrimas no derramadas de esta última. Se susurraron palabras que no llegué a oír y compartieron un abrazo. El AVE con destino a Madrid iba a cerrar en cinco minutos sus puertas. Me apoyé en Sofía mientras Nieves avanzaba arrastrando su pequeña maleta. Se giró una última vez y nos sonrió antes de subirse al AVE.

La siguiente en irse fue Vera, su AVE con destino a Barcelona no tardaría en salir. Tenía que ir allí por trabajo, tampoco sabría el momento en el que nos volveríamos a encontrar. La abracé con mucho cariño cuando el número de la vía apareció en la pantalla.

—Gracias por acompañarme siempre —dije cerca de su cuello.

—Gracias a ti por dejarme estar. —Sus brazos me rodearon más fuerte—. Voy a tenerlo —susurró.

La estreché entre mis brazos dejándome el corazón, diciéndole que apoyaba su decisión.

—Te quiero, cualquier cosa que necesites, a cualquier hora, en cualquier momento.

—Gracias, Dalia.

La miré con una sonrisa, ella me la devolvió antes de dirigirse hacia Sofía.

—Me ha encantado conocerte y ojalá volvamos a vernos.

—Cuídate mucho.

La vimos partir y mi corazón también se fue un poco con ella. Las iba a echar mucho de menos, siempre lo hacía.

—¿Qué te apetece hacer? —pregunté mientras me giraba hacia Sofía.

—Pasar contigo todas las horas que quedan hasta que te vayas.

—Vale. —Asentí despacio.

Una tristeza amarga se asentó en mi pecho, carraspeé intentando librarme de ella, pero la sentía en mi piel.

Le cogí una mano y salimos de la estación.



Los primeros acordes de *Iris* de The Goo Goo Dolls sonaron, y Sofía subió el volumen. La canción llenó el coche y las palabras no dichas nos sobrevolaron. Empezó a cantarla. Se me contrajo el pecho, se me erizó la piel y solo podía mirarla.

—¿Te apetece que vayamos a mi casa? —preguntó con la voz un poco ronca.

Asentí sin poder emitir palabra, el nudo que tenía en la garganta no hacía sino aumentar y no sabía qué hacer para deshacerlo. La canción terminó, pero no aparté la vista de ella ni un segundo. Era consciente de que el tiempo se nos escapaba entre los dedos y quería memorizarla para no olvidarla.

Aparcamos en el *parking* de su edificio, en el ascensor me acorraló contra el espejo y me besó con dientes, lengua y pasión, había algo más, que ignoré, y se lo devolví con las mismas ganas. Besarla nunca era aburrido, pero sí adictivo. Temblaba cuando las puertas del ascensor se abrieron. La seguí hipnotizada. Esta vez cuando entré en su casa me fijé más en algunos detalles: en el color azul de su sofá, en los cuadros torcidos y en las fotografías. La seguí hasta su dormitorio en un silencio cómodo, el que solo aparece cuando ya hay confianza e intimidad, el que es tan difícil de conseguir y tan especial.

Dejé el bolso en la cama y me acerqué a contemplar algunas fotografías más que tenía en la habitación. Esa fue la primera vez que lo vi, su hermano tenía sus mismos ojos de color azul cielo, el pelo rubio y la sonrisa algo más pequeña. Me senté en la cama mientras contemplaba a esa Sofía mucho más joven a su lado. Los

dos encajaban bien, parecían complementarse, ella tenía la cabeza apoyada en su hombro, y él la rodeaba con un brazo. Levanté la vista hacia ella.

—Se llamaba Carlos. —Le acaricié la cintura, cerré los ojos cuando deslizó los dedos por mi pelo—. Te habría caído bien.

—Estoy segura —susurré con una sonrisa dulce—. Con la muerte de mi madre aprendí algo. Nunca sabrás cuándo será la última vez que verás a esa persona, cuándo será el último instante en que os encontraréis, que le sonreirás, que la abrazarás, por eso nunca pierdo una oportunidad para decirle cuánto quiero a los míos, para que sepan lo importantes que son para mí.

—Toda muerte deja una cicatriz y un aprendizaje —dijo sin dejar de acariciar mi pelo.

—Supongo que sí. —Le rodeé la cintura y la acerqué más a mí —. Lo que quiero decirte, Sofía, es que, sin saber cómo, te has convertido en alguien muy importante para mí. —Quería decirle tantas cosas, susurrarle tantos secretos que solo mi corazón sabía, poner voz a todo lo que me hacía sentir, pero no me atreví—. Ahora ya lo sabes.

—Tú también me gustas, Dalia, mucho y te has hecho un hueco en mi vida. —Le besé el abdomen, y ella, mi frente antes de soltarme. Se sentó a mi lado en la cama y me miró seria—. ¿Puedo preguntar qué le pasó a tu madre?

Asentí armándome de valor.

—Tuvo un paro cardiaco, fue una muerte súbita, esa mañana desayuné con ella como cualquier otro día y nunca más la volví a ver. —Todavía veía su sonrisa de esa misma mañana, el abrazo que compartimos antes de que desapareciera por la puerta para no volver a entrar nunca más. Fue abrumador el impacto de su ausencia, la manera en la que se fue—. Ocurrió en su trabajo, haciendo lo que menos le gustaba.

Y eso era una de las cosas que más me carcomían, podría haberle pasado estando conmigo, quizás hubiese podido hacer algo, podría haberse ido mientras pintaba, haciendo lo que realmente le gustaba, pero no ocurrió así, y lo que tiene la vida real es que a diferencia de las películas o los libros no se puede cambiar.

Su mano cogió la mía y la apretó.

—Qué duro, Dalia.

—No sé si más que estar despidiéndose constantemente de alguien. —Ella asintió triste—. Lo último que le dije a mi madre fue «Te quiero» —le expliqué.

Me consolaba saber que la despedida con mi madre había sido bonita y que las últimas palabras que habíamos compartido eran lo más cierto de mi vida.

—Lo último que le dije a mi hermano fue «Nos vemos». —Su voz sonó rota y en ese momento yo también me sentí un poco así: hecha de pedazos esparcidos por el suelo sin opción de unirse de nuevo.

Sonreímos con los ojos llenos de lágrimas que hablaban del dolor, de ese dolor que compartíamos y del que nunca nos desprenderíamos porque formaba tan parte de nosotras como la piel en la que habitamos. Me dejé caer en el colchón, boca arriba, el techo captó mi atención, sus dedos encontraron los míos y los entrelazamos. Parpadeé ahuyentando las lágrimas, pero cayeron libres. Su pulgar hizo desaparecer algunas, me giré, me abracé a ella y lloramos. Refugiadas en los brazos de la otra, rotas, enteras, libres, fuimos el color amarillo en estado puro.



El reloj marcaba la siete, estábamos en su sofá, me había tumbado con la cabeza sobre las piernas de Sofía. Sus dedos me acariciaban el brazo de vez en cuando. Después de dejar salir las lágrimas,

sintiéndonos más ligeras y cansadas, habíamos decidido poner una película.

—Hoy quiero cenar con mi padre y Alicia, dormiré allí, pero mañana si puedes podemos pasar el día juntas y dormir también —comenté al ser consciente de la hora.

—Me apetece mucho, luego te acerco a tu casa en un momento.

—Vale, gracias. —Le besé la mano.

A los pocos segundos vi que estaba con el móvil y seguí viendo la película.

—He estado mirando y pasado mañana se inaugura una nueva exposición de arte que creo que te podría gustar mucho, ¿te apetece que vayamos juntas? —me propuso despreocupadamente.

La miré con el corazón acelerado y los ojos brillantes.

—Pasado mañana ya no estaré. —Me costó pronunciar esas palabras, mi voz salió un poco entrecortada—. Es el día que me voy.

—Me he hecho un lío con los días, qué tonta, olvídalo. —Desvió la vista y tragó saliva mientras bloqueaba el móvil y lo dejaba a un lado.

No sabía si era normal que me doliera tanto despedirme de ella, decir adiós a aquello que estábamos construyendo, que crecía cada día más en mi pecho, fuera lo que fuera, pero, entre todo, lo más bonito era ver que quería seguir haciendo planes conmigo, que para ella sí existía un futuro juntas por muy improbable que yo lo viera. No supe qué decir, ella tampoco llenó el silencio con ninguna palabra. Sus ojos azules parecían encerrar el mismo dolor que me aplastaba el pecho, parecían gritar: «¿Por qué nos haces esto?», sin embargo, no tenía una respuesta, así que guardé silencio y devolví mi atención al televisor.

Sofía

Era como estar mirando una estrella, una estrella brillante, eterna, preciosa, lejana, inalcanzable, cegadora… Sabes que si la tocas te quemas, aun así, decides que vale la pena el dolor. Eso era Dalia para mí, pero cada segundo que pasaba se alejaba y dolía más. En ese momento pensé que si me lo permitiese me pasaría la vida contemplándola, cuidándola, dejándola brillar. Acaricié algunos de sus mechones rehuyendo de su mirada marrón que detenía el mundo a mi alrededor.

No dije nada más sintiéndome un poco cohibida, ella no llenó el silencio, así que nos limitamos a ver el resto de la película en silencio. Cuando terminó la llevé a su casa, como le había dicho. Nos despedimos con un beso que me supo a poco, pero que revolucionó mi cuerpo, ni los minutos ni los besos que compartíamos eran suficientes, tenía la sensación de que nunca lo serían.

Me esperé en doble fila hasta que entró en el patio, la vi marchar de la misma manera que ocurriría en unos días. Se suponía que aquello era algo ligero, divertido, pero había calado tanto…, se había colado en mi piel de una manera que dudaba que algún día la borrara de mi sistema. Sentía que alguien me estrujaba el pecho a cada pensamiento que me recordaba que, en unas horas, nos alejaríamos, quizás para siempre. Me puse música, y todo me llevaba a ella, la causante de mis sonrisas y mis lágrimas. Aparté una mientras ponía el intermitente para desviarme y entrar en el *parking*.

Me quedé llorando en el coche con un silencio ensordecedor a mi alrededor. Sintiéndome más ligera y más cansada, salí. Mientras subía en el ascensor llamé a mi mejor amiga, necesitaba apoyo moral, desahogarme, prepararme para echarla de menos y escuchar algunos consejos a los que no haría caso. Esa noche conseguí reír,

es lo bueno de las amigas, que a veces sanan, aun así, el vacío en mi pecho no desapareció en ningún momento, mi corazón se estaba preparando para romperse de nuevo.

2016

Querido diario, querida Lena del futuro o querida Dalia:

Por si alguna vez lees esto:

Ama, ama tan intensamente hasta que te falte el aliento, pero de forma en la que no necesites que nadie te lo devuelva, sino que seas tú misma quien pueda recuperarlo.

Llora hasta que sientas las flores crecer y, si lo necesitas, sigue llorando.

Sueña hasta que tus sueños vuelen libres y tanto como necesites.

Y no te olvides de respirar ni de reír ni de vivir.

La vida es todo lo vivido, pero también todo lo que te está esperando.

2022

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: La peor noticia del mundo
Hola, hermanita.

Jamás pensé que llegaría a escribir estas palabras, lo hago con un dolor como pocas veces he sentido.

Ni siquiera sé cómo empezar, cómo seguir o cuál es la forma correcta de decirlo...

Lena nos ha dejado.

Así, sin más, sin segundos suficientes para una despedida, sin un último abrazo o una sonrisa.

Sabes que he llegado a quererla, mucho. Todavía no me creo estar escribiendo estas palabras, el vacío que siento en mi pecho.

La consideraba parte de mi familia.

Es que… nos ha pillado tan por sorpresa.

No hay palabras para describirlo.

Si estos días estoy algo más desaparecida no te preocupes, todo mi apoyo y mis abrazos serán para Javier y Dalia.

Te quiero muchísimo, Isa.

Dalia

Me rasqué los ojos, aparté las lágrimas y respiré hondo un par de veces para intentar normalizar mi respiración y tapar las grietas que notaba en el pecho. Todavía sentía sus labios sobre los míos, el cosquilleo, las ganas y la sensación de que quería más. Me rompía que quisiera seguir haciendo planes conmigo, yo también quería seguir haciendo planes con ella, pero tenía que irme. Cuando me sentí preparada abrí la puerta de la casa de mi padre y Alicia.

Se escuchaba el sonido de la televisión, mi padre estaba sentado, pero levantó la cabeza al escuchar mis pasos y me regaló una sonrisa.

—Buenas noches, pajarito —dijo con tono alegre.

Me dejé caer a su lado en el sofá y suspiré.

—¿Y Alicia? —pregunté acomodándome a su lado.

—Se ha ido a cenar con su hermana y su sobrina. Hoy era la última noche antes de que volvieran a Suiza y la quería pasar con ellas.

—¿Y no has querido ir?, ¿ha pasado algo? —inquirí un poco preocupada.

—No ha pasado nada, bueno, sí, que estoy agotado, feliz, pero muy cansado. Uno, que se hace mayor y las fiestas y trasnochar le pasan factura. —Solté una carcajada, y él se rio conmigo—. Así que he decidido cenar algo ligero y ponerme un rato la televisión.

Alicia se había ido a cenar con su hermana, y mi padre se había quedado solo en casa viendo una película, me fascinaba lo libres que eran, pese a que no había visto a dos personas más unidas que ellos, quizás el secreto del amor era ese: el equilibrio, la libertad, la confianza…

—¿Tú qué tal? —preguntó.

—Bueno… —Lo miré mordiéndome el labio inferior porque las lágrimas querían salir. Mi padre alargó la mano y bajó el volumen del televisor hasta que apenas se escuchaba un murmullo—. ¿Querías a mamá?

Me miró confundido durante unos segundos, supongo que hacerle esa pregunta cuando solo hacía unas horas que se había casado con otra mujer era un tanto extraño.

—Claro, Dalia, nunca dejé de quererla. Solo cambió mi manera de hacerlo. La sigo queriendo, de una manera tan intensa que continúa doliéndome.

Asentí conteniendo las lágrimas, conteniéndolo todo.

—Entonces, ¿el amor no muere? —Mi voz apenas fue un susurro.

—Supongo que depende de muchos factores, pero creo que el amor de verdad solo evoluciona, cambia y se transforma.

Volví a asentir.

—¿Quieres a Alicia?

—Por supuesto que la quiero, me gusta lo dulce que es, la manera tan detallada e innecesaria que tiene al contar las cosas. —Eso me hizo reír, aunque fue una risa un tanto triste—. Me gusta lo generosa y fuerte que se muestra siempre; que, aunque no tenga una respuesta para todo, sabe estar a tu lado; me gusta lo fácil que es hablar con ella, sentirme entendido… Hay cientos de motivos por los que la quiero. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que nunca antes lo había sentido y no sabía que era posible querer a alguien en tan poco tiempo.

—Supongo que los sentimientos no conocen lo que nosotros llamamos minutos y horas, ellos van por libre.

—Eres un romántico, papá.

—Nunca he dicho lo contrario. —Sonreímos, y mi sonrisa estaba llena de lágrimas contenidas.

—La quiero, la quiero tanto que… —No podía seguir hablando.

—¿A quién?

—A Sofía —susurré, no con miedo por decírselo a él, sino por reconocérmelo a mí misma. Fui muy consciente de que aquellas palabras me traspasaban el pecho.

Su sonrisa me sorprendió, parecía muy tranquilo.

—Algo sospechaba, la manera en la que se os escapaban las miradas… Desde el primer día que os conocisteis lo intuí, estaba esperando a que te sintieras cómoda para compartirlo conmigo. —Alargó la mano y cogió la mía—. Lo verdaderamente increíble es un amor correspondido, si esa chica ya te quiere, lo tienes todo. Eres una afortunada.

—Me voy en dos días.

En ese momento en mi cabeza no había cabida para nada más, mi lugar estaba en Zaragoza, siempre había sido así.

—De eso mismo quería hablar contigo, pajarito. —Asentí guardando las emociones que se me desbordaban en una caja metálica que intenté cerrar a presión.

»Sé que eres independiente, que tienes tu vida en Zaragoza, pero quiero recordarte que aquí tienes un hogar si lo quieres, que nos haría mucha ilusión que te quedaras con nosotros. —Lo miré sin saber qué decir—. O por lo menos que nos visitaras mucho. —Tenía la boca seca y la garganta cerrada.

—Dalia, ¿eres feliz? —El tono de su voz tan dulce y preocupado me terminó por romper. Sentí cientos de astillas clavarse en mi interior y dolían, nunca había sentido nada igual, hablamos del dolor que traspasa piel, músculos, órganos y corazón. Del que si no te das prisa por soltar se enquista, del dolor que deja cicatriz—. Porque si lo eres no insistiré, pero… —Tragó saliva y me miró esperando algo que no le di.

Había dejado de ser el novio feliz y despreocupado que bailaba hacía unas horas. Frente a mí tenía a un hombre más serio buscando la manera en la que hablarme sin hacerme más daño.

—Allí estás sola, me pregunto si fue buena idea mudarnos.

—Lo fue, es lo que ambos queríais desde hacía muchos años —susurré pese al nudo, pese al dolor.

Él asintió intentando creerse mis palabras.

—Creo que pese a tu insistencia no te gustan tus trabajos y me duele ver cómo te empeñas en seguir en ellos, hay personas que no tienen otra posibilidad, Dalia, o que no la buscan, pero sé que tú la quieres, quieres otra cosa. Lo que no entiendo es lo que te da tanto

miedo. —El silencio fue toda respuesta—. Lo que quiero decir es que quizás aquí puedas ser feliz, encontrar lo que sea que buscas. —Respiró hondo y lo admiré por no rendirse y seguir hablando—. Ni siquiera te tienes que mudar con nosotros o tomar una decisión ya, pero quiero que sepas que mi puerta, nuestra puerta, siempre estará abierta para ti. Siempre tendrás un lugar al que ir, al que volver, en el que refugiarte y por desgracia, si no me dejas ayudarte más, eso es todo lo que te puedo ofrecer.

Me lancé a sus brazos y lloré sobre su pecho, sus manos repartían caricias y sus labios, palabras de consuelo. Cuando conseguí calmarme me separé y lo miré.

—Es que no sé muy bien lo que quiero, pero si quieres vender la casa de Zaragoza o lo que sea…

—Para, para, me duele el simple hecho de que digas eso, ni siquiera me lo he planteado, no se me ha pasado por la cabeza.

—Papá, esa casa era de los dos, la comprasteis ambos, y entendería que necesitaras el dinero ahora que habéis comprado esta.

—Escúchame bien, Dalia. Esa casa es tuya, solo tuya, y lo que quieras hacer con ella es tu decisión. A mí me da igual dónde estés y qué hagas mientras seas feliz. No quiero la casa, no quiero nada, solo verte igual de sonriente que estos días, verte reír así y, si estuvieses cerca de mí, no negaré que me gustaría más.

Asentí tragándome muchas palabras.

—Tengo que poner un poco de orden en mi vida, no sé lo que haré, pero gracias por dejar abierta tu puerta.

—Siempre, pajarito.

Me acomodé a su lado en el sofá, su brazo me rodeó los hombros y deseé no hacerme mayor, no tener que tomar decisiones y no tener que enfrentarme a mis miedos.

A ninguno de los dos le pasó desapercibido que no había respondido a su pregunta de si era feliz, pero él no insistió, y yo no supe qué decir.

Lo que tienen las malas épocas es que terminan y no pasarían muchos años hasta que, otra vez entre sus brazos, le susurrara con una sonrisa en los labios que al fin era feliz.

2017

Querido diario o querida Lena del futuro:

Este es el decimoctavo cuaderno que completo. A veces me da por releerlos, reencontrarme con la Lena del pasado, leer todo lo que hemos vivido, escrito, me dan ganas de abrazarnos mucho y muy fuerte.

Supongo que si hubiera sabido todo lo que me esperaba hubiera tomado decisiones diferentes, hubiera cambiado cosas o quizás no, porque en eso consiste la vida: en sentir e ir a ciegas, en tomar decisiones y equivocarse. Es una apuesta constante y nunca sabes hasta que ha pasado el tiempo si te has equivocado o has acertado. Y supongo que, si cambiara algo, no sería yo y mi historia no sería esta. ¿Cómo le va a la Lena del presente?

2022

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Sobre la boda…
Hola, hermanita.

Tenemos el corazón roto, así que estamos todo lo bien que se puede estar en una situación así. Están siendo unos meses complicados, duros, llenos de dolor para todos. La muerte de Lena ha arrasado y ha puesto nuestro mundo patas arriba. Así que hemos decidido posponer la boda por el momento. Llevamos muchos años juntos, si tardamos algo más en casarnos no creo que cambie nada y cuando llegue el día quiero que solo se respire felicidad y amor. Sé que es lo correcto, además, ahora mismo no podría centrarme en nada como es debido, ninguno podríamos.

A pesar de todo no me olvido de que mi sobrina favorita cumple dieciséis en unos días, ya le he mandado su regalo, avísame, por favor, cuando llegue, espero que no haya problemas como la última vez.

Ojalá pase un día increíble y dile que su tía favorita la llamará.

Me voy a dormir.

Te quiero, Isa.

Dalia

La casa olía a café cuando abrí la puerta de mi habitación y, aunque no era una chica de mañanas, sonreí al escuchar el sonido de la tetera. Estaba nerviosa por el viaje que iban a hacer mi padre y Alicia, pero también por mi vuelta a casa. Había tenido un sueño inquieto y sentía que no había descansado. Demasiadas cosas en la cabeza, demasiadas cosas aplastándome el pecho. Me picaba la nariz, quería llorar y sonreír, dos gestos demasiado contradictorios.

Cuando entré en la cocina estaban uno frente al otro mirando sus alianzas con una sonrisa contagiosa en los labios, bajaron las manos, algo avergonzados, cuando me vieron. Quería llegar a vivir algo tan bonito como lo que tenían ellos.

—¿Preparados para el viaje? —pregunté intentando sonar feliz.

—Sí, estoy emocionada —dijo Alicia sentándose en la mesa con su taza de café entre las manos.

—Yo estoy un poco nervioso, los aviones me estresan —contestó mi padre mientras daba la vuelta a la tortilla que terminaba de hacerse en la sartén—. Pero muy contento de disfrutar de las vacaciones y conocer sitios nuevos.

—¿Al final cuántos días os ibais? —pregunté cogiendo mi té.

—Dos semanas y dos destinos. Como no nos poníamos de acuerdo estaremos una semana en cada sitio que elegimos. Grecia y las Azores.

—Cualquier cosa que necesites estoy a una llamada de distancia —dijo mi padre acercándose con la tortilla en el plato y se sentó al lado de Alicia.

—Lo sé, papá.

—¿Tú qué vas a hacer? —se interesó.

—Me voy mañana.

—¿No te quedas más? —Alicia me miró a los ojos y no sé qué vio en los míos, pero su sonrisa fue un poco triste.

—No, ya llevo más de una semana aquí, vosotros os vais y en un par de días empiezo a trabajar. Me vendrán bien unos días en casa para organizarme.

—¿Y Sofía? —preguntó mi padre antes levantarse a por azúcar para el café.

Tragué saliva mientras hacía tiempo para deshacer el nudo de mi garganta y poder dar una respuesta sin que me temblara la voz.

—Sofía se queda aquí, no sé qué quieres decir. —Sentí frío de pronto, como si el cuerpo se me entumeciera.

—Pensaba que, después de nuestra conversación, quizás habías cambiado de parecer y te habías planteado algo de lo que hablamos: volver a estudiar, buscar otro trabajo, venirte aquí… Creí que al sentir algo por ella te quedarías para no perderlo ni perderla.

Negué con la cabeza sin poder emitir palabra.

—Me voy mañana —fue todo lo que pude decir.

A día de hoy sigo sin saber por qué tenía la imperiosa necesidad de regresar a casa, por qué estaba tan cegada.

—¿Quieres que te ayude con la maleta antes de irnos? —preguntó Alicia amablemente destensando el ambiente.

—No, pero gracias por ofrecerte.

Nadie volvió a tocar el tema de mi vuelta a casa o Sofía, la conversación se tornó más animada y hablamos sobre los sitios que iban a visitar. Un par de horas después los acompañé abajo donde esperaba el taxi.

—Cualquier cosa que necesites me llamas —me repitió por cuarta vez.

—Que sí, papá —respondí con voz aburrida.

—Lo digo en serio, Dalia.

—Tú disfruta de tu viaje de novios. —Me estrechó entre sus brazos durante unos minutos.

—No dudes de que lo voy a hacer. —La sonrisa que le dirigió a Alicia me hizo apartar la mirada—. ¿Qué planes tienes hoy?

—Pasaré el resto del día y la noche con Sofía y mañana vuelvo a casa.

Me costó pronunciar esa última palabra, de repente sentía la boca pastosa y no me gustó la sensación. No sé si se lo repetí a él o me lo quería recordar constantemente a mí misma.

—Avísame cuando llegues. —Hizo un gesto de llamada.

—Lo haré.

—Te voy a echar de menos, pajarito. —Volví a estar entre sus brazos y respiré hondo.

Me acerqué a abrazar a Alicia.

—Te mandaré algunas fotografías —dijo antes de depositar un beso en mi mejilla—. Y espero que no tardes mucho en regresar a casa.

—Me voy mañana —hablé confundida de pronto.

—Me refiero aquí, no olvides que también es tu hogar y puedes venir siempre que quieras.

Asentí intentando sonreír. Me esperé hasta que el taxi giró una calle y los perdí de vista. Me fui directa a terminar de hacer la maleta, iría con ella a casa de Sofía y al día siguiente ella me llevaría a la estación. Intentaba pensar lo menos posible en ese momento y en la despedida definitiva que había llegado antes de lo que quería. Justo entonces me vibró el móvil y era ella.

La chica de la playa:
Buenos días.
¿Cómo vas?
¿Necesitas que vaya a buscarte?
Quería saber si estarás para la hora de comer o
vendrás después.

Hola.
Estoy terminando de
hacer la maleta,
en cuanto acabe miro el autobús y voy hacia allí.
Creo que llegaré a tiempo para comer.
Tengo muchas ganas
de verte.

«Y pasar mis últimas veinticuatro horas contigo», pero esto último nunca llegué a enviárselo.

La chica de la playa:
Pues nos vemos en un ratito. :)

A cada prenda de ropa que guardaba en la maleta la presión en mi pecho aumentaba. Cuando estuve lista recorrí con la mirada cada detalle de aquella habitación que era mía, cerré la puerta de la calle con sentimientos encontrados y puse rumbo a la parada del autobús.

Siendo completamente sincera conmigo, si hubiese podido pedir un deseo, si hubiese tenido en mi poder a un genio de la lámpara, no habría pedido un imposible como un último abrazo con mi madre, solo que el fin del viaje no llegara, que el tiempo se suspendiera y esos momentos juntas se hicieran eternos. Y lo fueron, porque años después me seguía acordando de ellos, de su forma de reír, de cómo se ponía el pelo tras la oreja de una manera natural y sexi, de cómo levantaba la ceja izquierda al mirarme cuando pensaba en algo que no debía, de la dalia que tenía tatuada en su piel y en sus labios. Nunca los borré de mi mente, tan perfectos, suaves y que encajaban de una manera única con los míos. Nunca me habían besado tan bien. Aquellos momentos se quedaron grabados en mi mente. Es lo que tiene la tinta del corazón, que no se borra fácilmente.

2019

Querido diario o querida Lena del futuro:

Ojalá Dalia comprenda lo orgullosa que estoy de ella, lo feliz que me hace. Siempre le digo «te quiero», pero nunca me parece suficiente, no quiero que lo olvide, que es lo más bonito de mi vida, mi mayor alegría y se ha convertido en toda una mujer.

2022

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Novedades sobre la boda
Hola, hermanita.

Tengo novedades bonitas y es que hemos fijado una nueva fecha para la boda, por supuesto tenemos el consentimiento de Dalia, ella ha sido la que más ha insistido.

Así que me caso.

La fecha será ya para el año que viene, estoy muy emocionada, pero también algo triste.

Seguimos intentando sobreponernos a la pérdida de Lena, nadie dijo que fuera fácil, sin embargo, tampoco esperaba que fuera tan doloroso y complicado.

Espero que pueda ir pronto a veros.

Necesito uno de tus abrazos.

Te quiero, Isa.

Dalia

Llamé al timbre, más nerviosa que nunca, deseando lanzarme a sus brazos. En una mano tenía la maleta, en la otra la sorpresa que había comprado nada más bajar del autobús, esperaba que le gustara.

Abrió la puerta con una sonrisa, la sonrisa más bonita del mundo. La recorrí de arriba abajo, llevaba un vaquero, zapatillas blancas y una camisa de florecillas.

—¿Y esto? —Fue lo primero que salió de sus labios.

Acerqué el ramo hacia ella para que lo cogiera.

—Me dijiste que estas eran tus flores favoritas, ¿no? —Nuestros dedos se rozaron en el tallo.

—Sí —contestó mientras hundía la nariz en el ramo y respiraba el olor de las flores.

—Pues me apetecía regalarte un ramo, tener un detalle contigo. Sé que es una tontería —dije nerviosa sin poder dejar de contemplarla.

—No es ninguna tontería, mi flor favorita me ha regalado mis flores favoritas. A mí me parece algo precioso.

No creía que hubiese nada más precioso que ella, pero no emití palabra. Se acercó a mí con el ramo de dalias aún en la mano y nuestros labios se encontraron. La besé con todo el miedo, el amor, la fascinación, el deseo, la desesperación, con todo lo que me latía furioso en el pecho.

Nos separamos sin aliento.

—Anda, pasa.

Seguí sus pasos y recorrí la estancia con la boca abierta. Parecía que sin saberlo nos habíamos puesto de acuerdo para sorprender a la otra. Miré las velas encendidas, la mesa puesta con algunos de

nuestros platos favoritos y ahora el ramo de dalias amarilla en un lado, con un jarrón trasparente y con un poco de agua.

—Me encanta.

—Sorpresa. —Abrió los brazos—. Pero yo también he sido sorprendida.

Me acerqué a abrazarla. Quería…, quería tanto que no podía. Me dieron ganas de morderla, pero me contuve y escondí la cabeza en su cuello para respirar su olor. Necesitaba tatuármela. Sus dedos me acariciaron algunos mechones. Besé sus labios suaves antes de dejarla ir a sentarse.

—¿Comemos? —Me mordí el labio inferior—. Comida, Dalia.

Nos reímos. Era tan fácil reír a su lado. A veces es triste echar la vista atrás y ver todos los errores que cometiste, todas las señales que no viste y darte cuenta de lo equivocada que estuviste.

—Me apetece mucho. —Me senté a su lado y empezamos a comer.

Fue una comida preciosa, íntima, nuestra, no sabía a despedida, pero ambas éramos conscientes de que lo era. Por eso atesoré cada detalle. No faltaron las risas, las sonrisas, las miradas, las conversaciones, ni sobró mucha comida. Me incliné hacia atrás, saciada, y me fijé en el movimiento nervioso de sus dedos. La observé intrigada queriendo saber qué le inquietaba.

—¿Vas a continuar con tus trabajos? —preguntó sorprendiéndome.

Supongo que nos estábamos haciendo expertas en ignorar ciertas cosas y no me esperaba esa pregunta.

—Sí, de momento sí. —El ambiente se volvió a enrarecer—. Los necesito. Cuando mi madre murió tuve que vender muchas de mis cosas de cuando era pequeña para poder pasar esos primeros meses hasta que encontré el segundo trabajo, aunque mi padre me ofreció ayuda.

—¿Por qué eres tan testaruda a veces? —Me encogí de hombros —. ¿Te arrepientes o echas de menos las cosas que vendiste?

—No las echo de menos como tal, cuando las tenía ni siquiera me acordaba de ellas, pero tengo la sensación de que todos esos juguetes, esos que significaron algo, tenían un pedacito de mí que

dejé ir con ellos. Quizás sea la nostalgia de aferrarme a la niña que fui o a los momentos tan felices que viví mientras jugaba con ellos, a esa paz interior que era todo lo que conocía. —Me quedé en silencio —. Supongo que aferrarse a las cosas no sirve de mucho y en cierta manera me alegro de haberles dado una segunda vida, de que esas personas desconocidas que me las compraron vayan a vivir sus propios momentos felices.

—Eso es muy bonito. —Alargó una mano y cogió la mía.

—No tanto como tú. —Me salió del alma.

—Ay, Dalia. —Me empujó juguetonamente—. Dices que tu padre es un romántico, pero tú no te quedas atrás.

—Se hace lo que se puede —respondí entre risas.

Sentía que estábamos ignorándolo, ignorando lo que iba a pasar porque mi marcha era definitiva, pero ignorarlo hacía que pareciera más fácil, menos real.

—¿Te apetece un té? He comprado una caja de tus favoritos.

Me la quería comer a besos.

—Claro, te ayudo a recoger.

—Lo único es que no tengo tetera ni hervidor de agua.

—No te preocupes, lo hago en el microondas mismo.

Recogimos la mesa entre las dos mientras se hacía mi té y su café. Luego volvimos al comedor y nos sentamos en el sofá. Nuestros ojos se encontraron y nuestros dedos también.

—Entonces, ¿te vas mañana? —preguntó bajito y apartó la mirada.

—Me voy mañana. —Me entraron unas ganas increíbles de dar rienda suelta a las lágrimas.

Sus dedos soltaron los míos y sentí un tirón en el pecho, un vuelco en el estómago.

Sin querer nos estábamos haciendo daño, lo vi en sus ojos, lo sentí en mi piel, pero la quería tanto que no podía renunciar a las últimas horas que podía pasar a su lado, por muy egoísta que fuera.

Me acerqué a ella, le cogí la cara con ambas manos y la miré a los ojos, el azul me seguía impactando. La besé, y fue un beso cargado de reproches, culpa, lágrimas contenidas, dolor, pero también de amor, un amor tan grande que no supimos qué hacer

con él, un amor que empezaba a consumirnos. Creo que fue el beso más feo que nos dimos, hubo más cosas malas que bonitas.

Su frente sobre la mía, su aliento entremezclado con el mío. La miré detenidamente, y ella puso su atención en mí.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en mucho tiempo, Sofía. —Parpadeé, tragué, la miré—. Eres todo lo que ni siquiera sabía que buscaba, más de lo que podría haber imaginado. Los momentos que hemos compartido se van a quedar para siempre conmigo, quiero que sepas que has sido especial, que para mí has sido lo más especial, maravilloso, bonito, humano e increíble que me ha pasado nunca, que la verdadera luz eres tú. Que…

Limpié sus lágrimas, dejé caer las mías.

Quise seguir hablando, pero no pude. Así que ella lo hizo en mi lugar. Sus palabras llenaron un rincón de mi pecho, fueron tirita, calidez, la declaración más bonita del mundo.

—Me has enseñado cuál es el color del amor, el amarillo, Dalia, tú en estado puro. Así que gracias.

La quería, la quería más de lo que había querido a alguien en toda mi vida, la quería tanto que sentía que me dolía el pecho, la quería, la quería, la quería. La sigo queriendo.

Sofía

Me puso la mano bajo la barbilla y la miré. Quería esconderme dentro de ella para no perderme ni perderla, quise ser su refugio porque ella se estaba convirtiendo en el mío. Dalia me miró con los ojos anegados de lágrimas, no supe qué más decirle, sentía que ninguna palabra más hacía justicia a lo que latía acelerado en mi pecho, a lo que sentía al ver el color amarillo que escapaba de cada parte de ella, a la luz que irradiaba. Imaginaba que nada de lo que le dijera haría que esas lágrimas desaparecieran, que el dolor se fuera o que ella se quedara.

Y es que me habían enseñado a querer con la cabeza, el pecho, el corazón, los sentimientos y con todo mi ser. Así que cuando quería a alguien lo quería con cada parte de mí y quería cada parte de esa persona, la buena y la regular, la que me sanaba y me dolía. Y que quería a Dalia era una realidad.

Así que la miré como se miran las cosas que estás empezando a querer, pero sabes que vas a perder. La miré con cientos de palabras en la punta de la lengua, pero con dos que resonaban fuertes en mi cabeza una y otra vez, la miré con anhelo, deseo, amor, cariño, la miré como solo sabía mirarla, dándole todo de mí. La miré queriéndola.

2022

Querido diario o querida Lena del futuro:

Hoy Javier y Alicia nos han contado que se van a casar.

Llevaba años esperando esta noticia, siendo sincera, han tardado mucho en dar el paso, pero me alegro tanto por ellos… Soy feliz de que él sea feliz, solo les deseo todo lo mejor. Y poder ir a la boda, adoro las bodas y estoy segura de que la suya será especial porque ellos lo son.

2023

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Isabelruiz8@gmail.com
Asunto: Dos días
Hola, hermanita.

Te veo en dos días para mi boda.

Dos días.

Mi boda.

Esas son las palabras importantes.

Creo que no eres consciente de las ganas que tengo de verte, de abrazarte, de vivir esto contigo, de que me acompañes en uno de los días más felices.

Todavía no me creo que hayan pasado trece años desde aquella boda en la que conocí a Javier. La vida es sorprendentemente única.

Qué ganas de veros a las dos, cuento las horas.

Te quiero mucho, Isa.

P. D.: Que me caso.

Dalia

Durante el resto del día y la noche solo existimos las dos, la piel, los besos, las caricias y las palabras bonitas. Dejamos en la puerta de la habitación todo lo demás y nos entregamos como nunca lo habíamos hecho.

El amanecer llegó demasiado deprisa, fui la primera en abrir los ojos y los cerré muy rápido, pero eso no cambió nada. Me mordí el labio inferior hasta hacerme daño, intenté volver a dormir y no hubo manera.

Me acerqué más a su cuerpo desnudo, queriendo hacer mío su calor. Su pelo rubio contrastaba con el mío marrón, me dediqué a mirar el perfil de su nariz, sus ojos cerrados y esos labios que me volvían loca. Me estaba haciendo una experta en aguantar lágrimas y luchar contra el nudo que apretaba en mi garganta. El azul de su mirada impactó con la mía. Fui consciente del segundo exacto en el que se dio cuenta de qué día era, su sonrisa se esfumó, su cuerpo se puso en tensión y perdió calidez. Le aparté algunos mechones de la mejilla y la besé. Respirar en sus labios era una necesidad. Mordí su sonrisa triste. Sus dedos recorrieron mi costado, los míos se deslizaron por su espalda, su pierna entre las mías, sus labios en mi cuello y mis manos sobre sus pechos, volvimos a gemir, a ser placer, ganas desbordadas y corazones acelerados.

Cuando volví a recuperar el aliento su cabeza descansaba sobre mi pecho y mis dedos acariciaban la dalia que tenía tatuada en el costado izquierdo, aún me parecía irreal, una casualidad mágica, de las que solo pasan una vez en la vida.

La alarma empezó a sonar avisándonos de que nos teníamos que levantar y me dolió físicamente hacerlo. No dijimos nada, supongo que ya nos lo habíamos dicho todo. Miré nuestras tazas dar

vueltas en el microondas. Íbamos a desayunar las dos té, yo no quería nada más, tenía el estómago cerrado.

—Al final me voy a volver adicta a los tés —quiso bromear, aligerar el ambiente, pero yo apenas podía tragar, tenía la garganta cerrada llena de tantas palabras por decir y que nunca diría.

En aquel momento estaba tan cegada por volver a un lugar que ni siquiera me hacía feliz que no vi todo lo que dejaba atrás, todo lo que perdía por el camino y algunas cosas nunca llegué a recuperarlas de nuevo.

El ambiente era tenso, notaba la cuerda envolviendo mi cuerpo y tirando en todas direcciones, no me dejaba sonreír con naturalidad, no me dejaba respirar con regularidad, no me dejaba moverme de verdad, una parte de mí la sentía fría y paralizada.

No sabía cómo continuar, cuál era el siguiente paso correcto, estaba incluso mareada por lo rápido que me latía el corazón. Temblaba, no entendía qué me pasaba.

Noté sus brazos rodearme y fue como si por fin pudiese volver a llenarme los pulmones de oxígeno. Jadeé abrumada.

—Respira —me susurró en el oído, y eso hice, respiré su olor, la respiré a ella.

Siempre creí que el amor lo podía todo, supongo que era lo que había visto en las películas y leído en los libros, pero estaba equivocada. El amor es un sentimiento, algo invisible, algo que realmente no tiene vida más allá del pecho del que lo siente, el amor no puede con nada, porque son las personas las que deciden qué hacer con eso que sienten y, la mayoría de las veces, se rinden antes de intentarlo, se dan por vencidas cuando todo se complica, cuando el miedo las supera, prefieren decir adiós antes que implicarse más.

Yo estaba siendo una de esas personas.

Me sentía una cobarde, me sentía perdida, quizás para algunos tomaba la decisión fácil, que era la huida, sin embargo, realmente fue la más complicada, irme queriéndola, sabiendo que ella también me quería, romper ambos corazones me quitó más de lo que nunca imaginé.



El camino en coche hasta la estación fue duro, complicado, la música era lo único que se escuchaba. Dejé que sacara mi maleta y la llevara hasta que nos detuvimos delante de la pantalla esperando a que apareciera la vía en la que estaría el AVE. El recorrido sería el mismo que cuando había llegado, pero a la inversa, de Valencia a Madrid y de Madrid a Zaragoza. En unas horas estaría en casa, todavía no me lo podía creer, aunque ni sabiendo eso había disminuido el dolor de mi pecho. Cerré los ojos sintiéndome morir, cogí la maleta y le rocé los dedos. Esa fue la última vez que la toqué. Mientras esperábamos, los segundos, cada uno de ellos, dolían, no supe muy bien qué sentí al ver en la pantalla la vía a la que me tenía que dirigir, pero no fue felicidad ni alivio. Fue un pitido el que resonó en mis oídos mientras contemplaba los ojos azules más bonitos que había mirado nunca.

—¿Por qué no te quedas? —Su tono era casi susurrante.

—No puedo —dije con voz ahogada. Cerré los ojos como si eso fuera a hacer que el dolor desapareciera, el de su voz, el de mi pecho, y me costó respirar.

»No puedo, de verdad. Tengo que irme —se lo dije a ella, pero también me lo recordé a mí misma.

Hubiese sido tan fácil dejar de sentir ese dolor. Apreté las manos conteniendo las lágrimas.

—Pero ¿qué te asusta? —Escuchar la desesperación en su voz, el grito silencioso, ver sus ojos rojos, me destrozó más.

—Quererte más de lo que ya te quiero —susurré rompiéndome más por dentro.

—¿Y de qué tienes miedo? —preguntó sin voz.

«De ti.

»De mí.

»De lo que tenemos.

»De lo que despiertas dentro de mí.

»De lo que siento.

»De sentir.

»De quererte.

»De echarte de menos.

»De no saber qué hacer con tanto sentimiento».

Quise decirle tantas palabras, pero ninguna abandonó mis labios. Viéndolo con perspectiva supongo que no tenía miedo de quererla, aunque nunca había sentido eso y nunca lo volví a sentir. Solo quería volver a casa, volver a mi hogar, volver a algo que nunca más encontraría.

No digo que no estuviese atemorizada, por supuesto que me asustaba que sonriera y yo no pudiera evitar sonreír, me asustaba que con una caricia erizara toda mi piel, me asustaba que susurrara mi nombre y quisiera quedarme a su lado, me asustaba que hubiera un nosotras, pero, sin duda, lo que más me asustaba era ser consciente de que mi madre ya no estaba ni estaría, que la vida seguiría sin ella.

Estaba aferrándome a algo que no existía, que no era real, y ni siquiera lo sabía.

—Tengo que irme —dije, en cambio.

Sofía era de las que ponían una canción en bucle si esa canción le producía dolor, yo era de las que huían, de las que estaban años sin escucharla. Éramos tan diferentes…

Asintió despacio sin dejar de mirarme a los ojos, como si realmente pudiera ver todas las respuestas, pero con la decepción abriéndose paso en ellos por dejarla, por no elegirla.

Se me encogió el estómago y un escalofrío me recorrió el cuerpo. No podía abrazarla sabiendo que sería el último abrazo, no podía besarla sabiendo que sería el último beso, así que me limité a mirarla a los ojos y decirle sin palabras cuánto la quería.

Sofía no se movió, no emitió sonido, respetó mi rechazo, mi silencio, mi cobardía, mi despedida, mi adiós. Le di la espalda sin emitir sonido y me encaminé hacia el AVE, hacia mi casa, hacia el hogar que conocía.

Cuando me subí a mi vagón mi pecho estaba hecho pedazos, roto en tantos pétalos que era imposible contarlos, encontrarlos.

Dalia

Me pasé todo el camino escuchando música y llorando, una sensación punzante me atravesaba el pecho, no podía respirar, me ahogaba. Me sentía desolada, triste, vacía, en trozos, tenía la sensación de que había partes de mí que nunca llegarían a unirse. Supongo que no era consciente de que la muerte de mi madre me había dejado una herida tan grande en el pecho que necesitaba más tiempo para cicatrizar. Supongo que estaba cegada, que estaba confusa, supongo que ni siquiera podía admitirme a mí misma que solo quería volver a sentirla una vez más.

No recuerdo cambiar de AVE, no recuerdo si le escribí a Nieves, a Vera o a mi padre. No recuerdo comer, no recuerdo ver las horas pasar, no recuerdo nada durante aquel viaje, solo las lágrimas, solo el frío. Me sentía perdida. Tampoco recuerdo cómo llegué a mi casa, pero sí fui consciente cuando se abrió la puerta y me quedé quieta en la entrada.

Solo me rodeaba el vacío, la nada, casi lo mismo que sentía en mi pecho desde que había dejado Valencia atrás y a la chica de la playa, no sabía por qué había tenido la sensación de que al llegar encontraría un hogar, sentiría que estaba en casa, en mi lugar seguro, pero no fue así.

El mundo se me cayó encima, como cuando quitas una pieza y la torre entera se derrumba, me encontraba entre los escombros, sepultada, intentando respirar, intentando salir. En ese instante, mientras luchaba por llenar los pulmones de aire, lo comprendí, ya no me quedaba nada ahí. Sentí cómo se me rompía el corazón una vez más para volver a reconstruirse, para abrazar las grietas que lo componían. Fue como quitarme una venda de los ojos y verlo todo con más claridad que nunca: ella no iba a volver. Mi madre nunca iba a volver. Mi lugar no estaba ahí, hacía meses que había dejado de

estar ahí, hacía meses que lo había perdido, pero en ese momento que lo había recuperado, que había vuelto a latir, a sentirse lleno de vida, mi corazón se encontraba a kilómetros de distancia en manos de una chica que había llenado de luz mis días, que me había enseñado lo que era el amor y decía que yo era el color amarillo, su flor favorita.

Fui directa a la habitación de mi madre, me tumbé en la cama, me tapé con su manta favorita y hundí la cabeza en su almohada, durante unos segundos sentí que me abrazaba. Liberé las lágrimas dejando salir todo lo que me dolía, todo lo que contenía, dejé ir todo, y el mundo se sumió en la oscuridad.



Me desperté horas después cuando la noche había caído. Me levanté agotada, dolorida. Fui a lavarme la cara para despejarme un poco y apreté con fuerza el collar con forma de corazón que llevaba en el cuello. Creo que fue la primera vez que me di cuenta de que llevaba a mi madre conmigo siempre allí donde fuera.

Recorrí la casa sintiendo que era consciente de ella por primera vez en meses, me paseé entre las diferentes estancias, miré con detenimiento las fotografías, memoricé la manera en la que mi madre había colgado los marcos de fotos y en la que la luz de las farolas entraba por la ventana de su habitación. Miré los cuadros que ella misma había pintado, los pinceles sin limpiar con el color de la última vez que los había utilizado, la ropa de su armario y el vestido que habíamos elegido entre las dos para que llevara en la boda de mi padre y Alicia. Cuando conseguí empaparme de todos aquellos

detalles, darles un hueco en mi memoria para no olvidarlos nunca, cogí el móvil y llamé a mi padre.

—¿Dalia?

—Papá —susurré.

—Estaba preocupado, te he estado llamando durante horas. —Respiraba acelerado—. Casi me da un infarto en mi luna de miel. He llamado incluso a tus amigas y a Sofía. —La sola mención de su nombre me dolió—. Y cuando me han dicho que tampoco sabían nada de ti desde que habías salido de Valencia casi me vuelvo loco, he estado mirando incluso vuelos de Atenas a Zaragoza.

La línea se llenó de nuestras respiraciones aceleradas.

—Mamá no está.

Lo escuché sollozar.

—Lo sé, se ha ido, pajarito. —Tragué saliva—. En esta vida ya no la veremos.

—Quiero volver a casa. —Mis palabras eran entrecortadas; mi tono, roto, tal como me sentía.

—Tienes las llaves, pajarito. Solo tienes que coger el AVE de regreso y abrir la puerta.

—Vale.

—¿Quieres que vuelva? Puedo ir unos días, estar contigo…

Lo interrumpí:

—No, pero gracias, papá.

—Siempre. —Parecía emocionado—. Nada me haría más feliz que tenerte con nosotros.

Cerré los ojos y me senté en el suelo del comedor.

—No soporto el vacío, el silencio.

—No tienes que aguantarlo más, vuelve a casa cuando quieras. —Cogió aire—. Cuando regresemos del viaje te ayudaremos con la mudanza, alquilaremos el piso, haremos lo que tú quieras, puedes buscar trabajo, mirar cosas para estudiar, tienes todo el tiempo del mundo.

—Tengo veinticuatro años, tengo la sensación de que debería tenerlo todo hecho. Me siento un fraude.

—Para nada, deja los pensamientos malos atrás, Dalia. Cada uno lleva su tiempo, cada uno encuentra su sueño en su momento,

eres joven, aún tienes muchas cosas por hacer y no te compares por nada del mundo.

La línea se quedó durante unos segundos en silencio.

—¿Por qué he vuelto, papá? —pregunté con la voz rota, perdida.

—Porque tenías la esperanza de encontrar algo que ya nunca más vas a encontrar, porque tenías que darte cuenta, verlo con tus propios ojos, sentirlo, ser consciente, porque cuando algo se te mete entre ceja y ceja eres muy obstinada y te cuesta pedir ayuda. —Cogió aire—. ¿Sabes lo bueno de no saber qué hacer con tu futuro, Dalia?

—No.

—Que tienes todas las opciones del mundo a tu disposición. Sé que asusta, sé que da vértigo, pero yo estaré aquí para darte apoyo siempre que lo necesites.

—¿Y si nunca encuentro nada que me guste? —Mi gran miedo.

—Hay algo ahí fuera para ti, lo sé, solo tienes que dar con lo que es y luchar por ello. Si algo tienen los sueños es que no son fáciles.

Asentí, suspiré, lo quise más de lo que ya lo hacía.

—¿Sabes por qué te llamo pajarito? —Negué con la cabeza, pese a que no podía verme—. Porque siempre he sabido que tienes unas alas inmensas que te llevarían allí donde quisieras.

Perdí el control de las lágrimas y quise lanzarme a sus brazos, quería quedarme en ellos siempre, temía el día en el que él también se fuera y mi lugar seguro se perdiera.

—Gracias por creer en mí, papá.

—Cuando lo necesites, pajarito.

Dalia

Nunca antes había hecho eso, así que no sabía qué era lo que realmente tenía que hacer. ¿Cómo se recupera a alguien cuando le has roto el corazón?

Había pensado en dejar pasar una semana o quizás dos, darnos tiempo, poner las cosas en orden, pero la verdad es que no tenía dudas, sabía lo que quería y me moría de ganas de volver a ella, de gritarle sin miedo que la quería, que había estado equivocada, que menos de veinticuatro horas habían bastado para hacerme entender que la quería, que quería todo con ella, cambiar de vida, arriesgarme, apostar por mí, por nosotras, que al fin estaba lista. Necesitaba estar a su lado, hacerle entender que ella valía la pena. Así que me duché y mientras me secaba el pelo miré trenes e incluso vuelos a Valencia, necesitaba regresar lo antes posible. Hacerle comprender que la quería, que me había equivocado, que quería seguir siendo su flor favorita y que ella se había convertido en la mía. Que era el motivo de mis risas y yo quería ser el de la suyas.

Me puse nerviosa cuando no encontré ningún billete de tren disponible para esa mañana, estaba a punto de darme por vencida cuando vi un último billete de avión que salía en una hora. Lo compré mientras me terminaba las tostadas, cogía el móvil, la chaqueta y salía de casa directa hacia el aeropuerto. Me subí en un taxi, ya que era la única opción para llegar a tiempo. Los minutos hasta que empezamos a embarcar se me hicieron eternos, le mandé un mensaje a mi padre, a Vera y Nieves para que no se preocuparan más. Entré en el avión, saludé a la azafata que había en la puerta y fui a buscar mi asiento.

Me quedé paralizada al ver a Sofía en mitad del pasillo del avión con su uniforme de azafata. Abrí la boca y se me aceleró la respiración cuando sus ojos azules impactaron contra los míos.

Debajo del maquillaje que llevaba se intuía la tristeza, el cansancio, y todo era culpa mía. Se me encogió el corazón y quise ir a abrazarla. Ella retrocedió con los ojos abiertos. Me temblaban las manos y no supe qué hacer o decir. Me perdí en el azul de sus ojos. Respiré hondo antes de acercarme a ella en mitad del pasillo atestado de gente que quería pasar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz rota.

—Iba a buscarte —respondí sincera.

—¿Qué? —Frunció el ceño, confusa.

—Este es el primer medio de trasporte que he encontrado para volver a Valencia y decirte que he sido una completa idiota, que…

—Perdona, ¿podéis dejarme pasar?

Me giré hacia el hombre que me había interrumpido. Me hice a un lado, resignada, había una cola tras de mí de personas enfadadas.

—¿Quiere que le ayude a encontrar su asiento? —La escuché y la miré mientras se alejaba.

Cerré los ojos sintiéndome perdida, avergonzada y triste, pero también sorprendida. Mi madre creía en el destino, y aquello era una sorprendente coincidencia. Nuestra historia parecía estar llena de ellas.

Antes de pensármelo empecé a seguirla por el avión.

—Sofía… —la llamé.

—No es un buen momento, Dalia. —Me dio la espalda—. Estoy trabajando.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté fascinada.

—Estoy sustituyendo a una compañera, algo de última hora.

—Podemos hablar un minuto. —Me acerqué más a su cuerpo y vi cómo se tensaba.

Todo a mi alrededor se difuminó menos ella, quería alargar la mano y entrelazar nuestros dedos, girarla hacia mí para que me mirara, aunque el hecho de ver sus ojos tristes me doliera como nada. Se lo pensó, pero terminó asintiendo sutilmente y la seguí hasta el final del avión. No sabía dónde íbamos, sin embargo, la seguiría donde fuera. Cuando se giró hacia mí quise llorar de frustración, de alivio. Por unos segundos me sentí paralizada, tenía

la mente en blanco y no sabía qué decir. No había planeado nada, no había pensado en cuáles serían las palabras correctas para decirle algo más que un «te quiero». Me miraba entre esperanzada, triste, dolida, intrigada y asustada.

—Quiero seguir siendo el color amarillo contigo. —Fue lo primero que salió de mis labios. —Cogí aire, temblorosa.

»Regalarte dalias cuando nos enfademos, ir a museos a descubrir nuevas obras de arte, aunque ninguna de las dos las terminemos de entender. —Vi un indicio de sonrisa en sus labios y eso me dio valor—. Es que hasta ahora no me he dado cuenta de lo equivocada que estaba, esperaba que al llegar a mi casa mi madre estuviera, que…, ni siquiera sé qué esperaba, pero no empezar a sentir algo tan fuerte por ti, llegar a quererte, que te convirtieras en mi mundo, en los ojos azules más bonitos que he visto nunca. —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. Sin saberlo te convertiste en amiga, refugio y todas las cosas bonitas que puede sentir un pecho, te convertiste en flores, detalles, latidos. —Jadeé sintiendo mis propias lágrimas caer—. Sé que te he hecho daño, sé que no tengo excusas, solo quiero decirte que estaba equivocada y pedirte perdón, perdón. Perdón por el dolor, por no saber ver lo que me estabas regalando. Supongo que lo que quiero decir es que me encantaría que nos dieras la oportunidad de intentarlo, que me dieras la oportunidad de elegirte cada día. —Sonreímos las dos—. Creo que desde que me regalaste la primera sonrisa supe que seríamos algo, pero no que te convertirías en amor.

Solté el aire y me sentí en carne viva, aunque más liviana.

Ahí fue cuando me di cuenta de que el avión estaba en completo silencio, miré de reojo a mi alrededor, teníamos la atención de todo el mundo y algunos teléfonos apuntándonos. Sentí las mejillas rojas y tragué saliva.

—Te quiero, Sofía —dije sin miedo.

Asintió mientras se apartaba las lágrimas.

—Eres el color amarillo, Dalia. —Dio un paso acercándose a mí —. Contigo he descubierto lo que es el amor. —Nuestros dedos se rozaron—. Te tengo tatuada no solo en la piel, sino también en el corazón.

—¿Eso es un sí? —pregunté con dudas, sintiéndome desnuda.

—Te quiero tanto que dudo que un día deje de hacerlo.

—Espero que nunca lo hagas.

La acerqué hasta que nuestros labios se encontraron, sentí que volvía a respirar, que todo era como debía ser, le rodeé el cuello con los brazos, y ella, mi cintura. Los aplausos empezaron a sonar a nuestro alrededor. Le mordí el labio inferior antes de separarme de ella.

—Ha sido la declaración más bonita del mundo —musitó escondiendo la cabeza entre mi pelo y besándome el cuello.

—No te mereces menos. —La abracé fuerte.

—Has tardado muy poco en regresar, ¿no? —susurró.

—Es que no soportaba que siguieras pensado que había renunciado a ti. —La cogí por las mejillas—. ¿Sabías que volvería a por ti?

—Lo esperaba, pero también pensé que tardarías más en darte cuenta.

Le robé un beso que supo a felicidad, pero que duró poco. Una compañera suya nos interrumpió.

—Felicidades a las dos, pero despegamos en tres minutos.

—Ya vamos —le dijo a su compañera—. ¿Sabes que este vuelo tiene escala en Palma de Mallorca?

—Lo sé, pero era lo más rápido para ir a verte.

Negó con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Te quiero, chica amarilla, pero vete a tu asiento y abróchate el cinturón.

Se me escapó una carcajada mientras le hacía caso, no podía ser más feliz.

Me dediqué a contemplarla durante todo el vuelo, compartimos sonrisas, caricias fugaces, guiños, y fue como sentir las flores crecer.

Epílogo 1

2023

De: Alruiz64@gmail.com
Para: Dalia3@gmail.com
Asunto: Viva el amor
Hola, cielo.

Solo quería decirte lo orgullosa que estoy de ti.

Ya me ha contado tu padre (y he visto el vídeo) el pedazo de declaración en medio del avión, pero quiero que cuando nos veamos me cuentes tu versión.

Qué feliz me hace que al final os hayáis dado una oportunidad, os he *shipeado* (no tengo claro si se dice así) y espero que os hagáis sonreír mucho, os lo merecéis las dos. ¡Qué emoción!

Gracias por haber estado presente en uno de los días más importantes de mi vida y dejarme ser parte de tu familia.

No sé si tu padre te habrá dicho algo, pero ya hemos llegado a nuestro primer destino, Atenas. Estamos terminando de dejar las maletas en el hotel y vamos a bajar a la piscina a disfrutar de las vistas.

Solo te escribía para darte las gracias una vez más y decirte que nada me haría más feliz que tenerte en casa con nosotros.

Desde mi luna de miel y con amor,
Alicia

Epílogo 2

2024

Querido diario o querida Dalia del futuro:

No me puedo creer que ya haya pasado un año desde aquella declaración que nos hicimos en el avión y tampoco puedo creer lo bien que nos va.

He estado unos meses sin escribir, pero es que entre el viaje que hicimos Sofía y yo a Noruega, donde he visto por primera vez las auroras boreales y son una auténtica pasada, indescriptibles…, solo acordarme de ellas y se me pone la piel de gallina; entre la cafetería donde trabajo tres tardes a la semana, y que sigo con el curso de wedding planner. Siento que me cuesta sacar unos minutos para escribir.

La primera noticia emocionante que me ha pasado en este tiempo es que un día me encontré con Lorena, la organizadora de la boda de mi padre y Alicia, y me ha dicho que cuando acabe el curso la llame. No me puede emocionar más saber que quizás tendré trabajo antes de lo pensado y que terminaré formando parte de las bodas de muchas parejas. Esto último aún me parece increíble.

Por otro lado, la hija de Vera ha cumplido tres meses y es un bombón precioso.

Creo que la última vez te conté que Sofía y yo nos habíamos ido a vivir juntas, esos miedos que tenía por si con la convivencia se volvía todo más complicado nunca llegaron a cumplirse, la verdad es que nos va muy bien, sus horarios son un poco locos a veces por el tema de los vuelos, pero tenemos una rutina que me encanta. En el balcón ahora hay un pequeño jardín con nuestras flores favoritas y hemos adoptado un perro. Se llama Yellow. No puedo expresar con

suficientes palabras lo feliz que soy, lo lleno que siento el pecho de cosas bonitas, lo mucho que la quiero y lo increíble que es la familia que tenemos.

Y sin duda lo más sorprendente de todo es que, mientras vaciábamos la casa de Zaragoza hace unos meses para alquilarla, encontré los diarios de mi madre, hoy me siento preparada para hablar de ello, al principio no quise leerlos, me pareció algo muy personal, sin embargo, luego no pude evitarlo. Me alegro tanto de haberlo hecho, de poder averiguar cómo pensaba y veía la vida, aunque tengo que reconocer que algunas partes me las he saltado, sobre todo en las que cuenta cosas respecto a mi padre, ella y cuerpos desnudos. En resumidas cuentas, que ese ha sido motivo por el que decidí empezar este diario, para poder dejar constancia de mi historia, para poder leerme, para poder recurrir aquí siempre que lo necesite, para ser consciente de cómo siento las flores crecer a lo largo de los años.

Espero empezar a ser más constante, pero, hasta que ese momento llegue, ¿cómo le va a la Dalia del presente?

Gracias

Siempre me preguntan de dónde nacen las ideas, en este caso fueron mis padres los que lo impulsaron todo; se conocieron en una boda, siempre me ha parecido algo curioso, diferente, único, y siempre había querido escribir sobre ello, pero no había encontrado el momento adecuado hasta que Dalia apareció y captó toda mi atención. Mis padres fueron la inspiración para empezar a escribir esta historia, que nada tiene que ver con la suya, pero hace que todo esté conectado: su historia, esta historia, con mi propia historia… ¿Ya he dicho alguna vez que me encantan los círculos y darle sentido a todo?

Así que gracias, mamá, papá, por ser inspiración, por vuestro apoyo constante y por el amor. Gracias por elegirme cada día.

A Sara, por escuchar todas y cada una de las ideas que se me pasan por la cabeza (y son muchas), por animarme, por ser refugio y estar ahí siempre. Te quiero muchísimo.

A mi familia, por leerme, por apoyarme y quererme.

A Carla, por colarse en mi vida y hacerla más bonita, por convertirte en una amiga.

A Sandra, por seguir cogiéndome de la mano, porque sigue sin haber *Nadie Como Tú.*

A Rosario, por el cariño, los ánimos y por acompañarme en cada nuevo sueño.

A Merche, por hacerlo todo tan bonito, por seguir llenando de color mis historias y por la amistad que tenemos.

A Patri, por los abrazos anuales que lo son todo, por leerme y por poder contar contigo siempre.

A Dalia, por aparecer un día cualquiera y cambiar mi vida, por llenarla de tristeza, pero también de amor, vida, risas y flores.

A Sofía, por enseñarme que el amor puede ser de colores.

A Lena, por mostrarme que hay cientos de formas de amar.

A Alicia, por recordarme que nunca es tarde, que las oportunidades aparecen cuando menos las esperas y que vida solo hay una.

Y a ti, que has llegado hasta aquí, gracias por haberme dado una oportunidad, por unirte a este sueño. Escribir esta historia ha sido una montaña rusa de emociones, de vida y amor. Espero que te haya hecho sentir y no te olvides de amar con intensidad.

Si tienes unos minutos más para mí es muy importante que dejes tu opinión en Amazon, Goodreads o cualquier red social. Me dais alas.

Gracias de todo corazón.

Valien

Sobre la autora

Nací una tarde fría de febrero de 1999, en Valencia.

Descubrí la magia de los libros cuando más falta me hacía creer y evadirme. La lectura llego a mí para quedarse, para hacerme la vida más bonita, llena de matices, experiencias y vidas interminables.

Me encanta fotografiar instantes, los días fríos, leer, hablar de libros, el té, soñar despierta, perderme entre las historias que viven en mi cabeza y sonreír.

Si quieres saber más de mí, puedes encontrarme tanto en Instagram y en TikTok como @valienheart.

Mis otras novelas

Un viaje, ella y el mar



Lía y Diana son amigas de toda la vida, y su historia comenzó en París.
Diana y Lucas ya no saben lo que es no quererse, no tenerse.
Alan y Lía fueron algo que ya no serán, o eso creen.
Todo cambia cuando reciben una noticia que dará un giro a sus vidas.

Todo cambia cuando emprenden un viaje lleno de aprendizajes, miedos, secretos, atardeceres y amor.

Cuatro amigos.
Cinco destinos.
Y un viaje, un viaje que cambiará sus vidas para siempre.

Tú eres el caos y yo el silencio



Una chica y el silencio.
Un chico y el caos.

Desde que se quedó sorda, Olivia vive recluida en su mundo, en los libros, y se limita a sobrevivir.
Ángel comprendió hace mucho tiempo que los segundos están para agotarlos y la vida para vivirla, disfrutarla.
Un día sus caminos se entrelazan.
Un día se miran y se ven.
Y se dan cuentan de que no saben tanto como creían y de todo lo que pueden aprender el uno del otro.

Una historia.
Dos maneras de entender el mundo.
Una amistad.
O puede que algo más...

¿Pueden el caos y el silencio coexistir?

Mi lugar entre las flores



Un duelo que superar
y un jardín que volver a cuidar.

Cuando Charlotte Thomson vivía, Iris podía eludir a la prensa interesada en su madre, actriz internacionalmente conocida. Ahora que se ha quedado sola, se marchará de Los Angeles para volver a las afueras de Madrid.

Allí no solo tendrá que enfrentarse con los fantasmas de sus padres, también con las antiguas amistades con las que cortó todo el contacto al marcharse cuando su padre murió.

Por suerte, el cariño es más fuerte que el rencor y pronto retoma la relación con su mejor amigo, Rodrigo. Pero, ¿será capaz de enfrentarse a sus verdaderos sentimientos y confesarle su amor

sabiendo que él es influencer y adora las cámaras y las redes sociales? ¿Podrá Iris superar los traumas del pasado y aprovechar esta segunda oportunidad para volver a empezar?

Acompaña a Iris en su proceso de sanación en una historia tan fresca y colorida como las flores de su portada.